

APOLONIO DE RODAS

Las Argonáuticas

Edición de Máximo Brioso Sánchez



CATEDRA

LETRAS UNIVERSALES

LETRAS UNIVERSALES

Los contenidos de este libro pueden ser
reproducidos, en todo o en parte, siempre
y cuando se cite la fuente y se haga con
fines académicos, y no comerciales

APOLONIO DE RODAS

Las Argonáuticas

Edición de Máximo Briosó

Traducción de Máximo Briosó

SEGUNDA EDICION

CATEDRA

LETRAS UNIVERSALES

Título original de la obra: Τὰ ἀργοναυτικά

**Diseño de cubierta: Diego Lara
Ilustración de cubierta: TDS**



CREATIVE COMMONS

**© Ediciones Cátedra, S. A., 1998
Madrid**

***Printed in Spain*
Impreso en Lavel, S. A.
Humanes de Madrid (Madrid)**

INTRODUCCIÓN

APOLONIO DE RODAS

EL poeta Apolonio, aunque es llamado de Rodas en la tradición antigua, era realmente de Alejandría, donde debió nacer alrededor del año -300. Las noticias sobre su vida son escasas y, además, las distintas fuentes no están siempre de acuerdo en sus pocos detalles. El sobrenombre «de Rodas» se debió verosímilmente a una larga estancia en esta isla, en la que quizás alcanzó más nombradía que en su propia patria. A ello apuntan efectivamente ciertas noticias, que nos hablan de un fracaso en su carrera literaria en la corte de los Tolomeos. No obstante y sea como sea, Apolonio tuvo cargos de importancia en Alejandría durante parte de su vida, lo que resta credibilidad a tales noticias: fue director de la gran biblioteca regia e incluso preceptor del heredero del trono.

Hoy se piensa que la fecha más probable para la publicación de su único poema conservado, *Las Argonáuticas*¹, una obra sin la menor duda de plena madurez, debe haber sido entre 250 y 240. Hay datos bastante fiables de que en los primeros tiempos circularon al menos dos redacciones del texto, lo que es muy difícil de interpretar teniendo en cuenta sobre todo el carácter, muy distinto del actual, que tenían las ediciones antiguas y el modo de divulgarse los libros. Es lógico que sobre este punto se hayan expuesto las hipótesis más dispares y osadas (relación

¹ Aunque *La Argonáutica* (con un modelo como *La Araucana*) podría ser un buen título castellano, he preferido una forma que reproduce con más fidelidad la del original, con su pluralidad ambigua y sugerente. Por supuesto, *Iliada*, *Odissea* o *Éneida*, que parten del nombre de un héroe o de una ciudad, no eran un buen modelo a seguir.

con el motivo de la estancia en Rodas —¿un exilio?—, el fracaso en Alejandría de una primera edición, una «edición pirata» que se anticipó a la auténtica del autor, etc.), pero lo único seguro es que de tales redacciones o ediciones, que presentaban indudables divergencias textuales, han quedado ciertas huellas en la transmisión posterior, con todo lo que esto representa de atractivo suplementario, al menos para los especialistas, por las posibilidades que ofrece para el análisis de la evolución del arte del poeta sobre la base de sus supuestas autocorrecciones.

Apolonio de Rodas, como la práctica generalidad de los poetas griegos contemporáneos que escribieron y vivieron en una corte como la de Alejandría, fue a la vez un erudito y un filólogo. Como tal publicó estudios y comentarios sobre las obras homéricas, sobre Arquíloco, y seguramente también sobre léxicos técnicos, actividad esta última que no puede menos de percibirse en la lectura de sus *Argonáuticas*. De su restante labor poética, fuera de este poema, apenas si tenemos mínimos fragmentos. Una obra muy del gusto de su época debió ser la de las *Fundaciones*, en que celebraba las de diferentes ciudades, entre ellas la misma Alejandría. Y escribió también, como tantos otros poetas helenísticos, una colección de epigramas, es decir breves composiciones de temas variopintos y más o menos personales.

LAS ARGONÁUTICAS

La importancia de este poema es doble. De una parte está su interés intrínseco, su calidad, que, frente a opiniones negativas y reservas hoy por suerte superadas, es reconocida de modo creciente en la misma proporción en que se multiplican los estudios que permiten profundizar en ella. De otra, su significado como la única obra épica extensa que de su tiempo se nos ha conservado, en la que se acogen, además, los nuevos principios poéticos surgidos con la generación precedente y perfeccionados en la suya propia, unos principios que paradójicamente nacieron para revolucionar la poesía griega liberándola de la servidumbre de la tradición de las grandes formas épi-

cas. Tales principios se oponían a quienes seguían imitando anacrónica y servilmente a Homero, sin atender a las exigencias del gusto literario de la nueva época. Su expositor teórico fue Calímaco, que a la vez demostró en la práctica su validez con una gran versatilidad y un excelente estilo.

En esencia estos principios suponen la subordinación de la cantidad a la calidad, la búsqueda de la perfección formal y lingüística, un tono con frecuencia finamente alusivo pero compatible con una expresión de extremada exactitud, un profundo sentido del humor y de la ironía, gran capacidad de variación y de novedad respecto a los modelos precedentes y una preocupación constante por la estructura compositiva, que huye del relato continuado y monotemático y cultiva el episodio breve, la sorpresa y la digresión; todo ello a la vez conjugado con el apego a la erudición literaria, arqueológica, así como a todo lo raro y exótico. Poetas como Calímaco y Teócrito, que jamás compusieron obras en el sentido épico tradicional, homerizante², tenían relativamente llano su camino creativo. En cambio, lo tenía difícil y trabajoso Apolonio de Rodas, que aceptó el desafío de aunar esos mismos principios estéticos con un tema ambicioso y amplio. De ahí como resultado una obra que es un curioso compromiso, quizás no fácil de asimilar para sus mismos contemporáneos, como no lo es para nosotros³, no siendo nada sorprendente que ya en la antigüedad se transmitiera la noticia de una agria polémica entre Apolonio y Calímaco, de cuya importancia o incluso realidad hoy cada vez se duda más.

En la obra de Apolonio de Rodas podemos encontrar múltiples elementos que, para un lector cultivado, tienen un indiscutible sabor homérico. Hay un extenso catálogo de héroes y diversos episodios modelados de modo innegable sobre otros

² No ya sólo como Homero, sino como sus anacrónicos imitadores. Y esto sobre todo porque en Homero, y en especial en la *Odisea*, se anticipan ya algunos de esos principios poéticos alejandrinos.

³ Es notable que una buena parte de los pretendidos argumentos negativos esgrimidos por la crítica respondan en realidad a notas típicas del nuevo estilo: es el caso por ejemplo de la discontinuidad narrativa o la falta de unidad, también supuesta desde luego. De otras críticas, como la de la inmoralidad de los personajes centrales, apenas merece la pena hablar.

de la *Iliada* o la *Odisea*, así como una larga serie de símiles que se inspiran en los de esas epopeyas. Y en general puede decirse que Apolonio (ésta es una técnica típicamente helenística) tiene siempre presente al escribir la obra de Homero, y desde luego a otros muchos poetas de la antigüedad. Pero bajo esa capa imitativa, bajo la apariencia de un retorno o de una continuidad respecto a la tradición épica, es siempre a la vez constante el esfuerzo por imponer los rasgos de la nueva poesía y desde luego los de su propia personalidad. El paralelo con los modelos homéricos se quiebra continuamente, desbordado por una gran fuerza creativa y por los nuevos intereses estéticos. Apolonio refleja ya otro mundo, otro espíritu, otra cultura, otros gustos mucho más subjetivos, que se filtran a través del aparato épico heredado. Permite la entrada de fuertes influencias de otros géneros, de la lírica y la tragedia en particular, transformando la vieja pretensión de objetividad de la épica en una perspectiva más rica y compleja, muy distante de la ingenuidad arcaica que era la esencia psicológica de la epopeya primitiva.

El tema mítico

1. *Las Argonáuticas* constituyen un poema de unos seis mil versos, dividido en cuatro cantos o libros. Su tema, si lo expresamos de modo resumido y esquemático, es éste: por imposición de un rey despótico (Pelias), un héroe (Jasón)⁴ y un grupo de camaradas emprenden un largo y peligroso viaje a un país remoto (la Cólquide, al Este del Ponto o Mar Negro) para apoderarse de un objeto maravilloso (un vellón de oro); para lograrlo, además de viajar en una prodigiosa nave (la Argo), contarán con diversas ayudas, las de las diosas Hera y Atena principalmente (en ocasiones también de Apolo), de algunos auxiliares humanos y, por fin, con la decisiva colaboración de

⁴ El término griego «héroe» no tiene mucho que ver con lo que hoy entendemos por tal en la vida corriente o en la ficción. Es básicamente un concepto mítico-cultural, y gran parte de tales héroes recibían realmente culto, como se verá en algunos momentos del poema.

la maga Medea, hija del rey de la Cólquide, Eetes, la cual resuelve las imposibles pruebas a que Eetes somete a Jasón y, enamorada del héroe, le soluciona también ciertas dificultades del regreso y llega con él en viaje de retorno al punto de partida de la expedición.

Esta sinopsis, que parece en cierto modo la de un cuento popular⁵, deja de lado sin embargo todo lo que es más esencial en el poema y que lo dota de unas cualidades propias. Pero, por otra parte, este argumento no fue naturalmente una invención de Apolonio de Rodas. Existían unos precedentes, sin tener en cuenta los cuales es forzosamente incompleto cualquier acercamiento a su obra. Estos precedentes pueden ser examinados desde un doble punto de vista, como dimensión mítica y como hecho literario.

En cuanto a lo primero, el tema recogido por Apolonio forma parte de una complicada trama de leyendas griegas⁶. Sus héroes principales participan en diversos episodios míticos de relieve y pertenecen a la generación que precedió a la de la guerra de Troya.

En una primera etapa de este complejo mito aparece Éolo, que será el héroe epónimo del pueblo de los Eolios. Uno de los numerosos hijos de Éolo, los Eólidas, es Atamante, el cual a su vez tiene dos hijos, Frixo y Hele, con una primera esposa. La segunda, Ino, todo un perfecto ejemplar de madrastra malvada, busca la muerte de sus hijastros, pero la repudiada primera esposa con la protección divina los salva milagrosamente: un portentoso carnero con un vellón de oro lleva a Frixo por los aires (Hele, su hermana, perece en el camino) hasta el remoto país de la Cólquide. Allí Frixo contrae matrimonio con Calcío-

⁵ O mejor dicho, de una combinación de elementos de relatos populares, como ocurre igualmente en la *Odisea*. Este es un punto en el que se ha insistido con gran frecuencia, pero ha de tenerse en cuenta que el relato de Apolonio, heredero de otros relatos literarios previos y desde luego de la incorporación de tales elementos folclóricos a un complejo sistema mitológico (de lo que se trata a continuación), está ya muy lejos de tales orígenes.

⁶ Que no eran puras tradiciones anquilosadas, sino que en muchos lugares seguían vivas como explicaciones etiológicas populares y en el culto. Y esto por casi todo el Mediterráneo, que, recuérdese, estaba sembrado de colonias y establecimientos griegos.

pe, hija del rey de los Colcos, Eetes. Frixo sacrifica el carnero, ofreciendo su maravilloso vellón al rey, que a su vez lo ofrenda al dios Ares.

En una segunda etapa, con el mito de Atamante, de Frixo y el vellón de oro, se funde la historia de Jasón y el rey Pelias. A éste, soberano de Yolco, en Tesalia, le había sido profetizado que un hombre «al que viera de entre su gente con una sola sandalia» (según palabras del propio Apolonio al comienzo de *Las Argonáuticas*) sería el instigador de su muerte. Este hombre es su sobrino Jasón, y Pelias se vale de una añagaza para enviarlo a una expedición de la que espera no retorne jamás, en busca del famoso vellón de oro en poder del rey Eetes.

Es de este punto de donde arranca el poema de Apolonio. Tras el triunfal regreso será Medea la que, de acuerdo con la profecía, ocasione la muerte de Pelias, un episodio posterior al tema abarcado por *Las Argonáuticas* y con el que se cierra esta etapa del mito.

Como tantas otras veces, parece bastante inútil preguntarse si esta leyenda surgió a raíz de algún hecho real. Entre los antiguos circuló la especie de que habría una relación con el oro que arrastraban las aguas de los ríos de la Cólquide. Pero se trata sin duda de un mero intento de explicar racionalmente un mito.

2. El tema del vellocino de oro, dentro de esta compleja trama de la que aquí se ha dado sólo lo más inmediato, era susceptible sin embargo de desglosarse de ella al menos hasta cierto punto, y Apolonio y otros poetas vieron las posibilidades narrativas que ofrecía. Nuestro autor se centra, pues, en los avatares del viaje, la ida y el regreso, con el decisivo momento de la estancia en la Cólquide y las pruebas a que Jasón se ve sometido. Nos relata así una serie de peripecias, en una composición que recuerda particularmente la *Odisea*, sometiendo su materia a una simplificación esclarecedora, en que tanto los antecedentes argumentales como los hechos posteriores importan relativamente poco.

Es por ello quizás que la lectura del texto de Apolonio recupera el sabor a cuento popular, perdido o degradado al haberse insertado el episodio en todo un conglomerado mítico complejo. Como tal, si se desea tomar esta vía de análisis, puede apli-

cársele la metodología al uso en el estudio de las tradiciones folclóricas, y desde luego puede también extraerse de él cualquier interpretación de las que son corrientes en el examen de las narraciones mitológicas. Por supuesto folcloristas, mitólogos y sicólogos de corte más o menos freudiano no han dejado de escudriñar nuestro argumento y de desvelar sus posibles significados. No es este el lugar para, con mayor o menor escepticismo, referirnos a estas interpretaciones, ya que el lector no tendrá además que esforzarse demasiado para encontrar alguna en que se le asegure, por ejemplo, que la nave Argo (nombre relacionado con el de la blancura y el brillo en griego) simboliza la pureza o que el viaje en pos del vellocino representa el deseo y el logro de una purificación y el triunfo sobre las fuerzas del mal, etc.⁷

3. El segundo aspecto señalado, el del tema de *Las Argonáuticas* como hecho literario, supone en cierto modo un recorrido por gran parte de la poesía griega y por la obra de sus más grandes poetas.

En la *Iliada* se alude ya brevemente a algún episodio de las andanzas de Jasón, pero es en la *Odisea* donde encontramos un mayor eco con la mención de la Argo, de personajes de relieve como Eetes, Pelias y Esón (padre de Jasón), etc. En la *Teogonía* de Hesíodo hallamos un resumen del que será después el argumento de Apolonio y en los fragmentos de otras obras atribuidas al mismo Hesíodo hay restos del relato de diversos episodios. Algunas epopeyas perdidas debieron narrar por extenso al menos partes importantes de la saga, y un tema emparentado con ésta, como es el de los juegos fúnebres en honor del rey Pelias, fue cantado por Estesícoro. Pero, sobre todo para nosotros que dependemos de una transmisión incompleta, es Píndaro el primer lírico de categoría que ha dedicado una obra magistral a esta materia, la *Pítica* cuarta, de casi mediados del siglo v, y cuya comparación con el tratamiento que da Apolonio de Rodas al mito ofrece resultados llamativos. Entre las di-

⁷ Valga como muestra P. Diel, *El simbolismo en la Mitología griega*, trad. española, Barcelona, 1976, págs. 164 y ss. Ciertos puntos de interés que atañen parcialmente a la interpretación de nuestro tema pueden leerse en el atractivo ensayo de M. Detienne publicado en *RHR* 4, 1970, págs. 133-177.

ferencias más estrictamente temáticas está por ejemplo el hecho de que, en Píndaro, la marcha hacia la Cólquide es consecuencia de un pacto entre Jasón y el rey, puesto que Jasón (un héroe más decidido que el de Apolonio) aparece reclamando el trono que Pelias le ha usurpado a su padre Esón.

Los trágicos también tomaron bastantes motivos de la leyenda para los argumentos de sus piezas. Varias tragedias hoy perdidas tuvieron como título *Medea*, como la bien conocida de Eurípides, y otros títulos como *Argo*, *Frixo*, etc., fueron usuales.

A fines del siglo v es Antímaco de Colofón, un lírico precursor en muchos aspectos de la poesía helenística, el que parece haber tratado nuevamente con gran interés el tema de los Argonautas en su poema *Lide*, pero no desde luego como un relato seguido. Y, ya dentro de las generaciones de poetas alejandrinos, otras figuras de especial relieve, además de Apolonio, desarrollaron episodios concretos: así Filitas y, sobre todo, Calímaco y Teócrito. Calímaco tocó en particular la materia del regreso de los expedicionarios en sus *Aitia* y Teócrito en sus *idilios* XIII (*Hilas*) y XXII (*Los Dioscuros*) recogió dos momentos del viaje hacia la Cólquide*.

La estructura de la obra

1. Se ha dicho ya que *Las Argonáuticas* representan un compromiso entre la tradición del relato épico extenso, con argumento continuado, y las nuevas formas de la poesía alejandrina de breve extensión y con frecuencia (como en los *Aitia* calimaqueos) de articulación muy libre. Apolonio de Rodas toma un hilo argumental de tipo semejante a los modelos antiguos, pero por lo pronto selecciona una sección muy determinada de la gesta, iniciando y terminando su poema con dos momentos capitales y simétricos, la partida y la vuelta de los

* El tratamiento de los mismos temas por Calímaco y Apolonio, de un lado, y de Apolonio y Teócrito, de otro, implica interesantes cuestiones como la de la cronología relativa de los diversos textos, dado sobre todo que en ellos hay muchas alusiones, lo que era una práctica corriente entre los poetas alejandrinos.

héroes, y desdeñando el resto. De este modo realizaba, por una parte, el ideal aristotélico de la obra redonda y abarcable, y, de otra, rechazaba taxativamente la epopeya de temática amplia, de ciclos legendarios. Los episodios narrados forman una cadena, pero de suerte que el peso principal recae casi siempre sobre cada uno de los episodios, que se pueden leer, si se desea, como capítulos autónomos, a un paso ya de la desconexión temática practicada por Calímaco y de las rupturas que se dan en ocasiones en Teócrito y sus imitadores. Naturalmente esta construcción conlleva un riesgo: el que los lectores premien con su interés algunos de estos capítulos, en detrimento de los demás e incluso de la unidad de la obra entera. Y de hecho esto es lo que ha ocurrido al menos en tiempos modernos, con una decidida predilección por el libro III y, dentro de él, por aquellas escenas en que intervienen Medea y su apasionado amor por Jasón.

Pero a la vez y como contrapartida Apolonio, con un esmero también muy alejandrino, se ha cuidado de reforzar el engarce entre sus piezas con múltiples interrelaciones, referencias y juegos de simetrías y asimetrías⁹. Con ello se aleja también claramente de la construcción, mucho más elemental en este sentido, de los poemas homéricos y seguramente de la mayor parte de la épica que él pudo conocer.

2. Una cuestión, emparentada con la de la estructura, es la tan discutida de la unidad o falta de unidad del poema. No se trata ya sólo de cómo haya sido compuesto, sino de si existe o no una intención global, una especie de programa, tesis o lección a la que se subordine la obra entera.

La respuesta de la crítica durante bastante tiempo ha sido más bien negativa, lo que tal vez revele de hecho una escasa profundización en el texto o una real falta de interés. No quiero decir con esto que yo crea decididamente en la existencia de tal tesis, sea la que sea. Pero la verdad es que, cuando se ha estudiado el poema con mayor aprecio y atención, de inmediato

⁹ Las obras de Hurst, Thierstein y Preininger, que se citan en la bibliografía, ofrecen amplio material sobre esta cuestión. No todos estos trabajos sin embargo son igualmente recomendables. Thierstein sobre todo ha caído en algunos excesos lamentables.

han surgido explicaciones y teorías sobre este debatido punto. Ha sido en las últimas décadas sobre todo cuando esto ha ocurrido. Autores como H. Fränkel, P. Händel, G. Lawall, E. Phinney, G. Zanker, Th. M. Klein y otros han tenido el mérito de analizar el poema como un todo y han tratado de descubrir el hilo ideológico conductor, el supuesto plan que se ocultaría tras la trama argumental de *Las Argonáuticas*.

Por lo pronto es claro que la obra posee una unidad narrativa, a pesar de la predilección por la técnica de episodios. El hecho mismo del viaje y de la acotación de la materia dentro del gran desarrollo del mito se impone como criterio de unidad, y lo mismo ocurre con la presencia de unos personajes dominantes, como son sobre todo Jasón y Medea. Pero aún más allá de este nivel obvio de unidad un autor como G. Lawall¹⁰ ha creído ver la clave central del texto en una perspectiva pesimista y a la vez realista del mundo, que habría llevado a Apolonio a dar como triunfador a un personaje como Jasón, tan distante por su personalidad compleja y su conducta, que raya en ocasiones en la impiedad (la muerte de Apsirto es el momento decisivo en este aspecto), del tipo de héroe tradicional, encarnado aquí en otros expedicionarios de segunda fila. Para Lawall el poema nos daría el proceso de formación de un nuevo tipo de héroe, que culminaría en esa actitud inmoral y pragmática y al tiempo victoriosa.

De hecho la oposición entre unos héroes más tradicionales (Heracles, Idas, Peleo, Telamón, etc.) y el nuevo modelo que Jasón parece representar es un punto aceptado por otros críticos¹¹, lo que no presupone una favorable acogida para el resto de la tesis de Lawall. G. Zanker concretamente¹² cree que el tema determinante de *Las Argonáuticas* es el amoroso, que desborda, frente a lo usualmente pensado, el marco del libro III y que empapa el poema en su práctica integridad, un tema que

¹⁰ YCS 19, 1966, págs. 121-169. E. Phinney (*TAPbA* 98, 1967, págs. 327-341) y otros han secundado los análisis de Lawall.

¹¹ Fränkel, por ejemplo (*MIJ* 17, 1960, págs. 1-20), había previamente estudiado en este sentido el personaje de Idas.

¹² *WCS* 13, 1979, págs. 52-75. Cfr. ya antes C. R. Beye, *GRBS* 10, 1969, págs. 31-55.

Apolonio ha introducido de modo novedoso en la épica, imponiéndolo sobre una trama heroica de corte tradicional.

Todavía Th. M. Klein¹³, que hace una crítica aguda a la exposición de Lawall, ha propuesto como dato esencial para la comprensión del poema la postura escéptica de su autor, una postura ideológica que lo habría llevado a una contradicción insoluble entre lo heroico y lo no heroico.

3. Hoy por hoy no existe una idea que sea aceptable para la mayoría sobre este posible sentido global de la obra. Se ha de reconocer a Lawall el mérito de haber planteado radicalmente la cuestión con una tesis un tanto dogmática y que como tantas otras con ese carácter ha servido para despertar una fructífera polémica. Algo semejante a lo ocurrido también con un célebre libro suyo sobre Teócrito. Pero la verdad es que los precedentes para un héroe inmoral no faltan en la epopeya anterior y en otros géneros clásicos¹⁴; que, en segundo lugar, Lawall da la impresión de operar como si Apolonio hubiese elaborado su argumento desde la nada, y, por fin, que el esquematismo heroico de los otros personajes puede ser una simple consecuencia de sus papeles meramente secundarios.

Igualmente se puede criticar esa subordinación de lo épico a lo erótico dictaminada por Zanker. Nadie duda de la importancia del tema amoroso en Apolonio de Rodas, pero, como saben muy bien los conocedores de la poesía helenística, el amor es entre otros un ingrediente esencial en la poesía de esta época, y en *Las Argonáuticas* es evidente su combinación con muy diversos elementos. Precisamente una de las grandes cualidades de esta obra es el admirable equilibrio con que se conjugan todos ellos. En este texto, como en otros de los tiempos alejandrinos, hay una síntesis de géneros y de temas, y de ahí que también se pueda objetar a Klein el haber identificado lo que en el fondo no es sino un eclecticismo literario con un escepticismo ideológico. Que entre el escepticismo filosófico y la expresión ecléctica pueda haber una relación, es algo que no niego, pero así la tesis de Klein parece al menos un tanto im-

¹³ QUCC 13, 1983, págs. 115-126.

¹⁴ Y desde luego en obras contemporáneas. Mucho se ha discutido un caso parecido que se da en el *idilio* XXII de Teócrito.

precisa. *Las Argonáuticas* nos abre una amplia perspectiva y los lectores según sus gustos pueden disfrutar de sus muy diversas posibilidades. Apolonio mira tanto hacia el pasado (mítico, heroico, literario) como hacia el presente, y de ahí que su poema a veces nos pueda parecer una obra de venerable vetustez y a veces en cambio sintoniza perfectamente con nuestros sentimientos como la poesía más actual.

El argumento

1. El libro I se inicia con un proemio o preludio de 22 versos, con la típica invocación divina y un breve esbozo del tema de la obra, sus más cercanos antecedentes y el anuncio del catálogo del cuerpo expedicionario. Este catálogo, desarrollado durante más de dos centenas de versos (23-233), responde desde luego a la más pura tradición épica¹⁵, pero bajo su apariencia arcaizante encierra notables novedades. Su modelo básico es evidentemente el catálogo de las naves en *Iliada* II, que es para nosotros la primera descripción geográfica del mundo griego. Pero Apolonio no pasa revista a contingentes, sino a héroes individuales. En cuanto al orden impuesto, sigue uno de cierto rigor geográfico salvo alguna excepción, de tal modo que recorreremos con él la Grecia de los tiempos heroicos comenzando por el Norte (Pieria, en Tracia; Tesalia, Lócride), descendiendo hasta Eubea, Beocia y Ática, con un giro hacia el Oeste (el Peloponeso, con los héroes de Mileto y Samos incluidos), y Etolia, Fócide y de nuevo Tracia, con retorno final a Tesalia en el apéndice dedicado a Acasto y Argos. Se trata en total de 54 héroes (más Jasón), para una nave de sólo 50 remeros¹⁶.

¹⁵ En el caso concreto del tema de los Argonautas, antes de Apolonio debió ya haber bastantes catálogos, así en algunas tragedias hoy perdidas, etc. Nosotros conocemos el que ofrece Píndaro en su *Pítica* IV, y de fecha posterior a Apolonio los del mitógrafo Apolodoro, el poeta latino Valerio Flaco y el poema griego anónimo *Argonáuticas Orficas*.

¹⁶ A estos 50 deben sumarse el piloto Tifis, Orfeo (cuyas melodías marcan el ritmo a los remeros, como hacía el flautista en las naves ya históricas) y la imprevista presencia de los héroes Acasto y Argos.

Un catálogo así se prestaría a ser naturalmente una seca enumeración de personajes. Sin embargo, el poeta lo ha compuesto con un indudable esmero y una gran variedad de recursos. Los 54 héroes aparecen agrupados en dos secciones simétricas, con 27 nombres cada una, la primera encabezada por la relevante figura de Orfeo y la segunda por la no menos descolante de Heracles¹⁷. Por otra parte, Apolonio varía constantemente el modo de presentarlos. Unas veces lo hace individualmente, otras en parejas o en tríos. La extensión de cada referencia o apartado es muy distinta, desde los extremadamente breves hasta algunos de carácter más pormenorizado y digresivo, en función por lo general de la importancia que tiene el héroe, de su papel en el relato o de algunas otras motivaciones concretas. Por lo demás, el poeta insiste en la genealogía y los aspectos más humanos de sus héroes, a diferencia, por ejemplo, de lo que practica un Píndaro, diferenciándose también de éste por el número de personajes citados, por la superior complejidad de su catálogo y su muy distinta ordenación.

Al catálogo sigue una serie de escenas que preceden inmediatamente al momento de la partida de la nave y que, entre otros temas, contienen el de la elección de Jasón como jefe. Desde ese instante hasta el final del libro II se nos narra el viaje de ida con múltiples detenciones y peripecias. Los acontecimientos del primer libro ocupan más de un mes de viaje, desde el puerto de Págasas hasta la llegada al país de los Bebrices, siendo de destacar tres etapas de especial interés: la estancia en la isla de Lemnos y los episodios de Cícico y Misia¹⁸. Se ha podido decir que con el delicioso capítulo de Lemnos, con su tono erótico, se nos anticipa el decisivo de la relación entre Ja-

¹⁷ La participación de este semidiós en la expedición fue un tema de debate entre los antiguos: según bastantes poetas, simplemente, no había formado parte del grupo o había renunciado por diversas razones en el momento de la partida; Píndaro en cambio lo incluye en su catálogo y lo mismo hacen los autores posteriores a Apolonio. Teócrito (*idilio* XIII), a diferencia de éste, lo hará llegar hasta la Cólquide, sólo que por un camino diferente de sus compañeros.

¹⁸ En el de Lemnos leemos la única *éfrasis* (vv. 730 y ss) propiamente dicha del poema, es decir una descripción de un objeto artístico. En el de Misia se trata el tema de Heracles e Hilas, relatado igualmente por Teócrito en su citado *idilio* XIII.

són y Medea en el libro III, y que, a su vez, con la desaparición de Heracles en Misia Apolonio hizo desaparecer también cualquier posibilidad de epopeya heroica para su obra.

2. No hay transición entre el libro I y el II, y todo conduce a pensar que la división en dos libros del viaje de ida se debió simplemente a la excesiva extensión de la materia, que abarca casi la mitad del poema entero¹⁹.

El libro II se abre con los sucesos en el país de los Bebryces²⁰ y nos ofrece luego otros varios episodios importantes. Aquí leemos la profecía de Fineo sobre los avatares que aguardan a los Argonautas, el peligroso paso de las Simplégades, con la penetración ya en el Ponto y el recorrido por su costa meridional, la estancia en la corte del rey Lico, el encuentro con los hijos de Frixo y, al fin, la arribada a la Cólquide. Las jornadas de viaje que ocupa este libro pueden calcularse en casi setenta, incluidas por supuesto las detenciones y sobre todo la que tiene lugar en casa de Fineo. El lector puede, por otra parte, seguir esta sección del camino por partida doble, ya que a lo anticipado por las palabras del adivino corresponden los sucesivos momentos vividos posteriormente por los expedicionarios. El poeta ha combinado de modo magistral las dos series de informaciones, que se complementan entre sí sin repeticiones ni elementos superfluos.

3. El libro III se inicia con un nuevo arranque narrativo, con otra invocación (a la Musa Érato) y con el primer episodio «divino» u «olímpico»: los coloquios entre Hera, Atena y Afrodita y entre Afrodita y su hijo Eros, con su delicioso tono burgués y familiar y un derroche del más fino humorismo²¹. Queda así planteado el rumbo que decididamente impone este libro a la epopeya: la sustitución del heroísmo guerrero por la solución erótica²². La consecuencia, en el plano humano, será

¹⁹ Sobre el tema de la división de los libros cfr. Campbell, *Mnemosyne* 36, 1983, págs. 154 y s., además de los comentarios de Fränkel y Vian.

²⁰ Con el tema de la lucha entre su rey Ámico y el Argonauta Polideuces, narrado igualmente por Teócrito en su *idilio* XXII. Sobre el relieve de este episodio en Apolonio cfr. A. R. Rose, *WS* 18, 1984, págs. 115-135.

²¹ El modelo, un tanto remoto, es la escena homérica (*Iliada* XVIII 368 y ss.) en que Tetis visita la casa de Hefesto.

²² Contra lo que algunos han pensado, que esta escena es una pura concesión

la pasión de Medea, sus avatares psicológicos y su resuelto apoyo a Jasón. Las escenas de la embajada ante el rey Eetes y la dura actitud de éste, como luego el desarrollo de las terribles pruebas para la conquista del vellocino, a pesar de su impresionante descripción, parecen pasar a un segundo plano, aunque estén estrechamente ligadas al resto del argumento. Las artes mágicas de Medea han reducido la heroica empresa a un mero ejercicio, muy vistoso, pero de final previsible.

Cronológicamente este libro es de corta duración. Bastan cuatro jornadas para llenar el tiempo entre el planteamiento y el desenlace. La acción se despliega en sucesivos episodios en que alternan los momentos de interés básicamente psicológico con los de corte más épico y tradicional²³. La presencia de nuevos personajes (Eetes, Medea, su hermana Calcópe) y de escenarios más diversificados lleva a Apolonio a introducir la gran novedad composicional, frente a los usos homéricos, de desarrollar escenas que, si bien son lógicamente narradas de modo sucesivo, tienen lugar con una clara simultaneidad.

4. Tras la victoria de Jasón (en realidad de la magia de Medea) sobre las pruebas impuestas por Eetes, el libro IV se abre con una nueva invocación a la Musa. Prosigue con la decisión de Medea de escapar con los expedicionarios, con la conquista definitiva del vellón y el inicio de la huida de la Cólquide.

Desde ese momento asistimos a las peripecias del viaje de retorno y al fracaso de la persecución de los Colcos, con su punto culminante en la muerte del hijo de Eetes, Apsirto. La ruta es ahora en gran parte fluvial y continental, a través de Europa, hasta los confines nórdicos del mundo conocido, y luego por el Norte de África, con una última etapa marina has-

a la herencia homérica de los episodios olímpicos, tiene una función bien específica: mostrar, precisamente cuando se inicia la etapa decisiva de la empresa, que ésta sólo puede culminarse con el apoyo divino. Cfr. a este respecto P. G. Lennox, *Hermes* 108, 1980, págs. 45-73.

²³ La afirmación de P. Händel (*Beobachtungen zur epischen Technik des Apollonios Rhodios*, Munich, 1954, pág. 75) de que el libro III constituye en realidad un solo episodio (de carácter esencialmente psicológico) debe entenderse como válida sólo hasta cierto punto y sin duda responde a la vieja idea de la autonomía de este libro en el conjunto de la obra.

ta la llegada a Tesalia. Momentos de relieve en este regreso son el episodio ya mencionado de la muerte de Apsirto y la escala en la isla de Circe, ésta como consecuencia obligada de aquél; las nuevas escenas en el ámbito de los dioses con el mensaje llevado por Iris a Tetis para provocar la intervención de las Nereidas, el paso por las rocas Planctas, la estancia entre los Feacios, con el desposorio de Jasón y Medea, y la Sirte de Libia como último eslabón de gran peso en el relato antes del final precipitado. La cronología de esta parte del viaje es mucho menos precisa que la de la ida²⁴, lo que se explica en buena proporción por el carácter confuso de ciertas secciones del recorrido, en particular las de los ríos europeos. Pero puede aventurarse que la duración del retorno, a pesar de una extensión geográfica incomparablemente mayor, debe haber sido algo inferior a la del viaje hacia la Cólquide²⁵, sumando entre ambos un total probablemente cercano a los seis meses que algunos han calculado para la expedición.

Los personajes

Se ha dicho más de una vez que Apolonio une en su obra la tradición narrativa de la épica con la dramática de la tragedia clásica, alternando, sobre todo en los dos últimos libros, ambos factores. Y es en su faceta de obra dramática como interesan más algunos de sus personajes, dotados de los sutiles matices de una profunda psicología.

Es lógico que, asumiendo esta perspectiva dramática, el autor se haya centrado en unos pocos actores de su relato. La mayoría, y esto ocurre claramente entre los expedicionarios, tiene una mínima presencia, e incluso en los casos en que determinados héroes son los protagonistas indudables de ciertos episodios, tal como imponía la tradición homérica, este hecho apenas suele dar lugar a relevantes cotas en el nivel psicológico.

²⁴ Cfr. ya sobre esta cuestión A. Wifstrand, *Eranos* 30, 1932, págs. 2 y ss., así como los cálculos expuestos en la edición de Vian.

²⁵ La larga demora en casa de Fineo en el libro II explica en gran parte este resultado.

Existe en el tratamiento del grupo de los Argonautas una intención más social que psicológica, lo que se pone de manifiesto hasta en los instantes en que en el colectivo se produce un amago de crisis de desunión. Hay en su comportamiento un cierto talante democrático, y es democráticamente como es llevada adelante la empresa, muy lejos del tono individualista con que nos son presentados muchos episodios homéricos.

Por otra parte, los dioses tienen en su trato con los humanos una actividad mucho más restringida que en Homero. Su poder sigue siendo decisivo y sus manifestaciones son frecuentes, sobre todo en el libro IV, pero se ha ensanchado la distancia que media entre hombres y dioses y ninguna divinidad de importancia se relaciona directamente con los héroes. Los episodios «olímpicos», tan familiares para el lector de Homero, están reducidos a dos. Y de hecho gran parte de la influencia divina se manifiesta indirectamente: así, la pasión de Medea por Jasón es un instrumento de los dioses para lograr por medio de sus poderes mágicos el fin deseado.

Son los dos personajes principales, Jasón y Medea, aquellos en que el poeta ha derrochado su capacidad de análisis del alma humana. Y justamente son los dos sobre los que la crítica ha producido las tesis más divergentes y las más vivaces discusiones.

Para una gran parte de la crítica tradicional²⁶ Jasón es un caudillo oscurecido por el relieve del propio grupo que dirige, un héroe sentimental y vacilante, cuando no frío, calculador y oportunista. El vigor del papel de Medea y la decisión que en determinados momentos muestran otros Argonautas han servido para agudizar tal contraste en el sentir de muchos, y desde luego no para beneficio de Jasón. Otros, con perspectivas más abiertas y razonables (es el caso, por ejemplo, de Fränkel), han visto en él más bien un héroe racionalista y sensato, cuyas prevenciones e indecisiones se justifican por las (para las fuerzas humanas) imposibles tareas que se le imponen; un héroe, en fin, abocado a aventuras no buscadas, frente al heroísmo anacrónico e irreflexivo de otros Argonautas.

²⁶ Cfr. los análisis de Vian en *Studi in onore di Antonio Ardigoni*, Messina-Urbino, 1978, II, págs. 1023 y ss., y de Klein, *art. cit.*

Para Lawall²⁷, tal como ya se ha adelantado, Jasón es un personaje sometido a una maduración espiritual y que llega a una actitud inmoral y pragmática, coherente con el pesimismo existencial que él cree descubrir en la obra y en su autor. Para otros analistas Jasón en cambio es una personalidad muy finamente matizada: está muy lejos sin duda del brillante héroe tradicional, pero tampoco es un villano ni un cínico ni menos un ser borroso y vacilante. Más bien por el contrario un héroe muy humano, aventurero a la fuerza, consciente y piadoso porque sabe cuáles son los límites estrictos del hombre y cuán decisivo es el poder de los dioses²⁸; el único héroe imaginable en la época de Apolonio de Rodas y con el que éste parece haber representado una especie de compendio de las mejores virtudes morales y políticas del mundo helénico, frente a la barbarie oriental, compendiada a su vez en el rey Eetes.

Respecto a Medea, la crítica tradicional ha censurado sobre todo la aparente falta de unidad del personaje, al distinguir en él dos caracteres contrapuestos, el uno amable y apasionado, el otro siniestro y sanguinario, una duplicidad que sería a la vez como un reflejo de la falta de unidad del propio poema, que se apreciaría en especial en la discontinuidad entre los dos últimos libros. Medea cambiaría de faz de un libro a otro, doncella enamorada en el primero, bruja criminal en el segundo. Pero la falacia de tal duplicidad es fácil de advertir y ha sido denunciada ampliamente por autores como G. Paduano²⁹, Vian y otros. El amor de Medea nace ya bajo un signo fatal, al haberle sido impuesto por los dioses (como sus aventuras a Jasón), y es una personalidad rica y compleja la que sufre este destino y responde como tal a él, manifestándose en ambos libros con los comportamientos más extremados de que es capaz y también con el uso de sus poderes sobrehumanos, al servicio de su amor y tanto para bien como para mal.

²⁷ *Art. cit.*

²⁸ Ya Fränkel en sus comentarios señaló algunos de estos matices. Cfr. también Vian en el artículo mencionado de *Studi... Ardigizani* y en el preámbulo al volumen II de su edición, págs. 19 y ss.

²⁹ *Studi su Apollonio Rodio*, Roma, 1972, en especial págs. 61 y ss.

La geografía

Autores como R. Walther, a fines del siglo pasado, E. Delage, L. Pearson, Vian y otros en fecha posterior, han analizado concienzudamente los abundantes datos geográficos manejados por Apolonio de Rodas, así como las fuentes de donde proceden tales informaciones. Estas fuentes debieron ser múltiples, unas muy antiguas (Homero, los primitivos historiadores y mitógrafos jónicos, etc.), otras incluso muy recientes. Nuestro poeta trata de narrar no un viaje de unos marinos contemporáneos, sino un viaje que tiene como fondo la geografía de los tiempos homéricos, prehoméricos si se prefiere³⁰. Una geografía que por supuesto había de ser previamente reconstruida, una tarea en la que Apolonio pone sus extensas lecturas y conocimientos. Las noticias poéticas son cotejadas y comprobadas con las que proporcionan los geógrafos, y, tal como es usual entre los alejandrinos, no se nos ofrece dato alguno que no tenga un respaldo escrito o al menos alguna vieja tradición local que lo avale.

Como es natural, la información era muy precisa para el viaje de ida, con su ruta bastante bien conocida en sus líneas generales. Pero no así para el viaje de regreso, y en especial para los vericuetos fluviales de la Europa interior. Y cabe preguntarse el por qué Apolonio eligió este camino de retorno, cuando las variantes de la leyenda le hubieran permitido adoptar algún otro de menores dificultades³¹. En realidad tal elección sólo puede entenderse si se tiene en cuenta una serie de antecedentes. Había una larga tradición que hacía a los Argonautas volver por una ruta en gran parte puramente mítica, por el Océano, entendido a la manera homérica, es decir como un gran río que circundaba la tierra. Pero una versión de este tipo incorporaba ya una vía parcialmente fluvial, por el río que los

³⁰ Recuérdese que la propia geografía de la *Odisea*, con sus localizaciones más míticas que reales, había sido asimilada en el sentir de los griegos con el paso del tiempo al área del Mediterráneo.

³¹ Concretamente Calímaco prefirió el regreso a través del Bósforo, por el mismo camino de la ida y la solución sin duda más simple.

antiguos llamaban Fasis, en la propia Cólquide, y en una dirección sur-oriental, lo que resultaba incompatible con los conocimientos geográficos de los nuevos tiempos. De ahí que aparecieran, como soluciones más recientes, unas rutas nórdicas, ya por el río Don, ya por el Danubio, la segunda de las cuales sobre todo parecía más satisfactoria. Los progresos de la ciencia geográfica obligaban desde luego a poner en tela de juicio un paso oceánico por el Norte y es fácil de comprender que Apolonio recurriese al camino que podía parecerle más racional y verosímil, aceptando esas vías fluviales. Sin embargo, las oscuras noticias que existirían en su época sobre los grandes ríos europeos lo llevaron a admitir unas peregrinas conexiones entre el Danubio y el Adriático y entre el Po y el Ródano. Así se lograba hacer transitar a los Argonautas por lugares donde había tradiciones que recordaban su paso, se evitaba a la vez la desacreditada travesía por el Océano homérico (que en Apolonio se ha convertido en una Mar Tenebrosa impracticable y letal) y en fin de cuentas se reducían las dimensiones geográficas del mito a un ámbito en gran parte más accesible y familiar³².

APOLONIO DE RODAS Y LA POSTERIDAD

Se ha aludido ya a la frialdad con que durante bastante tiempo en época moderna ha sido acogida la obra de Apolonio. Y sería un tanto inútil intentar rastrear su influencia en las literaturas europeas de los últimos siglos, ya que si de los propios filólogos apenas algunos se dignaban estudiarla, mal podía conocerla un público amplio o algún que otro escritor que no estuviera especialmente interesado en tan difícil autor alejandrino³³. No es ese el caso en la antigüedad. De hecho ya el juicio de los críticos sobre el poema parece haber sido unánime:

³² En las *Actas del I Congreso Andaluz de Estudios Clásicos*, Jaén, 1982, páginas 156-159, he examinado esta cuestión.

³³ Pero el que Apolonio no haya tenido abundancia de lectores no significa que su tema no haya sido atractivo para la cultura occidental. Por supuesto está ahí el interés por la figura de Medea y, en cuanto al viaje de los Argonautas, bien estudiado por los mitógrafos, obras como la del poeta inglés Morris o *The Golden Fleece* de R. Graves han contribuido a mantenerlo como argumento literario vivo.

si bien se reconocía que no era la obra de un genio a la altura de Homero (punto de referencia obligado para un épico), se trataba sin la menor vacilación de un poeta dotado y de gran corrección y esmero.

No debe sorprendernos por tanto que Apolonio haya sido uno de los autores alejandrinos que ha ejercido mayor influencia durante siglos. Entre los griegos son ya patentes sus ecos, por ejemplo, en una obra tan preciosista e innovadora como es la *Europa* de Mosco y, aunque sea difícil rastrear otras influencias en textos épicos cercanos, ya que en la épica griega de cierta extensión tenemos un gran vacío hasta la época imperial, la lectura de Apolonio es patente a lo largo de toda la historia de la poesía helénica de esos siglos. Y por supuesto lo es de modo indiscutible en la última etapa, ya bajo el Imperio Romano, tanto en autores de textos ambiciosos como Quinto de Esmirna o Nono de Panópolis como en aquellos que se inclinan por una épica menor, como es el caso de Trifiodoro, Coluto o Museo. E igualmente en la obra anónima titulada *Argonáuticas Órficas*, en que se funde el tema tratado por Apolonio con la larga tradición del pensamiento órfico.

Entre los latinos, ha podido decirse que, después naturalmente de Homero, es Apolonio de Rodas el modelo principal para un poema de la altura de la *Eneida* de Virgilio. Y hasta tal punto esto ha sido así que Virgilio ha contribuido poderosamente al desplazamiento de Apolonio en el interés de la posteridad, que al establecer una comparación entre ambos se inclinó por el émulo romano. Quizás por ello también el leer hoy a Apolonio, si se ha hecho lo propio antes con Virgilio, pueda ser una atractiva experiencia, aunque el orden de las lecturas seguramente debiera ser el inverso.

Apolonio influyó igualmente en otros poetas latinos como Catulo, Propertio y, sobre todo, Ovidio y Lucano. Directamente dependientes de su obra son *Las Argonáuticas* de Valerio Flaco, de hacia el año 70 d. C., que con el cultivo de la lengua épica virgiliana supusieron un intento de renovación de la epopeya romana. Y, para terminar, cabría también añadir que, si se pudiese dudar de la popularidad de la materia poetizada por Apolonio en el mundo romano, bastaría releer el humorístico testimonio de la *Sátira* primera de Juvenal.

LA TRADUCCIÓN Y EL COMENTARIO

Traducir a Apolonio de Rodas no es tarea liviana, y siempre será necesario que el lector disponga del auxilio de un número no escaso de notas aclaratorias. *Las Argonáuticas* es una obra en que los datos eruditos de diversas especies inundan el texto, no siendo por lo general suficiente la información que ofrece el propio poeta, y esto ni siquiera para quienes manejan habitualmente libros antiguos y poseen ciertos conocimientos mitológicos y de otras materias. No obstante, aquí las notas, a pesar de su presencia aparentemente nutrida, se han visto restringidas hasta un grado que puede juzgarse como el mínimo imprescindible³⁴. Se han tenido en cuenta los comentarios de la edición de Vian, el muy amplio de Fränkel y el más puntual, pero útil sin duda, de Mooney, así como los de las ediciones parciales de Gillies (libro III), Ardizzoni (I y III) y Livrea (IV), incorporándose algunos materiales extraídos también de artículos de fecha reciente y de libros monográficos importantes. Las citas comparativas (con Homero, Calímaco y Teócrito sobre todo)³⁵ son intencionadamente parcas y sólo se ha recurrido a ellas cuando había alguna razón de mayor peso. Las informaciones mitológicas y geográficas son breves por lo general, ya que, por un lado, no puede esperarse que las notas de una traducción sustituyan a un buen diccionario de Mitología y, por otro, muchos más detalles (cuando las localizaciones son realmente conocidas, por ejemplo) hubiesen sido poco pertinentes, y siempre el lector interesado puede recurrir a los mapas de una edición como la de Vian. En la selección de estos y otros tipos de datos ha prevalecido la idea de que duplicar o triplicar el número de notas o ampliar su volumen hubiera sin duda ayudado poco a facilitar la lectura al lector de hoy y más

³⁴ En ocasiones, para comodidad del lector, se ha repetido brevemente alguna noticia cuando su primera mención era demasiado remota como para ser fácilmente recordada.

³⁵ Los fragmentos de Calímaco, que pueden plantear problemas con su numeración, son mencionados de acuerdo con la edición de R. Pfeiffer.

bien hubiese contribuido a ahuyentar a algunos. En cambio, sí me ha parecido recomendable el señalar la existencia, en lugares discutidos, de interpretaciones distintas y divergentes.

En cuanto a la traducción, he procurado ser lo más literal posible, y esto por una razón general, mi respeto al autor y a su estilo, y por otra más particular, mi respeto al lenguaje de la épica, que es muy distinto del de la novela y otros géneros narrativos y requiere su propia solemnidad arcaizante y su específico ritual lingüístico. De ahí que, por ejemplo, haya evitado aligerar la dicción, por artificial que pudiera resultar para el lector de ahora, y haya en cambio mantenido las tendencias reiterativas del original (Homero es incomparablemente más repetitivo que Apolonio), así como ciertos usos ambiguos («él» sin especificar, etc.), que sólo el contexto o una nota oportuna pueden explicar, pero que pertenecen a la herencia épica. Por otra parte, es perceptible de inmediato que Apolonio deja un amplio margen a la imaginación de su lector, que debe además prestarle una atención constante, y no había razón para traicionarle en este punto. Su estilo es de una concisión extremada («avaro de palabras» en expresión de Fränkel, «estilo telegráfico» según Stoessl), y allanarlo con fáciles perifrasis sería simplemente adulterarlo.

Existen en español algunas traducciones de esta obra y el lector y no yo es quien debe juzgar, comparándolas si lo desea, los méritos y defectos respectivos. Según M. Menéndez Pelayo³⁶, el humanista valenciano del siglo xvii Vicente Mariner, sin duda el primero, tradujo ya el texto y hasta llegó a editar su traducción, en Amberes, sin que queden ejemplares al parecer de esta edición. También el mismo erudito da noticia (*op. cit.*, pág. 431) de la traducción, sólo parcial, del obispo mejicano Ignacio Montes de Oca bajo el seudónimo de Ipanandro Acaico, una versión a la que se refiere también C. García Gual en el prólogo de la suya (Editora Nacional, Madrid, 1975), así como a otra más moderna, la del jesuita R. Ramírez Torres. Confieso que no me he molestado en seguir la pista ni menos en leer tan raros especímenes de la poco gloriosa historia de la traducción

³⁶ *Biblioteca de Traductores* (Edición Nacional de sus Obras Completas), III, pág. 39.

española de textos clásicos, excepto por supuesto la ya mencionada de mi colega García Gual, la única hoy más accesible en el mercado editorial.

En la mía he seguido la edición de F. Vian, actualmente la mejor sin duda de Apolonio de Rodas. Cuando el texto que traduzco no responde al de Vian, esto se aclara en la nota correspondiente, con la cita de la fuente de esa lectura (los mismos manuscritos con frecuencia) o del estudio donde se defiende. La edición de Vian es profundamente conservadora, en el sentido de que mantiene en la medida de lo posible el texto transmitido frente a las correcciones modernas, que tantas veces se revelan innecesarias o disparatadas. Estoy totalmente de acuerdo con ese criterio filológicamente conservador, e incluso en bastantes lugares lo soy más que Vian. De ahí buena parte de las citadas diferencias.

Un último punto debe igualmente ser aclarado, y es el de las transcripciones de los nombres propios que se leen a través del poema. En esta cuestión caben gustos dispares y yo he sido intencionadamente ecléctico. Cuando no hay razón que lo impida, aplico las reglas convencionales, que son bien conocidas de los filólogos clásicos. En cambio, cuando el uso de nuestra propia lengua impone resistencia y existe una forma más o menos tradicional, he preferido ésta sin reservas.

BIBLIOGRAFÍA

La primera edición, en tiempos modernos, o *editio princeps* de *Las Argonáuticas* se debe a J. Láscaris (Florencia, 1496). La obra ha sido editada después con cierta frecuencia, al menos una decena de veces ya entre los siglos xvi y xviii, siendo quizás el primer intento serio de edición crítica el de R. F. P. Brunck (Estrasburgo, 1780), tal como lo son, ya en el xix, las ediciones de A. Wellauer (Leipzig, 1828) y R. Merkel (Leipzig igualmente, 1852 y 1853). En nuestro siglo merecen ser destacadas las de R. C. Seaton (Oxford, 1900), G. W. Mooney (Dublín, 1912), H. Fränkel (Oxford, 1961), las parciales también aludidas de M. M. Gillies (Cambridge, 1928), A. Ardizzoni (Bari, 1958, del libro III; Roma, 1968, del libro I) y E. Livrea (Florencia, 1973), además de la de Vian del libro III (París, 1961), y la de este mismo autor, en colaboración con E. Delage, del texto completo (París, 1974-1981) en tres volúmenes.

En lo que va de siglo, aparte de las ediciones del texto, que han representado un gran esfuerzo crítico, se han publicado estudios de todo tipo en número proporcionalmente creciente al interés despertado entre los filólogos por el poema de Apolonio. No tendría mucho sentido dar aquí una prolija bibliografía, útil sólo para especialistas, pero sí creo que puede ser oportuno citar una serie de nombres (y de títulos), muchos de los cuales el lector va a encontrar mencionados en las notas del texto y que han contribuido con mayor o menor ciencia y originalidad a que hoy podamos leer a este poeta helenístico con superior profundidad y comprensión³⁷. A. Ardizzoni,

³⁷ Cuando la cita corresponde a un libro de los mencionados en la presente bibliografía la referencia puede encontrarse abreviada, pero siempre de modo suficientemente claro. En el caso de los artículos de revistas, mucho más nume-

E. Livrea, M. Campbell, G. Giangrande, los mismos Fränkel y Vian, y tantos otros son autores de artículos en los que se tocan problemas críticos y se aportan interpretaciones o se estudian temas más generales y variados. Giangrande es autor, además, de una brillante monografía, aquí exhaustivamente aprovechada, con el título de *Zu Sprachgebrauch, Technik und Text des Apollonios Rhodios* (Amsterdam, 1973), Campbell de dos libros de gran erudición (*Echoes and imitations of early epic in Apollonius Rhodius*, Leiden, 1981, y *Studies in the Third Book of Apollonius Rhodius Argonautica*, Hildesheim-Zurich-Nueva York, 1983) y Fränkel, aparte de un importante trabajo técnico de crítica textual, de un ambicioso comentario titulado *Noten zu den Argonautika des Apollonios* (Munich, 1968). Un libro que abrió nuevas perspectivas en nuestro conocimiento de la ruta de los Argonautas fue el de E. Delage *La géographie dans les Argonautiques d'Apollonios de Rhodes* (Burdeos, 1930), de un modo semejante a lo practicado por H. Färber en otro dominio con su tesis (Berlín, 1932) *Zur dichterischen Kunst in Apollonius Rho-*

rosos, he dado indicaciones mínimas (se elude por ejemplo el número de serie, cuando existe, y el título del artículo), con el título de la revista, si tiene más de una palabra, también abreviado, de acuerdo con las siglas usuales. Para comodidad del lector doy aquí una tabla de las revistas citadas:

- AC = *L'Antiquité Classique*
 CI = *Corolla Londiniensis*
 CQ = *Classical Quarterly*
 CR = *Classical Review*
 GIF = *Giornale Italiano di Filologia*
 GRBS = *Greek, Roman and Byzantine Studies*
 MCr = *Museum Criticum*
 MH = *Museum Helveticum*
 QUCC = *Quaderni Urbinati di Cultura Classica*
 REA = *Revue des Études Anciennes*
 REG = *Revue des Études Grecques*
 RFIC = *Rivista di Filologia e di Istruzione Classica*
 RbM = *Rheinisches Museum*
 RHR = *Revue de l'Histoire des Religions*
 RPh = *Revue de Philologie*
 SIFC = *Studi Italiani di Filologia Classica*
 TAPA = *Transactions and Proceedings of the American Philological Association*
 WS = *Wiener Studien*
 YCS = *Yale Classical Studies*

dius'Argonautika (die Gleichnisse) y por P. Händel con sus *Beobachtungen zur epischen Technik des Apollonios Rhodios* (Munich, 1954). Estudios más recientes son los de A. Hurst, *Apollonios de Rhodes. Manière et cohérence. Contribution à l'étude de l'esthétique alexandrine* (Ginebra, 1967), de D. N. Levin, *Apollonius'Argonautica re-examined. I: the neglected First and Second Books* (Leiden, 1971), de P. Thierstein, *Bau der Szenen in den Argonautika des Apollonios Rhodios* (Berna-Frankfurt, 1971), de G. Paduano, *Studi su Apollonio Rodio* (Roma, 1972), y la tesis de J. Preininger, *Der Aufbau der Argonautika des Apollonios Rhodios* (Viena, 1976).

LAS ARGONÁUTICAS

CANTO PRIMERO

EN ti, Febo¹, tomando principio, traeré a la memoria hazañas de los hombres nacidos antaño, que por la boca del Ponto y a través de las Peñas Ciáneas², según del rey Pelias fuera el mandato, en pos del dorado vellón dirigieron la sólida Argo.

Pues tal vaticinio oyó Pelias³: que en lo venidero horrible sino le aguarda, por consejos de ese hombre ser abatido al que viera de entre su gente con una sola sandalia. Y no mucho tiempo después, según tu profecía⁴, Jasón, al pasar a pie las corrientes del Anauro⁵ en su crecida invernal, salvó una del fango, pero en cambio dejó en él su otra sandalia, atrapada en la corriente del río. Y llegó con prisas⁶ a casa de Pelias, a participar del banquete que en honor de su padre Posidón y demás divinidades éste celebraba, negando sus atenciones no obstante a Hera Pelasga⁷. Y nada más verlo entendió y para él preparó la prueba de una travesía de penalidades sin cuento, para

¹ El poeta comienza invocando a Apolo (por su relación con el oráculo que luego se menciona y por su importancia en el relato). El proemio se extiende hasta el verso 22.

² Es decir «Oscuras», llamadas también Simplégades: cfr. luego II 317 y ss. y 549 y ss. sobre todo.

³ Sobre los antecedentes cfr. Introducción, *El tema mítico*.

⁴ De Apolo.

⁵ Río de Tesalia.

⁶ Y por tanto sin tomar un nuevo calzado.

⁷ Advocación de la esposa de Zeus relacionada con la antigua población de los Pelasgos, aquí simplemente por Tesalios. Hera es la protectora habitual de Jasón.

que en el mar o entre hombres extraños perdiera la ocasión del retorno.

De la nave ya los cantores de antaño celebran aún cómo Argos⁸ la construyó según las instrucciones de Atena. Y yo ahora, la estirpe y el nombre podría decir de los héroes y sus pasos por el largor de la mar y cuantas empresas llevaron a cabo en su viaje errabundo. ¡Que las Musas sean inspiradoras del canto!

Primero, pues, recordemos a Orfeo, al que en tiempos la propia Calíope se cuenta que, unida en el lecho al Tracio Eagro, lo pariera cerca de la cima de Pimplea⁹. Dicen de él que encantaba en los montes los duros peñascos y las corrientes de los ríos con el son de sus cánticos. Y las silvestres encinas, señales todavía de aquella su música, sobre la costa Tracia de Zona avanzan frondosas en orden espeso, aquellas a las que con su lira hechizadas las hizo él descender desde Pieria¹⁰. Tal era Orfeo, al que como auxiliar en su empresa acogiera el Esónida¹¹, atento a los consejos de Quirón: el soberano de la Pieria Bistónida¹². 30

Y al punto llegó Asterión, al que Cometes engendró y que moraba en Piresias, junto a las aguas del turbulento Apídano, cerca del monte Fileio, donde el gran Apídano y el divino Enipeo se encuentran los dos, viniendo a juntarse de lejos¹³.

Y luego de éstos, dejando Larisa¹⁴, llegó Polifemo el Ilátida, 40

⁸ Este confuso personaje debe distinguirse tanto del célebre monstruo muerto por Hermes como del hijo de Frixo, que aparecerá después.

⁹ Monte de Pieria, en Macedonia, al Norte del Olimpo. Calíope es por supuesto una de las Musas.

¹⁰ Entre otros prodigios, la música de Orfeo hizo marchar estos encinares desde Pieria hasta Zona, muy al Este, cerca de la desembocadura del Hebro, próxima ya a la entrada del Ponto.

¹¹ El hijo de Esón, Jasón naturalmente. El empleo de este tipo de patronímico es usual en la épica griega.

¹² Orfeo era rey de Pieria. Pieria y Bistonia eran en realidad dos comarcas bien distintas y alejadas. Quirón es el centauro bien conocido, educador de Aquiles y Jasón, y figura de prudente consejero.

¹³ Piresias estaba en Tesalia, en la confluencia de los ríos citados, ambos afluentes del Peneo. Asterión, como tantos otros, es un héroe poco relevante.

¹⁴ Ciudad principal de la Pelasgiótide, al Norte de Grecia. Ciertas expresiones como «luego de», etc., no es seguro que deban tomarse en sentido temporal estricto (Fränkel lo rechaza), sino sólo en el orden del propio catálogo.

que antes entre los Lápitás robustos, cuando contra los Centauros tomaban las armas los Lápitás, muy joven combatía; mas en esta otra ocasión sus miembros ya le pesaban, si bien perseveraba su ánimo, tal como en tiempos lleno de Ares¹⁵.

Tampoco Íficio en Fílace¹⁶ largo plazo aguardó, tío del Esónida por parte de madre, pues Esón desposó a su hermana Alcímada, la hija de Fílaco, y es el vínculo y parentesco de ésta el que le impone unirse a la tropa.

Tampoco Admeto, que en Feras¹⁷ la de buenos corderos reinaba, permaneció al pie de la cumbre del monte Calco-
50 donio.

Tampoco en Álope¹⁸ quedaron los ricos en cosechas hijos de Hermes, los bien sabedores de añaegas Érito y Equión. Y los siguió en su marcha Etálida, el tercer hermano. A éste junto a las corrientes del Anfriso lo parió la hija de Mirmidón, Eupolemea de Ptía; en tanto que los dos aquéllos nacieron de Antianera, hija de Menetes.

Y llegó dejando la rica Girtón¹⁹ Corono, el hijo de Ceneo, valiente, mas no mejor que su padre. Pues de Ceneo, a pesar de estar aún vivo, celebran los cantores²⁰ que pereció a manos de los Centauros cuando él solo los rechazó, lejos de los otros 60 héroes, y aquéllos de vuelta al ataque ni pudieron doblegarlo ni matarlo en su avance, sino que sin quebranto, sin doblarse, se hundió en lo profundo de la tierra bajo los golpes violentos de recios abetos²¹.

¹⁵ Equivalente a belicoso. Polifemo, hijo de Ílato, no debe ser confundido con el Cíclope de la *Odisea*. La guerra entre Lápitás y Centauros es un episodio célebre y no requiere más explicación.

¹⁶ En Priótide, igualmente al Norte. Este Íficio, hijo de Fílaco, es distinto lógicamente del hijo de Testio que se nombrará después.

¹⁷ En el límite Sur de Tesalia. Admeto es el esposo de Alceste, la célebre heroína de Eurípides.

¹⁸ Cerca de la costa Norte del golfo de Malia.

¹⁹ Probablemente cercana a la ya mencionada Larisa.

²⁰ Texto muy debatido: cfr. las observaciones de Campbell en *CQ* 21, 1971, págs. 403 y s.

²¹ El Lápita Ceneo era invulnerable, de modo que los Centauros (cuyas armas son abetos ya en [Hesíodo], *Escudo* 188) hubieron de sepultarlo, vivo, a golpes.

Y llegó a su vez Mopso el Titaresio²², al que mejor que a nadie el hijo de Leto²³ enseñara los presagios de las aves.

Vino también Euridamante, hijo de Ctímeno. Y vivía cerca del lago Junias en Ctímena de los Dólopes²⁴.

Y Actor hizo partir de Opunte a su hijo Menecio, para que 70 fuera en compañía de los héroes²⁵.

Y lo siguieron Eurición y el valeroso Eribotes, hijo el uno de Teleonte y el otro de Iro el Actórida: de Teleonte el afamado Eribotes, de Iro Eurición. Con ellos, el tercero, iba Oileo, que descollaba en coraje y en cargar diestramente contra el enemigo por detrás, cuando había ya quebrantado sus filas²⁶.

Y de Eubea llegó Canto, al que, por así él desearlo, enviara Caneto, el hijo de Abante. No iba de regreso a retornar a Cerinto²⁷, pues era su sino que, al igual que Mopso, el sabio en 80 vaticinios, pereciera en errante marcha en los confines de Libia²⁸. Que no hay para los humanos un mal, por remoto que sea, que no alcancen²⁹, cuando a aquéllos también los enterraron en Libia, tan lejos de los Colcos cuanto se ven a la distancia los ocasos y las salidas del Sol³⁰.

Con éste luego se reunieron Clitio e Ífito, custodios de Ecalia³¹ y del cruel Eurito hijos, de Eurito al que el Flechador su

²² Llamado así por el río de este nombre, afluente del Peneo, o quizás por ser nieto de Titarón.

²³ Apolo. Mopso es uno de los adivinos de este nombre en la Mitología griega.

²⁴ Al Oeste de Ptía. Euridamante aparece por primera vez aquí nombrado entre los Argonautas.

²⁵ Opunte estaba en Lócride. Menecio es el padre del bien conocido Patroclo.

²⁶ De estos tres Argonautas sin duda el más relevante es Oileo, al menos por ser el padre de uno de los Ajax homéricos.

²⁷ En el NE de la isla de Eubea. Abante es el héroe epónimo de los Abántidas de esta isla.

²⁸ Cfr. luego IV 1467 y ss.

²⁹ Esta es la interpretación más corriente y también la de Vian (cfr. *REA* 72, 1970, págs. 82 y s.). Giangrande (*CQ* 17, 1967, págs. 85 y s.) entiende «no hay un mal mayor...» (es decir, que morir lejos de la patria).

³⁰ Libia y Cólquide eran los dos extremos del mundo en la concepción mítica reflejada aquí.

³¹ En Eubea, según la tradición aceptada por Apolonio. Homero la sitúa en cambio en Tesalia.

arco donara. Mas no disfrutó del regalo, pues por su voluntad quiso competir con el propio donante³².

Tras éstos llegaron los Eácidas, no juntos los dos ni del mismo lugar. Pues se habían asentado en su huida lejos de Egina cuando por imprudencia a su hermano Foco mataron. Telamón habitaba en la isla del Ática y Peleo tenía su casa en Ptía, lejos de él³³.

Luego de éstos llegaron de Cecropia³⁴ Butes el lleno de Ares, hijo del noble Teleonte, y el de buena lanza Falero. A éste lo envió su padre, Alcón: no tenía ya otros hijos que velaran por su vejez y sustento, y sin embargo lo mandó, aunque era su muy amado y único hijo, para que descollara entre los héroes osados. A Teseo, que más que todos los Erecteidas³⁵ brillaba, atadura invisible lo retenía bajo la tierra del Ténaro, cuando fue en pos de Pirítoo por un inútil camino³⁶. Ambos en verdad les hubieran hecho a todos más llevadero el cumplimiento de su empresa esforzada.

Tifis el Hagníada dejó Sifeo, el poblado de Tespías, él que era hábil en saber de antemano si se levantan las olas de la mar anchurosa y hábil en ver los indicios de las borrascas del viento y del navegar con sol y con estrella³⁷. La propia Tritónide, Atena, lo incitó hacia la tropa de los héroes y él llegó entre quienes así lo deseaban. Pues ella también puso su esfuerzo en la rápida nave y con su ayuda la construyó Argos Arestórida,

³² Éurito murió por desafiar a Apolo (el dios arquero por excelencia) en el tiro con arco.

³³ La isla del Ática es Salamina. Los dos hijos de Éaco son a su vez los padres de los héroes homéricos Áyax Telamóníada y Aquiles.

³⁴ El Ática, llamada así por su rey mítico Cécrope.

³⁵ Descendientes del héroe del Ática Erecteo.

³⁶ O «por un camino común», según interpreta Fränkel. En el cabo Ténaro, al Sur de Laconia, se ubicaba uno de los accesos al mundo de los muertos, al cual bajaron Teseo y su amigo Pirítoo para apoderarse de Perséfone. Pero quedaron allí retenidos, hasta que Heracles liberó a Teseo (no así a Pirítoo). Según otras versiones, Teseo participó en la expedición de los Argonautas, y de ahí la observación de Apolonio.

³⁷ Es decir, de día y de noche (con la estrella Polar). El pasaje de todos modos es difícil y muy discutido. En cuanto a Tifis (de Tespías, en Beocia), hijo de Hagnias, será el piloto de la Argo durante gran parte del viaje. Su importancia explica esta amplia mención.

que siguió sus consejos. Por lo cual justamente fue la más excelente de todas las naves cuantas a fuerza de remos probaron la mar.

Y tras éstos llegó a su vez de Aretírea Fliante, que allí habitaba opulento por voluntad de su padre Dioniso, en la vecindad de las fuentes del Asopo³⁸.

De Argos³⁹ por su parte llegaron Tálao y Areo, hijos de Biante, y el animoso Leódoco, a los que Pero la Neleida pariera: por causa de ella padeció gravosa desgracia el Eólida Melampo en los establos de Íficio⁴⁰. 120

Y no hemos oído, no, que el vigor de Heracles, el de recio corazón, frustrara los deseos del Esónida. Sino que luego de escuchar la noticia de la reunión de los héroes, a poco de dejar Arcadia por Argos del Lirceo⁴¹, por el camino por donde vivo llevaba el jabalí que había pastado en los valles de Lampea, en el gran pantano del Erimanto⁴², ceñido de ataduras lo sacudió de sus grandes espaldas a la entrada de la plaza de Micenas, y por su propia decisión y contra las intenciones de Euristeo⁴³ 130 partió impetuoso. Y con él iba Hilas, su noble camarada en edad adolescente y que portaba sus flechas y custodiaba su arco⁴⁴.

Y luego de él ya llegó Nauplio, de la estirpe de Dánao el divino. Pues verdad es que era hijo de Clitoneo el Naubólida, y Náubolo a su vez lo era de Lerno; de Lerno justamente sabemos que nació de Preto el Nauplíada, y unida en el lecho a Po-

³⁸ Aretírea, a orillas del Asopo, al NE del Peloponeso, era el nombre más antiguo de Filasia o Fliunte. La comarca era rica en viñedos y de ahí la referencia al dios Dioniso.

³⁹ La bien conocida ciudad del Peloponeso.

⁴⁰ El adivino Melampo, hermano de Biante, sufrió cautiverio por ayudar a su hermano en su boda con Pero, hija de Neleo. Íficio es el mismo ya mencionado en el v. 45, tío de Jasón.

⁴¹ Monte entre Argólida y Arcadia. Quizás haya que leer «de Linceo» (rey de Argos). Como sabemos, gran parte de la tradición excluía a Heracles del viaje.

⁴² El río Erimanto (en Arcadia) nace en la montaña Lampea. El jabalí capturado por Heracles es el conocido como «de Erimanto» y corresponde a su tercer «trabajo», al menos en el orden más usual.

⁴³ Rey de Argólida que impuso sus doce «trabajos» a Heracles.

⁴⁴ Hilas era hijo de Tiodamante, muerto por el propio Heracles, el cual tomó desde entonces al muchacho por compañero y amado.

sidón la doncella Amimone, la de Dánao, había dado a luz tiempo atrás a Nauplio, que más que todos brillaba en el arte de navegar⁴⁵.

Y llegó Idmón el postrero de cuantos en Argos vivían⁴⁶, ya 140 que se puso en marcha tras conocer por las aves su destino, no fuera su pueblo a poner en entredicho su renombre⁴⁷. No era ciertamente hijo de Abante, sino que lo engendró el propio Letoida, para que se contase entre los ilustres Eólidas⁴⁸, y él mismo le enseñó a interpretar los agüeros, a estar atento a los pájaros y a observar los signos que se dan en el fuego⁴⁹.

Leda la Etolia hizo partir por supuesto de Esparta al vigoroso Polideuces y a Cástor, entendido en corceles de patas veloces. En la casa de Tíndaro ella los parió a sus hijos amados en los dolores de un único parto, y no dejó por eso de acceder a sus ruegos, pues eran sus aspiraciones dignas del lecho de 150 Zeus⁵⁰.

Y los hijos de Afareo, Linceo y el violento Idas, marcharon desde Arene⁵¹, el uno y el otro en su gran vigor confiados. Linceo también destacaba por sus ojos los más penetrantes, si es la fama veraz de que el varón aquel veía sin esfuerzo hasta allá en lo hondo debajo de la tierra⁵².

Con ellos Periclímeno el de Neleo se puso en camino, el mayor de los hijos cuantos en Pilo⁵³ nacieron del divino Ne-

⁴⁵ Estos detalles genealógicos se explican por la necesidad de resolver ciertas incongruencias de la tradición mítica.

⁴⁶ Es decir, llegó el último de los venidos de la Argólida.

⁴⁷ Si, tras conocer su sino fatal, no hubiese ido a la expedición: cfr. luego vv. 443 y ss. y el relato de su muerte en II 815 y ss.

⁴⁸ Es decir, entre los que debían recuperar el vellón de oro (cfr. luego II 1192 y ss.): recuérdese que Atamante era hijo de Éolo y que a él se remonta el tema del célebre camero.

⁴⁹ Entiéndase en las víctimas de los sacrificios.

⁵⁰ Como digna esposa de Zeus, según la interpretación corriente. Fränkel y Vian entienden que las aspiraciones de ella para sus hijos eran dignas de quienes eran hijos de Zeus. Cástor y Polideuces (o Pólux) son los llamados Dioscuros.

⁵¹ En la costa occidental del Peloponeso. El comienzo del párrafo con «y» se explica porque ambos hijos de Afareo (hermano de Tíndaro o Tindáreo) tienen estrechas relaciones con el mito de los Dioscuros.

⁵² Cfr. luego IV 1477 y ss.

⁵³ En el occidente del Peloponeso igualmente.

leo. Posidón le había donado fuerza sin límites y tornarse, al 160
luchar, en lo que deseara en el momento apurado del combate.

Y de Arcadia llegaron Anfidamante y Cefeo, que en Tégea
vivían y en los dominios de Afidas, hijos de Áleo los dos.
A éstos en su marcha los siguió Anceo, el tercero, al que en-
viara su padre Licurgo, que de aquellos dos era el hermano
mayor, pero permaneció en la ciudad para cuidar de Áleo, que
ya envejecía⁵⁴, y dio a sus hermanos por compañero a su hijo.
Y éste llegó blandiendo una piel de osa del Ménalo⁵⁵ y una
gran hacha de doble filo en su diestra, pues Áleo, su abuelo, le 170
había escondido sus pertrechos al fondo de una cabaña, por si
por el medio que fuera podía también a él impedirle partir.

Y vino además Augías, que dicen que es hijo de Helios⁵⁶.
Era él soberano de las gentes Eleas, con su orgullo en sus ri-
quezas, y mucho deseaba ver la tierra de Cóliquide y a Eetes
mismo, el señor de los Colcos.

Y Asterio y Anfión, hijos de Hiperasio, llegaron de Pelene
de Acaya, ciudad que en tiempos fundara su abuelo Pelén en
las escarpaduras de Egíalo⁵⁷.

Luego de éstos vino, dejando a su vez Ténaro⁵⁸, Eufemo,
más veloz que ninguno, el que a Posidón le pariera la hija del 180
robusto Ticio, Europa. Aquel hombre incluso sobre el oleaje
de la mar verdosa corría y no se le hundían sus rápidos pies,
sino que a lo sumo mojando la punta de sus plantas se movía
por la líquida ruta⁵⁹.

Y llegaron otros dos hijos de Posidón, Ergino el uno, que
dejara la ciudad del noble Mileto⁶⁰; y el otro Anceo el violen-

⁵⁴ Así en los manuscritos y en editores como Seaton y Fränkel. Vian prefiere
corregir el texto en el sentido de que el que envejecía era Licurgo, en relación
con el tema de su prolongada ancianidad. Para la comprensión del pasaje re-
cuérrase que Licurgo era hermano de Anfidamante y de Cefeo.

⁵⁵ Monte de Arcadia. La piel le servía de escudo y de ahí la expresión. No
hay laguna alguna en el texto, contra el parecer de Fränkel: cfr. Giangrande,
Sprachgebrauch, págs. 47 y ss.

⁵⁶ Con lo que sería hermano de Eetes, rey de los Colcos.

⁵⁷ Nombre antiguo de la región de Acaya.

⁵⁸ Cabo y población en el extremo Sur del Peloponeso.

⁵⁹ Un don de su padre naturalmente. El papel de Eufemo será bastante rele-
vante en el poema.

⁶⁰ Es decir, fundada por Mileto (su héroe epónimo mítico), en Caria.

to, que dejara Partenia, sede de la Hera del Ímbraso⁶¹. Ambos se gloriaban de ser entendidos en la navegación y en la guerra.

Y luego de éstos arribaron el hijo de Eneo, que venía de Calidón⁶², el valeroso Meleagro, y Laoconte, Laoconte que era hermano de Eneo, mas no de una madre común, sino que una mujer de la servidumbre lo parió. A éste, ya anciano, lo mandaba Eneo para cuidar de su hijo. Así, aún un muchacho⁶³, entró en la tropa animosa de los héroes, pero ningún otro, creo yo, hubiera llegado superior a él, salvo Heracles, con tal que por un solo año más allí permaneciendo hubiera seguido entre los Etolios su crianza. Y también su tío materno, buen conocedor del pelear con la lanza y en el cuerpo a cuerpo, Íficlo el de Testio, lo acompañó por el mismo camino en su marcha⁶⁴. 190 200

Con ellos estaba Palemonio, hijo de Lerno el de Olenio, hijo de Lerno de nombre aunque por nacimiento lo era de Hefesto: por ello de ambos pies era cojo⁶⁵, pero nadie habría osado poner tacha a su traza y su coraje, razón por la que se contaba también en el número de todos los héroes aquellos, acrecentando el prestigio de Jasón.

De los Foccos vino Ífito, nacido de Náubolo, el hijo de Órnito. Y había sido su huésped ya desde antes, de cuando él fue a Pito a indagar los vaticinios de su navegación. Pues allí lo acogió en su casa⁶⁶. 210

Y llegaron a su vez Zetes y Calais, hijos de Bóreas, a los que en tiempos a Bóreas le pariera Oritía la Erecteida en lo remoto de la Tracia inverniza. Fue allí a donde se la llevó el Tracio

⁶¹ Río de Samos (llamada antes Partenia). Este Anceo no debe ser confundido con el hijo de Licurgo citado en el v. 164.

⁶² Ciudad de Etolia, donde era rey Eneo.

⁶³ Meleagro.

⁶⁴ Este Íficlo, tío materno de Meleagro, no debe naturalmente confundirse (como ya se ha advertido) con el Íficlo citado en vv. 45 y 121, tío a su vez de Jasón.

⁶⁵ Como su padre Hefesto. Lerno por supuesto no tiene nada que ver con el personaje mencionado en el v. 135. Olenio estaba en Etolia.

⁶⁶ Ífito (distinto del nombrado en el v. 86) había hospedado (y por tanto establecido con él las relaciones de hospitalidad tan importantes en el mundo antiguo) a Jasón, cuando éste fue a Delfos (Pito), en Fócide, a consultar el oráculo: véase luego vv. 360 y ss. y otros lugares donde se alude de nuevo a esta consulta.

Bóreas desde Cecropia cuando giraba en la danza delante del Ilioso. Y la llevó allá lejos, donde la peña que llaman de Sarpedón, junto a la corriente del río Ergino, y la hizo suya envolviéndola en nubes sombrías⁶⁷. Los dos sobre las sienes y de cada lado de los pies agitaban al elevarse unas alas oscuras, asombroso espectáculo, y que relucían con sus escamas doradas⁶⁸. Y por las espaldas, desde lo alto de la cabeza y a ambos lados del cuello, se les agitaban las morenas cabelleras con el viento⁶⁹. 220

Tampoco deseó, tampoco el hijo del propio Pelias poderoso, Acasto, quedarse en la casa de su padre, ni Argos, que bajo los dictados de la diosa Atena trabajara⁷⁰, sino que también ellos dos iban a alistarse en la tropa.

En tal número, pues, se congregaron para ayudar al Esónida. A estos héroes, a todos, las gentes vecinas los llamaban Minios, ya que los más y mejores tenían a orgullo ser de la sangre de las hijas de Minias⁷¹. Y así, al propio Jasón lo había engendrado su madre Alcímeda, que naciera de Clímena, hija de Minias. 230

Y una vez que tuvieron los sirvientes todo dispuesto, de cuanto precisa por dentro el equipo de las naves a remo cuando la necesidad conduce a los hombres a navegar sobre la mar, ya entonces se dirigieron a través de la ciudad al bajel, allá donde la Costa recibe el nombre de Págasas de Magnesia⁷². Y a ambos lados la multitud de la gente corría acompañándolos en su marcha apresurada. Y ellos destacaban como, entre las 240

⁶⁷ Es la bien conocida historia del rapto de Oritía, hija del rey ateniense Erecteo (Cecropia es el Ática, como ya se recordó), por el viento Bóreas. La Peña de Sarpedón podría estar en el monte Hemo y el río Ergino sería un afluente del Hebro, pero sin mayor seguridad.

⁶⁸ Se trata de nuevo de Zetes y Calais, los dos Boréadas. Estas alas que les brotan de las sienes se citan en otros textos.

⁶⁹ El color rubio es el tradicional de los héroes (cfr. luego II 159), pero en los Boréadas todo es oscuro, como las nubes con que sus padres se envuelven.

⁷⁰ En la construcción de la nave.

⁷¹ Las tres hijas de Minias, que sería el fundador de la ciudad de Orcómenos. El título Minios será usado extensivamente para todos los Argonautas.

⁷² Págasas era el puerto de Yolco, situado en la *Até* o Costa (así, como nombre propio).

nubes, astros rutilantes. Y decía así cada cual al verlos con sus armas avanzar impetuosos:

«¡Señor Zeus!, ¿cuál es el propósito de Pelias? ¿Adónde arroja tan gran hueste de héroes fuera de la tierra Panaquea?»⁷³. Les bastaría un solo día para arrasar con fuego funesto la casa de Eetes, si no les cede de grado el vellón. Pero no pueden evitar el camino, y los trabajos en su ruta son insuperables.»

Así se decía de un lado y de otro a través de la ciudad. Y las mujeres sin cesar alzaban sus brazos al cielo, a los inmortales, suplicando les dieran consumir el retorno de un modo grato a sus ánimos. Y unas a otras se respondían con lamentos y lá- 250 grimas:

«¡Mísera Alcímeda!, también a ti, por más que tarde, te llegó el infortunio y no has alcanzado el fin de tu vida en la dicha. Y en cuanto a Esón, ¡qué triste su sino! Para él en verdad hubiera sido mejor si ya antes, envuelto en el sudario, yaciera bajo tierra, aún ignorante de empresa tan penosa. ¡A Frixo, cuando la doncella Hele murió, también debió sumergirlo con el carnero el negro oleaje!»⁷⁴. Pero justamente una voz humana lanzó el monstruo maldito⁷⁵, para luego acarrearle a Alcímeda penas y dolores sin cuento.»

Así hablaban mientras ellos se dirigían al lugar de la partida. 260 Y ya⁷⁶ se congregaban muchos sirvientes y sirvientas, y su madre que lo abrazaba, y a cada una de ellas un agudo dolor la traspasaba. Y con ellos el padre, arropado en un lecho por su lamentable vejez, prorrumpía en gemidos. Y él⁷⁷ luego procuraba mitigar su aflicción dándoles ánimos, y ordenó a los sirvientes tomar su marcial armadura, y éstos en silencio, con las cabezas bajas, la tomaron. Su madre, como había echado los brazos en torno a su hijo, así lo retenía, arreciando en su llan-

⁷³ Es decir, de toda Grecia.

⁷⁴ Sobre la historia del carnero, etc., cfr. Introducción, *El tema mítico*.

⁷⁵ El carnero tenía voz humana. Más concretamente, el poeta se refiere a las palabras que dirigiera a Frixo sobre que él tendría distinta suerte que su hermana: cfr. luego vv. 763 y ss.

⁷⁶ Esta escena (tal como se especificará después) transcurre aún en la casa de Jasón. Es innecesario alterar el texto, como han hecho algunos. Este tipo de cambios abruptos en el relato es muy del gusto helenístico.

⁷⁷ Jasón.

to, cual una rapaza que en su soledad solloza tiernamente abra- 270
zada a su canosa nodriza y que no tiene ya a nadie más que la
ampare, sino que lleva bajo su madrastra una vida penosa, y ha
poco ésta la ha maltratado con numerosos reproches y su cora-
zón está en su interior maniatado en su lamentable desdicha,
sin que pueda dejar desbordar tantos sollozos como bullen en
ella. Así de cuantioso era el llanto de Alcímeda mientras tenía
a su hijo en sus brazos y, en su aflicción, tales palabras pro-
nunció:

«Ojalá que aquel día en que oí yo, desdichada, al rey Pelias
exponer su orden funesta, al punto hubiera entregado mi alma 280
y olvidado mis penas, para que tú mismo, hijo mío, me hubie-
ses enterrado con tus manos queridas. Pues este solo deseo me
quedaba aún que tú me cumplieras, y todo el pago restante por
tu crianza de tiempo atrás lo vengo disfrutando. Ahora, mien-
tras que antes me admiraban las Aqueas⁷⁸, como una sierva
quedaré en la casa vacía, consumiéndome en mi triste destino
con la nostalgia de ti, por quien mucho lustre y honor antes te-
nía, por quien únicamente desaté mi ceñidor la primera y últi-
ma vez⁷⁹. Pues la diosa Ilitía⁸⁰ me negó del todo parir mayor
descendencia. ¡Ay, qué desgracia la mía! En modo alguno, ni 290
en sueños siquiera, hubiera imaginado que Frixo al escapar la-
braría mi infortunio.»

Así ella se lamentaba entre sollozos. Las sirvientas a su lado
gemían. Y él le habló confortándola con dulces palabras:

«No te me entregues, madre, a tal exceso de dolientes pesa-
res, ya que no me apartarás del infortunio con tus lágrimas⁸¹,
sino que aun al dolor más dolor me sumarías. Pues los dioses
distribuyen a los mortales oscuras desdichas y las que te asig-
nan has de sobrellevarlas por más que se aflija tu alma. Confía 300
en la buena disposición de Atena y en los vaticinios, puesto

⁷⁸ Término para las Griegas en general o al menos para las mujeres de Te-
salia.

⁷⁹ La expresión «desatar el ceñidor» solía aplicarse tanto para el acto sexual
como para el parto. Según otra versión Jasón tenía una hermana.

⁸⁰ Diosa que preside los alumbramientos.

⁸¹ Para el sentido probable cfr. Giangrande, *Sprachgebrauch*, págs. 2 y s. Para
Jasón su aventura (de riesgos y de guerra) es de antemano una ineludible cala-
midad. Por lo que respecta al texto cfr. Ardizzoni, *RFIC* 93, 1965, pág. 54.

que unos muy favorables nos ha dado Febo, y, por último, en el auxilio de esos héroes. Tú ahora, pues, aquí en la casa con los sirvientes permanece tranquila y no seas para la nave un ave siniestra. Que allá me acompañarán en mi marcha parientes y servidores.»

Tal dijo, y de la casa salió para ponerse en camino. Y cual de su templo fragante sale Apolo en la Delos divina o en Claros o en Pito o en la Licia anchurosa a la vera de la corriente del Janto⁸², tal iba aquél por entre la muchedumbre de gente y 310 un griterío se alzó de todos a la vez dándole ánimos. Y vino a su encuentro la anciana Ifiade, sacerdotisa de Ártemis, de la ciudad protectora, y le besó la mano derecha, mas no pudo hablarle, a pesar de desearlo, porque el gentío avanzó presuroso, y ella en cambio allí a un lado quedó, como una vieja dejada atrás por los jóvenes, mientras él distanciándose se veía ya lejos de ella.

Y luego que las bien construidas calles de la ciudad hubiera abandonado, llegó a la Costa de Págasas, donde sus camaradas, a la espera junto a la nave Argo reunidos, lo acogieron. Se 320 detuvo allí en el lugar de la partida y ellos formaron un grupo ante él. Y divisaron a Acasto junto con Argos, los cuales bajaban de la ciudad a la carrera, y se asombraron de verlos acudir con tales prisas contra los designios de Pelias⁸³. Argos Arestórida se había echado en torno a los hombros una piel de toro de negro pelaje que le llegaba a los pies, y el otro un bello manto doble que le diera su hermana Pelopea⁸⁴. Mas, no obstante, se abstuvo⁸⁵ de interrogar por los pormenores a ambos y los invitó a reunirse en asamblea. Y allí sobre las velas enrolladas y el mástil tumbado se sentaron todos en orden, y el hijo 330 de Esón con estas buenas razones les habló:

⁸² Lugares todos en general conocidos por su especial vinculación con Apolo y su culto.

⁸³ Cfr. antes vv. 224 y ss. Según una versión del mito, Pelias habría ordenado a Argos que hiciera endeble la nave, lo cual no fue aceptado por éste. De ahí que la presencia de Argos, y de Acasto con él, dé una mayor seguridad a los navegantes, que no la esperaban en absoluto.

⁸⁴ Hija también de Pelias. Esta clase de manto, bastante amplio como para ser llevado puesto doblado, se menciona ya en Homero. Sobre este motivo (aquí y en 721 y ss. sobre todo) cfr. D. N. Levin, *RFIC* 98, 1970, págs. 17-36.

⁸⁵ Jasón.

«Todo lo demás con cuanto corresponde equipar a un navío, todo ya está bien dispuesto para la partida. De suerte que no podemos por tal motivo aplazar la navegación largo tiempo, en cuanto soplen los vientos. Pero, amigos, ya que común será nuestro regreso luego a la Hélade y comunes son para nosotros los caminos a la tierra de Eetes, por ello ahora elegid sin reservas al mejor como vuestro caudillo, que vele por todo, por decidir las querellas y acuerdos con las gentes extrañas.» 340

Así habló. Y pusieron sus miradas los mancebos en Heracles el osado, que ocupaba un asiento en medio de ellos, y todos con una sola voz le pidieron que fuera su jefe. Pero él, desde el sitio mismo en que estaba sentado, alzó la mano derecha y les dijo⁸⁶:

«Que nadie me otorgue este honor. Pues yo no haré caso, y de igual modo también impediré que otro se alce⁸⁷. Que el mismo que nos reunió se ponga al frente de la hueste.»

Dijo, altanero, y ellos dieron su aprobación, según Heracles impusiera. Y se levantó el marcial Jasón en persona, lleno de gozo, y tal fue su discurso a quienes así lo deseaban: 350

«Pues bien, si me honráis confiándome este cuidado, que ya nada impida, como antes, nuestra marcha. Ahora ya, tras congratarnos con sacrificios a Apolo, preparemos al punto un festín. Pero mientras llegan mis sirvientes que gobiernan los establos, a los que corresponde traer aquí reses bien escogidas del rebaño, podríamos entretanto botar al mar la nave, y depositando en ella todos los pertrechos, echar vosotros a suerte por bancos los remos⁸⁸. A su vez al tiempo también levante- mos a Apolo Embasio⁸⁹ un altar en la costa, a él que con sus vaticinios me ha prometido revelarme con signos y mostrarme los pasos del mar si doy principio a los trabajos para el rey⁹⁰ con sacrificios a él consagrados.» 360

⁸⁶ Se ha hecho notar que Heracles no se levanta para hablar en la asamblea, contra los usos heroicos, pero ya en *Iliada* XIX 76 y ss. Agamenón hace otro tanto.

⁸⁷ Para hacer otra propuesta.

⁸⁸ El sorteo de los puestos para remar se repite en Calímaco (fr. 18). Es lógico que, por el desigual esfuerzo que podían exigir los diferentes bancos, se evitara así cualquier injusticia y descontento. Cfr. luego vv. 395 y ss. y 528 y ss.

⁸⁹ «Que tutela el embarque»: cfr. luego vv. 402 y ss.

⁹⁰ Pelias.

Habló, y el primero se entregó a la tarea. Y ellos se alzaron, obedientes. Pusieron sus ropas en nutrido montón sobre un liso peñasco que no alcanzaba con su oleaje la mar, pero que antes lavaran con la borrasca las aguas salobres. Y la nave, según los consejos de Argos, ciñeron primero sólidamente con un cable por dentro bien entrelazado, teñsándolo de una y otra parte, para que el maderamen quedara convenientemente ajustado con las clavijas y contuviera la vigorosa embestida de las olas⁹¹. Con presteza cavaron cuanto a lo ancho abarcaba el espacio ocupado⁹² y, por la proa hasta el mar, cuanto trecho iba a recorrer arrastrada por sus brazos. Y a medida que avanzaban iban excavando con más hondura que la roda⁹³. Dentro del surco extendieron pulidos rodillos e inclinaron la nave sobre los primeros rodillos para que se dejara llevar a través de ellos deslizándose. E invirtiendo entonces los remos, en alto por una y otra parte, hasta que sobresalieron un codo de la borda, los ataron en torno a los toletes. Y en los intervalos que dejaban se pusieron ellos, por ambos costados, y aplicaron para empujar sus pechos y sus brazos. Tifis pasó a bordo para animar a los jóvenes a arrastrar el navío en el momento oportuno, y dio una gran voz incitándolos, y ellos al punto con el peso de su fuerza y de un único impulso lo desplazaron de su asentamiento anterior⁹⁴. Luego emplearon el vigor de sus piernas, forzando la marcha adelante. Y la Argo del Pelión⁹⁵ los seguía a toda prisa, y ellos de cada lado gritaban al avanzar impetuosos. Bajo el roce de la recia quilla gemían los rodillos y en torno suyo por obra de tal peso fluía oscura humareda. El navío se deslizó mar adentro y ellos tirando hacia atrás de los

⁹¹ El cable citado era un refuerzo usual en los barcos antiguos, como un cinturón que rodeaba el casco. Las clavijas de madera eran utilizadas como nuestros clavos.

⁹² Por la nave.

⁹³ Se trata de un canal gradualmente más profundo. La nave había de deslizarse por él sobre rodillos.

⁹⁴ Parece poder deducirse que los hombres se apoyan sobre los remos (y de ahí la operación previa de atarlos, pero apuntando hacia afuera y hacia arriba con su sección menor). El papel de Tifis es el de dar la señal para iniciar el esfuerzo a la vez.

⁹⁵ Por haber sido fabricada con madera de este monte cercano. Esta expresión se repetirá en otros lugares.

cables lo sujetaron en su avance, ajustaron en torno a los escá-
lamos los remos⁹⁶ y pusieron a bordo el mástil, las velas bien
confeccionadas y los víveres.

Luego de ocuparse de cada una de tales tareas con la mayor
destreza, se sortearon los bancos, lo primero, con dos hombres
al cargo de cada uno. Pero el de en medio se lo asignaron a
Heracles y, sin contar con los restantes héroes, a Anceo, el que
moraba en la ciudad de Tégea. Para éstos únicamente reserva-
ron el banco de en medio así sin más, sin sorteo⁹⁷. Y tras esto ⁴⁰⁰
acordaron confiar a Tifis el manejo del timón⁹⁸ de la nave de
robusta roda.

Luego, removiendo piedras cerca de la mar, alzaron allí mis-
mo un altar a Apolo en la costa, bajo la advocación de Acteo y
Embasio⁹⁹, y con prontitud extendieron por encima leños de
olivo seco. En tanto por su parte los vaqueros del Esónida
traían dos bueyes del rebaño. Y tiraron de ellos los más jóve-
nes de los camaradas hasta cerca del altar, otros después apor-
taron el agua lustral y la cebada, y Jasón suplicó con invocacio- ⁴¹⁰
nes a Apolo, el dios de sus padres¹⁰⁰:

«Óyeme, soberano que moras en Págasas y en la ciudad de
Esón, la que de mi padre detenta su título¹⁰¹, tú que me hiciste
promesa, cuando en Pito consultara tu oráculo, de mostrarme
el cumplimiento y los términos de este viaje, ya que en ti está
el origen de nuestros trabajos. Tú mismo ahora lleva la nave
hasta allá y de vuelta a la Hélade con mis compañeros sanos y
salvos. Y luego a ti, cuantos retornemos depositaremos de
nuevo en tu altar lucidas ofrendas de otros tantos toros, y
otros presentes a Pito llevaré y otros a Ortigia¹⁰² sin cuento.

⁹⁶ Ahora ya en la posición correcta para remar.

⁹⁷ Tal vez en parte para equilibrar mejor la nave, por el gran peso de Hera-
cles (había una variante del mito sobre este punto), pero sobre todo porque esta
posición central exigía un mayor esfuerzo al ser los remos correspondientes los
más largos.

⁹⁸ Por supuesto se trata de los grandes remos de popa con que se goberna-
ban los navíos antiguos.

⁹⁹ «(Protector) de la costa y del embarque» (cfr. ya antes v. 359).

¹⁰⁰ Para la descripción del sacrificio cfr. el paralelo homérico de *Odisea* III,
430 y ss. sobre todo.

¹⁰¹ Debe tratarse de Yolco, de la que Esón fue rey antes de Pelias.

¹⁰² Nombre antiguo de Delos. La misma promesa de Jasón se repite en Calí-
maco (fr. 18, 6 y s.), pero en un momento distinto de la expedición.

Acude ahora y acéptanos, tú el Arquero, este sacrificio que te 420
ofrecemos, muestra, la primera, de nuestra gratitud, por el
trance de embarcarnos en este navío¹⁰³. Que yo, soberano,
suelte las amarras, según tus designios, para un destino libre
de infortunios, y que sople un viento favorable con el que
vayamos a la mar en bonanza.»

Dijo, y a la vez que hacía su plegaria arrojó los granos de ce-
bada. Y el vigoroso Anceo y Heracles se ciñeron ambos sus
ropas junto a los bueyes. Entonces el uno con su clava golpeó
en medio de una cabeza, en la frente, y la res con toda su masa
cayó desplomándose en tierra. Y Anceo, de un tajo en la ancha 430
cerviz del otro animal con su hacha de bronce, le cortó los po-
derosos tendones. Y el buey se abatió al caer sobre su corna-
menta. Y los compañeros los degollaron prestamente, los des-
pojaron de sus pieles, despiezaron y trocearon la carne y corta-
ron los muslos consagrados. Y éstos los recubrieron todos jun-
tos con espesa capa de grasa y los quemaron sobre la leña tala-
da. El Esónida derramó las puras libaciones e Idmón contem-
plaba gozoso la llama que de las víctimas en todas direcciones
lucía y la humareda que en oscuras espirales se alzaba con un
buen presagio. Y al punto sin reservas desveló el pensamiento
del hijo de Leto:

«La suerte y el agüero que de los dioses os viene es sin duda 440
retornar aquí portadores del vellón. Pero os aguardan inconta-
bles pruebas entre la ida y el regreso¹⁰⁴. Y para mí está deter-
minado por la terrible voluntad de un dios morir allá lejos en
algún paraje en el continente asiático. Que tal era mi destino
sabedor ya de antes por funestas aves, salí de mi patria para
embarcarme en la nave, y que por el hecho de embarcarme
buena nombradía me quedara en mi casa.»

Así habló, y los jóvenes, al oír los vaticinios, con su regreso
se llenaron de gozo, mas los dominó el dolor por el sino de
Idmón.

¹⁰³ El pasaje ofrece ciertas dificultades, analizadas a fondo en el comentario de Fränkel, que a la vez señala un paralelo (y posible fuente, cabe añadir) en Píndaro, *Pítica* I 33-35.

¹⁰⁴ Naturalmente Idmón no se incluye a sí mismo en su vaticinio, según lo que ya sabemos y que él recuerda a continuación.

Y cuando el Sol deja ya atrás la plenitud del día y los labran- 450
tíos comienzan a cubrirse con las sombras de los roquedos al
inclinarse el Sol bajo el crepúsculo, entonces ya todos sobre el
arenal desparramando espesa hojarasca delante de la ribera
blanquecina, se reclinaron en orden. Junto a ellos estaban ser-
vidos manjares sin cuento y gustoso vino, que los coperos les
escanciaban con sus jarras¹⁰⁵. Luego hubo entre ellos el nutri-
do intercambio de dichos con que en el festín y en el vino los
jóvenes placenteramente disfrutaban, cuando la pernicioso inso-
lencia no está presente. Y por su parte el Esónida cavilaba en- 460
simismado, meditando en los pormenores de la empresa, con
el aspecto de un hombre abrumado. Y entonces, con esta sos-
pecha, Idas lo amonestó en alta voz:

«Esónida, ¿qué designios son esos que en tu mente revuel-
ves? Expresa tu pensamiento aquí en medio de nosotros.
¿Acaso te abate el miedo amenazante que turba a los hombres
sin coraje? Que sepa ahora mi lanza impetuosa, con la que mu-
cha más gloria que otros gano en las guerras (y ni Zeus me
realza tanto cuanto mi lanza), que no habrá funesto infortunio
ni prueba no rematada, con tal de que Idas te siga y aunque un 470
dios se nos ponga delante: tal paladín te llevas en mí desde
Arene»¹⁰⁶.

Dijo, y tomando con ambas manos su copa bien llena, bebió
el gustoso vino puro y se le empaparon los labios y las negras
barbas con el vino. Y los otros, todos a la vez, alzaron su cla-
mor, e Idmón le habló francamente:

«Desdichado, ¿ha tiempo ya que tienes pensamientos tan fa-
tales para ti o acaso, para tu ruina, este vino puro te hincha en
el pecho tu osado corazón y te ha arrojado a menospreciar a
los dioses? Otras palabras de ánimo hay con las que un hom-
bre dar valor a un camarada. Pero tú has pronunciado unas de 480
todo punto llenas de soberbia. Tales se cuenta que cual chorro
de insultos lanzaron contra los dioses dichosos aquellos anti-
guos hijos de Aloeos¹⁰⁷, a los que en coraje ni mucho menos

¹⁰⁵ Contra el uso normal (aunque no siempre se cite expresamente en la épica), no se alude a la mezcla atemperada del vino con el agua. Esto es importante sin duda para la escena que sigue.

¹⁰⁶ Cfr. anteriormente vv. 151 y s.

¹⁰⁷ Los gigantes Oto y Efialtes, hijos de Posidón (que los tuvo con la esposa

iguales, y, no obstante, a pesar de su arrojo cayeron ambos abatidos por los dardos veloces del hijo de Leto.»

Así le habló, pero Idas el de Afareo se echó a reír con todas sus ganas, y entre guiños burlones le dirigió insultante respuesta:

«¡Ea!, dime, pues, con tus vaticinios si también para mí van a dar cumplimiento los dioses a tal perdición cual la que tu padre les acarreo a los hijos de Aloeo. Y mira a ver cómo puedes 490 a salvo librarte de mis manos, si te revelas como agorero de una vana profecía.»

Así lo injuriaba colérico, y la disputa hubiera pasado a mayores¹⁰⁸ si sus compañeros y el propio hijo de Esón no hubiesen puesto con sus protestas fin a la riña. Y Orfeo, alzando con su mano izquierda la lira, probó por su parte a cantar. Y cantó cómo tierra y cielo y mar, a lo primero confundidos unos sobre otros en una forma única, de resultas de perniciosa querella se separaron cada cual por su lado¹⁰⁹; y cómo para siempre estable posición tienen en el cielo los astros y los ca- 500 minos de la Luna y el Sol, y los montes cómo se alzaron y cómo los ríos resonantes con sus Ninfas nacieron y todos los móviles vivientes. Y cantó cómo al principio Ofión y la Océánida Eurínome¹¹⁰ regían con su poder el Olimpo nevoso, y cómo ante su vigor y sus brazos el uno a Crono su privilegio cediera y la otra a Rea, y cayeron los dos en las olas del Océano. Y los otros¹¹¹ por entonces reinaron sobre los Titanes, dioses dichosos, en tanto que Zeus, un niño aún y con espíritu infantil, moraba bajo la caverna del Dicté¹¹², y los Cíclopes, 510

de Aloeo), desafiaron a los dioses y fueron castigados por éstos. Igualmente perecerá Idas, víctima de su arrogancia impla.

¹⁰⁸ Nótese, en contraste con esta escena, el episodio de la muerte de Idmón (II 815 y ss.), donde Idas será su vengador.

¹⁰⁹ La cosmogonía desarrollada por Orfeo tiene orígenes muy diversos, desde Homero a Eurípides, con elementos indudables tomados de Empédocles. La parte teogónica parece tener su principal fuente en Ferécides de Siro, pero con influencias hesiódicas.

¹¹⁰ El Titán Ofión u Ofioneo aparece al menos en ocasiones como esposo de Eurínome.

¹¹¹ Crono y Rea.

¹¹² Monte de Creta. Apolonio (como Calímaco, *Himno* I, sobre todo vv. 47 y ss.) confunde el Dicté con el monte Ida (cfr. luego III 134) como el lugar donde se sitúa la crianza de Zeus.

nacidos de la Tierra, todavía no le habían dado la potencia del rayo y del trueno y del relámpago, pues son éstos los que dan a Zeus su gloria.

Tales sus palabras, y él a la vez que su voz inmortal detuvo su lira, y los demás, aunque él había terminado, adelantaban todavía con afán sus cabezas, todos por igual inmóviles y atentos los oídos, cautivos del hechizo: que tal fuera el sortilegio de su canto que en ellos infundiera¹¹³. Y no mucho después, hecha la mezcla de las libaciones en honor de Zeus, según el ritual, puestos de pie las vertieron sobre las lenguas que el fuego consumía¹¹⁴, y les vino el sueño a la memoria en medio de la oscuridad.

Cuando la Aurora rutilante con sus ojos luminosos contempló los escarpados picos del monte Pelión y con el oleaje de la mar agitada por el viento se bañaban, con tiempo bonancible, los promontorios, ya entonces Tifis se despertó, y al instante a sus camaradas los movió a embarcarse y a disponer los remos. Y un grito terrible lanzó el puerto de Págasas y la propia Argo, criatura del Pelión, incitando a apresurar la partida. Pues en ella se había puesto un madero divino, que, de una encina de Dodona, ajustara Atena en medio de la roda¹¹⁵. Y ellos, tras subir a los bancos uno tras otro, en el puesto que fijara para remar el previo reparto, se sentaron en orden con sus armas al lado. Y en la parte central tomaron asiento Anceo y la gran fuerza de Heracles, y éste puso a su vera su clava. Bajo sus pies se hundió en el agua la quilla de la nave. Pero ya se halaban los cables y sobre el mar se derramaba vino en libación, y Jasón entre lágrimas apartaba sus ojos de la tierra de sus padres. 520 530

Ellos, como los mozos que, formando para Febo un corro danzante ya en Pito, ya en algún lugar de Ortigia, ya a la vera de la corriente del Ismeno¹¹⁶, al son de la lira en torno al altar

¹¹³ El canto de Orfeo apacigua la reyerta. Su tema, además, puede aplicarse aunque sea de lejos al caso de Idas: cómo una querella cambia el mundo.

¹¹⁴ Las lenguas de las víctimas, que previamente se han cortado y echado al fuego: cfr. *Odisea* III 332 y ss.

¹¹⁵ Este portento se repetirá en IV 581 y ss. Las encinas de Dodona, en el Epiro, eran célebres por estar precisamente dotadas de voz.

¹¹⁶ Río de Beocia.

agrupados baten el suelo armoniosamente con sus ágiles pies, así al son de la cítara de Orfeo golpearon con los remos el agua impetuosa del mar, que los empapaba con la violencia de sus olas¹¹⁷. Por uno y otro lado con la espuma los salpicaban las negras aguas salobres, que respondían con tremendo fragor a la fuerza de los vigorosos varones. Bajo el sol relampagueaban las armas como llamas al avanzar el navío, y sin pausa blanqueaban los largos caminos¹¹⁸, igual que una senda que se divide por entre un llano verde.

Los dioses todos tenían puestos sus ojos desde el cielo aquel día en la nave y en la casta de semidioses¹¹⁹ que entonces por la mar navegaban, los más excelentes. Las Ninfas del Pelión sobre las cumbres más altas miraban asombradas la obra de Atena Itónide¹²⁰ y a los propios héroes que con sus manos movían los remos. Y de lo alto del monte llegó hasta la vera del mar Quirón el de Fílira¹²¹, mojó sus pies en la canosa rompiente de las olas y, en tanto que mucho los animaba con sus brazos poderosos, rogaba para aquellos que partían un retorno sin quebrantos. Y con él su esposa, que llevaba entre sus brazos al Pelida Aquiles, se lo mostraba a su padre querido¹²².

Cuando ya hubieron dejado la curva costa del puerto, con la prudencia y la previsión del experimentado Tifis, hijo de Hagnias, el cual entre sus manos sujetaba la barra pulida del timón con pericia para dirigirla firmemente, entonces ya alzaron el gran mástil, fijándolo en el bao central¹²³, y lo ataron con los obenques delanteros, tensándolos de uno y otro lado. Luego de izarla hasta lo alto del palo, largaron, mástil abajo, la vela, y

¹¹⁷ Orfeo marca el ritmo como el flautista en la trirreme clásica.

¹¹⁸ Del mar, con una imagen ya homérica.

¹¹⁹ Es la única vez que Apolonio llama a sus héroes «semidioses», evidentemente porque aquí los divinos espectadores contemplan a los que son de su propia casta, descendientes de ellos mismos.

¹²⁰ Advocación motivada en el culto que recibía en la cercana ciudad de Itón.

¹²¹ Una Oceánida (cfr. luego II 1231 y ss.) madre del más célebre de los Centauros. Recuérdese que Quirón crió a Aquiles.

¹²² Peleo.

¹²³ El mástil del navío antiguo se alzaba al comenzar la navegación, haciéndolo pasar a través de la viga central del puente hasta la quilla, y se abatía al atracar el barco.

en ella irrumpió, silbando, el viento¹²⁴. Sobre la tablazón de la cubierta enrollaron por separado las drizas en las pulidas cabillas, y en su marcha sobrepasaron sin contratiempos el alargado cabo Tiseo¹²⁵. El hijo de Eagro con el son de su lira les entonaba un canto armonioso en honor de la diosa tutelar de las naves, Ártemis, la que de un gran padre naciera y que velaba protectora sobre aquellas atalayas marinas y sobre la tierra de Yolco¹²⁶. Los peces, con sus saltos por encima de la mar profunda, mezclados los de inmenso tamaño y los pequeños¹²⁷, los seguían brincando por las húmedas rutas. Y, como cuando en pos de las huellas del rústico pastor que las guía, siguen innumerables las ovejas, bien saciadas de hierba, hasta el redil, y él va delante entonando lindamente con su aguda zampoña pastoril melodía, así aquéllos iban en su compañía, y a la nave la empujaban sin tregua las rachas de un viento favorable.

Y pronto se hundió en la bruma la tierra de ricas cosechas¹²⁸ de la gente Pelasga y, en su carrera siempre adelante, dejaron a un lado las cumbres del Pelión y se perdió de vista el promontorio de Sepias¹²⁸. En cambio, se divisaba Escfáto en medio del mar y se divisaban a lo lejos Piresias y, con el cielo ya despejado, la costa continental de Magnesia y la tumba de Dólope¹²⁹. Allí entonces a la tarde vararon la nave, al cambiar el soplo del viento, y en honor de aquél al oscurecer sacrificaron y quemaron ovejas, en tanto que la mar con el oleaje se agitaba. Dos jornadas quedaron sin poder navegar en la costa. Mas la tercera pusieron en marcha la nave, tensando la gran vela en lo alto. Y esta costa llaman aún Partida de Argo¹³⁰.

¹²⁴ Nótese que sólo despliegan la vela al salir ya del golfo, sin duda porque antes el viento no era aún favorable.

¹²⁵ Saliendo así del golfo de Págasas al mar abierto.

¹²⁶ Nombre de la ciudad natal de Jasón, cerca de Págasas, y a la vez de la zona costera próxima.

¹²⁷ Sin temor de aquéllos, por tanto, por el poder pacificador del canto de Orfeo.

¹²⁸ En el extremo Sur de la península de Magnesia.

¹²⁹ Escfáto es una isla, al Este, aun muy próxima a tierra firme. Piresias (distinta de la Piresias del interior) sería un lugar costero. Y en cuanto a Dólope, era quizás un hijo de Hermes o un hermano del Centauro Quirón.

¹³⁰ Los héroes (hay un episodio semejante en II 911 y ss.) sin duda atribuyen el cambio del viento al deseo divino de que sacrifiquen en honor de Dólope. El

Desde allí siguieron adelante, dejando a un lado Melibea, con su litoral y su playa ventosa a la vista. Al alba, prontamente divisaron el Hórnole¹³¹, que, situado junto al mar, fueron bordeando. Y no iban a tardar ya mucho en sobrepasar la corriente del río Ámro. Más allá avistaron Eurímenas¹³² y los acantilados del Osa y del Olimpo con su recio oleaje, y luego, en plena noche, dejaron atrás las colinas de Palene, por encima del promontorio de Canastro¹³³, por el soplo del viento empu- 600 jados en su marcha. Al alba a su paso se alzó el Ato¹³⁴, la montaña de Tracia que a Lemnos, que está tan distante cuanto puede recorrer una nave bien equipada hasta el medio día, la cubre con la sombra de su cumbre más alta incluso hasta Mirina¹³⁵. Todo el día y hasta el crepúsculo siguió soplándoles el viento a favor con todas sus fuerzas y estaba tirante el velamen de la nave. Pero con la caída del Sol cesó el viento y alcanza- ron a remo la escarpada Lemnos de los Sintios¹³⁶.

Allí a la vez la ciudadanía toda por el acto criminal de las mujeres había sido sin piedad abatida el año anterior. Fue el 610 caso que los varones, llevados del odio, repudiaron a sus legítimas esposas, y en cambio tenían una ruda pasión por unas cautivas que ellos trajeron de la tierra de enfrente, de sus saqueos de Tracia, luego de que los acosara la cólera terrible de Cipris por no haberle dado parte por largo tiempo en los debidos honores. ¡Oh desdichadas mujeres, con sus celos lamentablemente insaciables!, no sólo destruyeron, junto con aquellas¹³⁷, a sus propios esposos al lado de sus lechos, sino por

lugar llamado «Partida» (*Afetat*) estaría en la misma costa de Magnesia, al Norte del Pelión: Livrea (*SIFC* 51, 1979, págs. 146-154) ha vuelto a tratar del tema de esta ubicación, ya estudiado por Delage y Vian.

¹³¹ Melibea era una ciudad costera cerca del monte Hórnole, entre los montes Pelión y Osa.

¹³² Eurímenas o Erimnas era otra ciudad costera, ya en las estribaciones del Osa. En este punto aproximadamente la ruta se desvía hacia el Este, sin penetrar en el actual golfo de Salónica.

¹³³ Palene es la primera de las tres penínsulas (hoy de Casandra) del Sur de la Calcídica y cuyo extremo es el cabo Canastro.

¹³⁴ En la tercera de las penínsulas citadas.

¹³⁵ La ciudad más importante de la isla de Lemnos, a unos ochenta kms. del monte Ato.

¹³⁶ Pobladores antiguos de la isla.

¹³⁷ Las cautivas citadas.

igual a toda la estirpe viril¹³⁸, para no tener que responder en adelante de su amargo crimen. La única de entre ellas que respetó la vida de su anciano padre fue Hipsípila, la hija de Toante, el cual era rey de su gente. En un hueco cofre lo arrojó para que fuera llevado sobre la superficie del mar, por si podía escapar. Y unos pescadores lo recogieron en la isla que antes se llamaba Enoe¹³⁹, y más tarde Sícino, por el Sícino que a Toante unida en el lecho le pariera la Ninfa Náyade Enoe. A estas mujeres, a todas, les eran más fáciles el pastoreo de las reses, el revestirse armaduras de bronce y hendir el surco en los labrantíos trigueros que las labores de Atena¹⁴⁰ en que siempre antes se ocuparan. Mas empero con frecuencia ponían sus ojos en la mar anchurosa por el miedo angustioso a la llegada de los Tracios¹⁴¹. 620

Por esa razón, cuando cerca de la isla vieron a la Argo que a remo avanzaba, al instante en masa puertas afuera de Mirina vestidas de sus armaduras de combate acudieron a la ribera, comparables a las Tíades que comen carne cruda¹⁴². Pues decían que casi con certeza llegaban los Tracios. Con ellas Hipsípila, la hija de Toante, se revistió las armas de su padre. Y acudían sin gritos, indecisas: tal era el temor suspendido sobre ellas.

Entretanto, de su lado los héroes desde la nave enviaron a Etálida, el heraldo veloz a quien confiaban ocuparse de embajadas y del cetro de Hermes, su padre, el cual le había donado memoria imperecedera de todas las cosas. Y ni aún ahora que ha partido a los remolinos invisibles del Aqueronte, el olvido no ha ocupado su alma, pero, además, tiene asignado su destino en turno siempre constante, unas veces en el número de los seres soterraños, otras veces a los rayos del Sol entre los hom- 640

¹³⁸ Incluidos los niños.

¹³⁹ Se trata de una isla entre Melos e Ios. Su nombre clásico y actual es Sícinos. Está desde luego a una gran distancia de Lemnos.

¹⁴⁰ Es decir, las tareas caseras y femeninas usuales.

¹⁴¹ Que podían ahora sólo contra mujeres (aunque armadas) vengarse de la anterior incursión de sus maridos.

¹⁴² El tema de la omofagia de las Tíades o Bacantes es bien conocido, sobre todo a través de la célebre obra de Eurípides.

bres vivientes¹⁴³. Mas ¿para qué preciso yo contar por extenso las historias de Etálida? El cual entonces se ganó la voluntad 650 de Hipsípila para acoger durante la noche a los que llegaban al declinar el día. Mas tampoco al alba desataron las amarras de la nave, porque soplabla el Bóreas¹⁴⁴.

Las mujeres de Lemnos marcharon por la ciudad y fueron a sentarse en la asamblea, pues la propia Hipsípila así lo dispuso. Y cuando ya todas estuvieron reunidas, aquélla prestamente entre ellas habló de esta suerte exhortándolas:

«¡Vamos, amigas!, a esos hombres entreguémosles gratos presentes, que les parezca bien llevarlos portándolos¹⁴⁵ en su nave, provisiones y vino gustoso, para que fuera de los muros permanezcan sin moverse y no, por venir por necesidad a bus- 660 carnos, tengan cumplida noticia y un vil rumor llegue hasta muy lejos, por haber cometido nosotras un acto tan grave. Y éste no les será de su agrado a éstos tampoco, si llegan a enterarse. Tal es la idea que ahora se nos ha ocurrido, pero, si alguna otra de vosotras medita una mejor opinión, que se alce. Pues por ello justamente acá os he convocado.»

Así habló, y ocupó el asiento de piedra de su padre¹⁴⁶. Y luego se levantó su nodriza Polixo, vacilante sobre sus piernas enflaquecidas ya por la vejez, en su bastón apoyándose, 670 pero empeñada en dirigirles la palabra. Cerca de ella también se sentaban cuatro doncellas no desposadas, de blanco pelo cu-

¹⁴³ Etálida oficia de heraldo entre los Argonautas y tuvo luego (como los Dioscuros o como Perséfone) el privilegio de alternar la vida de ultratumba con la de los inmortales. El don de su maravillosa memoria le perdura incluso en el Hades, el reino por excelencia del olvido. El sentido exacto del pasaje es discutido por Fränkel, Vian y Giangrande (de éste cfr. *Sprachgebrauch*, págs. 3 y s.). Arduizoni (*RFIC* 93, 1965, 257-267) cree que el poeta alude aquí a la tradicional identificación de Pitágoras como reencarnación de Etálida.

¹⁴⁴ Es decir, el viento del Norte y no el deseado, del Oeste. La partida, pues, se demora, dando lugar a un episodio imprevisto.

¹⁴⁵ La expresión es pleonástica ya en el original, pero no es necesario corregir el texto como propone Fränkel.

¹⁴⁶ La asamblea se celebra, como era lo usual en la antigüedad, en un espacio abierto, aquí con asientos excavados en la roca. Hipsípila fue nombrada reina tras la masacre de los varones y de ahí que ocupe el lugar de su padre, el antiguo rey.

biertas¹⁴⁷. Y en medio de la asamblea se alzó e irguió trabajosamente su cuello de su espalda encorvada y así les habló:

«Esos regalos, según es del gusto de la propia Hipsípila, enviémoslos a los forasteros, puesto que justamente el dárselos es preferible. Ahora bien, ¿cuáles son vuestros planes para no malograr vuestras vidas, si carga un ejército Tracio o de alguna otra gente enemiga, lo cual entre los humanos mucho acontece, como es ahora el caso de esta tropa que llegó de improviso? Pero si alguno de los dioses dichosos nos preserva de esto, otros infortunios en adelante nos aguardan inúmeros y más graves aún que una guerra. Cuando ya perezcan las ancianas y las jóvenes alcancéis sin descendencia la detestable vejez, ¿cómo os alimentaréis entonces¹⁴⁸, desdichadas? ¿Acaso los bueyes en las glebas profundas por sí solos uncidos os arrastrarán por el barbecho el arado que hiende la tierra y, en cuanto se cumpla el ciclo del año, segarán las espigas? Por lo que a mí toca, en verdad, aunque ahora aún me tienen espanto las Ceres¹⁴⁹, creo que posiblemente para el año venidero ya esté cubierta de tierra, luego de tomar mi parte en las fúnebres honras, según es de ley, antes de que a esa calamidad pueda acercarme. Pero a las jóvenes os exhorto a que meditéis esto bien, pues ahora ya está a vuestro alcance un medio de escapar a ella eficaz, si confiáis vuestras casas y toda la hacienda y esta noble ciudad al cuidado de esos extranjeros.»

Así dijo, y la asamblea se llenó de tumulto, pues les fueron gratas tales palabras. Y tras ella al instante de nuevo Hipsípila se levantó y de este tenor fueron sus palabras de réplica:

«Si esta idea es del gusto de todas, yo puedo despachar con urgencia un mensajero a la nave.»

¹⁴⁷ Esta expresión ha sido corregida y discutida con frecuencia. La interpretación más simple es la de cuatro ancianas como Polixo, que simbolizarían con su soltería el triste destino de las mujeres de Lemnos. De un modo muy distinto opina Giangrande (*QUCC* 24, 1977, págs. 98 y ss., y *L'humour des Alexandrins*, Amsterdam, 1975, págs. 19 y ss.), cuya tesis ha sido discutida por extenso por Ardzizoni en *GIF* 30, 1978, págs. 275 y ss.

¹⁴⁸ Es la interpretación de O. Skutsch (*CQ* 67, 1973, pág. 60). Giangrande (*AC* 39, 1970, págs. 56 y s., y *QUCC* 15, 1973, págs. 79 y s.) propone: «¿cómo entonces invocaréis (a los dioses)?».

¹⁴⁹ Por la extrema fealdad de su vejez. Las Ceres eran una representación plural de la muerte: cfr. IV 1665 y ss.

Dijo, y se dirigió a Ifínoe, que estaba cerca de ella¹⁵⁰:

«Álzate, Ifínoe, saliendo al encuentro de ese varón con el ruego de que, sea quien sea el que de la expedición marche en cabeza, venga a nuestra casa para que yo le exprese una decisión de los ciudadanos¹⁵¹, que será de su agrado. Y también a los demás invítalos a pisar la tierra y la ciudad, si quieren, sin temor y con ánimo amistoso.»

Así habló, y disolvió la asamblea. Luego se levantó para volver a su casa.

Y fue de este modo como Ifínoe llegó a los Minios. Y ellos le preguntaron con qué fin en su mente llegaba. Y al punto al acoso de sus preguntas¹⁵² respondió con estas palabras:

«La hija de Toante, Hipsípila, me ha enviado aquí a convocar al que manda la nave, quienquiera que sea, para expresarle una decisión de los ciudadanos que será de su agrado. Y también a los demás os invita a pisar la tierra y la ciudad, si queréis, ahora prontamente con ánimo amistoso»¹⁵³.

Así dijo, pues, y fueron del gusto de todos los buenos auspicios de aquellas palabras. Y pensaron que por la muerte de Toante su hija amada Hipsípila reinaba. Y con prontitud hicieron que partiera él y también ellos mismos se aprestaron a ir. 720

Él en torno a los hombros se abrochó su doble manto de púrpura, obra de la diosa Itónide¹⁵⁴, aquel que Palas le diese cuando ella comenzó de la nave Argo a disponer los maderos de la basada y les enseñó a medir con reglas las trabes de los bancos. Más llevadero sería poner los ojos en el Sol que se alza que mirar aquel rojo del manto, pues en rojo estaba elaborada

¹⁵⁰ Ifínoe, nombrada ahora por primera vez, no es presentada previamente como hubiera exigido el modo épico tradicional, como tampoco lo serán otros personajes en II 65. La corrección del texto propuesta por P. Maas (aceptada por Fränkel) es innecesaria.

¹⁵¹ En el v. 609 los ciudadanos eran naturalmente los varones; ahora lo son las mujeres, que se reúnen en asamblea y toman decisiones.

¹⁵² Trato así de traducir en lo posible el matiz importante de las preguntas del grupo de hombres, según interpreta Fränkel.

¹⁵³ El mensaje es repetido con mínimos cambios de lengua, pero desde luego con cambios mayores que lo usual en Homero.

¹⁵⁴ Cfr. antes nota a v. 551.

su parte central y de púrpura eran todos sus rebordes¹⁵⁵. Y en cada extremo se habían hecho bordados, cada cual de una parte, muchos y con suma pericia. Allí estaban los Cíclopes, aplicados a su sempiterna tarea, fabricando el rayo para Zeus soberano. El cual, en todo su brillo, casi había sido ya terminado, faltándole aún sólo un destello, que ellos alisaban con sus férreos martillos, hálito hirviente del fuego poderoso.

Allí estaban los dos hijos de Antíope la de Asopo, Anfión y Zeto¹⁵⁶. Aún sin murallas Tebas estaba a su vera, de la cual ellos presurosos acababan de echar los cimientos. Zeto levantaba sobre sus hombros la cumbre de una alta montaña, con el aspecto del que se entrega a un gran esfuerzo. Y Anfión iba tras él tañendo su lira de oro. Y una peña, dos veces tan grande, le seguía los pasos¹⁵⁷.

A continuación estaba representada Citerea la de bucles espesos, que llevaba sujeto el rápido escudo de Ares¹⁵⁸, y de su hombro hasta el codo izquierdo se le había deslizado el tirante de su túnica, por debajo del seno, y su imagen, enfrente, fielmente se mostraba a la vista en el escudo de bronce.

Y había allí un denso pastadero de vacas. Y por las vacas combatían los Teléboes y los hijos de Electrión: éstos en su defensa, y aquéllos, los piratas de Tafos, en su afán de robarlas. El prado, cubierto de rocío, se empapaba de sangre, y en su gran número se imponían a los pocos vaqueros¹⁵⁹.

Y allí dos carros se representaban compitiendo. Al de delante lo conducía Pélope, sacudiendo las riendas, y estaba con él Hipodamía, de pie a su costado¹⁶⁰. En pos de aquél llevaba

¹⁵⁵ Se trata de dos matices del rojo: uno más brillante, en la parte central del manto, y otro purpúreo, más oscuro, en los extremos.

¹⁵⁶ Asopo era el río (y dios-río) de Beocia. Anfión y Zeto nacieron de la unión de Antíope con Zeus.

¹⁵⁷ El tema del contraste entre la fuerza de Zeto y la magia musical de su hermano fue desarrollado ya por Eurípides en su *Antíope*, sobre elementos míticos previos indudablemente.

¹⁵⁸ Afrodita con armas aparece en la plástica griega en el siglo v.

¹⁵⁹ Los Teléboes de Tafos eran famosos piratas (cfr. *Odisea* XV 427 y XVI 426). Electrión era rey de Micenas.

¹⁶⁰ Como el combatiente al lado del auriga, según el uso homérico. Hipodamía era hija del rey Enómao, el cual sistemáticamente mataba a los pretendientes de su hija en el curso de una carrera de carros, hasta que Hipodamía (o Pélo-

sus caballos Mírtilo, y con él Enómao, que, con la lanza apuntada que en su mano agarraba, caía por el lado al quebrarse el eje por los cubos, cuando se aprestaba a herir la espalda de Pélope.

Allí también aparecía Febo Apolo, apenas un muchacho, 760 con su saeta disparando al que tiraba osadamente a su madre del velo, Ticio el gigante, al que pariera Élara divina pero criara y volviera a alumbrar la Tierra¹⁶¹.

Allí también estaba el Minio Frixo, como escuchando de veras al carnero, y éste cual dotado de palabra. Al verlos, mudo se hubiera uno quedado y con el ánimo burlado, por confiar en oírles algún discurso cargado de prudencia y en cuya espera se estaría por largo tiempo contemplándolos.

Tal, pues, era el regalo de Atena, la diosa Itónide. Y él¹⁶² tomó con su diestra la lanza que de lejos hiere, la que una vez Atalanta en el Ménalo como prenda de hospitalidad le diera, 770 cuando ella salió con amistoso espíritu a su encuentro, pues se empeñaba en seguirlo en su viaje. Pero él contuvo a la joven por su propia voluntad, y es que temió riñas dolorosas por su amor¹⁶³.

Y echó a andar en dirección a la ciudad, igual que el astro refulgente¹⁶⁴ que contemplan las recién casadas, recluidas en sus nuevos aposentos, cuando sobre las casas se levanta y con su hermoso color rojo los ojos les hechiza a través del cielo oscuro, y se llena de gozo la doncella en su amor por el mozo que está entre gentes extranjeras y al cual sus padres la tienen 780

pe, en otra versión), con la complicidad del auriga Mírtilo, provocó el accidente que aquí se describe.

¹⁶¹ Una paradoja comparable a la ya leída en 59 y s. Zeus ocultó bajo la tierra a Élara cuando ésta iba a dar a luz, de modo que su hijo, Ticio, es como si hubiese nacido de la propia Tierra. Ticio intentó violar a Leto, madre de Apolo, y, según al menos una versión, fue aseteado por Apolo (y Ártemis).

¹⁶² Jasón.

¹⁶³ Atalanta, la mítica cazadora de Arcadia (el monte Ménalo está en esta región), figura realmente en algunos autores como un Argonauta. Apolonio rechaza esta versión y explica la negativa de Jasón por el temor a que su belleza provoque querellas entre los expedicionarios.

¹⁶⁴ El lucero vespertino, asociado a la hora de las ceremonias del matrimonio y de las relaciones amorosas: cfr. el comentario de Fränkel, así como G. Zanker, *WJS* 13, 1979, pág. 53.

prometida; a él semejante iba el héroe tras los pasos de aquella servidora. Y cuando ya traspasaron las puertas al interior de la ciudad, las mujeres de ésta en pos de él marchaban en tumulto, jubilosas de ver al forastero. Y éste, con sus ojos fijos en el suelo, avanzaba sin inquietud, hasta que llegó a la morada espléndida de Hipsípila. Cuando él apareció abrieron las sirvientas las puertas de dos hojas, ajustadas con sus sólidos batientes. Entonces con presteza Ifínoe lo llevó por la hermosa sala hasta hacerlo sentar en reluciente sillón delante de su ama. Y a ésta, 790 que inclinó su mirada, se le cubrieron de rubor las mejillas virginales. Mas, a pesar de su vergüenza, le dirigió estas palabras seductoras:

«¿Por qué, extranjero, quedaros por un tiempo fuera de los muros, ya que nuestra ciudad no está poblada por hombres, sino que éstos, emigrados al continente de Tracia, aran allí los campos de buenos trigales? Y toda nuestra desgracia la contaré verazmente, para que también vosotros bien la conozcáis. En el tiempo en que Toante, mi padre, reinaba en la ciudad, gentes que partían de ésta saqueaban desde sus naves entonces las 800 haciendas de los que enfrente de la Tracia habitaban, y acá trajeron botín sin cuento, incluso con muchachas en él. Hallaba así satisfacción la cólera de Cipris, diosa funesta¹⁶⁵, que en ellos inspirara la ofuscación que destruye las almas. Pues ya cobraron aversión a sus legítimas esposas y, cediendo a su extravío, las expulsaron de sus casas, y junto a sus cautivas, que fueran su presa de guerra, dormían los desdichados. Por largo tiempo estuvimos soportándolo, por si al fin alguna vez volvían a cambiar su modo de pensar. Pero, por momentos duplicándose, el infortunio no cesaba en su progreso, y los hijos, 810 que legítimos nacieran en las casas, se veían ultrajados, en tanto que surgía una ralea de orígenes oscuros¹⁶⁶. Las muchachas por casar, y con ellas sus madres sin esposos, erraban por la ciudad abandonadas. Y no había padre que ni un poco velara por su hija, por más que la viera con sus ojos bajo la violencia

¹⁶⁵ Fränkel corrige en «la cólera funesta de la diosa Cipris», sin necesidad alguna. Para este difícil pasaje cfr. Campbell, *CQ* 19, 1969, págs. 270 y ss. Cualquier traducción no es de todos modos sino una tentativa aproximada.

¹⁶⁶ Los bastardos. Para la expresión cfr. Giangrande, *Sprachegebrauch*, pág. 4.

de las manos de una madrastra insolente. Ni tampoco los hijos preservaban como antes a su madre de la inicua afrenta, ni la hermana importaba al corazón de sus hermanos¹⁶⁷. En cambio solamente las jóvenes cautivas recibían atenciones en las casas y en los bailes, en la plaza y en los festines. Hasta que algún 820 dios nos infundió el vigoroso coraje de no recibirlos ya en el interior de las murallas al regresar de Tracia, para que o bien tuvieran la cordura que de justicia es, o bien, partiendo con sus cautivas, se fueran a otra parte. Y ellos entonces, luego de reclamar cuanta era la estirpe varonil que de sus hijos les quedaba en la ciudad, de nuevo marcharon allá donde aún ahora pueblan los nevosos labrantíos de Tracia. Razón para que vosotros vengáis a estableceros, y si tú quisieras y fuera de tu gusto habitar aquí, luego tendrías los honores que correspondían a Toante, mi padre. Y no creo que tengas tacha que po- 830 ner a esta tierra, pues las sementeras crecen más altas en ella que en las otras islas, cuantas en el mar Egeo tienen pobladores. ¡Ea!, ve ahora a la nave a decirles a tus camaradas las palabras nuestras y no te quedes en el exterior de la ciudad.»

Dijo así, ocultando el sangriento final que aconteciera a sus hombres. Y él le respondió a su vez:

«Hipsípila, podríamos aceptar esta grata oferta que nos haces y que bien que a nosotros nos complace. Yo estaré de vuelta en la ciudad, luego de haber explicado todo por su orden. Pero el regio poder y la isla deben ser de tu incumbencia. Yo 840 los 'rehúso'¹⁶⁸ no porque los desdeñe, sino porque penosas pruebas nos apremian.»

Tal dijo, y le tocó su mano diestra. Y al punto partió de regreso. Y a uno y otro lado innúmeras muchachas se le aglomaban jubilosas, hasta que de puertas afuera hubo pasado. Y luego en carros de veloz rodar alcanzaron la costa, portadoras para sus huéspedes de muchos regalos, una vez que ya él

¹⁶⁷ En su versión parcial de lo ocurrido Hipsípila incluye a los hijos legítimos en la descripción de la conducta de sus padres. De este modo se explica mejor lo que se dirá en los vv. 824 y s. y se justifica la ausencia de niños varones en la isla.

¹⁶⁸ Jasón rechaza las dos ofertas que Hipsípila le ha hecho abiertamente. La «oferta» aceptada (la de los lechos de las mujeres de Lemnos) se nombra en uno y otro discurso con términos extremadamente velados.

hubiera expuesto en orden y cumplidamente las palabras que Hipsípila cuando lo llamara le dijese¹⁶⁹. Y también a ellos los llevaron de huéspedes¹⁷⁰ a sus casas, y esto sin mayor dificultad, pues Cipris les inspiró un dulce desecho en atención al muy ingenioso Hefesto¹⁷¹, para que nuevamente ya para el tiempo venidero así ya completa¹⁷², Lemnos se poblara de varones. Entonces el Esonida se dirigió a la regia morada de Hipsípila, y los demás, excepto Heracles, a donde quiera le tocara a cada cual. Pues aquél por propia voluntad quedó junto a la nave, e igualmente unos pocos compañeros que se mantuvieron apartados¹⁷³. Y al momento disfrutó la ciudad de danzas y festines, del humo de los asados toda llena. Y más que a los restantes inmortales trataban de congraciarse al ilustre hijo de Hera¹⁷⁴ y a la propia Cipris con cánticos y sacrificios. 850

La navegación se aplazaba de continuo de un día para otro, y hubieran permanecido allí en la ociosidad si Heracles no hubiese reunido a sus camaradas sin las mujeres y hablado con tales palabras de censura:

«¡Desdichados!, ¿la sangre de un pariente¹⁷⁵ nos aleja de nuestra patria? ¿O acaso de allá hemos venido aquí necesitados de unas bodas, tras desdeñar a las mujeres de nuestras ciudades? ¿Y hemos resuelto, estableciéndonos aquí, repartirnos los ricos labrantíos de Lemnos?¹⁷⁶. En verdad que no seremos

¹⁶⁹ Cfr. la nota al v. 716. Aquí el mensaje ni siquiera es expuesto de modo directo.

¹⁷⁰ Un eufemismo para la relación erótica, como luego de nuevo en II 764.

¹⁷¹ Lemnos estaba muy vinculada a Hefesto, que según el mito cayó en ella desde el Olimpo y fue acogido por sus habitantes. Cipris ha devuelto a las Lemnias su atractivo para los varones.

¹⁷² Al recuperar una población masculina. Pero la expresión en el original puede tener también un matiz religioso, con el valor de «purificada», como alusión a los ritos anuales que se celebraban en Lemnos como expiación del antiguo crimen: cfr. el comentario de Vian, y Burkert en *CQ* 19, 1970, págs. 1-16.

¹⁷³ Es decir, lejos del contacto con las mujeres de Lemnos. Apolonio no da ninguna razón de ello, aunque pueden ser las mismas que expresa luego Heracles.

¹⁷⁴ El poeta alude sin duda a la versión según la cual Hera engendró a Hefesto sin intervención de su esposo Zeus.

¹⁷⁵ El asesinato de un pariente era un motivo usual del exilio.

¹⁷⁶ Hay una ambigüedad irónica en esta frase, ya que «arar» y semejantes son

muy renombrados si con unas extranjeras nos quedamos arrin- 870
conados así por largo tiempo. Ni tampoco por su cuenta ha-
ciéndose con el vellón algún dios irá a concedérselo porque
así se lo pidamos. Vayámonos de vuelta cada cual a su casa, y a
él¹⁷⁷ dejadlo en el lecho de Hipsípila los días enteros, hasta
que con su prole haga a Lemnos varonil¹⁷⁸ y una gran fama le
venga.»

Así a los hombres reunidos les expresó sus reproches, y no
hubo ninguno que se atreviera, frente a él, a alzar su mirada ni
a darle una réplica. Sino que desde la propia asamblea se apre-
suraron a preparar la partida. Y las mujeres corrieron a ellos
no bien se enteraron. Y como cuando las abejas en torno a los
bellos lirios bordonean, brotando de la peña en que tienen su 880
colmena, y en derredor, bañada en rocío, se extiende radiante
una pradera, y aquéllas en sus vuelos recogen de uno en uno el
dulce fruto, así entonces las mujeres en torno a los hombres¹⁷⁹
se precipitaban arrebatadas y llorosas y con sus brazos y sus
palabras despedían a cada uno, entre súplicas a los dioses di-
chosos para que les concedieran retorno libre de desgracias.
Y así también Hipsípila rogaba, con las manos del Eísónida co-
gidas, y le fluían las lágrimas por la ausencia del que partía:

«Ve, y que los dioses de nuevo te traigan, con tus compañe-
ros a salvo, portador de la dorada piel para tu rey, tal como es 890
tu voluntad y tu deseo. Esta isla y el cetro de mi padre a tu dis-
posición estarán, si incluso más tarde quieres volver aquí, lue-
go de que ya alguna vez hayas retornado¹⁸⁰. Y fácilmente po-

con frecuencia términos sexuales. Es como decir repartirnos la tierra y el disfru-
te de sus mujeres. Todo este discurso concuerda con el carácter que Heracles
tiene en Apolonio.

¹⁷⁷ Jasón naturalmente.

¹⁷⁸ No meramente «pueblo de hombres», como entienden muchos y que da
un sentido banal. Es decir, le restituya su virilidad perdida. La expresión (cfr.
Vian, *REA* 72, 1970, pág. 94) es malévola: Jasón hará viril a Lemnos de nue-
vo, él que se olvida de la empresa viril que lo espera. Desde luego no hay nece-
sidad de corregir el texto, como hace West, *CR* 13, 1963, pág. 10.

¹⁷⁹ Vian (*loc. cit.*) apunta que el símil de las abejas que van de flor en flor es
una deliciosa alusión a la promiscuidad sexual que debió reinar en Lemnos en-
tre el reducido número de varones y la multitud femenina.

¹⁸⁰ Hipsípila alude a dos regresos bien distintos: uno, una vez conseguido el
vellón, a Yolco; otro, posterior, como posibilidad que depende sólo de la volun-
tad de Jasón, a Lemnos.

drás reunir a tu servicio también gentes sin cuento de otras ciudades. Pero tú no tendrás esa intención, ni yo misma espero que así vaya a suceder. Acuérdate no obstante de Hipsípila, lo mismo cuando estés allá lejos que cuando ya de regreso. Y déjanos lo que quieras decirnos, que yo cumpliría gustosa si los dioses me conceden alumbrar un hijo.»

Y a ella le replicó el hijo de Esón, conmovido:

«Hipsípila, que por obra de los dioses todo eso así favorable- 900
mente se cumpla. Pero, en lo que a mí respecta, pon freno a tus deseos, puesto que me es suficiente vivir en mi patria, si Pelias lo consiente¹⁸¹: sólo que los dioses me libren de pruebas! Mas si mi sino no es retornar a la Hélade en mi navegar a tierras remotas, y tú alumbras un hijo varón, envíalo ya mozo a la Yolco Pelasga a poner remedio al dolor de mi padre y mi madre, si es que los encuentra aún con vida, para que, lejos del rey¹⁸², reciban sus cuidados en su hogar, en sus propias casas.»

Dijo, y subió a la nave el primero. Y así también los demás 910
héroes subieron, y sentándose unos tras otros agarraron con sus manos los remos y Argos les soltó las amarras de popa de la peña que baña la mar. Entonces ya vigorosamente iban golpeando el agua con los largos remos. Pero a la tarde, porque así Orfeo lo indicara, vararon en la isla de Electra, la hija de Atlante¹⁸³, a fin de que, tras aprender los ritos secretos en amable iniciación, navegaran sobre la mar heladora en mayor seguridad¹⁸⁴. De ellos, no iré con la palabra más allá, sino para decir adiós a la isla misma así como a los dioses locales, que a 920
su cargo recibieron aquellos misterios, de los que no nos es lícito cantar¹⁸⁵.

Desde allí, impulsándose por los abismos profundos de la

¹⁸¹ Texto de gran dificultad. Traduzco según Giangrande, *Sprachgebrauch*, pág. 12, pero hay otras diversas interpretaciones.

¹⁸² Es decir, sin que el rey (Pelias) pueda dañarlos.

¹⁸³ Se refiere a Samotracia, lo que supone una desviación de la ruta esperada, hacia el Norte. Esta Electra es una de las siete hijas del gigante Atlas o Atlante y madre de Dárdano, fundador de la estirpe de Troya.

¹⁸⁴ En Samotracia tenían su sede los misterios de los Cabiros (los «dioses locales» luego citados), protectores de los navegantes.

¹⁸⁵ Como en otros momentos Apolonio evita una digresión, en este caso por motivos religiosos.

Mar Negra¹⁸⁶ a fuerza de remos, tenían a un lado la tierra de los Tracios y al otro y enfrente Imbros, de la parte de alta mar. Y acababa el Sol de ponerse cuando llegaron al extremo del Quernesio¹⁸⁷. Allí les soplaban con ímpetu el Noto y, a su soplo favorable exponiendo las velas, penetraron en las difíciles corrientes de la hija de Atamante¹⁸⁸. La alta mar quedaba atrás a la mañana; otro mar, dentro de la costa Retea, medían a la noche, teniendo la tierra del Ida a su diestra¹⁸⁹. Y dejando Dardania, llegaron a tocar en Abidos, y luego de ésta pasaron Percote, la ribera arenosa de Abarnis y Pitiea la divina¹⁹⁰. Y ya durante la noche terminaron de atravesar el Helesponto, que al paso de la nave se hendía con bullentes remolinos.

Hay, dentro de la Propóntide, una ínsula escarpada, que penetra en el mar a una breve distancia del continente frigio de cosechas abundantes cuanto un istmo se baña con sus aguas, y está inclinada en pendiente sobre la tierra firme. Sus costas tienen doble entrada y se halla más allá de las aguas del río Eseo¹⁹¹. Los que en su vecindad viven la llaman Monte de los Osos. Y la poblaban Hijos de la Tierra insolentes y salvajes¹⁹², gran maravilla a los ojos de las gentes colindantes, pues a cada uno se le agitaban seis brazos vigorosos, dos que arrancaban de los recios hombros, y los otros cuatro, debajo, unidos a sus flancos tremendos. El istmo, en cambio, y el llano los habitaban los Dolíones, y entre ellos reinaba el noble hijo de Eneo, Cícico, al que pariera Enete, hija del divino Eusoro. Mas a és-

¹⁸⁶ El Golfo Negro, ahora Golfo de Saros.

¹⁸⁷ El Quersoneso.

¹⁸⁸ Es decir, en el Helesponto. La hija de Atamante es Hele, hermana de Frixo. Tras remar durante dos días, el viento del Sur les facilita ahora el acceso al Helesponto.

¹⁸⁹ A la altura del cabo Reteon (cercano a las ruinas actuales de Troya) han penetrado en un nuevo mar, cuya costa este o asiática pertenece a la Dardania (en sentido amplio), con el monte Ida como referencia, al interior.

¹⁹⁰ Dardania es ahora la zona de la ciudad de Dárdano; las otras poblaciones están todas en la costa asiática. Pitiea es el nombre antiguo de Lámpsaco.

¹⁹¹ Se trata de la península de Arctoneso («Isla de los Osos») junto a cuyo istmo está Cícico. Para el pasaje cfr. Vian, *REG* 91, 1978, págs. 96-106: el istmo estaba en parte abierto a la navegación, con acceso a una laguna y a un puerto interior (cfr. luego v. 987). De ahí que pueda hablarse a la vez de una isla y de un istmo poblado (v. 947).

¹⁹² Gigantes comparables a los descritos por Hesíodo en *Teogonía* 147 y ss.

tos, por temibles que fueran, no los dañaban los Hijos de la Tierra, porque Posidón les prestaba su socorro, ya que de él tomaron los Dolíones sus primeros orígenes¹⁹³.

Allí tocó la Argo, empujada por los vientos de Tracia. Y el Puerto Hermoso la acogió en su carrera¹⁹⁴. Allí también, luego de desatar la piedra pequeña del ancla, por consejo de Tifis, la dejaron al pie de una fuente, al pie de la fuente de Ártace¹⁹⁵. Y tomaron otra que por su peso era adecuada. Y aquella, según dictara el oráculo del que lejos alcanza¹⁹⁶, los Jonios Neleidas¹⁹⁷ después la pusieron consagrada, como era de ley, en el templo de la Atena Jasonia¹⁹⁸. 960

Y juntos con signos de amistad viniendo a su encuentro los Dolíones y Cícico en persona, cuando tuvieron noticia de quiénes eran ellos, de la expedición y de su estirpe, les ofrecieron su hospitalidad. Y los persuadieron para que siguieran con los remos adelante y en el puerto de la ciudad amarraran la nave¹⁹⁹. Entonces a Apolo del Desembarco²⁰⁰ levantaron un altar junto a la orilla y se cuidaron de ofrendarle un sacrificio. El propio rey les dio un vino delicioso que ellos precisaban, y con él unos corderos, pues le había sido advertido que, cuando llegara una divina expedición de héroes, al punto acudiera a su encuentro amablemente y desechara toda idea de guerra. También a él hacía poco que comenzó a brotarle el bozo²⁰¹ y no le 970

¹⁹³ Según unas versiones los Dolíones procedían de Tesalia, lo que podría explicar su buena acogida a los Argonautas. Pero Apolonio deja de lado este tema, haciéndolos simplemente descendientes de Posidón.

¹⁹⁴ En la costa occidental de la «isla», sin penetrar aún en la laguna.

¹⁹⁵ El Puerto Hermoso (protegido por la isla de Ártace o «Del Oso») estaba en las cercanías de la actual ciudad de Erdek. En la antigüedad efectivamente eran usuales las anclas de piedra, y a este episodio se refiere también Calímaco (fr. 108).

¹⁹⁶ Apolo.

¹⁹⁷ Cfr. luego vv. 1075 y ss. Se refiere a los colonizadores históricos de Cícico, originarios de Pilos de Mesenia (fundada por Neleo, hermano del rey Pelias).

¹⁹⁸ Protectora de Jasón.

¹⁹⁹ En el puerto interior del istmo (después «puerto de los Diques»), en la amplia laguna a la que se accedía por un canal a través de la lengua de arena: cfr. Vian, *art. cit.*

²⁰⁰ Apolo *Echarios*.

²⁰¹ Como a Jasón y a muchos de los Argonautas. Este detalle de la edad juvenil hará más patética su próxima muerte.

había deparado aún la suerte la alegría de unos hijos, sino que en su casa su esposa estaba todavía sin saber de dolores de parto, Clite la de lindas trenzas, que naciera de Mérope el Percosio²⁰². A ella poco ha la había traído de enfrente, de la casa de su padre, con espléndidos regalos²⁰³. Pero aun así, dejando la alcoba y el lecho de su esposa, fue a ocuparse del festín y alejó de su alma los temores.

Por turno y mutuamente se hacían preguntas: él indagaba 980 de ellos el fin de su navegar y las órdenes de Pelias, y ellos sobre las ciudades de los pueblos vecinos le preguntaban y sobre el golfo todo de la Propóntide. A su empeño por saber, él no podía darles información de más allá.

Al alto Díndimo²⁰⁴ subieron al alba, para ver también por sí mismos los pasos de aquel mar. Y otros llevaron el navío desde su anterior fondeadero al Puerto de los Diques, y a ésta, por la que pasaron, le dicen la Ruta de Jasón. Pero los Hijos de la Tierra, que de la otra parte, desde el monte, se precipitaron, obstruyeron la bocana de los Diques con innumerables rocas 990 arrojadas al fondo, cual si emboscaran a una bestia marina²⁰⁵ que allí dentro hubiera ido a parar. Pero allí había quedado Heracles con los hombres más jóvenes, el cual prestamente dirigió contra ellos su arco tensado y los abatió en tierra uno tras otro. Ellos por su parte, alzándolos, les tiraban ásperos peñascos, pues sin duda la diosa Hera, la esposa de Zeus, nutría a los monstruos temibles, trabajo para Heracles²⁰⁶. Entonces también los demás, los héroes marciales, que acudieron tornando antes de subir a la atalaya, se entregaron con ellos a la masacre de los Hijos de la Tierra, recibiendo con dardos y lanzas, 1000 hasta exterminarlos a todos a pesar de sus violentos ataques re-

²⁰² De Percote, ciudad ya mencionada (v. 932), en la costa asiática del Helesponto. El adivino Mérope aparece ya en *Iliada* II 831.

²⁰³ Los típicos regalos del novio al suegro, según los usos homéricos. «Enfrente» porque Clite procede del otro lado del golfo que forma, al Oeste, la Península o Isla de los Osos.

²⁰⁴ En el interior de la Isla de los Osos, de unos ochocientos metros de altura.

²⁰⁵ Otros (por ejemplo Fränkel) puntúan de otro modo, alterando ligeramente el sentido.

²⁰⁶ Es decir, como uno más en el catálogo de sus «trabajos».

petidos. Y como cuando los carpinteros tiran alineados en la ribera largos maderos recién tallados con sus hachas, para que, humedecidos, aguanten las robustas clavijas; así aquéllos en hilera yacían en la entrada del puerto blanquecino²⁰⁷, unos en masa con sus cabezas y sus pechos sumergidos en las aguas salobres y sus miembros extendidos sobre la tierra firme; otros, a la inversa, con sus testas sobre las arenas de la orilla, tenían 1010 sus pies en la profundidad metidos, de suerte que fueran a la vez presa de aves y de peces.

Y los héroes, cuando ya su empresa de tal temor se vio libre²⁰⁸, entonces con los soplos del viento soltaron las amarras de la nave y marcharon adelante por el oleaje de la mar²⁰⁹. Y estuvo avanzando con la vela todo el día, mas a la llegada de la noche no persistió ya el viento, sino que borrascas contrarias arrebatándola la llevaron hacia atrás, hasta que llegaron a los hospitalarios Dolíones de nuevo²¹⁰. Desembarcaron aún en plena noche, y todavía se llama Piedra Santa aquella en torno a la cual presurosos echaron las amarras del navío. Ni uno solo 1020 cayó en la cuenta de que era la misma isla y tampoco los Dolíones en la noche acertaron a saber que los héroes retornaban, sino que posiblemente creyeron que los abordaba el Ares Pelasgo de los Macrieos²¹¹, y por ello se revistieron de armaduras y alzaron sus brazos contra ellos.

Enfrentaron unos contra otros sus lanzas de fresno y escudos, semejantes a una veloz lengua de fuego que pugna cayendo entre resecos matorrales. El tumulto del combate, atroz e impetuoso, cayó entre las gentes Dolionias y ni siquiera él²¹² iba, más allá de su destino, a volver a su casa de la lucha, a la 1030

²⁰⁷ Recuérdese la expresión homérica «mar blanquecina» (por la espuma).

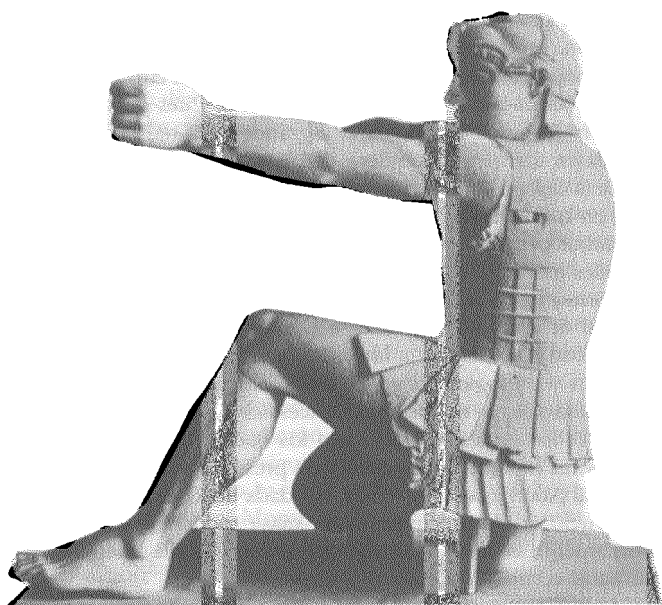
²⁰⁸ Creo que es así como debe entenderse este debatido texto, sin necesidad de corrección alguna.

²⁰⁹ Salen ahora, en dirección Este, de la laguna: cfr. de nuevo Vian, *art. cit.* La interpretación tradicional suponía una complicada ruta en torno a la península y era la aceptada aún por el propio Vian en su edición.

²¹⁰ Con este cambio de dirección del viento Apolonio concilia muy diferentes versiones míticas sobre el episodio de los Dolíones: cfr. A. Hurst, *MH* 21, 1964, págs. 232-237.

²¹¹ De un modo semejante Calímaco (*Himno* IV 173) dice «el Ares Celta» por el ataque de los Celtas. Los Macrieos eran un pueblo vecino.

²¹² El rey Cícico, como protagonista del episodio.



alcoba de sus nupcias y a su lecho: que el Esónida, cuando se le revolvía en derecha hacia él, se arrojó hiriéndole en medio del pecho, y el hueso se le quebró pasado por la lanza, y rodando en la arena dio a su sino cumplimiento. Pues es de ley que los mortales jamás escapen a él y grande es la red que está extendida en torno por doquier²¹³. Así, al que sin duda creía estar fuera del alcance de un cruel infortunio a manos de los héroes, en la misma noche lo atrapó mientras combatía con ellos. Y muchos otros, que pretendieron socorrerlo, fueron muertos. Heracles mató a Telecles y a Megabrontes, Esfodris fue presa 1040 de Acasto, Peleo abatió a Celis y al ágil guerrero Gefiro. Telamón, el de sólida lanza, mató a Basileo, Idas a su vez a Promeo, Clitio hizo perecer a Hiacinto, y ambos Tindáridas a Megalosaces y a Flogio. Luego de éstos, el hijo de Eneo abatió al audaz Itimoneo y también a Ártaces, el primero de los varones²¹⁴. A los cuales, a todos, aún los que allí habitan celebran con honras de héroes²¹⁵. Los demás presa de temor retrocedieron, cual palomas que huyen en bandada de los halcones de rápido vuelo. 1050 Y se precipitaron en masa todos a las puertas y prontamente la ciudad se llenó del griterío con la huida del lamentable combate²¹⁶.

Al alba se apercibieron unos y otros del error funesto y sin remedio. Un terrible dolor se apoderó de los héroes Minios al ver a Cícico, el hijo de Eneo, allí delante caído entre el polvo y la sangre. Y por tres días completos gimieron y mesáronse el pelo por igual ellos y las gentes Dolionias. Y luego, revestidos de sus armaduras de bronce, por tres veces dieron en torno la vuelta, lo sepultaron y, según es el uso, se midieron en torneos 1060 en la llanada del Prado, donde todavía ahora se levanta ese túmulo a la vista también de los hombres venideros²¹⁷.

Tampoco Clite, su esposa, dejó de seguir a su marido en su

²¹³ La «red» del destino es una imagen tomada del lenguaje de la tragedia.

²¹⁴ Típica descripción de combates individuales al modo homérico.

²¹⁵ Al menos algunos eran héroes epónimos de lugares cercanos: así Celis o Ártaces. Y no hay duda de que existían los cultos locales aludidos.

²¹⁶ Esta es la interpretación usual. Se entiende que los Dolíones, derrotados, se refugian tras sus murallas.

²¹⁷ Para estos funerales Apolonio se ha inspirado en los de Patroclo en *Iliada* XXIII.

muerte: en tal infortunio consumó otro aún peor, al anudar una soga a su cuello. Y las propias Ninfas de los bosques lloraron su fin, y de cuantas lágrimas por ella vertieron de sus ojos en tierra, las diosas formaron de todas un manantial, al que dan el nombre de Clite por el nombre glorioso de la desdichada joven esposa²¹⁸. Fue aquélla para las mujeres y para los 1070 hombres Dolionios la más atroz jornada que les sobreviniera; ni uno solo de ellos soportaba probar alimento, y, por largo tiempo, en su dolor no ya no se acordaron de la labor de la molienda, sino que incluso vivían nutriéndose sin el uso del fuego²¹⁹. Allí aún ahora, cuando por ellos derraman sus libaciones anuales los Jonios que en Cícico habitan, siempre siguen moliendo en la muela pública las tortas que les ofrecen²²⁰.

Luego de esto se alzaron ásperas borrascas por doce días y sus noches, y los retuvieron allí impidiéndoles hacerse a la 1080 mar. Pero, en la noche siguiente, los otros caudillos, fatigados, reposaban en el sueño hacía tiempo durante la última parte de la noche, y Acasto y Mopso el Ampícida guardaban su sueño profundo, y entonces sobre la rubia cabeza del Esónida revoloteó el alción²²¹, que con su aguda voz profetizó el fin de los vientos agitados. Y Mopso, al oírlo, comprendió la voz agorera del ave ribereña²²². Y la divinidad la hizo de nuevo alejarse y se posó de un rápido vuelo en lo alto del aplustre²²³ de la nave. Y a aquél, que estaba echado en muelles vellones de ove- 1090 jás, lo despertó al instante sacudiéndolo y le habló de este modo:

«Hijo de Esón, es preciso que ascendiendo a ese santuario²²⁴

²¹⁸ Según otra versión, este manantial se formó con las lágrimas de la propia Clite.

²¹⁹ Como si hubiesen vuelto a una vida salvaje.

²²⁰ Apartándose temporalmente de la práctica antigua del molino familiar.

²²¹ Este ave se decía que anunciaba el buen tiempo, en especial cuando anidaba.

²²² Mopso entiende los presagios de los pájaros: cfr. antes vv. 65 y s.

²²³ Utilizo el término latino para esta especie de mascarón de popa, que consistía en un adorno en forma de cabeza de ave por lo general y dirigida hacia el interior de la nave.

²²⁴ No un templo (que será fundado después), sino un lugar o recinto sagrado, como en II 658: cfr. Giangrande, *Sprachgebrauch*, págs. 12 y s.

del áspero Dándimo aplaques a la madre de todos los dioses dichosos, la del bello trono²²⁵, y cesarán las violentas borrascas. Pues acabo de oír la profética voz de un marino alción, que en torno a ti, que dormías, revoloteó declarándome todo punto por punto. De aquélla dependen los vientos y la mar y la tierra toda de debajo y la sede nevosa del Olimpo, y ante ella, cuando desde los montes sube al cielo elevado, el propio Crónida Zeus cede su sitio, y así también los demás inmortales dichosos reverencian a la diosa temible.»

De tal suerte habló. Y sus palabras, al oírlas, le fueron muy gratas. Se alzó del lecho lleno de gozo²²⁶, hizo levantarse a todos sus camaradas con premura, y, ya despiertos, les expuso los vaticinios de Mopso el Ampcida. Al instante los más jóvenes sacaron de los establos bueyes que llevaron a la alta cumbre del monte²²⁷, y los otros, soltando las amarras de la Piedra Santa hasta el Puerto Traciq²²⁸ remaron. Y ellos subieron también, luego de dejar a unos pocos compañeros en la nave. Y las atalayas de los Macriceos y la tierra toda que está frente a Tracia se les ofrecieron a la vista como al alcance de sus manos, y se les hicieron visibles la brumosa boca del Bósforo y los altos de Misia²²⁹, y, de la otra parte, el curso del río Esepoy la ciudad y la llanura Nepea de Adrastea²³⁰.

Había una robusta cepa de vid, que había crecido en el bosque, un tronco totalmente envejecido. Lo cortaron, para que fuera una imagen sagrada de la diosa del monte, y Argos la talló bellamente. Y la pusieron en una áspera cima al abrigo de las encinas más altas, que allí por encima de todas habían echa-

²²⁵ Rea o Cibeles, diosa montaraz por excelencia (cfr. luego v. 1119) a la que estaba consagrado el Dándimo.

²²⁶ Jasón naturalmente.

²²⁷ Para el sacrificio posterior. Los establos son sin duda los de los Dolíones, que no han dejado su actitud hospitalaria.

²²⁸ Un lugar cercano que no puede localizarse con precisión.

²²⁹ En dirección Este, a lo largo de la costa asiática. En Misia tendrá luego lugar el episodio de Hilas.

²³⁰ En dirección Oeste: la desembocadura del Esepoy está cercana a la Isla de los Osos, y la ciudad de Adrastea a medio camino hacia el Helesponto. Pero Adrastea era también una divinidad, identificable quizás con Némesis, y citada por Calímaco (fr. 299) en relación con estos lugares. Debe ser distinta de la Adrastea que se nombra en III 133.

do raíces. Hicieron un altar con un montón de guijarros y, tras cubrirlo con hojas de encina²³¹, se ocuparon de un sacrificio, invocando a la Madre muy venerable del Dándimo, la que habita en Frigia, y a la vez a Titia y Cileno, los únicos que reciben el título de guías del destino y de asistentes de la madre del Ida entre el número de cuantos son los Dáctilos del Ida de Creta, a los que en cierta ocasión la Ninfa Anquíale dio vida 1130 en la caverna del Dicte, agarrada con ambas manos a la tierra Eáxida²³². Y mucho le suplicaba con plegarias el Esónida que apartara las borrascas, mientras hacía libaciones sobre las víctimas que ardían. Al tiempo, los mozos, a los dictados de Orfeo, con saltos trenzaban una danza revestidos de sus armas y golpeaban con las espadas los escudos, para que así se disipara por el aire el siniestro clamor que aún alzaba gimiendo la gente en el duelo por su rey²³³. Desde entonces y ya siempre los Frigios se congracian con Rea con el disco²³⁴ y el tamboril.

La diosa concedió su atención a las santas ofrendas mostrándose, y hubo claras señales²³⁵: los árboles derramaron in- 1140 número fruto, a sus pies la tierra de modo espontáneo hizo brotar las flores de la hierba tierna, y las bestias, que abandonaron cubiles y malezas, acudieron a saludarlos con sus colas. Y aún realizó otro prodigio, ya que nunca antes había manado el Dándimo agua, pero para ellos entonces lo regó, desde su cumbre reseca, con caudal inagotable; y a aquel curso de agua para el tiempo venidero le dan el nombre de Fuente de Jasón las gentes vecinas. Y al tiempo en torno a la diosa celebraron 1150

²³¹ Las encinas estaban consagradas a Rea-Cibeles.

²³² Los Dáctilos del Ida (monte cretense) eran una especie de genios con aptitudes artesanas y mágicas. Su madre los dio a luz en Éaxos, en la misma Creta, y eran habituales acompañantes de Rea.

²³³ Esta danza tenía una clara finalidad apotropaica y responde a un tipo bien conocido en otros lugares y a un tema estudiado por Frazer y otros en diversas culturas.

²³⁴ Se trata de un disco o rueda de madera o metal que se hacía girar con una correa con fines usualmente mágicos y en los cultos de Rea y Dioniso: cfr. H. White, *Studies in Theocritus and other Hellenistic Poets*, Amsterdam, 1979, págs. 30 y ss. en especial.

²³⁵ Sigo la interpretación de Vian. La diosa no se revela directamente, sino a través de ciertas señales que muestran su faceta de divinidad agrícola, afín a Deméter.

un festín en el Monte de los Osos, con cánticos a Rea la muy venerable. Y, al alba, al cesar los vientos, dejaron la isla a fuerza de remos.

Entonces la rivalidad movió a cada uno de los héroes, por ver quién sería el último en parar. Pues en torno el aire sin soplo de viento había hecho reposar los remolinos y dormir a la mar. Y ellos, fiados en la calma, llevaban la nave con vigor adelante, y ni los corceles de Posidón con sus patas de huracán la habrían alcanzado en su paso veloz por el mar. No obstante, al despertarse el oleaje con las ráfagas violentas que a la tarde ¹¹⁶⁰ soplan de los ríos, decrecieron en su esfuerzo, extenuados de fatiga. Pero a ellos, que penosamente se afanaban, los arrastraba Heracles con la potencia de sus brazos y sacudía las maderas ensambladas de la nave. Pero cuando ya, ansiosos de la tierra de los Misios, costeaban teniendo a la vista la desembocadura del Ríndaco y el túmulo elevado de Egeón²³⁶, un poco más allá de la Írigia, entonces, de levantar los surcos del revuelto oleaje quebró por el medio su remo²³⁷, y con uno de los trozos entre ambas manos él mismo cayó de costado, y el otro lo cubrió el mar con la resaca llevándoselo. Y fue a sentarse en ¹¹⁷⁰ silencio e inquieta la mirada, pues sus brazos no tenían costumbre de estar desocupados.

Cuando del campo llega alegremente a su choza con ganas de cenar un gañán que ha estado con el azadón o el arado, y allí en la entrada dobla sus rodillas agotadas, sucio del polvo, y mientras se mira las manos maltrechas muchas maldiciones dirige a su vientre²³⁸, sobre esa hora alcanzaron ellos los parajes poblados de la tierra Ciánida, junto al monte Argantoneo y la desembocadura del Cío²³⁹. A su llegada en son de amistad hospitalariamente los acogieron los Misios, que habitan aquella ¹¹⁸⁰ región, y a sus necesidades atendieron con regalo de provisiones y corderos y vino en abundancia. Y luego allí trajeron, unos,

²³⁶ En la isla de Bésbicos, frente a la desembocadura del Ríndaco. Egeón era un gigante enterrado bajo esa isla.

²³⁷ Heracles naturalmente.

²³⁸ El tópico del vientre maldito que acarrea muchos males está ya en Homero (por ejemplo, *Odisea* XV 344 y s.).

²³⁹ Lugares localizables en la región citada de Misia.

leña seca, y otros, luego de segarla en gran cantidad para extenderla en el suelo, hierba de la pradera que les sirviera de lechos; otros hacían girar los palos del fuego²⁴⁰ y otros mezclaban en las crateras el vino y se ocupaban del yantar, luego de sacrificar a Apolo del Desembarco entre las sombras del crepúsculo.

Y el hijo de Zeus²⁴¹, tras recomendar a sus compañeros que comieran²⁴², echó a andar hasta el bosque para antes hacerse con un remo apropiado a su mano. Y en su marcha errante halló luego un abeto ni muy cargado de ramas ni demasiado frondoso, sino cual es el joven tronco de un álamo esbelto: tal era a la vista igual tanto en longitud y en grosor. Y prestamente depositó en tierra junto con los dardos su aljaba acogedora de flechas y se despojó de la piel del león²⁴³. Luego de sacudirlo por su pie en el suelo con la maza gravosa de bronce, rodeó el tronco con ambos brazos, confiado en su fuerza, y apoyando su ancho hombro en él, con las piernas bien separadas y apretando su abrazo, lo arrancó del suelo a pesar de sus profundas raíces y arrastrando con él el cepellón. Y como cuando, en el tiempo sobre todo del ocaso invernal del funesto Orión, de improviso desde lo alto golpeando el mástil de una nave una rápida ráfaga de viento, lo arranca de los obenques con los propios calzos²⁴⁴, así él lo alzó, y recogiendo juntamente el arco y las flechas y la piel y la maza, emprendió el camino de regreso.

Entretanto Hilas con un cántaro de bronce se alejó del grupo en busca de la sagrada corriente de un venero, a fin de tenerse lo ya para su cena lleno de agua y prepararle todo lo de-

²⁴⁰ Cfr. Teócrito XXII 33. Se trata del primitivo sistema de encender fuego haciendo girar la punta de un palo contra otro en uno y otro sentido. Para una precisión sobre el texto cfr. Giangrande, *Sprachegebrauch*, pág. 13.

²⁴¹ Heracles.

²⁴² El texto de este verso (1187) está incompleto y han sido diversos los intentos de restauración, el último de que tengo noticia el de Campbell en *RhM* 125, 1982, pág. 192.

²⁴³ De Nemea: su atuendo habitual desde ese «trabajo».

²⁴⁴ Cfr. nota al v. 564. Tal como el abeto es arrancado con su cepellón incluido, el mástil es sacado de la abertura en que se encajaba en el navío y con los propios calzos que lo afianzaban en su base.

más para cuando aquél llegara con presteza y esmero. Pues en tales costumbres lo educaba desde el momento en que lo arrancara muy pequeño de la casa de su padre, el divino Tiodamante, al que allá entre los Dríopes mató sin compasión cuando se le enfrentó por un buey de labranza²⁴⁵. Tiodamante hendía con el arado las tierras de un barbecho, agobiado por el sufrimiento²⁴⁶, y él le ordenó que le diera, contra su voluntad, su buey arador, pues deseaba un deplorable pretexto para declarar la guerra a los Dríopes en razón de que vivían sin atención alguna a la justicia. Pero esto me desviaría lejos de mi canto. 1220

Prontamente llegó al manantial al que dan el nombre de Fuentes los habitantes vecinos. Y una danza de Ninfas acababa de iniciarse, ya que todas las Ninfas que ocupaban la grata cima del monte²⁴⁷ atendían a celebrar de continuo con cánticos nocturnos a Ártemis. Cuantas tenían asignadas las alturas de los cerros o también los torrentes, las de los bosques incluso, se movían en hileras de lejos, y otra Ninfa emergía de la fuente de linda corriente, ya sobre sus aguas. Y lo contempló a él allí cerca, arrebolado de hermosura y de dulces encantos, 1230 pues la Luna llena con sus rayos desde el cielo lo alcanzaba. Y Cipris a ella le trastornó el espíritu y sólo a duras penas logró recobrar su ánimo. Tan pronto como él hundió, inclinándose de lado, su cántaro en la corriente y el agua fluyó abundante conducida al interior del rumoroso bronce, al instante le echó el brazo izquierdo sobre el cuello, en su ansia de besar la tierna boca, tiró de su codo con la diestra y en medio del remolino lo arrojó.

El único de sus compañeros que oyó sus gritos fue el héroe 1240 Ilátida, Polifemo, que avanzaba por el camino, pues esperaba al gigantesco Heracles cuando viniera de regreso. Y se lanzó a

²⁴⁵ Apolonio parece apartarse de la versión según la cual Tiodamante era rey de los Dríopes para considerarlo un mero sirviente: cfr. Campbell, *CQ* 21, 1971, págs. 409 y s. Sobre la muerte de Tiodamante cfr. Calímaco, frs. 24 y s., pero con importantes diferencias en el relato del episodio.

²⁴⁶ Esta expresión ha sido corregida de varios modos, pero innecesariamente como tantas veces: cfr. Giangrande, *CQ* 17, 1967, págs. 88 y ss. La dureza de esta tarea campesina es un tópico poético: cfr. luego IV 1630.

²⁴⁷ El Argantoneo ya citado.

las proximidades de las Fuentes, cual una bestia salvaje a la que a la distancia llega el balar de unos corderos y, en el ardor de su hambruna, se dirige allá sin dar con el rebaño (pues los propios pastores lo han encerrado en su redil), y gime y ruge con todas sus fuerzas hasta quedar extenuada; así entonces lanzaba grandes lamentos el Ilátida y recorría el paraje dando voces, pero sus gritos fueron vanos. Y prestamente, tirando de su gran espada, se precipitó en su busca, no fuera que hubiese sido presa de las fieras o que, al estar él solo, lo hubieran unos hombres emboscado y se lo llevaran como fácil botín. Entonces, mientras blandía en su mano la espada desnuda, se tropezó por el camino justamente con Heracles, y bien lo reconoció en su marcha hacia el navío en la oscuridad, y al momento le contó el lamentable infortunio, con su alma apesadumbrada y sin aliento:

«¡Desdichado!, con mis palabras el primero voy a producirte un horrible dolor, pues Hilas, que marchara a la fuente, no ha retornado, sino que unos bandidos cayendo sobre él se lo llevaron o las fieras lo han mutilado: que yo lo he oído gritar.»

Así le habló. Y a él, al oírlo, por las sienes le corría abundante sudor y la sangre oscura le hervía en las entrañas. Furibundo, arrojó a tierra el abeto y echó a correr siguiendo un camino por donde sus propios pies en su precipitación lo llevaban²⁴⁸. Y como cuando un toro se desmanda, herido por un tábano, deja praderas y marismas y no le importan pastores ni manada y unas veces sigue su marcha sin descanso, y otras, haciendo un alto y alzando su ancho cuello, lanza un mugido, punzado por el penoso aguijón; así aquél en su ímpetu unas veces agitaba sin tregua sus veloces rodillas y otras en cambio, haciendo una pausa en su esfuerzo, lanzaba con su gran voz gritos que se perdían en la distancia.

Pronto el Lucero del Alba pasó por encima de las más altas cumbres y sobrevinieron ráfagas de aire. Y al instante Tifis ordenó embarcar y aprovechar el viento. Y ellos prestamente embarcaron ansiosos, izaron sobre la nave las piedras de anclar y halaron las drizas. La vela por el medio se hinchó con el

²⁴⁸ Es decir, sin rumbo determinado, al azar.

viento y se vieron, gozosos, llevados lejos de la orilla a lo largo del Cabo de Posidón²⁴⁹.

Cuando en el cielo comienza a lucir la Aurora radiante, que del horizonte se levanta, y blanquean los caminos y los llanos con su capa de rocío se iluminan con la luz resplandeciente, entonces cayeron en la cuenta de que sin saberlo los habían dejado atrás. Y sobrevino entre ellos una recia riña y un enorme alboroto acerca de si al partir habían abandonado a su mejor camarada²⁵⁰. Confuso al no poder decidir, no pronunciaba palabra alguna el Esónida ni en un sentido ni en otro²⁵¹, sino que seguía recomiéndose interiormente el alma en tan pesado infortunio. Y Telamón sufrió un arrebató de cólera y así se expresó:

«Tú te estás ahí, tan tranquilo, sentado, porque lo tenías todo dispuesto para dejar a Heracles atrás. Es de ti del que surgió el designio, para que su gloria en la Hélade no te deje en la sombra si los dioses nos conceden el retorno al hogar. Mas, ¿qué aprovechan las palabras? Puesto que, incluso a pesar de tus camaradas, que han fraguado contigo este engaño, yo me volveré.»

Tal dijo, y se precipitó sobre el Hagnáda Tifis²⁵². Sus ojos se asemejaban a espirales de un fuego violento. Y sin duda atrás hubieran vuelto a la tierra de los Misios, forzando el abismo del mar y el estrépito incesante del viento, si ambos hijos del Tracio Bóreas²⁵³ no hubieran contenido al Eácida con duras palabras, los desdichados: horrible venganza hubo contra ellos después a manos de Heracles, porque impidieron buscarlo. Pues cuando volvían del torneo por la muerte de Pelias, en Teno, la ceñida por el mar, los mató y les amontonó tierra en torno y dispuso encima dos rollos de piedra, uno de los cuales, extremado prodigio para los hombres que lo ven, se estremece

²⁴⁹ Un promontorio al pie del monte Argantoneo.

²⁵⁰ O de otro modo, se acusaban de ser culpables de este abandono.

²⁵¹ Sobre si había un culpable o no.

²⁵² Recuérdese que se trata del piloto. Es a él al que Telamón quiere obligar a cambiar el rumbo o a cederle el timón.

²⁵³ Calais y Zetes, los Boréadas.

cuando sopla el Bóreas resonante²⁵⁴. Y esto así iba a cumplirse con el paso del tiempo.

Y se les apareció, emergiendo del fondo del mar, Glauco, el muy sabio intérprete del divino Nereo²⁵⁵. Alzando de la profundidad su peluda cabeza y su pecho desde las caderas, alcanzó el codaste del navío con su mano poderosa y a los hombres excitados así les gritó:

«¿Por qué, lejos de lo que es voluntad del gran Zeus, os empeñáis en llevar al bravo Heracles a la ciudad de Eetes? Es su destino, en Argos, cumplirle con fatigas al altanero Euristeo todos sus doce trabajos y compartir con los inmortales su morada, si unos pocos lleva aún a término. Por ello, no lo añoréis. Asimismo, en cuanto a Polifemo, le está predestinado, luego de fundarles a los Misios una ilustre ciudad en la desembocadura del Cío, culminar su sino en el inmenso país de los Cálibes²⁵⁶. Y a Hilas por amor una diosa, una Ninfa, lo ha hecho su esposo, y fue él la razón de que aquéllos, errantes, fueran dejados atrás.»

Dijo, y sobre una recia ola asentado se sumergió en lo profundo, y en torno suyo las aguas oscuras espumearon, agitadas en remolinos, y a través del mar batieron el hueco navío²⁵⁷. Se llenaron de gozo los héroes, y el Eácida Telamón con vehemencia se dirigió hacia Jasón y tomándole la mano en su mano se la besó y le dijo:

«Esónida, no te irrites conmigo, si por irreflexión he errado. Pues el dolor me indujo a pronunciar palabras soberbias e intolerables. Pero demos mi falta a los vientos, con la misma buena voluntad de antes.»

Y a su vez el hijo de Esón le replicó con prudencia:

²⁵⁴ Apolonio no nos dice a cuál de los dos hermanos pertenece la estela citada. Verosímilmente era la de Zetes, cuyo nombre era interpretado como «el que sopla reciamente»: cfr. Campbell, *CQ* 21, 1971, págs. 410 y s.

²⁵⁵ Nereo es la bien conocida divinidad marina y Glauco su portavoz profético.

²⁵⁶ La ciudad fundada por Polifemo será precisamente Cío: cfr. luego IV 1345 y ss. Sobre su fin cfr. IV 1472 y ss. Los Cálibes (en la costa Sur del Ponto) reaparecerán en II 374 y ss. y 1000 y ss. «Inmenso» es un término discutido: cfr., además de la nota de Vian, Giangrande en *QUCC* 24, 1977, págs. 99 y s.

²⁵⁷ Mantengo (v. 1328) el texto de los manuscritos, sin las correcciones de Fränkel y de Campbell (*CQ* 21, 1971, pág. 411), esta última aceptada por Vian.

«Buen amigo, en verdad que con malas palabras me injurias-te, al afirmar ante todos éstos que yo era culpable de la pérdida de un hombre de bien. Pero, en fin, no guardaré un amargo rencor contra ti, por más que antes soporté tal aflicción, ya que no fue por rebaños de ovejas ni tampoco por la hacienda por lo que te dejaste llevar de la cólera, sino por un camarada. Y espero que, si tal alguna vez fuera el caso, también con otro te querellaras por mí.» 1340

Dijo, y, en armonía como antes, tomaron asiento.

Y de aquéllos dos, por voluntad de Zeus, el uno, Polifemo el Ilátida, iba, al fundarla, a construirles a los Misios una ciudad con el nombre del río²⁵⁸; y el otro, volviendo atrás, a realizar los trabajos de Euristeo. Amenazó con despoblar al punto la tierra de Misia, si no le descubrían la suerte corrida por Hilas, ya fuese vivo, ya muerto. Y como rehenes le dieron, elegidos, los mejores hijos de sus gentes y prestaron juramento de jamás cesar en la tarea de buscarlo. Por ello aún ahora los Cianos siguen preguntando por Hilas, el doncel de Tiodamante, y velan por Traquis, la bien construida²⁵⁹. Pues allá estableció a los muchachos que de rehenes permitieron que él de allí se llevara. 1350

El viento arrastró la nave todo el día y la noche entera con sus ráfagas violentas. Pero no había ya el mínimo soplo mientras se levantaba la Aurora, y ellos, al divisar una costa que desde un golfo avanzaba y muy amplia a la vista, la abordaron, con el sol, a fuerza de remos. 1360

²⁵⁸ Cío, ya citada.

²⁵⁹ Entre los ritos conservados estaba el de recorrer los montes llamando a Hilas y el de que el sacerdote voceara tres veces su nombre durante una ceremonia (recuérdese que la triple invocación es bastante usual en muchos rituales). Traquis es el lugar de Tesalia donde Heracles estableció a los citados rehenes.

CANTO SEGUNDO

ALLÍ estaban los establos de los bueyes y la majada de Ámico, el orgulloso rey de los Bebrices al que en tiempos, luego de unirse en el lecho a Posidón Engendrador, lo pariera una Ninfa Melia de Bitinia²⁶⁰, a él el más arrogante de los hombres. Éste había impuesto sobre los forasteros una infame regla: que ninguno partiera antes de haber probado la destreza de sus puños, y a muchos de los del contorno había ya exterminado. Y también en esta ocasión, encaminando sus pasos hacia la nave, en su soberbia no tuvo a bien preguntarles la razón por la cual navegaban ni quiénes eran ellos²⁶¹, sino que 10 entre todos de inmediato pronunció tales palabras:

«Oíd, vosotros que erráis por el mar, lo que os atañe saber: es ley que ningún extranjero, que se acerque a los Bebrices, no vuelva a partir antes de haber alzado contra mis manos sus manos. Así que también vosotros al mejor que elijáis, sólo él de entre el grupo, ponedlo para que aquí mismo riña conmigo con los puños. Pero si, sin cuidaros de ellas, pisoteáis mis normas, en verdad que una dura imposición os acosará terriblemente»²⁶².

²⁶⁰ Una Melia era una Ninfa de determinado origen (cfr. Hesíodo, *Teogonía* 173 y ss.). Pero quizás haya que entender «una Ninfa Melia (llamada) Bitínide». El sentido de la expresión era ya confuso para los antiguos.

²⁶¹ Típicas preguntas en los encuentros épicos. Ámico no muestra ni la mínima cortesía convencional hacia los recién llegados.

²⁶² Alusión a una guerra inevitable entre Argonautas y Bebrices, según confirman luego las palabras de Pólux.

Dijo, altanero. Y de ellos al oírlo se apoderó una cólera sal- 20
vaje, y sus amenazas golpearon sobre todo a Polideuces. Al
instante se adelantó como adalid de sus camaradas y habló:

«Tente ahora y no nos muestres, quienquiera que te jactes
de ser, una violencia funesta. Pues cederemos a tus leyes, se-
gún tú proclamas. Yo mismo voluntariamente me comprometo
ya a enfrentarme contigo.»

Así le habló, sin inquietarse. Y él lo miró, haciendo girar su
mirada cual un león por una lanza herido, al que en el monte
acorralan los hombres, y que, aunque cercado por el grupo, a
los demás ya no presta atención, sino que tiene ojos sólo para
uno: aquél que, el primero, lo hirió y no llegó a abatirlo.

Entonces, por su parte, el Tindárida depositó la tupida y 30
fina túnica que como regalo de hospitalidad una de las Lem-
nias le diera. Y el otro dejó caer su doble manto oscuro con
sus broches y el áspero cayado que portaba, de un acebuche
crecido en la montaña²⁶³. Y prontamente viendo allí cerca un
paraje que les pareció apropiado, hicieron sentarse a todos sus
camaradas a un lado y a otro en la arena.

A la vista no eran comparables ni en la talla ni en la traza: el
uno parecía ser monstruosa criatura o bien del funesto Ti-
feo²⁶⁴ o bien incluso de la propia Tierra, de los que antaño ésta
pariese, encolerizada con Zeus; y el otro, el Tindárida, seme- 40
jante en cambio al astro celestial cuyos destellos son los más
hermosos cuando al anochecer aparece. Tal era el hijo de Zeus,
aún con el bozo naciéndole, aún con sus ojos brillantes, pero
con un vigor y un coraje cual los de una fiera. Agitaba sus bra-
zos, probando si se movían con la ligereza de antes y no esta-
ban pesados a la vez de la fatiga y del remo. No hizo prueba al-
guna Ámico por su parte, sino que, en silencio y plantado a
distancia, mantenía fija en él su mirada y su ánimo se le exalta- 50
ba con el ansia de cubrirle el pecho de sangre. Entre ellos Li-
coreo, un sirviente de Ámico, puso ante sus pies dos juegos de

²⁶³ Un manto doble y una maza de acebuche lleva también Heracles en Teó-
crito XXV 254 y ss.

²⁶⁴ Llamado también Tifón, uno de los monstruos mitológicos hijos de la
Tierra.

correas por cada lado, de cuero basto, reseco y bien endurecido. Y él²⁶⁵ le habló al otro palabras soberbias:

«De éstas te daré de buen grado y sin sorteo la que quieras, para que luego no me lo echés en cara. ¡Vamos!, cñfete tu mano con ella²⁶⁶ y, tras la lección, podrás decirle a otro cuánto destaco en cortar cueros secos de bueyes y en empapar de sangre los carrillos de los hombres.»

Así dijo. Pero él, a su vez, no entró en la disputa. Con man- 60
sa sonrisa tomó sin más las que estaban a sus pies, y ante él llegaron Cástor y el gran Tálao, hijo de Biante, y le ciñeron con prontitud las correas mientras mucho lo animaban para el duelo. Y al otro, por su parte, Areto y Órnito, sin que, ingenuos, supieran que se las ataban por última vez, de acuerdo con su sino funesto.

Y ellos, una vez que, distanciados, tuvieron sus correas ajustadas, al momento alzando por delante del rostro sus puños pesados, dirigieron su coraje el uno contra el otro. Entonces el 70
rey de los Bebrices, cual abrupta ola del mar que por encima de veloz nave se encrespa, y ésta por poco, gracias a la destreza del prudente piloto, escapa a ella, que se empeña en penetrar en el casco, así en su afán de amedrentar al Tindárida lo acosaba y no le daba tregua. Mas éste, siempre ileso, hábilmente esquivaba sus asaltos. Y tan pronto como vio su rudo uso de los puños, por dónde por su poderío era peligroso y por dónde inferior, se plantó resueltamente y respondía a los golpes con los golpes. Como cuando los carpinteros ajustan a golpes de sus 80
martillos las tablas de un navío encajando en ellas las clavijas afiladas²⁶⁷, y golpe tras golpe resuena sin pausa; así les crujían al uno y al otro mejillas y mandíbulas y se alzaba un formidable rechinar de dientes. Y no cesaron de castigarse a pie firme

²⁶⁵ Ámico.

²⁶⁶ Naturalmente se trata de un singular por un plural. Ámico señala una corrección, pero todos esperan que por supuesto Polideuces tome dos. No hay por tanto necesidad de corrección alguna (cfr. Campbell, *RPh* 47, 1973, págs. 69 y s.). En el pugilato antiguo estas correas equivalían a nuestros guantes. En cuanto a la escena que sigue, forma parte de una lista ilustre de descripciones de pugilatos: cfr. ya *Iliada* XXIII 653 y ss., *Odisea* XVIII 89 y ss., Teócrito XXII 80 y ss., Virgilio, *Eneida* V 400 y ss., etc.

²⁶⁷ Pasaje de gran dificultad en el original y diversamente interpretado.

hasta que a ambos los abatió un ahogo penoso. Y, apartándose un poco, se enjugaron el abundante sudor de sus frentes, mientras resollaban fatigosamente. De nuevo se precipitaron el uno contra el otro, tal como dos toros que, coléricos, pelean por una novilla que pace. Luego Ámico, empujándose sobre la punta de sus pies, como el que a un buey apuntilla, se irguió y descargó sobre el otro su pesado puño, pero éste resistió su ataque, desviando la cabeza, y recibió ligeramente el golpe del brazo en su hombro²⁶⁸. Y cerca de él, moviendo por su flanco alternadamente las rodillas, lo golpeó por encima de la oreja y le quebró allá dentro los huesos. Y él, con el dolor, se desplomó de rodillas. Los héroes Minios prorrumpieron en gritos, y su aliento vital todo a la vez escapó de él²⁶⁹.

Los Bebrices entonces no abandonaron a su rey, sino que en masa se abalanzaron contra Polideuces, enarbolando recias mazas y venablos. Pero sus compañeros se pusieron delante de él, desenvainados los afilados espadones. El primero, Cástor alcanzó a un asaltante en la cabeza y a uno y otro lado sobre ambos hombros cayó ésta dividida. Y aquél²⁷⁰ al gigantesco Itimoneo y a Mimante: al uno lo golpeó bajo el pecho de una patada con su rápido pie y lo arrojó en el polvo, y al otro, cuando se acercaba, con la diestra lo alcanzó sobre la ceja izquierda, y al desgarrarle el párpado quedó el ojo al descubierto. Orites, camarada de Ámico y orgulloso de su fuerza, hirió en el costado a Tálao, el hijo de Biante, pero no le dio muerte, al traspasar el bronce el cinturón ligeramente y, sin tocar las entrañas, sólo un poco la piel²⁷¹. Igualmente Areto a Ífito, el batallador hijo de Éurito, lo golpeó atacándolo con su recia maza, aunque éste no tenía aún asignado un funesto destino: cierto es que pronto él mismo iba a ser muerto por la espada de Clitio²⁷².

²⁶⁸ Ámico en su ataque profundiza demasiado y es su brazo (no su puño) el que toca el hombro de Polideuces. Éste ahora lo atacará de lado y gracias a un rápido «baile» de piernas.

²⁶⁹ El desenlace de la lucha es distinto en el texto paralelo de Teócrito, ya que el vencido Ámico no muere y promete abandonar su inhospitalaria conducta en adelante. Había aun otras versiones.

²⁷⁰ Polideuces.

²⁷¹ Para el sentido cfr. Vian, *REA* 75, 1973, pág. 86. El arma ha sido frenada por el cinturón del guerrero.

²⁷² Hermano de Ífito: cfr. I 86.

Entonces Anceo, el osado hijo de Licurgo, blandiendo su gran hacha de repente y con la piel oscura de oso sostenida 120 ante sí con su izquierda²⁷³, se lanzó en medio, lleno de ardor, entre los Bebrices. Junto con él se precipitaron los Eácidas y con ellos avanzó el belicoso Jasón. Y como cuando en los establos dan espanto a la masa de las ovejas en un día invernal los lobos canosos, que se lanzan al ataque sin delatarse a los perros de olfato excelente y a los propios pastores, y miran a ver cuál primero en su asalto capturen mientras a la vez ponen en muchas sus ojos relucientes, y ellas desde todas partes se apretujan unas sobre otras²⁷⁴; así entonces aquéllos terriblemente infundieron espanto en los altaneros Bebrices. Y como los pastores 130 o los agricultores ahúman en el hueco de una peña un gran enjambre de abejas, y éstas en tanto apiñadas se agitan zumbando en su colmena, pero luego sofocadas por la espesa humareda se precipitan lejos de la roca; así ellos ya no por largo plazo resistieron con firmeza, sino que se dispersaron por la Bebricia adentro, portadores de la nueva del sino de Ámico. ¡Pobres de ellos!²⁷⁵, que tampoco sabían que ya tenían cerca otro desconocido infortunio, pues sus sembradíos y sus poblados eran entonces destruidos por la hostil lanza de Lico y de las gentes 140 Mariandinas, por no estar su rey allí. Y es que de siempre habían venido guerreando por un suelo productor de hierro²⁷⁶. Y aquéllos, los héroes²⁷⁷, saqueaban los establos y majadas, ya cercaban y degollaban las ovejas numerosas, y alguno entre ellos pronunció estas palabras:

«¡Pensad qué hubieran hecho con su cobardía éstos, si un dios hubiese traído también hasta aquí a Heracles! Pues en verdad yo creo que, si él hubiese estado aquí, ni siquiera se habría llegado al pugilato, sino que, cuando vino a dictar sus reglas,

²⁷³ Cfr. antes I 168 y ss., donde se habló ya de este equipo de Anceo. Giangrande, *Sprachgebrauch*, págs. 49 y ss., defiende otra lectura del texto.

²⁷⁴ Traducción un tanto libre.

²⁷⁵ Este tipo de expresión, del poeta sobre sus personajes, es ya homérica: cfr. por ejemplo *Iliada* XX 264.

²⁷⁶ Según Vian interpreta (*loc. cit.*), mientras Ámico se dirigía a la costa, los Mariandinos habrían atacado por otro lado, de modo simultáneo aunque no concertado. Sobre los Mariandinos cfr. luego vv. 722 y ss.

²⁷⁷ Los Argonautas.

lo hubiera hecho olvidarse con su maza en un instante de las 150 reglas mismas que pregonaba y de su altanería²⁷⁸. Sí, al dejar en tierra a ése y hacernos a la mar obramos con descuido, y bien que cada cual de nosotros, por estar él lejos, conocerá fúnebre infortunio.»

Así dijo. Pero todo esto se había realizado según los designios de Zeus. Y permanecieron allí durante la noche, curaron las lesiones de los hombres que habían sido heridos y, luego de hacer sacrificios a los dioses inmortales, prepararon un gran festín. Y no cogió el sueño a ninguno junto a la cratera y las víctimas que en el fuego se quemaban: cubiertas las rubias frentes con el laurel de la vera del mar, en torno al cual se ha- 160 bían atado las amarras de popa²⁷⁹, cantaron melodiosamente un himno a los acordes de la lira de Orfeo, y en su derredor, con su canto, la costa con el viento calmado estaba hechizada, y ellos celebraban al hijo de Zeus, el héroe de Terapnas²⁸⁰.

Cuando el Sol, alzándose desde el horizonte, iluminó las alturas cubiertas de rocío y despertó a los pastores, ya entonces desataron las amarras del pie del laurel y, embarcado cuanto botín precisaban llevarse, tomaron la ruta, con el soplo del viento, de los remolinos del Bósforo.

Allí una ola comparable a inaccesible montaña se alza por 170 delante, cual si fuera a caer sobre ellos, siempre erguida por encima de las nubes. Y se diría que no hay medio de escapar a un sino fatal, ya que pende, temible, cual nube en medio de la nave, pero no obstante se aplaca si se cuenta con un habilidoso piloto²⁸¹. De tal suerte, justamente éstos pasaron con la ciencia

²⁷⁸ Sigo, pero sin demasiado convencimiento, la interpretación de Vian (*art. cit.*, págs. 86 y s.). El texto transmitido es sin duda correcto, contra lo expuesto por Fränkel.

²⁷⁹ Este laurel, cuya mención aquí parece fuera de lugar, tiene relación en el mito con la figura de Ámico. Apolonio, como otras veces, hace sólo una rápida alusión a materias conocidas de sus lectores.

²⁸⁰ Polideuces. Terapnas era un lugar cercano a Esparta, donde los Dioscuros estaban enterrados. Aquí Pólux es celebrado como un héroe prácticamente ya divinizado.

²⁸¹ Este fenómeno es sin duda una tromba o manga marina (cfr. Giangrande, *Sprachebrauch*, pág. 16), que el poeta describe como si fuese un hecho permanente en el estrecho.

de Tifis, ilesos, mas llenos de espanto. Y al otro día fueron a echar sus amarras allá enfrente, en la tierra de Tinia²⁸².

Allí tenía el Agenórída Fineo²⁸³ su vivienda, en la orilla, aquél que más que nadie sin duda padecía desdichas las más desastrosas, con motivo del arte agorera que antaño le donase 180 el hijo de Leto. No tenía en absoluto reparo en revelar con exactitud a los hombres el santo pensamiento incluso del propio Zeus. Por ello también éste le envió duradera vejez y le arrancó la dulce luz de los ojos. Y ni aun le dejaba gozar de los manjares sin cuento que en su casa reunían de continuo las gentes vecinas cuando consultaban sus agüeros, sino que, precipitándose de pronto a través de las nubes, las Harpías²⁸⁴ se los arrebatában de la boca y de las manos con sus picos una y otra vez. Y ya no le quedaba nada en absoluto, o ya sólo una 190 pizca, para que siguiera con vida en su aflicción. Y vertían por encima un hedor a podrido, y nadie soportaba, no ya llevárselo a la boca, sino mantenerse aun a distancia: tal olor exhalaban los restos del festín.

En cuanto oyó el vocerío y el ruido de la tropa adivinó que pasaban precisamente éstos a cuya llegada le fuera vaticinado por obra de Zeus que disfrutaría de su yantar. Y se levantó de su yacija, cual pesadilla carente de vida, y apoyado en su báculo salió al exterior con sus piernas escuálidas, tanteando los muros. En su marcha las coyunturas le temblaban por la debi- 200 lidad y la vejez. Su cuerpo, ennegrecido por la mugre, aparecía reseco, con la piel cubriéndole sólo la osamenta. Y al salir de la casa, agobiado por el peso de sus rodillas fue a sentarse en el umbral de la entrada: un oscuro vértigo lo envuelve, cree que allá abajo la tierra se mueve en su torno y, sin voz, se desploma en un sopor desfalleciente. Y ellos, al verlo, alrededor se congregaron, llenos de estupor. Y él a duras penas, con el aliento que se le escapa de lo alto del pecho²⁸⁵, acertó a hablarles en tono profético:

²⁸² Es decir, en la comarca costera donde luego estaría Bizancio.

²⁸³ Hijo (o nieto, según las versiones) de Agenor, siendo éste uno de los varios personajes míticos de este nombre. Fineo había sido rey de Tracia.

²⁸⁴ Monstruos alados conocidos ya desde Homero.

²⁸⁵ Expresión discutida: una respiración sólo superficial del debilitado Fineo parece lo más verosímil, y no «de lo más hondo del pecho».

«Óídmé, los de más calidad de todos los Helenos, si de veras 210
sois vosotros los que, por la orden escalofriante de un rey, en la
nave Argo lleva Jasón en pos del vellocino: vosotros sin duda,
que aún mi entendimiento todo lo sabe por su arte agorera.
Gracias te doy, pues, a ti, soberano hijo de Leto, hasta en mis
duras fatigas. Por Zeus, el que a los suplicantes tutela, dios
para los culpables el más de temer, por Febo y en nombre de
la propia Hera, que vela por vosotros como ningún otro dios
durante el viaje, os suplico vengáis en mi ayuda y salvéis a un
infortunado de esta crueldad en vez de partir abandonándome
así sin compasión. Pues no sólo la Erinia²⁸⁶ me ha pisoteado 220
en mis ojos y arrastro una vez de hilado interminable²⁸⁷. Aun
por encima de tales desgracias pende sobre mí otro mal, el más
amargo de todos: las Harpías me arrebatan de la boca el sus-
tento, precipitándose de no sé qué sitio para acarrearne mi
ruina²⁸⁸. Y no puedo imaginar cómo librarme, sino que más
fácilmente escaparía a mis propios pensamientos, con la comi-
da obsesionados, que a ellas: tan puntual es por el aire su vuel-
lo. Y, si ya alguna vez me dejan una pizca de alimento, éste ex-
hala un hedor a podrido intolerable. Ningún mortal ni aun un 230
instante podría soportar acercarse, ni aunque su corazón estu-
viera hecho de acero. Mas a mí amarga y funesta necesidad me
fuerza a quedarme, y, quedándome²⁸⁹, a llevarlo hasta mi estó-
mago maldito. De ellas está predestinado que me libren los hi-
jos de Bóreas, y esta protección no me vendrá de unos extra-
ños, porque yo soy Fineo, el que antaño fuera entre los hom-
bres celebrado por la riqueza y el don del vaticinio, y el padre
que me dio el ser fue Agenor, y a Cleopatra, hermana de aqué-
llos²⁹⁰, cuando yo reinaba entre los Tracios la llevé a mi casa
como esposa a fuerza de regalos.»

²⁸⁶ Es como decir una Furia.

²⁸⁷ Idea tomada de la del hilo del destino elaborado por las Parcas. La vejez de Fineo se prolonga contra su voluntad.

²⁸⁸ Traducción libre de un verso muy discutido.

²⁸⁹ Tipo de repetición no raro en la poesía griega. Vian (*REA* 75, 1973, pág. 89) y algún comentarista antiguo creen que Fineo no puede dejar de quedarse en el lugar por su ceguera. Pero es más bien por su terrible hambre, como pide el contexto, ya que, además, no le impide precisamente su ceguera el mo-verse.

²⁹⁰ Los dos Boréadas.

Dijo el Agenórída. Y cada uno de los héroes se sintió lleno 240
de solicitud por él, pero más que los otros los dos hijos de Bó-
reas. Ambos se le acercaron enjugándose las lágrimas, y así ha-
bló Zetes, tomando en su mano la mano del anciano afligido:

«¡Desgraciado!, ningún otro entre los hombres, lo afirmo, es
más mísero que tú. ¿Cuál es la razón de que estés a tantos ma-
les atado? Sin duda por tu saber del arte agorera les faltaste a
los dioses con funesto extravío de tu cordura, y de ahí que es-
tén grandemente encolerizados contigo. Dentro de nosotros
en verdad nuestro espíritu se pregunta turbado, por más que
anhelemos socorrerte, si cabalmente la divinidad nos ha depa-
rado este honor a nosotros. Pues patentes son para los terres- 250
tres las cóleras de los dioses inmortales. Y a las Harpías cuan-
do vengan no podríamos alejarlas, por mucho que sea tal nues-
tro deseo, antes de que tú nos jures que por este motivo no
nos malquistaremos la voluntad de los dioses.»

Así habló, y en derecho de él alzó, abiertas, sus pupilas va-
cías, y le respondió con estas palabras:

«¡Calla! ¡No se te ocurran, hijo mío, esos pensamientos! Sé-
palo el hijo de Leto, el que con su benevolencia me instruyó en
el arte agorera, y sépalo el Hado de mal nombre que a mí me
ha tocado y esta ciega nube que cubre mis ojos y los dioses de
allá bajo tierra (que éstos tampoco a mi muerte me sean favo-
rables): el socorrerme no os acarreará cólera alguna de parte 260
de los dioses.»

Ambos luego, tras este juramento, anhelaban ayudarle. Y al
momento los más jóvenes aprestaron comida para el viejo, de
las Harpías presa postrera. Y cerca aquellos dos se pusieron,
para acosarlas con sus espadas cuando atacaran. Y tan pronto
como el anciano probó el alimento, ellas de inmediato, cual
implacables borrascas o como relámpagos, se precipitaron sa-
liendo de las nubes de un salto repentino, entre graznidos, an-
siosas de la comida. Al verlas, los héroes entretanto lanzaban 270
alaridos. Entre chillidos, tras devorarlo todo, se alejaban ellas
ya sobre el mar y dejaban allí un hedor insoportable. Pero en
su persecución a su vez los dos hijos de Bóreas, con las espadas
contra ellas dirigidas, corrieron detrás. Pues Zeus les había in-
fundido un coraje infatigable y sin Zeus no las hubieran segui-
do, puesto que igualaban aquéllas siempre las ráfagas borrasco-

sas de Céfiro, cuando venían hasta Fineo y cuando del lado de Fineo partían. Y como cuando en los montes los perros adiestrados en la caza corren tras el rastro ya sea de las cabras cornudas, ya sea de los corzos, y mientras van afanosos a la zaga a poca distancia hacen resonar en vano en sus quijadas los colmillos; así Zetes y Calais, lanzados muy de cerca, las rozaban vanamente con el extremo de sus manos. Y en verdad ya, contra la voluntad de los dioses, las hubieran destrozado, tras darles alcance allá bien lejos por encima de las Islas Flotantes²⁹¹, si no los hubiese visto la rápida Iris²⁹² y se hubiese lanzado desde el cielo por el éter abajo y con tal exhortación los hubiera detenido:

«No os está permitido, hijos de Bóreas, acosar con vuestras espadas a las Harpías, perras del gran Zeus. Pero yo misma os 290
prestaré juramento de que a él ya no irán a acercársele más.»

Así les dijo, y juró por la libación de la Estigia²⁹³, que es para todos los dioses la más terrible y la más respetada, que aquéllas ya de nuevo no volverían a aproximarse a la morada de Fineo, el hijo de Agenor, puesto que justamente así estaba destinado. Y ellos, cediendo a tal juramento, se dieron la vuelta de regreso a la nave. Y por este motivo los hombres les dieron el nuevo nombre de Islas del Retorno a las que antaño llamaban Flotantes. Las Harpías e Iris se separaron: las unas fueron a meterse en una guarida de la Creta de Minos, y la otra 300
con sus rápidas alas se precipitó por los aires arriba hacia el Olimpo.

En tanto los héroes, luego de haber por entero limpiado el cuerpo mugriento del viejo, sacrificaron selectas ovejas que del botín de Ámico habían traído. Y una vez que dispusieron un gran festín en la casa, tomaron asiento y comieron. Y con ellos comía Fineo, tan vorazmente como en sus sueños, con el ánimo lleno de gozo. Entonces, luego de saciarse de comida y bebida, toda la noche aguardaron en vela a los hijos de Bóreas,

²⁹¹ Un pequeño archipiélago al Oeste del Peloponeso.

²⁹² Hermana de las Harpías y mensajera habitual de los dioses.

²⁹³ Expresión fuertemente compendiada: juró acompañando su juramento con una libación con el agua del río de los muertos (así Vian). O quizás haya que entender simplemente «juró por el agua de la Estigia». «Estigia» es ya en Hesíodo (*Teogonía* 400) «el gran juramento de los dioses».

y el propio anciano estaba entre ellos junto al hogar, hablándoles de los términos de su navegación y del fin de su viaje: 310

«Oídmeme pues: no os es lícito saberlo puntualmente todo, pero no os ocultaré cuanto así es grato a los dioses. Ya antes cometí la falta por mi irreflexión de revelar los designios de Zeus uno por uno y hasta su término. Pues así él lo quiere: revelar a los hombres no por entero las profecías del arte agorera, a fin de que precisen también de la voluntad de los dioses.

»Cuando partáis de mi lado²⁹⁴, lo primero, veréis las dos Peñas Ciáneas donde la mar se estrecha. De ellas yo afirmo que nadie escapó atravesándolas, pues no están fijas en unas profundas raíces, sino que una y otra vez se juntan enfrentándose la una a la otra y, por encima, se amontona una masa hirviente de agua del mar y en torno resuena estridente la áspera costa. Por ello ahora haced caso de mis advertencias, si en verdad las pasáis con espíritu prudente y respetuoso de los dioses felices, sin correr derechos sin cordura a una voluntaria perdición, según los dictados de vuestra juventud. Antes os recomiendo que como presagio probéis con una paloma²⁹⁵, soltándola por delante de la nave. Si a través de las Peñas mismas escapa a salvo hacia el Ponto con sus alas, ya no por largo plazo os demoréis en vuestro camino, sino que, afirmando bien en vuestras manos los remos, pasad hendiendo la angostura marina, puesto que no tanto la salvación dependerá de las plegarias cuanto del vigor de vuestros brazos. Y así, dejando lo demás, trabajad con denuedo lo mejor que podáis. Pero antes yo no os impido que supliquéis a los dioses. Mas si en su vuelo en derecha aquélla pereciese allí en medio, girad en redondo, puesto que es preferible con mucho ceder ante los dioses inmortales. Pues no escaparíais al sino funesto de las Peñas ni aunque la Argo fuese de hierro. ¡Infelices!, no oséis transgredir mis vaticinios, por más que creáis que a los Celestiales les soy tres veces tan odioso como lo soy, e incluso si me odiaran aún más. No oséis atravesar ya con la nave contra el presagio del pájaro. 320 330 340

²⁹⁴ Los episodios ahora profetizados tendrán lugar posteriormente. De ahí que por ahora en las notas sólo se explicarán puntos esenciales. Por lo que respecta a la profecía de Fíneo está inspirada en *Odisea* XII 37 y ss.

²⁹⁵ Sigo en este pasaje la interpretación de Vian.

»En cuanto a esto según suceda, así será. Pero si escapáis del encuentro de las Peñas, entrando ilesos en el Ponto, al punto con el país de los Bitinios a la diestra navegad con la atención puesta en los escollos, hasta que, luego de pasar el rápido curso del Rebas y la Costa Negra, alcancéis el fondeadero de la isla de Tinia²⁹⁶. Desde allí a no mucha distancia al otro lado del mar²⁹⁷ siguiendo la ruta, arribad a la tierra de los Mariandinos, que está allá enfrente. Allí hay un camino que desciende hasta el Hades y la costa saliente de Aquerusia se extiende en toda su altura, y el torbellinoso Aqueronte, que hien-
de la propia punta de parte a parte con tajo profundo, por un alto despeñadero vierte sus aguas²⁹⁸. A corta distancia de éste pasaréis los numerosos collados de los Paflagones, sobre los cuales primero reinó Pélope el Eneteo, de cuya sangre se enorgullecen de ser²⁹⁹. Y hay un promontorio, enfrente de la Osa³⁰⁰ Hélice, por todas partes inaccesible, al que llaman Carambis³⁰⁰. Por encima de él las borrascas del Bóreas se dividen rodeándolo: hasta tal punto toca el éter cuando va mar adentro. Tras contornearlo, se extiende ya la Gran Costa³⁰¹ a lo largo, y en los límites de la Gran Costa, tras un entrante, la corriente del río Halis hace oír su atroz estruendo³⁰². Y luego de él, con su curso cercano el Iris, menor, gira en blancos remolinos al penetrar en el mar. Más adelante, el Codo³⁰³ grande y eminente sobresale de la tierra, y después la boca del Termodonte al pie del cabo de Temiscira fluye en una ensenada apacible, luego de

²⁹⁶ Es decir, siguiendo ya la costa Sur del Mar Negro. El río Rebas es en realidad poco más que un arroyo antes del Cabo Negro (aún hoy llamado así: Kara-Burun). Poco después está la isla de Tinia, que no debe ser confundida con el país de Tinia, donde habita Fineo.

²⁹⁷ En realidad atravesando el amplio golfo que forma la costa de los Mariandinos, hasta llegar a Heraclea. Los Mariandinos, como los Bitinios, eran pueblos procedentes de Tracia.

²⁹⁸ La costa de Aquerusia es el cabo Aqueronte, donde, como en tantos otros lugares, se suponía que había un acceso al mundo del Hades subterráneo.

²⁹⁹ Enete era una ciudad de Paflagonia. Este origen de Pélope, el conocido héroe epónimo del Peloponeso, se cita en otros lugares.

³⁰⁰ Que mira hacia el Norte, hacia la Osa Mayor (o Hélice).

³⁰¹ La de los Paflagones.

³⁰² El entrante citado es el Cabo Lepte. El Halis es el principal río de la zona y nace en Armenia.

³⁰³ El Ancón.

atravesar una espaciosa llanura. Allí, el llano de Deante, y, en las cercanías, las tres ciudades de las Amazonas y luego los más miserables de los hombres, los Cálibes, que ocupan una tierra áspera y dura: obreros que se ocupan de los trabajos del hierro. Cerca habitan los Tibarenos de abundantes rebaños, más allá del cabo Geneteo de Zeus Hospitalario³⁰⁴. Luego de éstos, los colindantes Mosinecos pueblan el llano boscoso que sigue y las laderas del monte, los cuales edifican viviendas de tablas en... de madera y torres bien ensambladas que llaman "mosinas", de donde también les viene a ellos el nombre³⁰⁵. 380

»Tras haberlos dejado atrás, arribad a una isla escarpada, luego de expulsar con diversas artimañas a los pájaros muy descarados que, según es noticia, frecuentan innumerables la isla desierta, en la que levantaron en honor de Ares un templo de piedra las reinas de las Amazonas Otrere y Antíope, cuando iban a la guerra. Pues allí os sobrevendrá de la mar cruel un provecho que no es revelable³⁰⁶. Por ello justamente con ánimo amistoso os exhorto a hacer allí escala. Pero ¿por qué de nuevo he de cometer otra falta, diciéndoos en mi profecía todo en detalle? 390

»Más allá de la isla y del país de enfrente viven los Filires. Y aun más allá están los Macrones y luego a su vez las tribus inmensas de los Bequires. A continuación, tras éstos, habitan los Sapires, y después de éstos sus vecinos los Bicerres, tras los cuales ya vienen los propios Colcos marciales. Pero atravesad en vuestra nave hasta que alcancéis el punto más remoto del mar. Allí, luego de pasar por el país de Cita³⁰⁷ y, con su origen allá lejos en los montes Amarantes, por la llanura de Circe, el Fasis torbellinoso arroja en el mar su ancha corriente. Llevando la nave al curso de aquel río, veréis las murallas de Eetes el 400

³⁰⁴ Entiéndase, por hipálage, el Cabo de Zeus Geneteo y Hospitalario (cfr. luego v. 1009). Se trata del Cabo Genes, donde había un templo de Zeus.

³⁰⁵ El texto nos ha llegado defectuosamente. Se puede imaginar que sus viviendas («mosin» es un término de origen persa y equivale a «torre») estaban sobre pilotes de madera, pero no hay seguridad en este punto. Cálibes, Tibarenos y Mosinecos nos son conocidos por ejemplo por Jenofonte (*Anábasis* V 5,1), pero su localización es discutida.

³⁰⁶ Que él ahora no les puede revelar: cfr. luego v. 1090 y ss.

³⁰⁷ La Cólquide, llamada usualmente Cita en los géneros poéticos.

de Cita y el umbroso bosque sagrado de Ares, donde atento a su lado un dragón, monstruo horrible de ver, vigila el vellón que en la copa de una encina está extendido. Ni de día ni de noche el dulce sueño domeña sus dos ojos insolentes.» 410

Así habló, pues, y al oírlo de ellos al punto se apoderó el espanto. Y por largo rato estuvieron sin poder hablar, y al cabo dijo el héroe hijo de Esón, indeciso ante tal calamidad:

«Anciano, ya expusiste los términos de los trabajos de esta navegación y el signo al cual atendiendo pasaremos hacia el Ponto a través de las Peñas horrendas. Mas si de nuevo, escapando de éstas, tendremos luego retorno a la Hélade, gozosamente por ti me enteraría yo también de ese extremo. ¿Cómo haré? ¿Cómo otra vez recorreré tan larga ruta del mar, siendo yo ignorante y con camaradas ignorantes? Y Ea de la Cólquide está situada en lo más remoto de la mar y la tierra»³⁰⁸.

Así dijo, y el anciano en réplica le habló:

«Hijo, tan pronto como hayas escapado a través de las Peñas 420 funestas, sé animoso, puesto que la divinidad será guía desde Ea de otra navegación, y hasta Ea habrá bastantes que os harán de acompañantes³⁰⁹. Pero, amigos, pensad en el socorro, lleno de ardides, de la diosa Cipris, pues en su mano están los términos gloriosos de vuestros trabajos. Y ya no me preguntéis más allá de este punto.»

Así habló el Agenórída. Y los dos hijos del Tracio Bóreas, precipitándose por el éter abajo, se acercaron hasta poner sus pies veloces sobre el umbral. Los demás héroes se levantaron de sus asientos al verlos ya presentes. Zetes, ante sus deseos, 430 aunque aún con la respiración jadeante por la fatiga, les contó cuán lejos las habían acosado y cómo Iris les impidiera matarlas y, benévola, la diosa prestó juramento, y aquéllas se hundieron con espanto en la inmensa caverna del monte Dicte³¹⁰.

³⁰⁸ Ea era la capital de la Cólquide. Jasón imagina en ese punto el fin del mundo: cfr. ya antes I 84 y s. Pero en diversos lugares (cfr. luego vv. 1266 y s. y IV 131 y ss.) Apolonio expresa otra concepción más acorde con los conocimientos geográficos de su tiempo.

³⁰⁹ Con «otra navegación» se refiere a la ruta del regreso, que será diferente. Los «acompañantes» o guías serán Dásilo (cfr. luego vv. 802 y ss.) y los hijos de Frixo.

³¹⁰ Otras versiones situaban esta caverna en el monte Argino, también en Creta.

Y entonces se llenaron en la casa de júbilo todos sus compañeros y el propio Fineo al escuchar la noticia. Y al punto, con ánimo muy amistoso, le habló el hijo de Esón:

«En verdad que ya hubo algún dios, Fineo, que se afligió por tu doloroso infortunio y que también a nosotros nos hizo llegarnos aquí de bien lejos, para que te defendieran los hijos 440 de Bóreas. Y si igualmente donara luz a tus ojos, creo que yo tendría sin duda tanta alegría cuanta si volviera de regreso a mi casa.»

Así le dijo. Y él le respondió inclinando con pesadumbre la cabeza:

«Esónida, eso no puede revocarse ni hay en lo venidero remedio ninguno. Pues mis pupilas se han consumido hasta quedar ya vacías. A cambio de ello que la divinidad me dé pronto la muerte y, con morir, estaré plenamente gozoso.»

Así hablaban replicándose el uno y el otro. Y al cabo de no mucho tiempo de estar conversando se mostró la Aurora. 450 Y en torno a él se reunieron las gentes vecinas, los que antes también por el día se llegaban allí a traerle cada vez igualmente una ración de su propio yantar. A ellos, a todos, hasta al más humilde que llegara, el viejo les profetizaba, solícito, y de sus calamidades a muchos libró con su ciencia agorera. Por ello precisamente acudían a alimentarlo. Y con éstos vino Parebio, quien era el más amado para él. Y se llenó de alborozo al verlos³¹¹ en la casa, pues ya antes en una ocasión él³¹² había anunciado que una expedición de héroes, que salía de la Hélade hacia la ciudad de Ectes, amarraría en la tierra de Tinia y 460 ellos pondrían para él freno por orden de Zeus a la irrupción de las Harpías. A los demás luego el anciano los despidió con palabras prudentes, y sólo a Parebio le indicó que allí se quedara en compañía de los héroes. Y prontamente lo envió con el encargo de traerle de sus ovejas la más escogida. Y cuando éste salió de la casa, dirigió suaves palabras a los remeros³¹³ congregados:

³¹¹ Es decir, Parebio al ver a los Argonautas.

³¹² Fineo naturalmente.

³¹³ Término muy corregido y debatido por los críticos. Giangrande (*QUCC* 24, 1977, págs. 100 y s.) y Ardizzoni (*GIF* 30, 1978, págs. 283 y ss., y 31,

«Amigos, sin duda no todos los hombres son altaneros ni olvidadizos de los beneficios. Así justamente este hombre, de tal condición, vino aquí para saber de su suerte. Pues cuando eran los más sus trabajos y eran sus fatigas las más, entonces más lo consumían las necesidades que agobiaban su vida. De día en día más aperreado³¹⁴ era su estado y en su miseria no había alivio alguno. Pero él estaba pagando con penosa expiación la falta de su padre, pues éste, que una vez talaba árboles solo en los montes, no atendió los ruegos de una Ninfa Hamadriade³¹⁵, la cual entre gemidos le insistía con dulces palabras en que no cortara el tronco de una encina de su edad en la que pasara ella de continuo su prolongada existencia. Mas él locamente lo cortó con la arrogancia propia de su juventud. Por ello, pues, la Ninfa les dio en lo venidero a él y a sus hijos un pernicioso destino. Yo, cuando él llegó, conocía la falta y le impuse que, tras construirle un altar a la Ninfa de Tinia, sacrificara víctimas expiatorias sobre él, mientras le suplicaba poderse librar de la suerte paterna. Entonces, una vez que hubo escapado del infortunio que los dioses le enviaran, nunca ya me olvidó ni dejó de atender: con trabajo y muy a su pesar lo despidió, ya que su afán es estar en mi desgracia a mi lado.»

Así habló el Agenórída. Y aquél al momento llegó con dos ovejas de los rebaños³¹⁶. Y se alzó Jasón y también los hijos de Bóreas, según dispusiera el anciano. Y prontamente, invocando a Apolo, señor del vaticinio, sacrificaron sobre el hogar mientras el día tocaba a su fin. Los más jóvenes de los camaradas prepararon el yantar que alegra los ánimos. Y entonces, tras haber bien comido, los unos se acostaron junto a las amarras de la nave, los otros allí mismo apiñados en la casa.

Al alba arreciaron los vientos Etesios, que sobre toda la tierra soplan por igual según esta ayuda de Zeus: se cuenta que

1979, págs. 265 y s.) han vuelto a discutirlo de nuevo. En realidad no parece que deba sorprender que el poeta llame «remeros» a sus héroes aun cuando no estén en este instante remando.

³¹⁴ Así literalmente, como muchas veces en griego.

³¹⁵ De la clase de las que precisamente habitan en los árboles y tienen su destino ligado a la vida de éstos.

³¹⁶ Como puede observarse, Fineo encargó una oveja y ahora Parebio trae dos, muy probablemente como implícita alusión a su actitud agradecida.

una cierta Cirene apacentaba junto al pantano del Peneo sus ovejas, en tiempos de los hombres de antaño, pues le placía su doncellez y un lecho intacto. Y Apolo la arrebató cuando a la vera del río guardaba su rebaño, y, lejos de Hemonia³¹⁷, la depositó entre las Ninfas del lugar que allí en Libia moraban, junto a la altura de Mirto³¹⁸. Allí a Febo le parió a Aristeo, al que los Hemonios ricos en trigales llaman Agreo y Nomio³¹⁹, pues a ella por amor el dios la hizo allá Ninfa de larga vida y montaraz. Y al hijo lo llevó, aún muy pequeño, para que se criara en la caverna de Quirón³²⁰. Ya crecido, las diosas Ninfas prepararon su boda y le enseñaron el arte de curar y adivinar y lo pusieron de guardián de sus ganados, de cuantos pacían por la llanura Atamancia de Ptía³²¹, en los bordes del Otris escarpado y de la santa corriente del río Apídano. Y cuando desde el cielo hizo Sirio arder las islas de Minos y por largo tiempo no hubo para sus habitantes remedio, entonces a él, según les exhortara el Arquero, lo llamaron como su defensor frente a la plaga³²². Dejó él Ptía por orden de su padre, y se estableció en Ceos, congregando a la gente de Parrasia que de la estirpe de Licaón procede³²³. Y levantó un gran altar a Zeus Pluvioso e hizo piadosos sacrificios en los montes a aquel astro, a Sirio, y al propio Zeus hijo de Crono. Por esta razón los vientos Etesios, que vienen de Zeus, refrescan la tierra por cuarenta días y todavía ahora los sacerdotes en Ceos practican sacrificios ante el Can³²⁴ cuando éste se levanta. Así

³¹⁷ Tesalia, donde el río Peneo.

³¹⁸ Monte en las cercanías de la ciudad luego llamada Cirene.

³¹⁹ «Campestre» y «Pastoril».

³²⁰ El ya mencionado Centauro.

³²¹ Es decir, la llanura de Atamante en Ptía. Recuérdese que Atamante es el padre de Frixo y Hele. Los demás lugares mencionados pertenecen también a Tesalia. Aristeo responde al tipo de héroe civilizador.

³²² Las islas de Minos son las Cícladas, sobre las que reinó este personaje legendario. La plaga ocasionada por Sirio (astro tradicionalmente pernicioso y asociado a los fuertes calores) sería alguna epidemia de los ganados probablemente. El Arquero es el padre de Aristeo, Apolo.

³²³ Parrasia es aquí equivalente a Arcadia. Licaón fue un héroe y rey Arcadio precisamente.

³²⁴ Otro nombre de Sirio (cfr. Canícula). Aristeo puso remedio a la plaga al provocar con sus sacrificios la aparición de los frescos vientos Etesios. En la isla de Ceos (hoy Zea) quedó así establecido el culto de Zeus Pluvioso (Icmeo).

es como estas cosas se celebran. Pero los héroes permanecían allí retenidos³²⁵, y los Tinios cada día les enviaban innúmeros 530 presentes por gratitud hacia Fineo.

Luego de haber construido un altar a los doce dioses dichosos³²⁶, allá enfrente, en la orilla del mar, y depositado ofrendas encima, embarcaron en la rápida nave para aplicarse a los remos. Y no olvidaron llevar consigo una asustadiza paloma, sino que Eufemo la portaba sujeta en su mano, encogida de miedo. Soltaron de tierra las dobles amarras, y en su marcha adelante no pasaron sin duda desapercibidos a Atena. Al instante con premura, tras poner sus plantas en una nube ligera que pudiese llevarla de prisa a pesar de su cuerpo poderoso, se 540 lanzó hacia el Ponto, con amistosos sentimientos hacia los remeros. Y como cuando alguno va errante lejos de su patria (¡cuánto no vagamos los humanos sufridos, sin que haya tierra alguna que nos sea remota, y todas las rutas están al alcance de los ojos!) y piensa en su casa y se le ofrecen a la vez la húmeda senda y la de tierra firme, y unas veces en una, otras veces en otra pone sus ojos con su espíritu apresuradamente agitado; así entonces la hija de Zeus en su marcha veloz puso sus pies sobre la costa Inhospitalaria de Tinia³²⁷.

Y ellos cuando ya llegaron a la angostura del paso tortuoso, de un lado y otro cerrado por ásperos escollos, y la torbellinosa corriente batía por encima la nave en su avance y seguían 550 adelante con miedo y ya el estruendo de las Peñas al chocar golpeaba sus oídos rudamente y resonaban las riberas que baña la mar; entonces ya se levantó Eufemo con la paloma agarrada en su mano para subir a la proa, y los demás, bajo las órdenes de Tifis Hagníada, hicieron su remar sosegado, para luego lanzarse a través de las Peñas confiados en su fuerza. Y al instante de doblar el último recodo las divisaron en el momento en 560 que se abrían, y se les turbó a todos el ánimo. Eufemo dejó a la

³²⁵ Los Etesios, al soplar desde el Norte, impedían durante parte del verano la navegación hacia el interior del Ponto.

³²⁶ Los doce grandes dioses Olímpicos.

³²⁷ Es decir, la costa de Tinia en el Mar Inhospitalario, término éste usado a veces en lugar del más corriente de Hospitalario (Euxino) para el Mar Negro. Atena se posa sin duda en la costa Norte de Tinia, cerca de las Simplégades, ya en el Ponto.

paloma que se precipitase con sus alas, y todos ellos a la vez levantaron las cabezas siguiéndola con la vista. Y pasó entre ellas en su vuelo. Y ambas, marchando de nuevo a su mutuo encuentro, ruidosamente chocaron. Una gran masa de agua salobre, cual nube, se alzó burbujeante; el mar retumbó horriblemente, todo alrededor el éter bramaba y las huecas cavernas al batir el mar allá dentro al pie de los ásperos escollos resonaban y en lo alto del acantilado brotaba la blanca espuma de las olas 570 hirvientes. La corriente luego hizo girar el navío, y las rocas cortaron la punta de las plumas caudales de la paloma, pero ésta las pasó sin más daño, y los remeros lanzaron un grito. Y el propio Tifis les dio la voz de remar con vigor, pues de nuevo se abrían distanciándose. Y de ellos al remar se apoderó un temblor, hasta que el mismo oleaje del reflujo en su retroceso los llevó entre las Peñas, y entonces a todos los dominó el espanto más atroz, pues sobre sus cabezas pendía sin remedio su muerte. Y ya de un lado y de otro se divisaba a través la mar anchurosa, y de improviso se levantó ante ellos una ola 580 enorme, curvada e igual a la cumbre de un despeñadero. Al verla agacharon las cabezas, ya que les pareció que precipitándose sobre la nave entera la envolvería por todas partes. Pero Tifis se le adelantó aflojando la marcha de la nave agobiada por la acción de los remeros, y gran parte de la ola pasó bajo la quilla volteando. Pero por la popa arrastró a la nave lejos de las Peñas y por largo rato fue llevada por lo alto. Mas Eufemo se dirigió a todos sus compañeros vocéándoles que se emplearan en los remos con todo su vigor, y ellos entre gritos golpeaban el agua. Pero cuanto a los remos hubiera la nave obedecido, 590 el doble hacia atrás la rechazó la ola³²⁸. Y los remos se combaban como curvos arcos, con la fuerza de los héroes. Y al instante luego sobrevino cayendo de la dirección opuesta otra ola, y el navío con premura, como un rodillo, corrió sobre la ola impetuosa adelante por la cóncava mar³²⁹. Pero entre las

³²⁸ Frase habitualmente mal interpretada (cfr. el comentario de Vian). El navío no puede avanzar, a pesar del impulso de los remos; al contrario, retrocede doble trecho que el que habría avanzado si hubiese podido.

³²⁹ Es decir, en lo alto de esta ola, que avanza por el mar formando el típico ahuecamiento.

Plégades³³⁰ una corriente entre remolinos la retuvo, y ellas de uno y otro lado con sus sacudidas retumbaban y el maderamen de la nave estaba allí atrapado. Y entonces Atena se apoyó contra un poderoso peñasco con su mano izquierda³³¹ y empujó la nave para que franqueara el paso con su diestra. Y ella por lo alto se lanzó igual a una alada flecha y, sin embargo, las 600 rocas al chocar enfrentadas con violencia segaron el extremo del aplustre³³². Y Atena se dirigió arriba hacia el Olimpo, cuando ellos escaparon ya a salvo. Y las Peñas echaron recia-mente raíces en un mismo sitio una junto a otra³³³: lo que también ya estaba predestinado por los dioses dichosos para cuando alguien las viera y las atravesara con su nave³³⁴.

Y recobraban el aliento tras aquel helado espanto, mientras oteaban el aire y a la vez la alta mar que se extendía en la distancia. Pues, decían, se habían salvado del Hades. Y Tifis, 610 el primero, tomó la palabra:

«Creo yo que sin duda sólo gracias a la nave nos hemos librado de esto³³⁵. Ningún otro es causante tanto como Atena, que en ella infundió una fuerza divina cuando Argos la ajustó con las clavijas. Y no le está permitido sucumbir. Y tú, Esónida, la orden de tu rey, una vez que la divinidad nos ha concedido escapar entre las Peñas, no la temas ya así, puesto que el Agenórída Fineo nos aseguró que las pruebas que siguen tendrían un término feliz.»

Dijo, y al tiempo hacia adelante frente a las costas del país de Bitinia hizo moverse la nave por el medio del mar. Y aquél 620 fingidamente le habló con mansas palabras³³⁶:

³³⁰ Las «Chocantes». Simplégades, las «Entrechocantes».

³³¹ Se discute si ese peñasco es o no una de las Simplégades. La interpretación tradicional lo identifica con una de ellas, mientras que Vian cree (seguramente con razón) que se trata de una roca de la orilla.

³³² Cfr. ya nota a l 1089. Las rocas sólo rozan al encontrarse la popa de la Argo.

³³³ Convirtiéndose así en dos islotes ya inmóviles para siempre.

³³⁴ Verlas y pasarlas, como en ciertos cuentos populares, conlleva anular definitivamente el peligro. El hecho de verlas se interpreta de diversos modos: cfr. Campbell, *RPb* 47, 1973, págs. 77 y s., y el comentario de la edición de Vian.

³³⁵ Como hace notar Vian, el piloto no desea recibir él elogios: sólo la nave (movida por Atena) los ha salvado en esta ocasión: cfr. *REA* 75, 1973, páginas 96 y s.

³³⁶ Este debe ser el sentido de la frase, a pesar de las dudas de Vian. Jasón,

«Tifis, ¿por qué en mi aflicción así pretendes animarme? He cometido una falta y mi error es funesto y sin remedio. Pues, frente a la orden de Pelias, debí al punto negarme a esta expedición, aunque hubiese de perecer sin piedad despedazado. Y ahora me domina un espanto extremado e inquietudes insufribles, por el horror de navegar con la nave por las rutas escalofriantes del mar y por el horror del momento en que pisemos tierra firme. Pues por doquier hay hombres hostiles. Siempre, 630 tras el día, velo por la noche entre gemidos, meditando cada pormenor desde el momento mismo en que os reunisteis por afecto hacia mí. Tú hablas fácilmente: como que sólo tienes la preocupación de tu vida. Pero yo por mí mismo no tengo el menor miedo. Por esto y por aquello, igual por ti y por los demás camaradas, éste es mi temor: el que no os lleve a la Hela-de sanos y salvos.»

Así dijo, poniendo a los héroes a prueba. Pero ellos alzaron en tumulto palabras de aliento. Y a él se le alegró por dentro el alma al oírles animarlo, y de nuevo les habló, esta vez fran- 640 camente:

«Amigos, con vuestro valor mi confianza se acrecienta. Por ello ahora, ni aun si tuviera que llevar la expedición a través de los abismos del Hades, sentiría ya miedo alguno, ya que mostráis tal firmeza en los riesgos más tremendos. Pero cuando de las Peñas Plégades hemos salido, creo que ya no habrá en adelante otro temor parecido, si en verdad en nuestra marcha seguimos las advertencias de Fineo.»

Así dijo, y pusieron punto de inmediato a tales discursos y se entregaron al rudo trabajo de remar. Rápidamente pasaron 650 el río Reba de corriente veloz, la atalaya de Colona, y no mucho después el cabo Negro, y luego de éste la desembocadura del Fílido, donde antaño Dípsaco acogiera en su casa al hijo de Atamante³³⁷, cuando huía con el carnero de la ciudad de Or-

como se verá luego, pone a prueba a sus compañeros, en un episodio que recuerda claramente *Iliada* II 110 y ss.

³³⁷ El río Fílido pertenece a Bitinia. Se trata de un paraje ya mencionado en la profecía de Fineo. El hijo de Atamante es naturalmente Frixo. El mítico pastor Dípsaco es desconocido, pero debía ser un héroe con un culto local, tal como se verá a continuación.

cómenos³³⁸. Y lo había parido una Ninfa de los prados, y no era de su gusto la insolencia, sino que apaciblemente habitaba con su madre junto a las aguas de su padre³³⁹, apacentando su rebaño en sus orillas. Prontamente sobrepasaron, contemplando su recinto sagrado, las márgenes anchurosas del río, el llano y el Calpe³⁴⁰ de curso profundo. E igualmente, tras el día, por la noche siguieron sin viento empeñados en su remar infatigable. Y como unos bueyes de labor trabajan hendiendo la húmeda gleba y sudor abundante les corre desde los flancos y el cuello, sus ojos giran con torcidas miradas bajo el yugo, el resuello reseco de sus bocas resuena con fuerza y toda la jornada se afanan hundiendo sus pezuñas en la tierra; semejantes a éstos los héroes tiraban sobre la mar de sus remos³⁴¹. 660

Cuando no hay aún luz inmortal ni mucha oscuridad todavía, y en la noche ya viene la sutil claridad que llaman al despertarse el despuntar del día, entonces, arribando al puerto de la isla desierta de Tinia, llegaron entre dolientes fatigas a tierra³⁴². Y se les mostró el hijo de Leto, que surgía de Licia en dirección allá lejos al pueblo inmenso de las gentes Hiperbóreas³⁴³. Sus bucles dorados oscilaban pendientes en racimos a cada lado de sus mejillas durante su marcha; en la izquierda blandía su arco de plata y a sus espaldas se extendía colgada del hombro la aljaba. Bajo sus pies se conmovía la isla entera y el oleaje batía inundando la tierra. De ellos, al verlo, se apoderó un estupor insuperable y ninguno soportó mirar de frente a los ojos hermosos del dios. Se detuvieron con las cabezas inclinadas hacia el suelo, y él siguió su marcha alejándose hacia la mar a través de los aires. Y al cabo tales palabras pronunció Orfeo, instruyendo a los héroes: 680

«¡Ea!, demos ya a la isla, a él consagrada, el nombre de Apo-

³³⁸ Es decir, la ciudad del rey de este nombre, llamada a su vez igualmente Orcómenos.

³³⁹ Dípsaco era hijo del río.

³⁴⁰ Otro río de Bitinia.

³⁴¹ Literalmente «de hajo el mar hacia afuera»: Apolonio marca la diferencia con la tarea de los bueyes, que es hendir la tierra, indicando el esfuerzo mayor en ambos trabajos. Típica precisión alejandrina.

³⁴² Han remado durante un día y una noche sin descanso.

³⁴³ Mítico pueblo del remoto Norte, frecuentemente asociado con Apolo.

lo Matutino, ya que a todos se nos mostró viniendo en la mañana. Hagámosle los sacrificios que podamos, luego de levantarle un altar en la orilla. Y si en lo venidero nos concede un 690
retorno sin daño a la tierra de Hemonia, entonces depositaremos en su honor muslos de cabras cornudas. Pero por ahora os invito a congraciármolo con grasa quemada y libaciones. ¡Sénos propicio, soberano, sénos propicio, tras habértenos mostrado!»

Así habló, y unos al punto construyeron con piedras un altar y otros daban vueltas por la isla para ver si avistaban algún cervato o una cabra salvaje, de esas que pastan abundantes en lo espeso del bosque. Y les proporcionó caza el hijo de Leto y de toda ella piadosamente quemaron en el altar sagrado dos muslos, mientras invocaban a Apolo Matutino. Y en torno de 700
las víctimas que ardían formaron un ancho corro de danza, celebrando al hermoso lepecon, a Febo lepecon³⁴⁴. Y con ellos el noble hijo de Eagro al son de su lira de Bistonía³⁴⁵ dio comienzo al armonioso canto: de cómo una vez al pie de la pétrea cerviz del monte Parnaso matara con sus flechas al monstruoso Delfine³⁴⁶, siendo aún él un mozuelo³⁴⁷, todavía con sus rizos gozoso... ¡Séme benévolo!³⁴⁸, que siempre, soberano, están sin rapar tus cabellos, siempre sin daño, pues así es de ley y sola la propia Leto, hija de Ceo³⁴⁹, los acaricia entre sus 710
manos cariñosas. Y mucho te animaban las Ninfas Coricias, hijas de Plisto, con sus palabras al grito de «¡tira, tira!», de donde le vino a Febo este hermoso estribillo³⁵⁰.

³⁴⁴ Es decir, celebrando a Apolo con el canto de un peán con el bien conocido estribillo. Sobre el término cfr. luego.

³⁴⁵ En Tracia, aquí simplemente por Tracia.

³⁴⁶ Dragón que guardaba en Delfos la fuente próxima al célebre oráculo.

³⁴⁷ Literalmente «mozuelo desnudo», con una expresión oscura y muy discutida. Posiblemente una alusión a la edad, antes del momento del corte ritual del pelo de los muchachos.

³⁴⁸ Este tipo de petición dirigida a un dios es un recurso frecuente en la poesía helenística: cfr. por ejemplo Teócrito XV 143, etc.

³⁴⁹ Un Titán hijo de Urano.

³⁵⁰ «lé, ié» (cfr. «lepecon»), o sea «lanza (tus flechas)», al menos según una de las interpretaciones antiguas del citado estribillo. Las Ninfas mencionadas (hijas del río Plisto, en Fócide) habitaban en la caverna de Coricia en el monte Parnaso.

Y una vez que lo hubieron celebrado con este canto danzando, juraron entre puras libaciones y tocando las víctimas socorrerse unos a otros por siempre con espíritu concorde. Y todavía ahora sigue en pie allá un santuario de la benévola Concordia que ellos edificaron, a la diosa más gloriosa dando entonces honores³⁵¹.

Y cuando llegó la luz del tercer día, ya entonces dejaron la isla escarpada con un fuerte Céfiro. Desde allí pasaron teniendo a la vista la boca, allá enfrente, del río Sangario, el fértil país de las gentes Mariandinas, las corrientes del Lico y el lago Antemoésida³⁵². El soplo del viento sacudía los cables y los aparejos todos del barco en su marcha, pero al alba, tras decaer el viento por la noche, llegaron con alborozo al fondeadero del cabo Aqueronte. Éste se alza con inaccesibles despeñaderos, mirando hacia el mar de Bitinia, y al pie peñas abruptas echan sus raíces empapadas por el mar y en torno de ellas el oleaje voltea con ingente fragor. Allá arriba crecen en la cumbre plátanos de amplio sombraje, y desde ella hacia el interior, hacia el llano, descende un hondo valle, donde está la caverna de Hades bajo la techumbre del bosque y de las peñas, de la cual un hálito helado, que sopla sin pausa desde sus profundidades espantosas, una y otra vez alimenta blancos carámbanos que se calientan con el sol del mediodía³⁵³. Jamás envuelve el silencio este tremendo promontorio, sino que al unísono gime por obra de la mar retumbante y de las hojas que se agitan con los soplos de lo hondo. Allá también está la desembocadura del río Aqueronte, que a través del promontorio se precipita arrojándose a la mar Oriental³⁵⁴, y, desde lo alto, lo hace bajar una hueca barranca. Los Megarenses Niseos³⁵⁵ entre las generacio-

³⁵¹ Se ha hecho notar la importancia de la concordia (aquí personificada) a lo largo del poema, como uno de los sentimientos claves entre los Argonautas.

³⁵² Todos en Bitinia, como se recuerda luego.

³⁵³ En este lugar al parecer hay en realidad más de una caverna, pero ninguna muestra, al menos ahora, los hielos de que habla el poeta.

³⁵⁴ El Ponto Euxino.

³⁵⁵ La expresión se encuentra igualmente en Calímaco y otros autores. Nisa era el puerto de Mégara (la del Istmo, la propiamente griega), cuyos habitantes fundaron, con los Beocios, la colonia de Heraclea en estos parajes, en tierras de los Mariandinos.

nes posteriores le dieron el nombre de Salvamarineros, cuando iban a poblar la tierra Mariandina (pues los salvó a ellos y a sus naves de su encuentro con una mala tempestad). Por allí ellos prontamente arribaron, en el instante en que el viento cesaba, por el cabo Aqueronte adentro. 750

No mucho tiempo tardaron en enterarse Lico, el señor de aquel país, y sus Mariandinos de que habían echado el ancla los que a Ámico mataran, según la fama que antes llegara a sus oídos. Mas precisamente por esto trabaron con ellos amistosa relación y a Polideuces lo recibieron como a un dios, de todas partes congregándose, ya que muy largo plazo llevaban enfrentados en guerra con los Bebrices insolentes³⁵⁶. Y ya todos reunidos marchando a la ciudad, en el palacio de Lico aquel día en son de amistad se entregaron a un festín y regocijaron su corazón con las palabras. El Esónida le habló del linaje y el nombre de cada uno de sus camaradas, de las órdenes de Pelias, de cómo fueron huéspedes de las mujeres de Lemnos, de cuanto llevaran a cabo respecto a Cícico y Dolionia³⁵⁷, y de cómo llegaron a Misia y a Cío, donde dejaron al héroe Heracles no porque quisieran. Y contó la profecía de Glauco y cómo mataron a los Bebrices y a Ámico, y expuso los vaticinios y la calamidad de Fineo, y de qué modo escaparon de las Peñas Ciáneas y cómo encontraron en una isla al hijo de Leto. Y a aquél, según se lo iba en orden contando, se le hechizaba el ánimo al oírlo, pero se dolió del abandono de Heracles y tales palabras a todos ellos dirigió: 770

«Amigos, ide qué hombre faltos de su ayuda os dirigís en tan larga travesía hasta Eetes! Pues bien lo conozco yo por haberlo visto aquí en el palacio de Dáscilo, mi padre, cuando acá vino a pie a través del continente asiático en pos del cinturón de la belicosa Hipólita³⁵⁸. Él me encontró cuando yo comenza-

³⁵⁶ Cfr. antes, vv. 138 y ss.

³⁵⁷ El texto del v. 765 es discutido. Cícico es probablemente el nombre del rey (así Vian) y no el de la ciudad (así otros, Mooney por ejemplo), que es de existencia posterior.

³⁵⁸ Cfr. luego vv. 966 y ss. Se trata de uno de los trabajos de Heracles: apoderarse de un cinturón singular que poseía la reina de las Amazonas. En honor de Heracles se fundaría en este lugar la ciudad de Heraclea.

ba a cubrirme de bozo³⁵⁹. Entonces compitiendo en los juegos 780
a la muerte a manos de los Misios de mi hermano Príolas, al
que el pueblo aún llora con endechas lamentables, derrotó en
el pugilato al poderoso Titias³⁶⁰, que entre todos los mozos
destacaba en hermosura y en fuerza, y le tiró por tierra los
dientes. Y junto con los Misios sometió bajo el poder de mi
padre a los Mígdones, que habitan los labrantíos vecinos de los
nuestros, y conquistó con el propio país las tribus de Bitinia
hasta la desembocadura del Rebas y la atalaya de Colone. Lue- 790
go de éstos se sometieron igualmente los Paflagones de la es-
tirpe de Pélope, cuantos ciñen con su quebrado curso las ne-
gras aguas del Bileo³⁶¹. Pero ahora los Bebrices y la insolencia
de Ámico nos han despojado, mientras Heracles habitaba muy
lejos, arrancándome tierras abundantes hasta poner los lindes
en las praderas pantanosas del hondo curso del Hipio³⁶². Sin
embargo han recibido de vosotros su castigo. Y afirmo que yo
llevé la guerra a los Bebrices no sin acuerdo de los dioses aquel
día en que tú, Tindárida³⁶³, al hombre aquel mataste. Por ello
ahora la compensación que esté en mi mano pagaros, os la pa- 800
garé con la mejor voluntad, pues ésta es la ley para los hom-
bres que son inferiores, cuando son otros mejores los que los
favorecieron los primeros. He dispuesto que Dáscilo, mi hijo,
os siga en la misma expedición con todos vosotros. Y por ir él
con vosotros, con seguridad a través del mar encontraréis gen-
tes hospitalarias hasta la boca del propio Termodonte. A los
hijos de Tindáreo, aparte, les construiré allá en lo alto de la
costa del Aqueronte un templo elevado, que muy de lejos to-
dos los marinos por el mar contemplen y sea motivo de sus
plegarias³⁶⁴. Y después, delante de la ciudad, cual a dioses, en

³⁵⁹ Para el texto (frente a Fränkel y Vian) cfr. Giangrande, *Sprachgebrauch*, pág. 17, y Campbell, *RPh* 47, 1973, pág. 79.

³⁶⁰ Personaje mítico sobre el cual existen las noticias más divergentes. Aquí aparece simplemente como un Mariandino de cierta celebridad.

³⁶¹ Río (hoy Filyas) al Este del Cabo Aqueronte, en Bitinia aun.

³⁶² Entre el Cabo Aqueronte y el río Sangario. O de otro modo, los Bebrices habían ocupado la amplia franja de tierra entre el Sangario y el Hipio.

³⁶³ Se dirige a Polideuces, que matara a Ámico.

³⁶⁴ Recuérdese que los dos Dioscuros (aquí llamados aún hijos de Tindáreo) eran protectores de los marinos: cfr. luego IV 652 y s.

su honor hendiré con surcos los ricos campos de un llano de 810
buena labranza.»

Así entonces a lo largo de todo el día disfrutaron del festín conversando. Al alba, sin embargo, bajaron a embarcarse presurosos, e iba también el propio Lico con ellos, luego de darles para llevar innumerables regalos. Y a la vez a su hijo lo hizo de su casa partir en el viaje.

Pero allí le llegó a Idmón el Abantíada el sino que le estaba destinado, a él que en el arte del vaticinio destacaba. Pero el arte del vaticinar no lo salvó, puesto que la imperiosa necesidad lo llevó a sucumbir³⁶⁵. Pues en las praderas pantanosas, entre los cañaverales del río, estaba echado, refrescando en el barro sus flancos y su inmenso vientre, un jabalí de blancos 820
colmillos, monstruo funesto, al que temían las propias Ninfas que habitaban el pantano. Hombre alguno sabía de él, sino que pastaba solitario en las anchas marismas. Y el hijo de Abante marchaba por los bordes escarpados del fangoso río, y entonces aquél de improviso lanzándose de un gran brinco por lo alto desde el cañaveral le alcanzó el muslo impetuosamente y le segó por el medio los músculos y el hueso. Cayó por tierra con un agudo grito, y los demás, todos juntos, respondieron al herido con sus gritos. Al punto Peleo lanzó su venablo al maldito jabalí, que se precipitaba en su huida adentro del pantano. Mas de nuevo se lanzó haciéndole frente, pero Idas lo hirió y, 830
rugiente, se clavó en su pica veloz. Y lo dejaron allí en tierra caído, y a Idmón, al que ya se le iba la vida, lo llevaron afligidos a la nave y murió en ella entre los brazos de sus propios camaradas.

Entonces ya no pensaron en navegar, sino que permanecieron allí dolientes para los funerales del muerto. Tres días enteros lo lloraron y al otro ya le rindieron grandiosamente los funebres honores y participó en el duelo el pueblo con el rey Lico en persona. Ovejas sin número degollaron como sacrificio funerario, según es de ley en honor de los que faltan³⁶⁶. 840
Y se alza el túmulo de este varón en aquella tierra, y hay sobre él una señal para que la vean también las gentes venideras: un

³⁶⁵ Cfr. antes I 140 y s. y 443 y ss.

³⁶⁶ Literalmente «para los que se van».

rodillo naval de acebuche (que sigue echando hojas)³⁶⁷, un poco más acá del cabo Aqueronte. Y si yo debo también esto cantar francamente bajo el dictado de las Musas, fue a éste al que Febo impuso a los Beocios y Niseos³⁶⁸ que lo invocaran como héroe tutelar de su ciudad y que establecieran la población en torno a este rodillo del antiguo acebuche, pero ellos en vez de al piadoso Eólida Idmón aún ahora celebran a Agamés- 850 tor³⁶⁹.

¿Y qué otro murió ya? Puesto que también por segunda vez entonces los héroes levantaron el túmulo de un camarada fallecido. Pues, en efecto, todavía se muestran dos tumbas de los varones aquellos. La noticia es que murió Tifis el Hagníada: su destino era no seguir tampoco navegando más allá, sino que también a él allí lo postró en el lecho lejos de su patria una breve enfermedad, hasta que la multitud rindió los fúnebres honores al cadáver del Abantíada³⁷⁰. Y encima de aquel funesto dolor se apoderó de ellos una aflicción intolerable, pues, luego de enterrar prontamente también a éste³⁷¹, allí delante 860 de la mar cayendo impotentes y envueltos en sus mantos sin bullir, no pensaban ni en comer ni en beber. Con el sufrimiento tenían el ánimo abatido, ya que su viaje tanto de sus esperanzas se alejaba³⁷². Y aún más en su amargura se hubieran demorado, si no le hubiese Hera infundido a Anceo una extremada osadía, a aquél que Astipalea le pariera a Posidón junto a las aguas del Ímbraso³⁷³, pues bien destacaba en pilotar; y dirigiéndose prestamente a Peleo le dijo:

³⁶⁷ Se trata de un rodillo de los utilizados para varar los barcos o arrastrarlos al agua: cfr. su uso en l 375 y ss. Es de suponer que con él se quería indicar la profesión marinera, más o menos como un remo, como en *Odisea* XII 15.

³⁶⁸ Los fundadores de Heraclea Póntica (cfr. antes nota al v. 747).

³⁶⁹ Parece ser que se trata del fundador de Heraclea.

³⁷⁰ Es decir, su muerte sobrevino el mismo día del funeral de Idmón. Estos versos y los siguientes son discutidos por Campbell (*RPb* 47, 1973, págs. 80 y s.), al cual sigo en algún detalle de la traducción.

³⁷¹ A Tifis, anonadados por el doble infortunio, lo entierran rápidamente. Campbell (*loc. cit.*) entiende «en el momento mismo en que enterraron...», en tanto que la traducción usual («después de enterrarlo junto a aquél») no es aceptable. Para la situación cfr. antes l 1070 y ss.

³⁷² Recuérdese que Tifis era el piloto de la Argo.

³⁷³ Río (ya citado) de la isla de Samos. El poeta distingue así a este personaje del otro Anceo: cfr. ya l 163 y ss. y 185 y ss.

«Eácida, cómo ha de estar bien que, sin ocuparnos de la empresa, por largo plazo sigamos en tierra extranjera? No tanto por ser yo experto en la guerra me lleva Jasón tras el vello- 870
cino lejos de Partenia, cuanto como perito en las naves. Por ello, no tengáis ni el más pequeño temor por el barco. Además, también hay aquí otros varones entendidos, de los cuales, a cualquiera que hagamos subir a la popa, a nuestra navegación no la dañará. ¡Vamos!, díles al punto todo esto y anímalos a acordarse de la empresa con renovada confianza.»

Así le habló. Y el espíritu de aquél se creció con la alegría. Y al momento sin tardanza en medio de ellos tomó la palabra:

«¡Desdichados!, ¿a qué seguimos así con un vano duelo? 880
Pues éstos han perecido como quiera que sea según el destino que en suerte les tocara. En el grupo tenemos pilotos, y muchos. Así que no aplacemos el probarlos, sino que ¡arriba, al trabajo, y arrojad lejos las penas!»

Pero a su vez le replicó el hijo de Esón, indeciso:

«Eácida, pero ¿dónde están esos pilotos? Pues esos de los que antes nos gloriábamos de que eran entendidos, con la cabeza baja están más apesadumbrados que yo. Así que también preveo, con la muerte de éstos, una mala desgracia³⁷⁴, si no 890
podemos ni llegar a la ciudad del funesto Eetes ni de vuelta a la tierra de la Hélade, pasando las Peñas, sino que aquí mismo nos cubrirá³⁷⁵ sin fama alguna un aciago destino, envejeciendo en vano.»

Así habló. Pero Anceo con toda vehemencia prometió que conduciría la rápida nave, pues ya lo dominaba el impulso de la diosa. En pos de él se alzaron Ergino y Nauplio y Eufemo, ansiosos de pilotar. Pero a éstos se les contuvo, y la mayoría de los compañeros dieron a Anceo su aprobación.

Luego, al alba, en el día que hacía doce, subieron a bordo, pues ya les soplaba a favor un fuerte viento de Céfiro. Rápida- 900

³⁷⁴ Campbell (*CQ* 19, 1969, pág. 278) ha explicado este verso, que ha sido habitualmente mal entendido. Todavía en la edición de Vian se traduce «preveo para nosotros una desgracia tan triste como la que les ha acaecido a nuestros muertos», lo que dice más (y algo diferente) de lo que realmente significa el original.

³⁷⁵ Como la tierra de la tumba.

mente pasaron a remo el Aqueronte y, confiados en el viento, largaron la vela, y todo adelante con el trapo desplegado y la mar en calma navegaban. Y pronto alcanzaron la desembocadura del río Calícoro, donde cuentan que el hijo Niseo³⁷⁶ de Zeus, cuando tras dejar las tribus de los Indios vino a morar en Tebas, celebró sus rituales y fundó sus danzas delante de una cueva, en la que pasaba las noches santas lejos de toda sonrisa³⁷⁷; de donde las gentes vecinas llaman Calícoro al río y Aulion a la caverna³⁷⁸. 910

Más allá contemplaron la tumba de Esténelo el Actórida, el cual al retorno de la osada guerra con las Amazonas (pues había ido en la compañía de Heracles), herido allí por un dardo, murió a la vera del mar. Y ya no fueron más adelante, ya que la propia Perséfone envió el alma llorosa del Actórida, que le había suplicado ver por poco tiempo que fuese a unos hombres de su raza. Y en lo alto de su túmulo subido divisaba la nave, tal cual cuando fue a la guerra, y su hermoso yelmo de cuatro 920 placas destellaba con su roja cimera³⁷⁹. Se sumergió de nuevo en la negra oscuridad y ellos al verlo se llenaron de estupor, pero los incitó el Ampícida Mopso con palabras inspiradas a llegar a tierra y aplacar a los dioses con libaciones. Con premura recogieron la vela y, arrojando las amarras a la orilla, se afanaron en torno a la tumba de Esténelo, vertiendo libaciones en su honor y sacrificando ovejas al difunto. Y aparte de estas libaciones, a su vez, tras levantar un altar a Apolo el que preserva los navíos, quemaron unos muslos. Y también Orfeo ofrendó su lira, y de ahí que sea Lira el nombre del lugar.

Y prontamente, como el viento apremiaba, subieron a la 930 nave e izando la vela la desplegaron hasta ambas escotas. Y la nave fue llevada vigorosamente a alta mar, cual un gavilán que por el aire allá en lo alto extiende al viento su ala, se deja llevar

³⁷⁶ Dioniso es llamado Niseo posiblemente a partir de Nisa, en Libia (cfr. luego v. 1214). El Calícoro es un río de Paflagonia.

³⁷⁷ Por muy serios y, aun más, un tanto siniestros. Tebas es la conocida ciudad de Beocia: de todos es sabido el argumento de las *Bacantes* de Eurípides.

³⁷⁸ Calícoro significa «de bellas danzas» y Aulion «estancia». Se trata de un lugar a escasa distancia de Heraclea y del cabo Aqueronte.

³⁷⁹ Sobre este pasaje (vv. 919 y s.) cfr. el comentario de Giangrande, *Sprachgebrauch*, págs. 18 y s.

velozmente y, sin impulsarse, con sus alas en calma se desliza por un cielo claro³⁸⁰. Y ya pasaron las corrientes del río Partenio que mansamente fluye a la mar y en el cual la hija de Leto³⁸¹, cuando sube hasta el cielo de regreso de la caza, refresca su cuerpo en sus aguas deseables. Y por la noche, luego, en su carrera adelante sin pausa costearon Sésamo, los altos Eritinos, Crobálos, Cromna y el Citoro boscoso. Y de allí, a su vez, con los rayos del Sol ya, doblaron el Carambis, siguieron con los remos después a lo largo de la gran Costa la jornada entera, e igual tras el día, por la noche³⁸². 940

Y prontamente pisaron la tierra de Asiria, donde Zeus estableció a Sinope, la hija de Asopo³⁸³, y le concedió la doncellez, al caer él en el engaño de sus propias promesas. Pues deseaba su amor y consintió en donarle lo que ella en su mente apeteciera. Y, con astucia, le reclamó su doncellez; y así también frustró a Apolo, que deseaba yacer en su lecho, y, tras éstos, al río Halis. Y hombre alguno tampoco la domeñó en seductores abrazos. 950

Allí Deileón y Autólico y Flogio, hijos del noble Deímaco el de Trica³⁸⁴, habitaban aún, tras haberse separado errantes del lado de Heracles. Éstos entonces, como vieran la expedición de los caudillos, acudieron a su encuentro y mostraron quiénes eran verazmente. No deseaban permanecer más tiempo allá, sino que subieron al navío tan pronto como el viento Argestes³⁸⁵ sopló. 960

En su compañía luego, llevados por la brisa veloz, dejaron el río Halis y dejaron la corriente vecina del Iris y también los aluviones de la tierra de Asiria. Y en el mismo día doblaron a

³⁸⁰ Sobre este pasaje y sus dificultades cfr. Giangrande, *CQ* 17, 1967, páginas 90 y s.

³⁸¹ Artemis.

³⁸² A lo largo, pues, de la costa de Paflagonia, región a la que pertenecen todos esos lugares. Es claro que, pasado el cabo Carambis, cesa el viento, pero prosigue el viaje a remo un día y una noche.

³⁸³ Sinope era la heroína epónima de la ciudad de igual nombre en la costa de Leucosiria e hija del dios-río Asopo.

³⁸⁴ Ciudad de Tesalia. Los tres héroes citados habían acompañado a Heracles en su expedición al país de las Amazonas (el trabajo del cinturón de Hipólita, ya mencionado).

³⁸⁵ El Céfiro.

distancia el cabo de las Amazonas³⁸⁶ con su puerto, donde en
 tiempos a Melanipa, la hija de Ares, que se había adelantado, la
 emboscara el héroe Heracles, e Hipólita le diera de rescate por
 su hermana su reluciente cinturón, y él la dejó ir sana y sal-
 va³⁸⁷. En su ensenada tomaron tierra, junto a la desembocadu- 970
 ra del Termodonte, porque el mar justamente se encrespaba a
 su paso. Y no hay río alguno comparable a éste ni que sobre la
 tierra arroje tantas corrientes enviándolas divididas lejos de
 sí³⁸⁸: si se las contara una por una, sólo faltarían cuatro para el
 ciento. Pero es en verdad una sola su fuente, y baja hasta el lla-
 no desde los altos montes que dicen que se llaman Amazonios,
 pero luego se divide al penetrar en las tierras más elevadas que
 le salen al paso. Por ello sus caminos son sinuosos y de conti- 980
 nuo cada cual por su lado se retuerce por doquiera que en-
 cuentra una hondonada, aquél allá lejos, éste más cerca. Y mu-
 chos son cursos sin nombre, según van perdiendo sus
 aguas³⁸⁹, pero él³⁹⁰ de modo bien visible y unido a unos pocos
 más se arroja ruidoso al pie de la curva del cabo en el Ponto
 Axino³⁹¹. Y, por cierto, si se hubiesen ellos demorado, con las
 Amazonas hubieran entablado combate, y tampoco hubiesen
 peleado sin correr la sangre (pues las Amazonas poblaban la
 llanura de Deante, sin ser muy corteses ni respetuosas de las
 leyes divinas, pero en cambio celosas del desafuero que provo-
 ca gemidos y de las obras de Ares³⁹²; y es que eran de la estir- 990
 pe de Ares y de la Ninfa Harmonía, la que, por haber yacido
 con él en lo recóndito del bosque de Acmon, le parió a Ares
 hijas que amaban la guerra), si no les hubiesen llegado desde
 Zeus de nuevo los soplos de Argestes y dejaran atrás con el

³⁸⁶ O cabo Heracles, como nombre más usual.

³⁸⁷ Esta es una de las versiones de este trabajo de Heracles. El famoso cintu-
 rón era un regalo de Ares a su hija Hipólita.

³⁸⁸ El Termodonte forma un delta en su desembocadura.

³⁸⁹ Posiblemente por llegar al mar con muy escaso caudal. Otros entienden
 que sus aguas se pierden en las arenas.

³⁹⁰ El brazo principal, el Termodonte propiamente dicho: cfr. antes vv. 370
 y ss.

³⁹¹ «Inhospitalario», término ya comentado. Las descripciones de los deltas
 son desde Herodoto un corriente recurso literario: cfr. por ejemplo Aquiles Ta-
 cio IV 11, 3 y ss.

³⁹² La guerra naturalmente.

viento la curva del cabo, donde las Amazonas de Temiscira se revestían con sus armas. Pues no poblaban congregadas una sola ciudad, sino a través de su país, separadas, en tres tribus³⁹³: de un lado habitaban esas de las que justamente Hipólita era soberana, de otro las de Licastia y de otro aun las arque- 1000 ras de Cadesia³⁹⁴.

Y al otro día y la noche siguiente costearon la tierra de los Cálibes. A éstos no les importa ni labrar con los bueyes ni otro cultivo alguno que dé dulce fruto, ni tampoco apacientan rebaños en un prado cubierto de rocío. Sino que hendiendo la dura tierra que les da el hierro lo cambian para su sustento por otras mercancías. Jamás se les levanta la Aurora sin fatigas, y soportan gravoso trabajo entre la negra humareda³⁹⁵.

Luego de éstos, tras doblar al punto el cabo de Zeus Gene-teo, pasaron junto al país de los Tibarenes sin riesgos. Allí, 1010 cuando las mujeres a sus maridos les paren sus hijos, son ellos los que caen en los lechos y gimen, con las cabezas vendadas, y son ellas las que a sus hombres cuidan con alimentos y les preparan el baño del parto³⁹⁶.

Pasaron a su vez, tras éstos, la Montaña Sagrada³⁹⁷ y el país en que los Mosinecos habitan en los montes las «mosinas»³⁹⁸, de donde también ellos mismos reciben su nombre. Sus normas y leyes son diferentes: cuanto es de ley que se haga públicamente, ya entre la gente, ya en la plaza³⁹⁹, todo eso lo llevan 1020 a cabo en sus casas, y cuanto practicamos en nuestras viviendas, lo realizan sin que sean censurados de puertas afuera en medio de la calle. Y ni siquiera les avergüenza el uso del lecho a la vista de todos, sino que, igual que cerdos que pastan, sin preocuparse de los testigos ni tanto, se ayuntan en el suelo en amor libre con sus mujeres. Y en la «mosina» más alta su rey,

³⁹³ Ya antes (vv. 373 y s.) se aludió a tres ciudades de las Amazonas.

³⁹⁴ El Licasto y el Cadisias son dos ríos de la zona.

³⁹⁵ Los Cálibes extraían y fundían el hierro, según una noticia tradicional.

³⁹⁶ Es la costumbre bien conocida de la covada, de la que hay ya bastantes noticias antiguas.

³⁹⁷ Cerca de Trapezunte.

³⁹⁸ Cfr. antes vv. 379 y ss. y nota correspondiente.

³⁹⁹ Es decir, donde también se realizaban los actos oficiales, concretamente las asambleas.

sentado, dicta recta justicia a sus gentes numerosas: ¡Pobre de él!, pues si en algo yerra en sus juicios, lo tienen aquel día encerrado y famélico⁴⁰⁰.

Mientras pasaban por las costas de éstos acercándose a la 1030 isla de Ares, que está allí al frente, navegaron a remo a lo largo del día, pues la cálida brisa había cesado cuando aún era de noche. Ya incluso divisaron cuando se lanzaba por encima a través de los aires un pájaro de Ares, que vive en la isla, el cual agitando sus alas en el rumbo de la nave arrojó contra ella una aguda pluma. Ésta fue a caer en el hombro izquierdo del divino Oileo, que, herido, soltó de las manos el remo. Y se quedaron atónitos al ver el alado proyectil. Eribotes, sentado a su vera, se lo extrajo y le vendó la herida, luego de desatar de su 1040 vaina el suspendido tahalí⁴⁰¹. Y otra ave apareció en vuelo en pos de la anterior, pero el héroe Clito el Eurítida, ya que previamente había tensado el corvo arco y dirigido contra el pájaro su rápido dardo, lo alcanzó al instante⁴⁰², y volteando cayó cerca de la nave veloz.

Y Anfidamante, el hijo de Alco, les habló:

«Tenemos cerca la isla de Ares: también vosotros lo sabéis ahora que habéis visto esos pájaros. Pero yo no creo que las flechas nos basten como ayuda para el desembarco. Disponga- 1050 mos en cambio algún otro ardid que sea eficaz, si, acordándoos de lo que ordena Líneo⁴⁰³, vais ahí a tocar tierra. Pues ni aun Heracles, cuando a Arcadia llegó, pudo rechazar con su arco las aves navegantes del lago Estinfale, y esto yo mismo lo vi⁴⁰⁴. Pero él, sacudiendo en su mano un crótalo de bronce, lo hizo resonar sobre una alta atalaya, y aquellas bajo un horrible espanto escaparon entre gritos muy lejos. Así que también

⁴⁰⁰ Sobre las pintorescas costumbres de los Mosinecos, que con tanto humor sintetiza Apolonio, hablan ya Jenofonte (*Anábasis* V 4, sobre todo 30 y ss.) y otros autores.

⁴⁰¹ Eribotes emplea el tahalí, que era de cuero, sin duda para hacer una especie de venda o torniquete.

⁴⁰² El original presenta aquí ciertas dificultades: cfr. Campbell, *CC* 21, 1971, págs. 415 y s.

⁴⁰³ Cfr. antes vv. 382 y ss.

⁴⁰⁴ El lago Estinfale estaba próximo al lugar de donde procede Anfidamante: cfr. I 161 y ss.

ahora pensemos en un ardid semejante. Yo mismo podría decirlos uno, luego de haber reflexionado en ello de antemano. Tras poneros sobre las cabezas los yelmos de alta cimera, remad la mitad de modo alternado⁴⁰⁵ y la mitad guarneced la nave con pulidas lanzas y escudos, y en masa alzáis inmenso griterío al unísono, para que con la sorpresa se asusten del tumulto, de la agitación de las cimeras y de las lanzas en alto. Y si llegamos a la propia isla, ya entonces, sumado a este alboroto, alzáis con los escudos un enorme estruendo.»

Dijo así, y a todos complació este ardid eficaz. Y pusieron en sus cabezas los yelmos de bronce de terribles destellos, y arriba se agitaron las rojas cimeras. E iban los unos remando de modo alternado, y los otros a su vez cubrieron la nave con lanzas y escudos. Y como cuando un hombre techa su casa con tejas, para que den adorno a su vivienda y le amparen de la lluvia, y éstas se ajustan por igual sólida y alternadamente entre sí⁴⁰⁶; así ellos formaron un techo para la nave ajustando entre sí los escudos. Y cual es el clamor de una tropa enemiga de hombres en movimiento cuando chocan las compañías, tal por lo alto se extendió su griterío desde la nave. Y no vieron ni siquiera ya a uno de los pájaros. Pero cuando tocando en la isla se pusieron a golpear en sus escudos, al instante por millares de todas partes a escape se lanzaron al aire. Y como cuando el hijo de Crono arroja una espesa granizada desde las nubes sobre la ciudad y las casas, pero los que bajo esas nubes viven allí escuchan el ruido sobre sus tejados y se están sentados y tranquilos, ya que la estación invernal no los ha cogido de improviso, sino que antes reforzaron el tejado; así eran de espesas las plumas que les lanzaban al precipitarse muy alto por el mar en dirección a los montes del extremo de la tierra.

¿Y cuál fue, pues, la idea de Fineo, para hacer aquí abordar la divina expedición de los héroes? ¿O qué provecho después iba a llegarles a quienes así lo deseaban?

Los hijos de Frixo viajaban desde Ea, del lado de Eetes de Cita, en busca de la ciudad de Orcómenos, luego de embarcarse en una nave de Cólide, para lograr la inmensa riqueza de

⁴⁰⁵ Lógicamente, remaban los de un banco sí y otro no.

⁴⁰⁶ Para este símil cfr. ya *Ilíada* XVI 212 y ss.

su padre. Pues él a su muerte les impuso este viaje. Y ya estaban aquel día muy cerca de la isla, pero Zeus movió el soplo de la fuerza del viento Bóreas, anunciando con el agua la húmeda ruta de Arturo⁴⁰⁷. Por el día sacudió en los montes las hojas sólo un poco ligeramente en las ramas más altas, mas por la noche llegó, imponente, hasta el mar y con sus ráfagas alzó con estruendo el oleaje. Oscura bruma envolvió el cielo y por parte alguna se mostraban a la vista entre las nubes las estrellas rutilantes, sino que tenebrosa oscuridad en torno se asentaba. Los hijos de Frixo, empapados y temerosos de una odiosa muerte, eran llevados por las olas. La fuerza del viento les arrancó el velamen y partió en dos la propia nave, que la marejada sacudía. Y entonces, por la voluntad de los dioses y a pesar de ser ellos cuatro, se aferraron a un enorme madero de los que en buen número estuvieron unidos por las agudas clavijas y se habían dispersado al partirse la nave. Y hacia la isla, a punto por poco de morir, los llevaron afligidos las olas y las ráfagas del viento, y al instante se desató una lluvia prodigiosa y llovía sobre el mar y la isla y todo el país cuanto, frente a la isla, poblaban los arrogantes Mosinecos. Y a los hijos de Frixo todos juntos y con el poderoso madero el empuje de la ola los arrojó a las orillas de la isla bajo la oscuridad de la noche. Pero aquella agua sin cuento que les llegara de Zeus cesó con el Sol, y prontamente se encontraron unos y otros. Y Argos⁴⁰⁸ fue el primero en hablar:

«Os rogamos por el Zeus que todo lo ve⁴⁰⁹, quienquiera que de los hombres seáis, acogernos con buena voluntad y darnos amparo en la indigencia, pues ásperas borrascas que se precipitaron sobre el mar esparcieron todo el maderamen de nuestra nave miserable, en la que embarcados por necesidad atravesamos las olas. Por ello ahora nos prosternamos suplicándoos accedáis a darnos con qué cubrir nuestros cuerpos y alimentos, por piedad hacia hombres de vuestra misma edad y sumidos en

⁴⁰⁷ Que indica el comienzo del otoño, hacia el 23 de septiembre.

⁴⁰⁸ El hijo mayor de Frixo, no el Argonauta. Naturalmente «unos y otros» son los náufragos y los Argonautas, que previamente habían desembarcado.

⁴⁰⁹ Zeus bajo la advocación de *Epopsio*, tal como luego se le mencionará como *Xenio* («de los huéspedes») e *Hicesio* («de los suplicantes»), etc.

la desdicha. ¡Vamos!, respetad por el Zeus de la hospitalidad y de los suplicantes a unos huéspedes que os suplican: suplicantes y huéspedes son los unos y los otros de Zeus y éste sin duda es también para nosotros el que todo lo ve.»

Y a su vez a él le preguntó con todo interés el hijo de Esón, que pensaba que así se cumplían los vaticinios de Fineo:

«Todo eso os lo daremos al punto con buena voluntad. Pero, ¡eal!, dime de modo veraz en qué lugar de la tierra habitáis y qué necesidad os impone viajar sobre el mar y vuestro nombre ilustre y la estirpe.»

Y en el desamparo de su infortunio Argos le dijo:

1140

«Que un tal Frixo, un Eólida, llegó verdaderamente de la Hélade a Ea, creo que es posible que lo hayáis oído también ya antes vosotros; Frixo, que arribó a la ciudad de Eetes montado en un carnero, al que Hermes hizo de oro⁴¹⁰, y su vellón incluso aún ahora podríais ver extendido sobre las ramas de una encina cubiertas de broza. Luego lo sacrificó, según su⁴¹¹ mandato, en honor de Zeus Crónida como dios, entre todas sus advocaciones, de los fugitivos, y en su casa lo⁴¹² acogió Eetes y le concedió, con ánimo alegre, su hija Calcópe, aun sin arras⁴¹³. La descendencia somos de ambos. Pero Frixo ya, an- 1150
ciano, murió en la casa de Eetes. Y nosotros, en atención a las órdenes de nuestro padre, navegamos hacia Orcómenos a causa del patrimonio de Atamante⁴¹⁴. Y si, en fin, deseas conocer nuestros nombres, el de éste es Citisoro, Frontis el de éste y Melas el del otro. Y a mí mismo podéis nombrarme Argos.»

Así habló. Y los héroes se alegraron del encuentro y los ro-

⁴¹⁰ Apolonio sigue una tradición, según la cual el vellón sólo sería de oro a posteriori, no desde siempre.

⁴¹¹ Expresión ambigua: ¿mandato del propio carnero? (versión que conocemos de hecho por otras fuentes). En IV 120 y s. la orden es de Hermes, pero en este lugar esta interpretación es improbable (cfr. Vian, *REA* 75, 1973, página 101). Apolonio elige aquí una versión que psicológicamente es apropiada para Frixo.

⁴¹² A Frixo naturalmente.

⁴¹³ Se ha hecho notar que el discurso de Argos idealiza un tanto la realidad y que de hecho Eetes será el poseedor del vellón de oro y acoge (cfr. luego III 584 y ss.) a Frixo porque Zeus se lo ordena. Pero de todos modos es claro que el divino vellón no podía entrar como arras en la boda de Frixo y Calcópe.

⁴¹⁴ Es decir, en busca de su herencia paterna.

dearon con aprecio asombrados. Y Jasón de nuevo y de modo oportuno les respondió con estas palabras:

«Parientes sin duda nuestros por parte de padre, habéis venido a demandarnos amparo en vuestra desgracia a quienes estamos por ello con la mejor voluntad. Pues Creteo y Atamante eran hermanos, y yo, nieto de Creteo, voy con estos camaradas desde la Hélade justamente a la ciudad de Eetes. Pero de esto volveremos a hablar entre nosotros, y ahora vestíos lo primero. Por la voluntad de los inmortales creo yo que vinisteis a nuestros brazos en tal necesidad.» 1160

Dijo, y de la nave les dio ropajes que ponerse. Y luego, juntos, marcharon al templo de Ares para inmolarse unos corderos. Con premura los pusieron⁴¹⁵ en torno al altar, que, hecho de guijarros, estaba fuera del templo sin techo; y en el interior había colocada una santa piedra negra, a la que en tiempos todas las Amazonas suplicaban⁴¹⁶. Pero no era su uso, cuando venían de allí enfrente, quemar sobre este ara ofrendas de ovejas y bueyes, sino que sacrificaban caballos, luego de alimentarlos a lo largo de un año. 1170

Después de comer el festín dispuesto tras el sacrificio, ya entonces el Esónida habló y dio así comienzo a sus palabras:

«En verdad que Zeus todo lo ve y los hombres no escapamos ni un instante a su atención, ni piadosos ni injustos. Pues tal como libró a vuestro padre de la muerte por obra de una madrastra⁴¹⁷ y le proporcionó allá lejos inmensa riqueza, así también a vuestra vez sin daño os salvó de la tempestad funesta. Podemos sobre esta nave acá y allá navegar a donde queramos, ya hacia Ea, ya hacia la opulenta ciudad de Orcómenos divino. Pues Atena la ideó y de la cumbre del Pelión cortó con el bronce sus maderas, y con su ayuda Argos la construyó. En cambio aquella una mala ola os la deshizo antes incluso de lle- 1180
gar cerca de las Peñas, que donde el Ponto se estrecha la jorna-

⁴¹⁵ No «se pusieron», como es frecuente traducir: cfr. los comentarios de Fränkel y Vian al respecto.

⁴¹⁶ Recuérdese (cfr. antes vv. 373 y s.) que poblaban tres ciudades en la costa continental. De ahí «todas».

⁴¹⁷ Frixo estuvo a punto de morir, ya que Ino, su madrastra, pretendía que su padre Atamante lo sacrificara sobre un altar de Zeus.

da entera se juntan⁴¹⁸. ¡Vamos!, ayudadnos también así a nosotros en nuestro deseo de llevar el dorado vellón a la Hélade y sed los guías de nuestra travesía, ya que la emprendo para poner término al sacrificio de Frixo⁴¹⁹, que contra los Eólidas moviera la cólera de Zeus.»

Dijo, intentando persuadirlos. Mas ellos sintieron espanto al oírlo, pues aseguraban que en su deseo de llevarse el vellón del carnero no encontrarían a Eetes propicio. Y así dijo Argos, reprochándoles haberse empeñado en tal expedición:

«Amigos, nuestra fuerza, aun siendo poca, nunca os faltará 1200
en vuestro socorro, cuando la necesidad sobrevenga. Pero Eetes está terriblemente dotado de funesta crueldad, y por ello me asusta hacer tal travesía. Se jacta de ser hijo de Helios, en torno suyo habitan los pueblos innumerables de los Colcos y por su voz aterradora y su potente vigor incluso a Ares podría igualar. Tampoco por cierto es tarea fácil hacerse con la piel sin el consentimiento de Eetes: tal sierpe la protege todo alrededor, inmortal e insomne, a la que dio el ser la propia Tierra en las laderas del Cáucaso bajo la Peña de Tifón, donde cuentan que Tifón, herido por el rayo del Crónida Zeus cuando 1210
contra él alargó sus brazos vigorosos, dejó gotear de su cabeza su sangre ardiente. Y llegó así a los montes y al llano de Nisa, donde todavía ahora yace sumergido en las aguas de la laguna de Serbonis»⁴²⁰.

De este modo habló, y a muchos se les pusieron las mejillas al instante pálidas cuando le oyeron mencionar una prueba semejante. Pero prontamente Peleo le respondió con decisión y le dijo:

«No nos infundas, querido, tanto miedo con tus palabras. Pues no nos falta el coraje hasta tal punto que no podamos 1220
frente a Eetes medirnos con las armas, sino que creo que también nosotros vamos allí como conocedores del arte de la gue-

⁴¹⁸ Las Simplégades. Los Argonautas ignoran que las Peñas tras su paso han quedado inmobilizadas.

⁴¹⁹ Es decir, para expiar aquella falta, el frustrado sacrificio de Frixo.

⁴²⁰ Nisa y la laguna citada estaban en los límites de Egipto y Arabia. La sangre (ardiente por el efecto del rayo sin duda) del monstruo Tifón fecundó a la Tierra y de ella nació la sierpe o dragón mencionado.

rra y casi nacidos de la sangre de los dioses dichosos. De suerte que, si no nos da la dorada piel en son de amistad, espero que no le sirvan de ayuda los pueblos de los Colcos.»

Así ellos hacían sucederse sus palabras, hasta que, de nuevo saciados de comida, se durmieron.

Al alba, al despertarse, soplabá un viento suave. Izaron la vela y ésta se tensó bajo el impulso del viento. Y rápidamente abandonaron la isla de Ares. Y en la noche siguiente pasaron la isla de Fílira: allí el Uránida Crono, cuando en el Olimpo sobre los Titanes reinaba y a Zeus aún lo criaban en la caverna de Creta los Curetes del Ida⁴²¹, engañó a Rea y se unió a Fílira en amor. Mas la diosa los sorprendió mientras yacían: él se precipitó de un salto del lecho tomando forma semejante a un crinado caballo, y ella, la Oceánida Fílira, con la vergüenza, tras dejar el sitio y aquellos sus acostumbrados lugares, llegó a los altos montes de los Pelasgos, donde ya parió al gigantesco Quirón, en parte igual a un caballo, en parte a un dios, en razón de aquel amor transformado⁴²². 1230

Y desde allí, a su vez, en su viaje dejaron a un lado a los Macrones, el inmenso país de los Bequiros, a los soberbios Sapires y a los Biceres, que tras aquéllos están. Pues presurosos seguían siempre su marcha, llevados por un viento templado.

Ya al avanzar se les ofreció a la vista la región más profunda del Ponto y se levantaban los inaccesibles picos de los montes del Cáucaso, donde, con los miembros ceñidos en torno a ásperos riscos por indisolubles ataduras de bronce, Prometeo cebaba con su hígado al águila que se precipitaba una y otra vez sobre él⁴²³. Sobre la cubierta de la nave, la vieron al atardecer 1240

⁴²¹ Antes, pues, de que Zeus sucediera a su padre Crono (cfr. I 505 y ss.). En el v. 393 se mencionó ya el pueblo de los Fílires. Aquí se trata de una isla cercana y asociada con la heroína madre del Centauro Quirón y una de las innumerables hijas de Océano.

⁴²² O de otro modo, Quirón debía su parte de naturaleza equina a la metamorfosis de su padre durante la unión con Fílira. «Los montes de los Pelasgos» es una referencia al Pelión.

⁴²³ Es el episodio bien conocido del castigo de Prometeo por su ayuda a los humanos.

sobrevolar con agudo silbido⁴²⁴, cerca de las nubes, mas no obstante agitó al batir sus alas todo el velamen. Pues no tenía la traza de un pájaro del aire y movía su plumaje igual que bien pulidos remos. Y muy poco después oyeron la gimiente voz de Prometeo, cuando le arrancaba el hígado. El éter retumbó con su lamento hasta que divisaron al águila carnícera que se precipitaba desde el monte de nuevo por idéntico camino.

Por la noche con la pericia de Argos arribaron a la ancha corriente del Fasis⁴²⁵ y los límites más remotos del Ponto. Al punto recogiendo la vela y la verga las dispusieron dentro del hueco soporte, en el cual también con presteza abatieron el propio mástil hasta dejarlo tumbado. Rápidamente con los remos penetraron en el gran curso del río, y éste cedía burbujeante por doquier a su paso.

Tenían a la mano derecha las alturas del Cáucaso y la ciudad Citea del país de Ea⁴²⁶, y de la otra parte el llano de Ares y los sotos sagrados del dios, donde la sierpe acechante protegía el vellón extendido sobre las ramas de la encina cubiertas de broza.

El propio Esónida con copa de oro vertió en el río dulces libaciones de vino sin mezclar⁴²⁷ a la Tierra, a los dioses locales y a los espíritus de los héroes muertos. Les suplicó que benévolutamente fuesen sus auxiliares propicios y acogieran de modo favorable las amarras del navío. Y al instante Anceo pronunció semejantes palabras:

«Ya hemos arribado a la Cólquide y a las corrientes del Fasis. Y nos ha llegado el momento de pensar entre nosotros si poner a prueba a Eetes en términos amables o si habrá algún otro recurso que sea eficaz.»

Así habló. Pero a su vez, según los consejos de Argos, Jasón

⁴²⁴ Para el sentido cfr. Giangrande en *La critica testuale greco-latina, oggi. Metodi e problemi* (Roma, 1981), volumen editado por E. Flores, págs. 394 y ss.: los que están «sobre la cubierta» son los Argonautas, que ven desde allí el espectáculo. Una diferente interpretación, entre otras, da A. W. James, *CL* (1), 1981, páginas 64 y s.

⁴²⁵ El actual río Faz (o Rioni).

⁴²⁶ Recuérdese que Citeo es equivalente a «de la Cólquide».

⁴²⁷ Sin la consabida cantidad de agua.

ordenó llevar la nave hasta anclarla a flote, tras introducirla en un umbroso estero⁴²⁸ que estaba cercano a su paso. Allí pasaron al raso la noche, y el alba, tal como ellos deseaban, no tardó mucho tiempo en mostrárseles.

⁴²⁸ Es clara la precaución de no varar la *Argo* en la playa ni amarrarla, para tenerla así oculta y dispuesta para una rápida marcha.

CANTO TERCERO

¡VAMOS, Érato!, asísteme ahora y dime cómo de allá trajo a Yolco el vellocino Jasón por obra del amor de Medea⁴²⁹. Pues tú también participas del feudo de Cipris y con tus desvelos hechizas a las vírgenes no sometidas, y por ello justamente te está vinculado un nombre adorable.

De tal suerte los héroes permanecían sin ser vistos entre las cañas tupidas, emboscados. Pero los divisaron Hera y Atena, y, aparte del propio Zeus y de los demás dioses inmortales, se dirigieron a deliberar a una alcoba⁴³⁰. Y Hera se adelantó a 10 poner a prueba a Atena:

«Da tú la primera ahora, hija de Zeus, tu opinión. ¿Qué debemos hacer? ¿Meditarás alguna añagaza con la que puedan tomar y llevarse a la Hélade el vellón dorado de Eetes? En verdad que a él no podrías convencerlo persuadiéndolo con palabras melosas: es terriblemente arrogante, mas sin embargo es razonable no dejar de intentar ningún medio.»

Así dijo, y de inmediato Atena respondió:

«A mí que justamente cavilaba en mi espíritu ideas semejantes, tú, Hera, me preguntas con entera franqueza. Pero te diré que aún no he concebido ese ardid que pueda serle provechoso 20

⁴²⁹ Érato es (cfr. ya Platón, *Fedro* 259 c) la Musa de los cantos amorosos. El poeta juega en este breve proemio (que imita Virgilio, *Eneida* VII 37 y ss.) con el nombre de la Musa y ciertos términos eróticos: *eros* «amor» y *epératon* «adorable».

⁴³⁰ Ya en *Iliada* XIV 188 y s. se narra también una escena divina con un detalle semejante. Se supone que es la alcoba de Hera: cfr. Campbell, *Studies*, página 7.

al coraje de los héroes, y bien que he dudado entre muchos designios.»

Dijo, y ellas clavaron sus miradas en tierra delante de sus pies, en tanto que reflexionaba cada cual por su lado. Pero al punto Hera, que tuvo una idea, habló así la primera:

«¡Ea!, vayamos en busca de Cipris, y al llegar exhortémosla ambas a hablarle a su hijo, por si accede a infundirle, disparándole con sus dardos, un amor por Jasón a la hija de Eetes, la de muchos hechizos⁴³¹. Pues creo que con sus consejos podría él llevarse el vellón a la Hélade.»

Así habló, y su ocurrencia sagaz fue grata a Atena. Y luego ³⁰ de nuevo le replicó ésta en términos amables:

«Hera, mi padre me dio a luz ignorante de los dardos de aquél y nada sé de los recursos para mover el deseo⁴³². Pero si a ti misma te satisface tu propuesta, yo podría seguirte, y tú, cuando llegues ante ella, ser la que hable.»

Dijo, y alzándose con premura marcharon hacia la gran morada de Cipris, la que para ella construyera el cojo su esposo⁴³³ cuando al principio la llevó como esposa del lado de Zeus. Y, tras haber penetrado en el recinto, se detuvieron bajo la galería de la estancia donde la diosa solía preparar el lecho de ⁴⁰ Hefesto. Pero éste había partido muy de mañana a la forja y los yunques, allá en un espacioso refugio de la isla Errante⁴³⁴, en el cual forjaba toda clase de obras artísticas con chorros de fuego. Sola estaba ella, pues, sentada en su casa en un torneado sillón delante de la puerta. Con su cabellera de cada lado cubriéndole los blancos hombros, con un dorado alfiler la dividía y se disponía a trenzar sus largas trenzas. Pero, al verlas ante ella, se detuvo y las invitó a pasar; se levantó de su asiento y las hizo sentar en sillones. Y luego también ella se sentó y ⁵⁰ se anudó los cabellos con las manos sin peinarlos. Y entre sonrisas les habló en tono reticente:

⁴³¹ Apolonio aplica a Medea el mismo epíteto que Homero a la célebre maga Circe.

⁴³² Recuérdese que Atena nació de la cabeza de Zeus. Y que es la diosa varonil y casta por excelencia.

⁴³³ Hefesto.

⁴³⁴ Cfr. luego IV 761 y ss.: se trata sin duda de una de las Lípari. Homero sitúa la fragua de Hefesto ya en el propio Olimpo, ya en la isla de Lemnos.

«Queridas, ¿qué pensamiento o qué necesidad os trae aquí, al cabo de tanto tiempo? ¿A qué habéis venido ambas, que antes no muchas visitas me habéis hecho, ya que entre las diosas sois las principales?»

Y Hera le respondió en tales términos:

«Te burlas, pero nosotras dos tenemos el corazón conturbado por una desgracia. Pues ya el Esónida y los demás cuantos vienen en busca del vellón en el río Fasis han detenido su nave. Por todos ellos, pues, terriblemente tememos cuando ya se aproxima la tarea que han de acometer, pero sobre todo por el hijo de Esón. A él, aunque navegara hasta el Hades para liberar a Ixión allá abajo de sus bronceas cadenas⁴³⁵, yo lo ampararía con cuanta fuerza hay en mis brazos, para que Pelias no se riese escapando a su sino funesto, él que con soberbia me ha dejado sin mis privilegios en los sacrificios. Por lo demás aún antes ya me era Jasón muy amado, desde que junto a la corriente en fuerte crecida del Anauro vino a mi encuentro al retornar de la caza, cuando yo probaba la equidad de los hombres. Todo lo espolvoreaba la nieve, los cerros y las cumbres más altas, y de ellas caían las cascadas estruendosamente rodando. De mí se apiadó, que tenía trazas de anciana. Y sobre sus hombros alzándome él mismo me transportó a través de las aguas torrenciales⁴³⁶. Por ello se ha ganado mi estimación para siempre, y no pagaría Pelias su ultraje si precisamente tú no concedieras el retorno.»

Así dijo, y le faltó el habla a Cipris y estaba medrosa al ver a Hera venir a rogarle. Y luego le replicó con palabras amables:

«Venerable diosa, que a tus ojos no haya ningún otro ser peor que Cipris si, ante tus deseos, dejase yo de atender ya a una palabra, ya a un acto que estos mis débiles brazos pudieran realizar. Y no me estés por ello a cambio agradecida.»

Así dijo. Y Hera a su vez le habló sagazmente:

«No venimos porque precisemos de tu vigor ni de tus brazos. Sino que sin tomarte mayores afanes pídele a tu hijo que

⁴³⁵ Ixión, que agraviara a Hera, fue sometido a un eterno castigo en el Hades.

⁴³⁶ Este episodio recuerda por ejemplo el *Himno homérico a Deméter*, sobre todo vv. 90 y ss.

infunda en la doncella de Eetes el deseo por el hijo de Esón. Pues si ella lo aconseja benévola, con facilidad, según creo, se llevará él de regreso a Yolco la dorada piel, puesto que es muy astuta.»

Así le habló. Y a ambas les replicó luego Cipris:

90

«Hera y Atena, mucho más dócil puede que sea con vosotras que conmigo. Pues ante vosotras habrá al menos alguna vergüenza en sus ojos, por descarado que sea. Mas lo que es de mí no le importa, y no le inquieta si una y otra vez me busca querella. Y ya, de verme tan desdichada, llegué a desear partirle ante su vista además del arco sus flechas de tan odioso sonido⁴³⁷. ¡Tales amenazas profería encolerizado!: que si no tenía mis manos lejos de él mientras aún refrenaba su ira, luego tendría qué reprocharme a mí misma.»

Así dijo, y sonrieron las diosas y se miraron la una a la otra. 100
Pero aquella de nuevo habló afligida:

«A los demás les dan risa mis penas, y yo no debía contárselas a todos: basta con que yo sola las sepa. Pero ya que las dos esto deseáis, lo intentaré y le hablaré con halagos, y no dejaré de ser obediente.»

Así habló. Y Hera le tocó la mano delicada y con una dulce sonrisa le dijo respondiéndole:

«Así ahora, Citerea, resuelve con presteza este asunto y del modo que dices. Y no te dejes llevar por la cólera ni enfadada disputes con tu hijo. Pues cambiará con el paso del tiempo.» 110

Dijo, pues, dejó el asiento y Atena fue en su compañía. Salieron ambas ya de regreso, y ella por su parte marchó por los collados del Olimpo en su busca. Y lo halló en un lugar apartado en el vergel de Zeus, no solitario sino también con Ganimedes, al que en una ocasión estableciera Zeus en el cielo como huésped de los dioses inmortales, prendado de su hermosura⁴³⁸. Los dos jugaban, como mozalbetes amigos, con ta-

⁴³⁷ En esta humorística escena a esta madre enfadada le es insoportable hasta el ruido de los juguetes de su hijo (cfr. el agudo comentario de Fränkel). La ironía está por supuesto en que el arco y las flechas de Eros son juguetes muy particulares. El texto por lo demás parece ser el primero en mostrar unas tan borrascosas relaciones entre Afrodita y Eros. Luego se convertirán en un tópico más de la literatura erótica.

⁴³⁸ El tema del rapto de Ganimedes por Zeus es bien conocido. Se ha hecho

bas de oro. Y Eros desvergonzado tenía ya bien lleno un pu- 120
ñado en su mano izquierda y oculto en su pecho. Y erguido de
pie, en ambas mejillas le florecía un dulce rubor. El otro, en
cambio, estaba junto a él en cucullas, apesadumbrado y en si-
lencio: tenía sólo dos, que tiró todavía una tras otra, y se irrita-
ba con las risotadas de aquél. Y como las perdiera al momen-
to, como las otras anteriores, echó a andar con sus manos va-
cías, consternado, sin ver la llegada de Cipris⁴³⁹. Ésta se detu-
vo delante de su hijo y con premura tomándolo de la barbilla
le dijo:

«¿Por qué te ríes, ser de maldad indecible? ¿Como siempre
lo has engañado y le ganaste con trucos a ese inocente? ¡Ea!, sé 130
bueno conmigo, haz lo que te diga y puede que te dé aquella
preciosidad de juguete de Zeus que hizo para él su querida no-
driza Adrastea allá en la cueva del Ida cuando aún era un niño:
una pelota ligera, mejor que la cual no vas a tener ningún otro
juguete de las manos de Hefesto⁴⁴⁰. La forman cercos de oro,
cada uno ceñido por uno y otro lado con dos redondos anillos.
Pero las uniones están disimuladas y por todas corre una espir-
al de esmalte⁴⁴¹. Si la arrojas para recogerla en tus manos, tra- 140
za por el aire, cual un astro, un ardiente surco. Yo te la daré,
pero tú a la doncella de Eetes hechízala con tus dardos en el
amor por Jasón. Y que no haya demora, pues mi gratitud sería
sin duda menor.»

Así dijo. Y él al oírla acogió con alborozo sus palabras. Tiró
todos sus juguetes y con ambas manos cogiéndola por su vesti-
do sujetaba a la diosa por cada lado con fuerza y le suplicaba
que se la diera al momento, de prisa. Pero ella le rogaba con
palabras amables, acercaba sus mofletes y abrazándolo lo besa- 150
ba, y le contestó entre sonrisas:

«Que sea ahora así por tu querida cabeza y por la mía⁴⁴²:

notar que éste es el único pasaje en que Apolonio, al menos de modo claro, alu-
de a una relación erótica de tipo pederástico.

⁴³⁹ La figura de Eros como niño juguetón y travieso está ya esbozada en la
poesía arcaica (en Alemán concretamente).

⁴⁴⁰ Sobre la infancia de Zeus cfr. ya antes I 508 y ss. Adrastea fue una de sus
nodrizas (así en Calímaco, *Himno* I 47). Cfr. también nota a I 1116.

⁴⁴¹ La construcción de esta esfera de oro ha sido muy discutida. La línea de
esmalte al parecer disimulaba las soldaduras que aseguraban las piezas entre sí.

⁴⁴² Un tipo de juramento ya homérico.

juro que te entregaré el regalo sin engañarte, si tú le disparas tu dardo a la hija de Eetes.»

Le dijo, y él entonces recogió la cosecha de tabas y tras contarlas bien todas las echó en el luciente regazo de su madre. Al instante se ciñó con cinta de oro la aljaba, que estaba apoyada en un tronco, y tomó el arco curvado. Pasó a través del huerto con toda clase de frutos del gran Zeus y luego salió franqueando las etéreas puertas del Olimpo. Desde allí hay una senda celestial que descende, y dos cumbres de inaccesibles montañas, 160 cimas de la tierra, sostienen la bóveda del cielo, donde al levantarse el Sol se enrojece con sus primeros rayos. Y allá abajo por momentos se le aparecían en su larga marcha por el éter la tierra nutricia, las ciudades de los hombres y las santas corrientes de los ríos, y por momentos a su vez los picachos y, en torno, la mar.

Los héroes, allí lejos y emboscados en el estero del río, celebraban asamblea sobre los bancos de su nave. Hablaba el Esónida en persona y los demás en silencio escuchaban, sentados 170 en su sitio uno tras otro:

«Amigos, en verdad yo voy a deciros lo que me parece bien a mí mismo, pero a vosotros os corresponde darle cumplimiento. Pues la empresa es común y la palabra es igualmente común para todos. Y el que en silencio guarda su pensamiento y su idea, sepa que él solo priva de retorno a esta expedición.

»Los demás permaneced en la nave en armas y quietos, y yo me dirigiré a la casa de Eetes con los hijos de Frixo y, además de éstos, con dos camaradas. Primero, en nuestro encuentro, hablándole lo sondearé por si en son de amistad quiere darnos 180 la dorada piel, o si no lo hace y, confiado en su fuerza, se muestra desdeñoso con nuestras pretensiones. Pues así, conociendo por él mismo y de antemano la desgracia, pensaremos si trabar un combate o si, renunciando a la guerra, hay algún otro plan eficaz. Y, antes de sondearlo con palabras, no iremos sin más por la fuerza a quitarle su haber, sino que es preferible, al dirigirnos a él, atraérmolo previamente con palabras. Mirad que con frecuencia la palabra, si sabe debidamente apaciguar, logra con facilidad y de modo cumplido lo que a duras penas obtendría el coraje. También él en la ocasión aquella acogió al 190 irreprochable Frixo, que huía del ardid de su madrastra y de la

inmolación que su padre pretendiera⁴⁴³, puesto que todos por doquier, incluso el más perruno con mucho de los hombres, respetan y consideran la ley de Zeus Hospitalario.»

Así habló, y todos en masa aprobaron lo que el Esónida dijera, y ninguno hubo que hiciese una propuesta diferente.

Entonces exhortó a seguirle a los hijos de Frixo, a Telamón y a Augías. Él tomó el cetro de Hermes⁴⁴⁴. Y con presteza, por encima de las cañas y del agua, saltaron de la nave a tierra sobre una punta del llano que llaman de Circe. Allí crecen en 200 hileras muchos sauzgatillos y sauces⁴⁴⁵, sobre cuyas copas pendien cadáveres atados con sogas. Pues todavía ahora es una impiedad para los Colcos quemar con el fuego a los varones que faltan, ni tampoco es de ley ponerlos en tierra y amontonar un túmulo encima, sino que, tras envolverlos en pieles de buey sin curtir, los atan de los árboles lejos de la ciudad⁴⁴⁶. Pero igual lote que el aire tiene la tierra también, puesto que sepultan a las hembras en tierra. Y ésa es su costumbre.

Mientras ellos marchaban, Hera con designios amistosos es- 210 parció a través de la ciudad una espesa niebla, a fin de que escaparan a la vista del pueblo innumerable de los Colcos al dirigirse al palacio de Eetes. Y prontamente cuando desde el llano llegaron a la ciudad y a las casas de Eetes, entonces de nuevo dispersó Hera la nube⁴⁴⁷. Y se detuvieron a la entrada, admirados del recinto del rey, de las anchas puertas y columnas que en torno al muro se alzaban en fila. Y coronando el edificio se ajustaba una cornisa de piedra sobre relieves cincelados en bronce⁴⁴⁸.

Tranquilamente traspasaron luego el umbral. En sus cerca-

⁴⁴³ Cfr. antes II 1181 y s.

⁴⁴⁴ La vara propia del heraldo: cfr. I 642.

⁴⁴⁵ Árboles típicamente funerarios, como los cipreses entre nosotros.

⁴⁴⁶ Esta práctica ha sobrevivido durante largo tiempo por ejemplo entre diversos pueblos del Cáucaso.

⁴⁴⁷ Apolonio se inspira ahora en la llegada de Odiseo a la ciudad de los Feacios (*Odisea* VII 14 y ss.); con algún detalle tomado también por ejemplo de V 68 y ss.

⁴⁴⁸ G. Roux (*RPh* 37, 1963, págs. 84-87) ha sostenido que toda esta decoración correspondería ya al patio del palacio, que Jasón y sus acompañantes verían a través de la puerta exterior. Para otros (así Vian) es más probable que se trate de una lujosa fachada.

nías unas parras, cubiertas con verde follaje y alzadas por lo 220
alto, estaban en plena lozanía. Al pie de ellas cuatro fuentes
manaban con perenne corriente, excavadas por Hefesto. De la
una fluía leche, de la otra vino, de la tercera manaba perfuma-
do aceite, y la otra arrojaba un agua que, como quiera que fue-
se, era caliente cuando se ponen las Pléyades y, a su vez, cuan-
do surgen, brotaba igual que el hielo del hueco peñasco⁴⁴⁹. Ta-
les eran las obras prodigiosas que planeaba Hefesto el artesano
en el palacio de Eetes de Cita. Y le había fabricado unos toros 230
de patas de bronce, cuyos hocicos eran de bronce también y
exhalaban un impresionante resplandor de un fuego⁴⁵⁰. Y ade-
más le había forjado de una sola pieza un arado de recio acero,
pagándole así a Helios su favor, porque éste lo acogió en su ca-
rro cuando estaba agotado en el combate de Flegras⁴⁵¹. Y allí
también estaba, forjada, la puerta del patio⁴⁵², y había cerca de
ella muchas de doble hoja bien ajustadas y estancias a uno y
otro lado. Y había de cada parte construido un artístico pórti-
co⁴⁵³. Y a cada lado transversalmente se alzaban edificios más
altos, de los cuales, en el que era justamente el más elevado ha- 240
bitaba con su esposa el poderoso Eetes, y en el otro vivía el
hijo de Eetes, Apsirto. A él lo había parido Asterodea, una
Ninfa del Cáucaso, antes de que aquél⁴⁵⁴ hubiese tomado por
legítima esposa a Idía, la hija más joven que naciera de Tetis y
de Océano⁴⁵⁵. A él los hijos de los Colcos le daban el sobre-
nombre de Faetonte, porque brillaba entre todos los mozos⁴⁵⁶.
Y el resto de los cuartos los ocupaban los sirvientes y ambas
hijas de Eetes, Calcíope y Medea. Con ésta [se encontraron]⁴⁵⁷

⁴⁴⁹ Las Pléyades «se ponen» hacia noviembre y reaparecen en mayo.

⁴⁵⁰ De tales toros habla ya Píndaro, *Pítica* IV 225 y s.

⁴⁵¹ En Tracia, en la lucha entre los Olímpicos y los Gigantes. Pero no hay ninguna otra noticia sobre esta peripecia de Hefesto.

⁴⁵² La que daba acceso desde el patio a la sala.

⁴⁵³ Recuérdese el tipo de casa antigua, con un gran patio porticado, al que daban las diversas habitaciones.

⁴⁵⁴ Eetes.

⁴⁵⁵ Idía (o Idufa) es, pues, la más joven de las Océánidas. Es la madre de Calcíope y de Medea.

⁴⁵⁶ Recuérdese que un hijo de Helios recibía este nombre: «Brillante».

⁴⁵⁷ Falta un verso en el texto. Algunos sin embargo, por tratar de hallar un sentido satisfactorio, han corregido el que tenemos, resultando por ejemplo «y

ellos cuando iba de una cámara a otra en busca de su hermana. Pues Hera la había retenido en la casa, aunque antes no solía 250 estar en ella, sino que por toda la jornada se ocupaba del templo de Hécate, ya que era la sacerdotisa de la diosa.

Al verlos allí cerca, lanzó un grito, y la oyó con claridad Calcópe. Las sirvientas dejaron caer ante sus pies los hilos y los husos y todas en masa corrieron afuera. Y aquella⁴⁵⁸, que las acompañaba, al ver a sus hijos levantó con el gozo sus brazos. Y así también ellos tendieron la diestra a su madre y al verla la abrazaron alegres. Y ella llorosa les habló:

«No íbais, pues, a pesar de todo a andar lejos y errantes, de- 260 jándome sin más miramientos, sino que el Destino os ha hecho volver. ¡Desdichada de mí!, ¿qué deseos de la Hélade, por alguna deplorable ofuscación, os han entrado al seguir los dictados de vuestro padre Frixo?⁴⁵⁹ Él, al morir, impuso así a mi corazón odiosas aflicciones: ¿a qué podríais ir vosotros a la ciudad de Orcómenos, quienquiera que el tal Orcómenos sea, abandonando a vuestra madre doliente por culpa de la hacienda de Atamante?».

Así dijo. Y Eetes fue el último en salir de su casa, y la propia Idíe, la esposa de Eetes, había ya salido al oír a Calcópe. 270 Y todo el recinto al momento estuvo lleno de gente: unos criados en buen número se afanaban en torno a un gran toro, otros cortaban leña seca con el bronce, otros hervían en el fuego agua para el baño, y ninguno había que cejara en su esfuerzo a las órdenes del rey⁴⁶⁰.

Entretanto Eros llegó invisible a través de una blanca neblina y excitado cual contra las jóvenes novillas en el pasto el tabano se alza, al que los que guardan las vacas llaman tabarro. Al instante, al pie del dintel en el vestíbulo, tras tensar el arco sacó de la aljaba un dardo aún no disparado y que acarrearía

ésta iba de una cámara a otra en busca de su hermana». Por lo demás, es notable que Apolonio sitúe los aposentos femeninos en la planta baja (como en la Grecia clásica frecuentemente) y no en la alta (como en el mundo homérico).

⁴⁵⁸ Calcópe, madre de los hijos de Frixo.

⁴⁵⁹ Cfr. II 1093 y ss.

⁴⁶⁰ Rápidamente Apolonio esboza una típica escena épica de acogida de huéspedes y los preparativos de un festín en su honor.

muchos gemidos. Con sus pies veloces y sin ser visto franqueó 280
 el umbral con los ojos chispeantes. En su pequeñez acurrucado
 bajo el propio Esónida, puso la muesca del dardo en medio de
 la cuerda y, tirando con ambas manos, lo lanzó contra Medea
 directamente. El ánimo de ella se quedó sin habla, y él de re-
 torno se precipitó con una risotada fuera de la sala de alta te-
 chumbre, mas su flecha ardía allí dentro en el corazón de la jo-
 ven, cual una llamarada. Sin cesar ella le arrojaba al Esónida
 de frente los destellos de sus ojos y su sensata razón se veía
 aventada por aquel tormento de su pecho. No tenía ningún
 otro pensamiento y sentía anegarse su alma con un dulce do- 290
 lor⁴⁶¹. Y cual una obrera que se ocupa del trabajo de la lana y
 que echa en el fogoso tizón unas ramas para disponer, ya des-
 pierta desde bien temprano, de una luz bajo su techo en plena
 noche, y del menudo tizón se levanta una llama que reduce a
 cenizas las ramillas todas; tal en su corazón recogida ardía
 oculta la funesta pasión, y tornaba lívidas y rojas por momen-
 tos sus tiernas mejillas en aquella turbación de su mente.

Cuando los criados les hubieron servido el yantar ya dis-
 puesto y ellos se hubieron lavado en los cálidos baños, dieron 300
 placer con alborozo a sus ánimos con la comida y la bebida.
 Y luego, Ectes preguntó a los hijos de su propia hija, exhortán-
 dolos con términos tales:

«¡Hijos de mi hija y de Frixo, al que en mi casa honré más
 que a todos mis huéspedes, cómo viajáis a Ea de regreso?
 ¿Acaso os ha interrumpido en medio de vuestra marcha alguna
 desgracia? No me hicisteis caso cuando os avisé de la inmensa
 extensión de vuestra ruta, pues una vez la conocí haciendo el
 giro en el carro de mi padre Helios, cuando llevé a mi herma-
 na Circe a la tierra del poniente y alcanzamos la costa del país 310
 Tirrenio, donde aún ahora ella habita, muy lejos de la Ea de
 Cóliquide⁴⁶². Mas ¿qué aprovechan las palabras? Decid clara-
 mente lo que os ha surgido a vuestro paso y esos hombres que

⁴⁶¹ El amor dulciamargo es un motivo poético desde Safo. Para la escena
 cfr. el análisis de Campbell, *Studies*, págs. 24 y ss.

⁴⁶² Sobre Circe y el lugar en que vive cfr. luego IV 659 y ss. Sobre este lugar
 existían desde antiguo las noticias más contradictorias.

os acompañan quiénes son y dónde habéis desembarcado de vuestra hueca nave?»

A él, que tales preguntas les hizo, Argos, lleno de temor por la expedición del Esónida, se adelantó a sus hermanos, ya que era el mayor, para responderle con palabras amables:

«Eetes, en un instante violentas borrascas la hicieron peda- 320
zos, y a nosotros, encogidos debajo de un madero, una ola nos arrojó sobre la costa de la isla de Enialio⁴⁶³ en una noche oscura. Pero algún dios nos salvó, pues ni siquiera aquellas aves de Ares que antes vivían en la isla desierta, ni siquiera ya las encontramos, sino que estos hombres las habían expulsado, tras desembarcar de su nave el día anterior. Y los retuvo un designio de Zeus, por compasión hacia nosotros, o tal vez la suerte, ya que de inmediato nos dieron en abundancia comida y vestidos, de que oyeron el ilustre nombre de Frixo y el tuyo. Pues 330
en busca de tu ciudad viajan. Y el motivo, si quieres saberlo, no voy a ocultártelo: un rey, que desea alejar a éste⁴⁶⁴ de su patria y de su hacienda, por ser mucho lo que aventaja con su valor a todos los Eólidas, lo ha enviado acá en un viaje bien azaroso. Él declara que la estirpe de los Eólidas no escapará del rencor doloroso y de la cólera de Zeus implacable ni de la impureza insoportable ni de los castigos de Frixo antes que el vellón haya llegado a la Hélade⁴⁶⁵. Y Palas Atena les ha construi- 340
do una nave, en nada semejante a los navíos que hay entre los hombres de Cólquide y de los cuales nosotros dimos con el más desastroso, pues el agua impetuosa y el viento lo destruyeron totalmente. En cambio aquella se mantiene en sus clavijas, por más que la asalten todas las borrascas. E igualmente corre con el viento que cuando los propios hombres, con todo el vigor de sus brazos, la empujan con los remos. Y, tras congregarse en ella a los héroes mejores de la tierra Panaquea⁴⁶⁶, ha llegado a tu ciudad luego de su errante paso por muchas ciudades y

⁴⁶³ Ares: cfr. II 384 y ss.

⁴⁶⁴ Pelias y Jasón respectivamente.

⁴⁶⁵ Cfr. II 1179 y ss., y sobre todo 1194 y s. «Los castigos de Frixo» significa con extrema concisión la expiación por su frustrado sacrificio.

⁴⁶⁶ Recuérdese que los Aqueos en la tradición épica eran los Griegos en general. De toda la Hélade, pues.

mares odiosos, a ver si tú le das el vellón. Pero según a ti te 350
sea grato, así sucederá: que no viene él para usar la fuerza de
sus manos, sino que es su deseo pagarte un precio digno de tu
don, ya que me ha oído hablar de los Saurómatas⁴⁶⁷, tus enco-
nados enemigos, a los que someterá bajo tu cetro. Si tú quie-
res, pues, saber quiénes son, su nombre y su estirpe, todo ello
te lo diré. A éste, por cuya causa los demás de la Hélade acu-
dieron a reunirse, lo llaman Jasón, hijo de Esón el Creteida.
Y si es de verdad de la estirpe del propio Creteo, en ese caso se-
ría nuestro pariente por línea paterna, ya que ambos, Creteo y 360
Atamante, eran hijos de Eolo, y Frixo a su vez era hijo de Ata-
mante el Eólida. Y a este otro, si has oído mencionar un vásta-
go de Helios, es a Augías al que ves. Y éste es Telamón, que
naciera del famosísimo Éaco, y fue el propio Zeus el que dio el
ser a Éaco. Y así también todos los demás, cuantos camaradas
lo siguen, son hijos y nietos de inmortales.»

De tal modo habló Argos. Pero el rey se irritó al escuchar
sus palabras y su corazón se le soliviantó con la cólera. Y repli-
có indignado (y su furor era sobre todo contra los hijos de Cal-
cíope, pues pensaba que por su culpa aquéllos habían venido) y 370
los ojos en su arrebató le destellaban bajo sus cejas:

«¡No os pondréis al instante, miserables, lejos del alcance de
mi vista, volviendo con vuestros engaños a salir del país antes
que alguno vea una piel y un Frixo bien amargos!⁴⁶⁸ En quan-
to os pusisteis de acuerdo vinisteis acá desde la Hélade⁴⁶⁹, y no
por el vellón sino por el cetro y el honor de la realeza.
Y, si antes no hubierais tocado mi mesa, de cierto que, tras
cortaros la lengua y cercenaros ambas manos, os despachara
con sólo los pies para que os animarais a intentar de nuevo la 380
empresa y por tales mentiras como os habéis inventado a costa
de los dioses dichosos»⁴⁷⁰.

⁴⁶⁷ Pueblo cercano al actual Mar de Azof.

⁴⁶⁸ Hendíadís: la piel (del carnero) de Frixo, que le acarreará funestas conse-
cuencias. La expresión se explica por el tono amenazador.

⁴⁶⁹ Eetes subraya que también el encuentro en el camino es una mentira y
que ha sido en Grecia (a donde él cree que han llegado, como Medea: cfr. luego
vv. 775 y s.) donde se han confabulado contra él.

⁴⁷⁰ El doble castigo responde a la doble culpa: cortar la lengua por las menti-
ras y las manos por la supuesta intentona de arrebatarle el trono.

Dijo encolerizado. Y el corazón del Eácida mucho se le inflamó allá en lo profundo, y por dentro su ánimo ansiaba pronunciar violentamente palabras que hubieran sido funestas, pero lo contuvo el Esónida, pues adelantándose él mismo replicó en términos suaves:

«Eetes, tranquilízate por lo que toca a esta expedición. Pues en absoluto venimos a tu ciudad y tu casa con los fines que tú pareces creer, ni menos porque lo hayamos deseado. ¿Quién toleraría atravesar tan gran masa de olas por su gusto por los bienes de un extraño? Por el contrario, a mí la divinidad me ha impulsado y la orden escalofriante de un rey soberbio. Concede tu gracia a quienes así te lo suplican, y yo por toda la Hélade llevaré tu fama divina. Y también estamos ya bien dispuestos a pagarte en pronta compensación con acciones de guerra, si es tu deseo someter bajo tu cetro a los Saurómatas o a cualquier otro pueblo.» 390

Dijo halagándolo con su amable voz. Pero el ánimo de aquél se agitaba en su pecho entre dos diversos anhelos: o bien de un impulso matarlos al instante o bien poner él a prueba la fuerza de ellos, decisión ésta que, cuando la hubo pensado, le pareció preferible. Y ya le hizo esta propuesta: 400

«Extranjero, ¿a qué viene que hables de todo ello por extenso? Pues si de verdad sois del linaje de los dioses o si, como sea, habéis venido por lo ajeno sin ser en nada inferiores a mí, os daré para que os la llevéis la dorada piel, si así lo deseáis, tras ponerlos a prueba. Pues no soy yo celoso de los varones de pro, como vosotros decís que lo es ése que es rey en la Hélade. Y la prueba de tu valor y tu fuerza será una empresa que yo mismo, por tremenda que sea, con mis brazos he superado:

»Tengo dos toros de patas bronceas que viven en la llanura de Ares y que exhalan llamas por su hocico; yo los dirijo, unciéndolos, por un duro barbecho de Ares de cuatro fanegas, que prontamente hiendo con el arado hasta el lindero y en cuyos surcos no echo la semilla para el fruto de Deo⁴⁷¹, sino los dientes de una sierpe terrible que crecen y toman figura de hombres en armas. Allí mismo los mato y los siego con mi propia lanza cuando vienen a mi encuentro rodeándome. Muy 410

⁴⁷¹ El fruto de Deméter, el trigo.

de mañana unzo los bueyes y a la hora de la atardecida pongo final a la cosecha. Y tú, si rematas así esta tarea, entonces en el mismo día llevarás el vellón a los dominios de tu rey. Pero antes yo no te lo daría, ni lo esperes. Pues es sin duda indecoroso que un varón nacido de pro ceda a un varón inferior.» 420

Así dijo. Y él, en silencio, con los ojos clavados delante de sus pies, siguió sentado y sin habla, indeciso en su desgracia. Largo rato estuvo haciendo dar vueltas a sus pensamientos y en modo alguno podía aceptar resueltamente, ya que la empresa tenía las trazas de ser desmesurada. Y al cabo en respuesta le habló con palabras prudentes:

«Eetes, muy fuertemente me acosas, aunque estás en tu derecho⁴⁷². Por ello también yo soportaré la prueba, por excesiva que sea, aunque sea perecer mi destino. Pues no recaerá ya en los hombres nada más espantoso que la necesidad aciaga que me ha forzado a venir incluso hasta aquí por obra de un rey.» 430

Así dijo, presa de la incertidumbre. Y a él en su aflicción con términos atroces aquél le replicó:

«Ve ahora a donde tu grupo, puesto que desees someterte a la empresa. Pero si tuvieras miedo de alzar el yugo para ponérselo a los bueyes o incluso te sustrajeras a esta siniestra cosecha, todo correría de mi cuenta para que ya otro hombre temblara ante la idea de dirigirse contra un hombre superior.»

Dijo brutalmente. Y Jasón se levantó de su asiento, y Augías y Telamón de inmediato. Y los siguió Argos, solo, ya que entretanto había indicado con gestos a sus hermanos que permanecieran allí. Y ellos salieron de la sala. Y entre todos de modo admirable destacaba el hijo de Esón en belleza y en gracia. Y con la mirada de reojo en él, la muchacha⁴⁷³ lo contemplaba por un lado de su espléndido velo, mientras consumía su corazón con el fuego de su dolor y su espíritu en lento reptar, cual un sueño, volaba⁴⁷⁴ tras los pasos del hombre que se iba. 440

⁴⁷² Sigo en esta difícil frase la interpretación de Vian. En cierto modo Jasón acepta que Eetes imponga sus condiciones, puesto que es en fin de cuentas el dueño del vellón.

⁴⁷³ Medea naturalmente.

⁴⁷⁴ Reptar y volar a la vez es una audaz expresión para completar el símil del sueño: el deseo que vuela y la lentitud del que apenas se mueve.

Ellos, pues, salieron de la mansión afligidos. Calcíope, por su parte, guardándose de la cólera de Eetes, con premura marchó a su estancia con sus hijos, y Medea igualmente a su vez partió luego. Y revolvía en su ánimo las muchas inquietudes a que incitan los Amores⁴⁷⁵. Ante sus ojos aún se le mostraban todas las imágenes aquéllas: qué porte tenía él, con qué manto se cubría, cómo hablaba, de qué modo estaba sentado en el sillón y cómo salió del palacio. En el bullir de su mente pensaba que no había ningún otro varón como él, y en sus oídos continuamente surgían su voz y las palabras tan dulces a su espíritu que aquél pronunciara. Se llenaba de espanto por él, no fueran a matarlo los toros y el propio Eetes, y por él gemía cual si ya estuviera muerto sin remedio. Y por sus mejillas fluían tiernas lágrimas de exasperada compasión en su inquietud⁴⁷⁶. Y entre su llanto silencioso de viva voz se hablaba en estos términos:

«¿Por qué yo, desdichada, padezco estos dolores? Si él ha de perecer, ya sea el más preclaro de los héroes todos, ya sea como el peor, ¡que perezca!... ¡Ojalá que se libre sano y salvo! ¡Sí, que eso suceda, venerable diosa hija de Perses⁴⁷⁷: que retorne a su casa escapando a la muerte! Mas, si su destino es ser abatido por los toros, que antes sepa que yo al menos no me alegro con su aciago infortunio.»

Así la joven tenía la mente turbada por sus cuitas.

Y una vez que ellos hubieron salido de la población y la ciudad por el camino por el que antes llegaron desde el llano, ya entonces Argos se dirigió a Jasón con estas palabras:

«Esónida, me criticarás la idea que voy a exponerte, pero mucho nos conviene no dejar de intentarla en nuestra situación desdichada. De cierta joven ya antes me has oído tú mismo contar que sabe de pócimas porque así lo dispuso Hécate, la hija de Perses⁴⁷⁸. Si la persuadiéramos, yo creo que ya no habría temor de sucumbir al acometer esa empresa. Mas es atroz

⁴⁷⁵ La poesía helenística gusta de imaginar una tropa de Amores. Y es Apolonio al parecer el primero en haber introducido esta pluralidad personificada.

⁴⁷⁶ Para el análisis de esta frase cfr. Giangrande, *Sprachgebrauch*, pág. 23.

⁴⁷⁷ Hécate, hija del Titán Perses, era frecuentemente invocada en su versión mágica e infernal.

⁴⁷⁸ En realidad en el relato de Apolonio no se ha citado antes esta noticia. Pero así el poeta evita una inútil segunda presentación de Medea.

el miedo que tengo a que, como sea, mi madre en esto no me preste su apoyo. Sin embargo, iré de nuevo a su encuentro, ya que un desastre común pende sobre todos nosotros.»

Dijo con sensatez. Y aquél le respondió con estas palabras:

«Buen amigo, si a ti, pues, te complace, yo no opongo reparos. Ve y mueve a tu madre, suplicándole con términos sagaces. ¡Mínima es la esperanza que tenemos, si confiamos nuestro retorno a unas mujeres!»

Así habló. Y prontamente alcanzaron el estero, y sus camaradas les preguntaron, gozosos, al verlos llegar. Pero les habló así, apesadumbrado, el Esónida: 490

«Amigos, el corazón del implacable Eetes está sin duda contra nosotros irritado, y no llevaría a ningún fin ni para mí ni para vosotros el que me preguntéis en detalle. Ha dicho que en la llanura de Ares pastan dos toros de patas bronceas y que exhalan llamas por su hocico. Me ha impuesto arar con ellos un barbecho de cuatro fanegas, y me dará de las fauces de una sierpe una semilla que produce criaturas nacidas de la tierra con armaduras de bronce. Y en el mismo día debo exterminarlas. Y yo se lo he aceptado sin más, pues no había ningún otro medio mejor que discurrir.» 500

Así les habló. Y a todos les pareció irrealizable la empresa. Por largo tiempo en silencio, sin poder hablar, estuvieron mirándose unos a otros, abatidos por su desdicha y su impotencia. Pero al cabo Peleo animosamente tomó la palabra entre todos los caudillos⁴⁷⁹:

«Es hora de pensar lo que vamos a hacer. Yo no espero que la deliberación nos sea de tanto provecho como el vigor de nuestros brazos. Si tú piensas, pues, héroe hijo de Esón, en uncir los toros de Eetes y deseas afrontar esa empresa, entonces, cumpliendo tu promesa, prepárate. Pero si tu ánimo no confía cabalmente en tu propio coraje, ni obres tú mismo con precipitación ni, ahí sentado, busques con la vista a cualquier otro de estos hombres: que no me echaré atrás yo, puesto que la pena peor que nos puede afligir es la muerte.» 510

Así habló el Eácida. Y se le agitó el ánimo a Telamón y con un arrebato se levantó prestamente. Luego de él, el tercero,

⁴⁷⁹ Cfr. su actitud ya en II 1216 y ss.

Idas se alzó orgulloso, y los dos hijos de Tindáreo después. Y con ellos también en el número de estos mozos el hijo de Eneo⁴⁸⁰, por más que aún no hubiera aparecido el bozo en sus mejillas: con semejante vigor se le exaltaba su espíritu. Y los demás, cediendo ante ellos, se estaban callados. Pero al punto a ellos, que así anhelaban enfrentarse a la prueba, Argos les dirigió tales palabras: 520

«Amigos, sin duda ése es el último recurso. Pero yo creo que de mi madre habrá para vosotros algún socorro apropiado. Por ello, aun con vuestro ardor, quedaos en la nave un poco todavía, como antes, puesto que es también preferible contenerse a elegir, sin precauciones, un sino fatal⁴⁸¹. En la casa de Eetes se ha criado una joven a la que como a nadie ha enseñado la diosa Hécate a preparar cuantas drogas producen la tierra firme y las aguas caudalosas. Con ellas ha apaciguado hasta el soplo del fuego infatigable, detenido al instante los ríos que estruendosamente fluyen y encadenado los astros y las rutas sagradas de la Luna. Al venir aquí desde el palacio por el camino nos hemos acordado de ella, por si nuestra madre, que su hermana es, pudiera persuadirla a que nos socorriera en esta prueba. Y si también a vosotros esto os complace, yo ciertamente irá de nuevo hoy mismo a la casa de Eetes con el fin de intentarlo. Y tal vez en mi intento la divinidad me ayudara.» 530

Así dijo. Y los dioses, benévolos, les mostraron un signo: una asustadiza paloma, que huía de la violencia de un halcón, cayó de lo alto en su espanto en el regazo del Esónida. Y el halcón se desplomó sobre el aplustre, clavándose en él. Y al punto, interpretando el agüero divino, entre todos ellos Mopso pronunció estas palabras: 540

«Para vosotros, amigos, se ha producido este signo por voluntad de los dioses. No hay en modo alguno otra manera mejor de interpretarlo sino ir a buscar a esa joven y hablándole tratarla con la mayor sagacidad. Y no creo que no nos atienda, si verazmente Fineo nos predijo que el retorno estaba en manos de la diosa Cipris. Y es justamente su dulce ave la que ha 550

⁴⁸⁰ Meleagro.

⁴⁸¹ Así el texto de los manuscritos (v. 527), sin la corrección innecesaria de Fränkel, que acepta esta vez Vian.

escapado a la muerte⁴⁸². Y como mi corazón según el presagio del pájaro lo presiente en mi ánimo, que así se nos cumpla. ¡Vamos, amigos!, impetrando que Citerea nos socorra, ahora ya haced caso de los consejos de Argos.»

Dijo, y los aprobaron los jóvenes, que recordaban las recomendaciones de Fineo. Pero, el único, saltó Idas, hijo de Afareo, que, atrozmente indignado y a gritos, habló:

«¡Ay!, sin duda hemos venido aquí con unas mujeres por compañeros en esta expedición, las cuales llaman a Cipris para que venga a socorrernos. Con los ojos puestos no ya en el gran vigor de Enialio, sino en palomas y halcones, os apartáis de la lucha. ¡Malditos!, no penséis ya en las tareas de la guerra sino en seducir con súplicas a débiles doncellas.»

Así hablaba, lleno de vehemencia. Los camaradas en su mayoría se alborotaron sin alzar la voz, y no hubo ninguno que tomara la palabra en su contra. Él luego, irritado, se sentó. Y Jasón al momento, exhortándolos, así les expuso su pensamiento:

«Que Argos marche de la nave, ya que ha parecido bien eso a todos. Y nosotros, dirigiéndonos desde el río a la tierra⁴⁸³, ataremos las amarras bien a la vista, pues sin duda no está bien que ya por más largo tiempo sigamos escondidos, cual si nos diera miedo la lucha.»

Así les dijo, y a aquél lo hizo pronto encaminarse rápidamente de nuevo a la ciudad. Y los demás tras izar sobre la nave, por disposición del Esónida, las piedras de anclaje, la llevaron a remo hasta la tierra casi fuera del estero⁴⁸⁴.

Y con premura Eetes reunió la asamblea de los Colcos, fuera de su casa, en el mismo lugar donde también antes tomaban asiento, porque urdía contra los Minios engaños intolerables y aflicciones. Pregonaba que, tan pronto como los toros hubie-

⁴⁸² La paloma es tradicionalmente el ave de Afrodita. Esta es sin duda la clave del augurio (que el halcón represente a Eetes es más discutible y secundario): cfr. el análisis de Campbell, *Studies*, págs. 34 y ss.

⁴⁸³ Esta expresión es un tanto ambigua, pero se explica suficientemente después. Es como decir que, dejando la protección del río, llegarán hasta la orilla.

⁴⁸⁴ A la vista, pues, pero sin llegar a varar la nave y sin alejarse del protector estero.

ran destrozado al hombre aquel que se había comprometido a 580 llevar a cabo la gravosa prueba, tras desgajar el soto de lo alto de la boscosa loma haría arder la madera de la nave con su gente dentro⁴⁸⁵, para que así desahogaran su amarga insolencia quienes tan arrogantes empresas osaban. Pues ni aun al Eóli-da Frixo, aunque éste bien lo anhelaba, no lo hubiera acogido junto al hogar en su casa, a él que entre todos los huéspedes destacaba por su dulzura y su respeto a los dioses, si el propio Zeus no le hubiera enviado de mensajero a Hermes desde el cielo para que aquél llegara ante un hombre que lo recibiera benévolo⁴⁸⁶. Que tampoco iban por mucho tiempo a seguir sin 590 castigo quienes a su país cual piratas llegaron, cuyo fin era echar mano sobre haciendas ajenas, fraguar disimuladas argucias y saquear los establos de sus vaqueros con correrías de siniestro tumulto.

Y, aparte, se decía a sí mismo⁴⁸⁷ que pagarían con un castigo apropiado los hijos de Frixo, que habían retornado en pandilla acompañando a aquellos malhechores, para robarle a él sin más contemplaciones sus privilegios y su cetro, según oyera una vez amarga profecía de Helios, su padre: que debía precaverse de la insidia engañosa, de los designios de su propia familia y de la Desgracia llena de argucias (por ello justamente 600 los había enviado, atendiendo a sus deseos, al país de los Aqueos, según los dictados de su padre⁴⁸⁸, luna ruta bien larga!). Que, de sus hijas, no tenía el menor temor a que maquinaran algún plan odioso⁴⁸⁹, ni tampoco de Apsirto, su hijo; que en cambio esas connivencias miserables se daban entre la descendencia de Calcópe.

⁴⁸⁵ Utilizando como combustible la leña del citado soto: cfr. luego IV 223, como dato de la frustrada intentona del incendio.

⁴⁸⁶ Esta versión muestra que la de Argos en II 1147 y ss. era poco veraz.

⁴⁸⁷ Aunque puede ser discutible, sigo aquí la interpretación de Vian en el sentido de que el discurso de Eetes ha terminado y ahora asistimos a sus íntimas reflexiones. El rey no hablaría, así, públicamente, del riesgo que corre su corona.

⁴⁸⁸ Frixo, no Helios. Ahora se hace evidente que las palabras de Eetes en 307 y s. eran hipócritas.

⁴⁸⁹ Esta creencia se revelará fatalmente errónea con la conducta de Medea. Con razón se ha señalado aquí una ironía del autor, de claro sabor trágico.

Él en su cólera revelaba aquellos actos intolerables a sus gentes y les lanzaba grandes amenazas para que vigilaran la nave y a los propios hombres, no fuera alguno a escapar a su ruina.

Entretanto, tras dirigirse a la casa de Eetes, Argos con palabras de todos los tonos buscaba convencer a su madre para que suplicara a Medea su ayuda. También ella misma lo había ya antes pensado, pero le contenía el ánimo el temor ya fuera a tratar vanamente de seducir sin resultado a una mujer asustada de la cólera funesta de su padre, ya fuera a que, aunque aquélla accediera a sus ruegos, su empresa se volviera manifiesta y pública. 610

A la joven, reclinada en su lecho, le daba reposo en sus dolores un sueño profundo. Pero pronto un ensueño engañoso (como de quien mucho sufre) y aciago vino a turbarla. Le pareció que aquel extranjero se sujetaba a tal prueba no porque fuese todo su afán llevarse la piel del carnero, y que tampoco por ese motivo había venido hasta la ciudad de Eetes, sino para llevársela a ella de legítima esposa a su casa. Creía que era ella la que se medía con los toros y sin esfuerzo alguno coronaba su tarea, pero sus padres no cumplían su promesa⁴⁹⁰ porque fue a él al que impusieron uncir los toros y no a la muchacha. Y por ello, pues, se producía una querella, sin clara decisión, entre los extranjeros y su padre. Ambos bandos ponían en manos de ella que fuera tal como en su corazón lo decidiese. Y al punto, sin miramiento hacia sus padres, prefería al extranjero, 620 y un amargo dolor se apoderaba de ellos y gritaron furiosos, y fue con este clamor como el sueño la dejó. De un salto se levantó agitada por el miedo, recorriendo con la vista todo en torno los muros de la alcoba. Y sólo a duras penas recuperó su ánimo, como antes, en su pecho y prorrumpió en sonoras voces: 630

«¡Desdichada de mí, cómo me han espantado tan gravosos sueños! Temo que ese viaje de los héroes acarree ya algún gran infortunio. Por el extranjero tengo el alma en vilo... Que pretenda la mano allá lejos, entre su pueblo, de una joven Aquea,

⁴⁹⁰ En el sueño ésta era sin duda la de darla por esposa a Jasón, no la entrega del vellocino.

y ponga yo mis desvelos en mi doncellez y en la casa de mis 640
padres... Sin embargo, con el corazón de una impúdica perra,
sin apartarme ya de mi hermana veré si viene a por mi ayuda
en esa lucha, acongojada por sus propios hijos. Esto aplacarí
en mi corazón este cruel padecimiento»⁴⁹¹.

Dijo, y ya de pie abrió las puertas de la estancia, descalza y
con sólo la túnica puesta. Ansiaba ir donde su hermana, y
franqueó el umbral de su cuarto. Mas allí permaneció largo
rato en la antecámara, impedida por la vergüenza. Luego de
nuevo volvió sobre sus pasos, y otra vez tornó a salir y aun a 650
retirarse al interior⁴⁹². Sin sentido sus pies la llevaban de un
lado a otro. Siempre que avanzaba la retenía un íntimo pudor,
y, cuando el pudor la sujetaba, la incitaba el deseo atrevido.
Tres veces lo intentó y tres veces se contuvo; a la cuarta de
nuevo, tras darse la vuelta, se arrojó de bruces en su lecho.
Y como cuando una joven desposada llora en su alcoba por su
lozano marido, al que la entregaron sus hermanos o sus pa-
dres, y aún no se reúne con todas las sirvientas por pudor y
discreción, y se queda sentada en un rincón con su dolor; y es 660
que a él le ha quitado la vida algún azar del destino antes que
ambos hubieran disfrutado de sus mutuos sentimientos, y ella
con el fuego interior de su pasión llora a raudales en silencio,
mientras contempla su lecho vacío, no sea que las mujeres le
dirijan sus burlas ultrajantes⁴⁹³; semejante a ésta, Medea se la-
mentaba. Pero, en medio de su llanto, de repente se presentó y
la vio una de las siervas, una joven que era de su séquito. Al
momento fue con la noticia a Calcíope, que entre sus hijos es-
taba sentada, meditando cómo serle grata a su hermana. Mas

⁴⁹¹ El lenguaje entrecortado de Medea revela su estado de ánimo y no hay necesidad de imaginar lagunas en el texto. Un análisis psicológico de este y otros personajes del canto III puede leerse en Carrière, *Euphrosyne* 2, 1959, páginas 41-63.

⁴⁹² Medea avanza y retrocede entre su alcoba y la antecámara, que, según se verá en el v. 839, es el dormitorio de sus sirvientas. El umbral, pues, es en realidad el que da de su alcoba a la citada antecámara: cfr. ya antes, en 280 y ss., los movimientos de Amor.

⁴⁹³ Es posible interpretar que el matrimonio no se ha consumado y la frustrada esposa teme las burlas sobre su condición. El tema ha sido estudiado por Ardizzone (*GIF* 28, 1976, págs. 233-240, y en *Studi in onore di A. Colonna*, Perugia, 1982, págs. 7-9) y matizado por Vian y otros.

ni así dejó de hacer caso⁴⁹⁴, cuando le oyó a la sirvienta tales 670 inesperadas palabras. Asombrada, atravesó presurosa de una cámara a la otra donde la joven estaba echada en su aflicción y lacerándose⁴⁹⁵ ambas mejillas. Y al ver sus ojos empapados en lágrimas le dijo:

«¡Ay de mí, Medea!, ¿por qué estás derramando esas lágrimas? ¿Qué te ha ocurrido? ¿Qué dolor atroz te ha llegado al corazón? ¿Acaso una divina enfermedad te recorre las coyunturas o te has enterado de alguna funesta amenaza sobre mí y mis hijos que venga de nuestro padre? ¡Ojalá que yo no viera esta casa ni esta ciudad, sino que habitara en el extremo de la 680 tierra, donde ni siquiera existiese el nombre de los Colcos!»

Así habló. Y las mejillas de aquélla se cubrieron de rubor y por largo rato su pudor virginal le impidió responder a pesar de sus deseos. Por momentos las palabras le brincaban sobre la punta de su lengua, por momentos revoloteaban por dentro de su pecho, y muchas veces se precipitaban a ser dichas en su boca seductora, pero no avanzaban más allá en forma de voz. Mas al cabo pronunció tales palabras con astucia, pues los osados Amores la agitaban:

«Calcíope, mi ánimo se ve expuesto al viento de la preocupación por tus hijos, no sea que nuestro padre con los extranjeros los haga al punto perecer. Acabo de ver mientras dormía 690 con un breve sueño tan dolorosas pesadillas que ojalá algún dios impida que se cumplan y no padezcas tú un triste duelo por tus hijos.»

Dijo, probando a su hermana, por ver si ésta recurría a ella antes para que ayudara a sus hijos. Y terriblemente insoportable fue el dolor que le inundó el alma por el miedo al oírle tales palabras, y en estos términos así le replicó:

«También yo he venido en razón de todas esas inquietudes, por si meditabas conmigo y preparabas algún medio para auxiliarnos. Jura, pues, por la Tierra y el Cielo que cuanto te diga lo guardarás en tu ánimo y que me ayudarás en la empresa. 700

⁴⁹⁴ Debemos suponer que la sierva le pide que acuda al lado de Medea.

⁴⁹⁵ Así según los manuscritos. «Ocultando» lee Vian, de acuerdo con una propuesta de Arlizzoni. Medea en su dolor se comporta como en un duelo, precisamente como una viuda.

Por los dioses bienaventurados y por ti misma y por nuestros padres yo te suplico: que yo no los vea tristemente aniquilados por un sino funesto⁴⁹⁶, o que, muerta con mis hijos queridos, sea para ti en adelante desde el Hades una Erinia odiosa»⁴⁹⁷.

Así habló, y al instante le brotaron abundantes lágrimas y, en el suelo, con ambos brazos le rodeó las rodillas. A la vez dejaron caer sus cabezas sobre el pecho⁴⁹⁸ y ambas entonces se entregaron a deplorables gemidos la una por la otra, y por la casa se alzó el apagado sonido de las dos mujeres que se lamentaban en su dolor. Y Medea, afligida⁴⁹⁹, le habló la primera a 710 la otra:

«Alma de Dios, ¿qué remedio podré proporcionarte para eso que me dices de horribles maldiciones y de Erinias? ¡Ojalá que de mí dependiera preservar a tus hijos! ¡Sépanlo aquéllos por quienes juran los Colcos con el juramento⁵⁰⁰ que tú me incitas a prestar, el gran cielo y, allá abajo, la Tierra, madre de los dioses: que no te faltará cuanta fuerza haya en mí, si vienes a pedirme lo que sea realizable!»

Dijo, pues; y Calcópe le respondió con estas palabras:

«¿No podrías tú por causa de mis hijos imaginar para el extranjero, que también él mismo lo desea, algún engaño o plan 720 para su prueba? Justamente es de su parte como Argos ha venido a instarme a que intente conseguirme tu apoyo: en mi casa lo he dejado mientras venía acá.»

Así habló. Y a aquélla en su interior el júbilo le dio alas a su alma y al tiempo su hermosa tez enrojeció y una neblina descendió sobre ella en su alegría⁵⁰¹. Y en tales términos le replicó:

⁴⁹⁶ «A mis hijos» naturalmente.

⁴⁹⁷ Recuérdese que las Erinias eran criaturas infernales. La idea subyacente es la del suicidio tras la muerte de sus hijos, que, en la religiosidad antigua, podía conllevar una forma de venganza contra los presuntos culpables, como en este caso Medea.

⁴⁹⁸ Cada una sobre su pecho, evidentemente, en una actitud de postración. No tiene sentido imaginarse la escena de otro modo ni hay razones para la perplejidad que muestra Fränkel.

⁴⁹⁹ Sigo la lectura de los manuscritos, que considero inútil alterar, a pesar de Fränkel y Vian.

⁵⁰⁰ Esta fórmula se deriva de la atestiguada en el *Himno homérico a Deméter* 259.

⁵⁰¹ Esta mezcla de gozo y vértigo la provoca sin duda sobre todo la noticia de que la petición de ayuda viene del propio Jasón.

«Calcíope, según a vosotros os es grato y os complace, así lo haré. Pues que no luzca en mis ojos la aurora ni me veas por más tiempo ya viviendo, si a algo diera yo preferencia por delante de tu vida o de tus hijos, que son para mí hermanos, parientes amados y amigos de la infancia⁵⁰². Y también afirmo que yo misma soy tu hermana y tu hija, ya que igual que a ellos tú me alzaste arrimándome a tu seno cuando era pequeña⁵⁰³, y así siempre se lo oí decir a mi madre. ¡Ea!, ve y oculta con tu silencio mi alegría, para que sin enterarse mis padres yo pueda cumplir mi promesa. Y muy de mañana iré al templo de Hécate a llevarle remedios contra los toros a ese extranjero por el cual ha surgido esta pendencia.»

Así aquélla⁵⁰⁴ salió de la estancia de vuelta y explicó a sus hijos el socorro que les vendría de su hermana. Y de ésta de nuevo, cuando quedó sola, se apoderaron la vergüenza y un horrible miedo por urdir tales planes por un hombre sin pensar en su padre.

La noche luego trajo la oscuridad sobre la tierra. Los marinos en el mar miraban desde sus naves a Hélice y a las estrellas de Orión⁵⁰⁵, y anhelaban también ya el sueño el caminante y el guarda de las puertas, y a alguna madre a la que se le habían muerto los hijos la envolvía una profunda somnolencia. No ladraban los perros ya por la ciudad, no había sonoros ruidos, sino que el silencio se adueñaba de las tinieblas, más negras cada vez⁵⁰⁶. Pero de Medea no se apoderaba el dulce sueño, pues en su amor por el Esónida la mantenían despierta mil cavilaciones, temerosa del furor poderoso de los toros con los que él iba a sucumbir con un destino indigno en el barbecho de Ares. Sin tregua el corazón se le agitaba dentro del pecho: cual brinca por la casa un rayo de sol que se refleja desde el

⁵⁰² Sin duda Apolonio rememora aquí una célebre expresión de Andrómaca en *Iliada* VI 429 y s. Cfr. luego también IV 368 y s.

⁵⁰³ Los hijos de Fetes parecen haber nacido los tres con una separación de bastantes años y Medea puede ser tan joven realmente al menos como alguno de ellos.

⁵⁰⁴ Calcíope.

⁵⁰⁵ Hélice (la Osa Mayor) y la constelación de Orión ayudan a establecer la dirección y la hora respectivamente. De ahí que se las asocie con frecuencia.

⁵⁰⁶ Nótese el contraste entre la creciente paz nocturna y el estado de Medea.

agua que se acaba de verter ya sea en un caldero, ya sea en un jarro, y se agita lanzándose aquí y allá por obra de los veloces remolinos, así también el corazón de la muchacha bullía en su pecho⁵⁰⁷. Con la compasión, de los ojos le corrían las lágrimas, y por dentro de continuo la atormentaba un dolor que le pasaba el cuerpo con su fuego por las fibras más menudas y hasta la base de la cabeza, en la nuca, allí donde se ahondan los dolores más agudos cuando los Amores incansables arrojan sus cuitas en el alma. Unas veces afirmaba que le daría los remedios contra los toros y otras que no, sino que perecería también ella. Mas al instante que ella no moriría, que no le daría el remedio, sino que así, resignadamente, soportaría su desdicha. Luego, sentándose, quedóse indecisa y diciendo: 760

«¡Desgraciada de mí!, si ahora voy a parar en este o aquel infortunio, por doquier mi mente no encuentra solución ni frente al mal hay recurso ninguno, sino que me abrasa sin tregua. ¡Ojalá que me hubiesen abatido los raudos dardos de Ártemis⁵⁰⁸ antes de haberlo visto, antes que llegaran a la tierra de los Aqueos los hijos de Calcíope!⁵⁰⁹. Un dios o alguna Erinia nos los trajo de allí hasta aquí como angustias deplorables. ¡Que perezca en el trance de la prueba, si su destino es sucumbir en el barbecho! Pues ¿cómo escaparía yo a la atención de mis padres cuando preparase el remedio? ¿Y qué les diré? 780
¿Qué añagaza, qué ocurrencia habrá que encubra tal socorro? ¿Acaso me entrevistaré con él a solas, viéndolo sin sus compañeros? Desdichada, no espero cesar en mis dolores ni aunque él pereciera: entonces sí que él haría mi desgracia, cuando perdiera la vida. ¡Malhaya el pudor, malhaya mi rango!: ¡que, salvado gracias a mí y sin daño, se vaya allá donde le plazca! Y en ese mismo día en que él supere la prueba, yo moriré, ya enlazando mi garganta de una viga, ya tomando una droga que me 790
rompa el alma. Mas incluso así con esa muerte, después seré

⁵⁰⁷ Como en tantas otras ocasiones, Virgilio (*Éneida* VIII 19 y ss.) ha imitado este pasaje.

⁵⁰⁸ A la que se atribuían las muertes repentinas de las mujeres.

⁵⁰⁹ Vian ha explicado agudamente este error de Medea: ésta en cierto modo recoge aquí las sospechas de Eetes porque piensa que el retorno de los hijos de Calcíope es un mal, tal como lo veía Eetes.

objeto de sus mofas, la ciudad entera pregonará bien lejos mi destino y las mujeres de la Cólquide de boca en boca por doquier me censurarán del modo más indigno: 'Una que murió a fuerza de tanto interesarse por un extranjero, y que por ceder a una loca pasión su casa y sus padres deshonoró.' ¿Qué habrá que no redunde en mi vergüenza? ¡Ay de mí, qué infortunio el mío! En verdad que mucho mejor sería en esta misma noche dejar en mi alcoba la vida, con un fin inexplicable, escapando a todos esos vituperios, antes de cometer esos actos censurables y sin nombre.»

Dijo, y fue a por el cofre en que había puesto sus drogas abundantes, buenas las unas y aniquiladoras las otras. Lo puso en sus rodillas y siguió lamentándose, y sin pausa empapaba su regazo con las lágrimas que flúan a raudales, en su triste deplorar aquel sino suyo. Su ansia era escoger, para tomarlas, ponzoñas de las que destruyen la vida. Ya hasta había soltado las ataduras del cofre, en su afán por sacarlas, la infeliz. Pero de pronto le invadió el entendimiento un miedo atroz al odio- 800 so Hades y quedó sobrecogida y sin habla largo rato. En torno se le representaban todos los alicientes de la vida, que son gratos al alma: se acordaba de cuanto de placentero se da entre las vivientes criaturas, se acordaba, como jovencita que era, de las alegres amigas de su edad, y el Sol se le tornó a sus ojos más dulce que antes cuando de veras reparaba con su razón en cada imagen. De nuevo, pues, apartó el cofre de sus rodillas, cambiada en su decisión por voluntad de Hera, sin dudar ya entre resoluciones diversas. Anhelaba que lo antes posible se mostrara alzándose la Aurora para darle a él el remedio acordado y 820 presentarse ante su vista. Repetidas veces recorrió los cerrojos de su puerta, al acecho de la claridad. Y la Hija de la Mañana le envió la luz, que acogió con alborozo, y por la ciudad todos comenzaron a moverse.

Entonces Argos ordenó a sus hermanos que aún allí permanecieran, para pecararse de los designios de la joven. Mas él a su vez marchó a la nave, emprendiendo el regreso por delante.

Y ella, la muchacha, tan pronto como vio el alba aparecer, se anudó con sus manos los rubios cabellos, que tenía encrespados cayéndole en desorden, y frotó sus mejillas que ya estaban secas. Se ungió el cuerpo con un aceite de néctar y se puso

un hermoso vestido, sujeto con broches de linda curvatura. Sobre su cabeza divina se echó un velo de blancor rutilante. Y allí en la casa iba y venía dando vueltas y olvidada de los dolores que tenía en el presente, ya inconmensurables, y otros que en lo venidero iban a acrecentársele. A sus sirvientas, que todas, las doce, de su misma edad, dormían en la antecámara de su alcoba perfumada, sin que aún dispusieran sus lechos en 840 compañía de varones⁵¹⁰, las llamó para que con premura uncieran a su carro mulos que la llevaran al muy bello templo de Hécate. Entonces, a su vez, las sirvientas prepararon el carro, y ella entretanto sacó del fondo del cofre la droga que dicen que de Prometeo tiene el nombre⁵¹¹. Si, luego de congraciarse con nocturnos sacrificios a Dera, la que es hija única⁵¹², se untara uno el cuerpo con ella, en verdad que ése ni sería quebrantable con los golpes del bronce ni cedería al fuego abrasador, sino que en vigor y en potencia por igual prevalecería en 850 aquella jornada. Brotó naciendo por primera vez al verter a tierra el águila carnícera en las laderas del Cáucaso el icor de la sangre del doliente Prometeo⁵¹³. Su flor se había mostrado con la altura de un codo, semejante por su color al azafrán de Córico⁵¹⁴ y elevada sobre un doble tallo; su raíz, bajo tierra, era comparable a la carne que poco ha se ha cortado. Su savia, cual el oscuro jugo de una encina en los montes⁵¹⁵, lo había ella recogido en una concha del Caspio para prepararse la droga, luego de bañarse siete veces en aguas de eterno manar y de invocar siete veces en noche sombría y revestida con túnica negra a Brimo⁵¹⁶ la que a los jóvenes cría, a Brimo la que por la noche transita, la soterraña, la soberana de los muertos. Y allá 860

⁵¹⁰ Por ser aún Medea virgen sus sirvientas también lo eran.

⁵¹¹ El *prometheion*, a partir de una planta: su identificación es discutida (mandrágora, acónito, etc.).

⁵¹² Dera es Hécate, «hija única» ya en Hesíodo (*Teogonía* 426) de Asteria y Perses: cfr. luego v. 1035.

⁵¹³ El *icor* era la sangre de los dioses: cfr. *Iliada* V 339 y ss. y aquí IV 1679. Por brotar de la sangre de una criatura semejante el *prometheion* recuerda por ejemplo el *moly* de *Odisea* X 302 y ss.

⁵¹⁴ En Cilicia, y un producto renombrado en la antigüedad.

⁵¹⁵ Se trata al parecer de un jugo negro sacado del cascabillo de la bellota y utilizado para tintes.

⁵¹⁶ Hécate.

abajo se agitó lanzando un mugido la tierra tenebrosa, al ser cortada la raíz del Titán, y el propio hijo de Jápeto⁵¹⁷ lanzaba gemidos con el alma estremecida de dolor.

Esta droga, pues, sacó ella y la metió entre el ceñidor perfumado que llevaba sujeto en torno a su pecho divino. Y salió de la casa y subió a su carro veloz, y con ella montaron dos sirvientas, una a cada lado. Tomó ella las riendas y en su diestra el látigo de hermosa factura. Condujo a través de la ciudad, y las otras domésticas, agarradas por detrás a la cesta⁵¹⁸, corrían por la anchurosa calzada, y se regazaban los vestidos primorosos por encima de las blancas rodillas. Y cual a la orilla de las cálidas aguas del Partenio o también tras haberse bañado en el río Amniso⁵¹⁹, la hija de Leto de pie en su carro dorado conduce por las lomas a sus corzas veloces, acudiendo de lejos al sacrificio de espesa y grasienda humareda, y la siguen las Ninfas que le dan compañía, las unas desde la fuente misma del Amniso, y las otras que dejarán los sotos y las alturas ricas en veneros, y a los lados las bestias entre gañidos la saludan con sus colas, temblorosas de miedo a su paso; así ellas presurosas se movían por la ciudad y, a los lados, la gente se apartaba rehuyendo la mirada de la regia doncella⁵²⁰. Y una vez que dejó las bien construidas calles de la ciudad y, conduciendo por el llano, alcanzó ya el templo, entonces allí echó pie a tierra con premura desde el carro de excelente rodaje, y tales palabras dirigió a sus sirvientas:

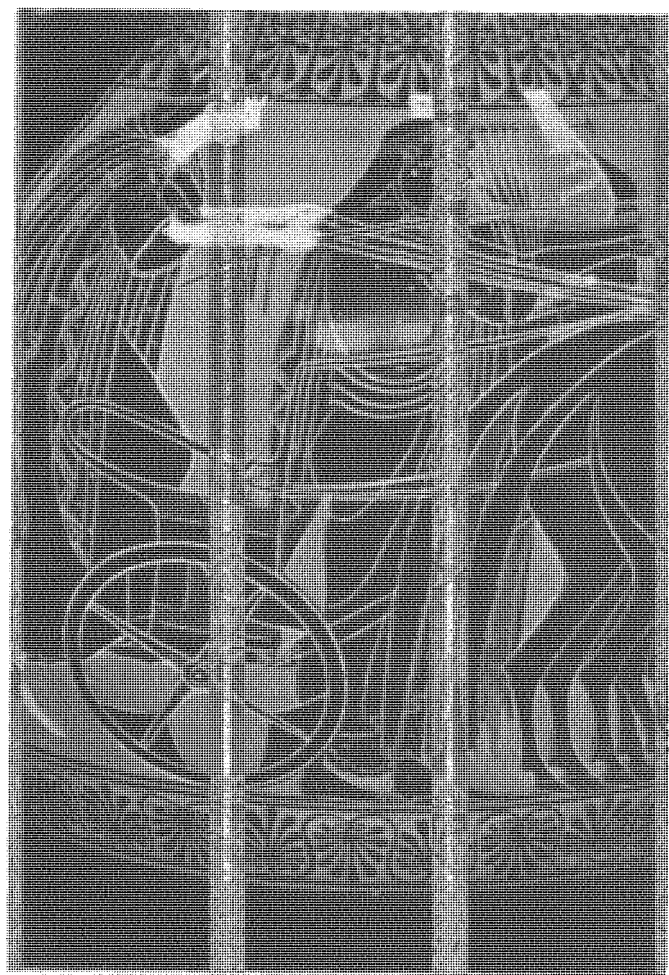
«Amigas, en verdad que he cometido una gran falta y no he caído en la cuenta del riesgo de andar entre las gentes extranjeras que van y vienen por nuestro país. Toda la ciudad está sobrecogida y es por ello que acá no haya venido ninguna de las mujeres que antes se congregaban cada día. Pero, puesto que, en fin, hemos llegado y nadie más sin duda vendrá, ¡eal,

⁵¹⁷ Prometeo, el Titán citado.

⁵¹⁸ Se trata de un gran recipiente fijado al carro para transportar objetos, como ya en *Odisea* XV 131.

⁵¹⁹ El Partenio fue ya mencionado en II 936 y también en relación con Ártemis. El Amniso era un río de Creta.

⁵²⁰ La mirada de Medea, como descendiente del Sol, es temible, igual que sus propios poderes mágicos. Cfr. IV 727 y ss.



saciémonos sin reserva el ánimo con los dulces juegos⁵²¹ y, luego de recoger esas lindas flores de la tierna hierba, volveremos entonces a la hora de siempre. Y, además, podríais tornar⁹⁰⁰ a casa en este día con mucho provecho si os placiera esto que yo he pensado. Pues Argos pretende con sus palabras convencerme, así como también la propia Calcíope (guardad en la mente en silencio esto que me oís, no sea que mis palabras alcancen los oídos de mi padre): a ese extranjero que hizo la promesa acerca de los toros, me piden que, aceptando regalos, lo preserve en su empresa funesta. Yo he dado mi aprobación a su propuesta, y hasta lo he invitado a que acuda a verme él solo sin sus camaradas⁵²², a fin de repartirnos entre nosotras los regalos que venga a traernos y darle, a su vez, una droga⁹¹⁰ distinta⁵²³ y peor. Así que, cuando llegue, alejaos de mí.»

Les habló de este modo. Y a todas complació el astuto plan.

Y prontamente al Esónida llevándolo solo y aparte de sus camaradas, Argos, cuando ya hubo escuchado a sus hermanos que ella de mañana marchaba al sagrado templo de Hécate, lo condujo a través de la llanura. Y los seguía Mopso el Ampícida, bueno en interpretar las apariciones de las aves y bueno en sacar de ellas excelentes consejos para los que iban con él⁵²⁴.

Entonces aún no había habido entre los hombres de antaño ni entre cuantos son del propio Zeus descendencia ni cuantos⁹²⁰ héroes nacieron de la sangre de los demás inmortales ninguno tal cual a Jasón lo hizo ser la esposa de Zeus aquel día en su presencia y su palabra. Al contemplarlo, con el brillo de sus gracias, hasta sus propios camaradas estaban asombrados. Y el Ampícida se llenó de gozo de emprender tal camino, pues ya de algún modo imaginaba cuanto iba a ocurrir.

Hay en el llano, siguiendo la ruta y cerca del templo, un álamo con una melena de hojas sin cuento. En él vivía una bandada de graznadoras cornejas, una de las cuales al tiempo que⁹³⁰

⁵²¹ El episodio recuerda *Odisea* VI 100 y ss.

⁵²² De hecho esto no se acordó antes de un modo explícito, pero expresa el deseo de Medea.

⁵²³ De la que él espera. Se supone que para hacerlo perecer.

⁵²⁴ Lo que explica precisamente que vaya acompañándolos en esta ocasión.

agitaba sus alas en lo alto de las ramas expresó con esta censura la voluntad de Hera⁵²⁵:

«No famoso es este adivino que no sabe siquiera percatarse en su ánimo de cuanto saben los niños: que ninguna palabra ni grata ni amable le diría a un mozo una muchacha cuando otros extraños los siguen. ¡Muérete, torpe adivino de males! Que a ti no te inspiran ni Cipris ni con su aprecio los dulces Amores.»

Dijo en son de reproche. Y sonrió Mopso al oír la voz del ave que la divinidad dictara, y así él habló:

«Ve tú, Esónida, al templo de la diosa, en el cual encontrarás a la joven. La hallarás muy bien predispuesta por los consejos de Cipris, que será tu aliada en la empresa, según ya antes dijera Fineo el Agenórída. Y nosotros dos, Argos y yo, a la espera hasta tanto que vuelvas, nos mantendremos aparte, justamente en este lugar. A ti te corresponde suplicarle y convenecerla con sagaces palabras.» 940

Dijo, pues, con prudencia, y al punto los dos lo aprobaron. Y el ánimo de Medea no lograba aplicarse a pensar en otras cosas, por más que se entregara a los juegos. Ninguno de ellos, fuese cual fuese al que jugara, no la complacía con su diversión 950 por largo rato, sino que, desasosegada, lo hacía cesar, y ni por un momento mantenía su mirada libre de inquietud en el grupo de sirvientas, sino que, desviando el rostro, la dirigía a la senda, allá lejos. Muchas veces ya se le quebró el corazón escapándosele del pecho⁵²⁶, en la duda de si el ruido que se oía en movimiento era de pasos o del viento.

Y él no tardó mucho en aparecer ante la joven anhelante, cual Sirio cuando allá arriba brinca por encima del Océano y se alza a la vista hermoso y refulgente, por más que arroje inmensa calamidad sobre el ganado⁵²⁷; así de hermoso se le presentó ante su vista el Esónida, pero, con su aparición, originó los dolores de una aciaga pasión. A ella entonces se le salía del pecho el corazón, sus ojos se nublaron y un cálido rubor se 960

⁵²⁵ Sigo el texto de los manuscritos: cfr. la interpretación de Giangrande, *Sprachgebrauch*, pág. 26. La corneja era tenida por un agüero favorable en asuntos amorosos.

⁵²⁶ Sobre esta interpretación cfr. Giangrande, *CQ* 17, 1967, págs. 96 y s.

⁵²⁷ Cfr. ya antes II 517 y ss.

apoderó de sus mejillas; le faltaban las fuerzas para alzar sus rodillas, ni retrocediendo ni avanzando, sino que tenía sus pies clavados al suelo. En tanto las doncellas, todas sin falta, se apartaron de ellos, y ambos en silencio y sin habla se llegaron uno al lado del otro, semejantes a encinas o a altos abetos, que primeramente con sus raíces en el monte se están sin bullir por la falta de viento, mas luego, al agitarse bajo los golpes del viento, se entregan a un inmenso tumulto; del mismo modo, pues, ellos dos iban a entregarse a un coloquio interminable bajo el aliento del Amor. Y el Esónida supo que ella había caído en una ofuscación enviada por los dioses y le dirigió estas halagadoras palabras:

«¿Por qué me muestras, doncella, tan gran respeto, aunque yo esté solo? Repara en que no soy cual otros hombres fanfarrones, ni tampoco lo era antes, cuando habitaba en mi patria. Así que no sientas tan excesiva vergüenza, muchacha, ya sea para hacerme las preguntas que te plazca, ya sea para decirme alguna cosa. ¡Vamos!, puesto que hemos acudido con buena disposición el uno para el otro y es éste un lugar sacrosanto en que cualquier transgresión es impía, habla y pregunta francamente. Y no me engañes con gratas palabras, ya que previamente prometiste a tu hermana que me darías las drogas que mi ánimo desea. Te lo ruego por la propia Hécate y por tus padres y por Zeus, el que sobre huéspedes y suplicantes extiende su mano: en esta doble calidad, de suplicante y de huésped tuyo, he llegado aquí, a postrarme ante tus rodillas por necesidad imperiosa. Pues sin ti no saldré vencedor de esa prueba atroz. Yo luego te compensaré por tu ayuda, según es de ley y cual conviene a quienes habitan en tierras remotas, como portavoz de tu nombre y de tu hermosa gloria. E igualmente también te celebrarán los demás héroes a su regreso a la Hélade, y las esposas y las madres de los héroes, las cuales sin duda ya, sentadas en las riberas, lloran por nosotros. Tú puedes disipar sus penosas cuitas. Ya en una ocasión también a Teseo lo libró de unas pruebas funestas con su benevolencia Ariadna, la doncella hija de Minos, a la que diera a luz Pasífae, hija del Sol⁵²⁸.

⁵²⁸ El mito de Teseo y el Minotauro es bien conocido. Jasón busca los mayores paralelos posibles entre ese tema y sus actuales deseos.

Pero aquélla, una vez que Minos hubo aplacado su cólera, 1000 abandonó con él⁵²⁹ su patria a bordo de una nave, y los propios dioses inmortales la trataron con amor y en medio del cielo como signo suyo la guirnalda de estrellas que llaman de Ariadna⁵³⁰ traza sus giros toda la noche entre las figuras celestes. Así también a ti te estarán reconocidos los dioses, si salvas una tan notable expedición de caudillos. Pues con tu belleza pareces brillar con dulce amabilidad.»

Así dijo halagándola. Y ella, luego de inclinar su mirada, sonrió de un modo divino, y se le derretió en su interior el alma, en su exaltación por el elogio recibido, y ya puso en él de 1010 frente sus ojos. No sabía qué palabras dirigirle primero, sino que deseaba decírselo todo junto de una vez. Y vivamente sin más sacó de su ceñidor perfumado la droga, y él al punto la recibió en sus manos jubiloso. Ella, conmovida, hasta le hubiera dado su alma entera, arrancándola de su pecho, si él la hubiese deseado: que tan dulce llama hacía destellar Amor de la rubia cabeza del Esónida, extrayendo radiantes reflejos de los ojos de ella, que se fundía con el calor interior de su alma igual que en 1020 las rosas se funde el rocío con el calor de los rayos matutinos. Ambos por momentos fijaban los ojos en el suelo, pudorosos, y por momentos en cambio se dirigían mutuas miradas, amorosamente sonrientes bajo sus cejas iluminadas⁵³¹. Y al cabo ya a duras penas la joven le dijo en tono afectuoso estas palabras:

«Presta atención ahora al modo en que yo puedo imaginar ayudarte. Cuando ya tú vayas y mi padre te dé para sembrar los dientes funestos que provienen de las fauces de la sierpe, entonces, luego de haber esperado la hora mediana de la noche por igual dividida⁵³², y de haberte bañado en la corriente de un 1030 río incansable, tú solo, lejos de los demás y con un manto negro, excava una fosa circular; en ella degüella un cordero hembra y, sin despiezarlo, ponlo allí crudo tras haber levantado en

⁵²⁹ Teseo naturalmente.

⁵³⁰ La Corona Boreal.

⁵³¹ La sonrisa es asociada con el rostro entero, desde las cejas hacia abajo. En poesía expresiones como «sonreír bajo las cejas», etc., se encuentran otras veces y deben entenderse bajo esa perspectiva.

⁵³² Es decir, en el momento de terminar exactamente la mitad de la noche.

la fosa misma y de acuerdo con las normas una pira. Congraciate a la hija única de Perses, a Hécate, vertiendo de una copa el producto de las colmenas de abejas. Y entonces, una vez que te hayas congraciado a la diosa, sin haberte olvidado de ella, retírate aparte de la pira. Y que no te haga darte la vuelta ya sea ruido de pasos, ya sea ladrido de perros⁵³³, no vayas a dejar 1040 todo sin efecto y tú mismo no llegar como es debido a tus camaradas⁵³⁴. Al alba humedece esta droga y, desnudo, frota tu cuerpo cual con un ungüento, y en él habrá inmenso vigor y un gran poderío, y no dirás que hay posible comparación con los humanos sino con los dioses inmortales. Además, deben untarse también tu escudo y tu espada, junto con la propia lanza. Entonces no podrán herirte las puntas de las lanzas de los hombres nacidos de la tierra ni tampoco el asalto de la llama irresistible⁵³⁵ de los horribles toros. Sin embargo, no estarás en tal situación por largo tiempo, sino durante el día mismo. 1050 Pero no retrocedas jamás en esa prueba. Y aún te diré otro consejo que te será provechoso: tan pronto como hayas uncido los toros poderosos y con presteza arado el duro barbecho por entero con tus brazos y tu fuerza y ya las espigas que serán los gigantes broten por los surcos al irse sembrando los dientes de la sierpe sobre la negra tierra, si acechas el momento en que en gran número se alcen del barbecho, tira entonces a escondidas una piedra robusta⁵³⁶. Ellos por su causa pueden entre sí exterminarse, cual por la comida los canes de agudos colmillos. Y también tú dirígete presuroso a la lucha, y gracias a ello 1060 llevarás el vellón de Ea a la Hélade, allá tan lejos... Vete no obstante a donde grato te sea, a donde te plazca retornar cuando partas de aquí.»

⁵³³ Recuérdese que Hécate puede presentarse con su cortejo de perros, como en el segundo *idilio* de Teócrito. En los ritos mágicos, por otra parte, es frecuente la prohibición de volver la vista (y naturalmente, en este caso, ver lo que no debe ser visto).

⁵³⁴ Un eufemismo por algún desastre acarreado por la visión de la diosa.

⁵³⁵ Giangrande (*Sprachgebrauch*, pág. 27) ha hecho notar la ironía típicamente alejandrina de esta calificación: irresistible (pero no para el protegido por mis drogas).

⁵³⁶ Exactamente lo que hizo Cadmo, el fundador de Tebas que se cita después, para enfrentarse a los nacidos de los dientes del dragón, según un mito bien conocido.

Así se expresó, y, con la mirada puesta delante de sus pies, empapaba llorosa su divina mejilla con cálidas lágrimas, porque iba él a andar errabundo por el mar muy lejos de ella. Mas de nuevo mirándolo de frente, le habló con palabras afligidas y le tomó la mano derecha, pues ya el pudor había abandonado sus ojos:

«Y acuérdate, si es que alguna vez llegas de regreso a tu casa, del nombre de Medea, y del mismo modo yo por mi parte me acordaré de ti, que estarás tan distante. Mas en tu amabilidad dime esto: ¿dónde está tu morada? ¿A dónde irás ahora con tu nave atravesando la mar? ¿Acaso llegarás cerca de la próspera Orcómenos o en la vecindad de la isla de Eea?⁵³⁷. Y dime qué joven es la que nombraste, la hija famosa de Pasífae, la que es hermana de mi padre»⁵³⁸.

Así habló, y a él también con el llanto de la joven lo invadía una funesta pasión, y a su vez le dirigió tales palabras:

«De cierto que ni de noche ni de día jamás te olvidaré, si escapo de la muerte y de veras huyo a la tierra aquea sano y salvo y Eetes no nos impone alguna otra prueba aún peor. Y si te place conocer nuestra patria, yo te la diré, pues también a mí mismo mi ánimo a ello me impulsa. Hay un país rodeado de altas montañas, muy abundante en corderos y rico en pastizales, donde Prometeo, el hijo de Jápeto, dio vida al noble Deucalión⁵³⁹, el cual fue el primero en construir ciudades y en edificar templos para los dioses inmortales, y el primero igualmente en reinar sobre los hombres: Hemonia lo llaman las gentes vecinas. En él están pobladas la propia Yolco, que es mi ciudad, y también otras muchas, donde ni siquiera se oye nombrar la isla de Eea. Desde allí se dice que partió Minias, el Eólida Minias, para fundar en tiempos la ciudad de Orcómenos, en los lindes del pueblo de Cadmo⁵⁴⁰. Pero ¿para qué te hablo de todo esto en vano, de mi casa y de la celebrada

⁵³⁷ Los dos lugares de que Medea ha oído hablar: la patria de Frixo y la isla donde reside Circe, hermana de Eetes.

⁵³⁸ Pasífae también era hija de Helios.

⁵³⁹ Personaje célebre por su relación con el mito del diluvio en la Mitología griega. El país citado, como se verá enseguida, es por supuesto Tesalia.

⁵⁴⁰ Los habitantes de Tebas.

Ariadna, la hija de Minos (con ese nombre brillante llamaban a aquella seductora doncella por la que tú me preguntas)? Pues ojalá que, tal como entonces llegó Minos con Teseo a un acuerdo respecto a ella, así tu padre pacte con nosotros.» 1100

De este modo le hablaba con la caricia de sus melosas palabras. Pero las cuitas más dolorosas agitaban el corazón de ella y en su aflicción le replicó tiernamente con términos amargos:

«En la Hélade tal vez se dé esa hermosa práctica de respetar los pactos. Pero Eetes no es, entre los hombres, como has dicho que es Minos, el esposo de Pasífae, ni tampoco yo con Ariadna me comparo. Por ello, no me hables de hospitalidad. Sino que me basta con que, cuando llegues a Yolco, te acuerdes de mí; que yo me acordaré de ti incluso a pesar de mis padres... Y ojalá que de allá lejos me venga ya sea alguna divina noticia, ya algún ave mensajera⁵⁴¹, si es que te olvidas de mí; o a mí misma sobre el mar me transporten de aquí hasta Yolco arrebatándome por lo alto las raudas borrascas, a fin de, ante tus ojos ofreciéndote mis quejas, hacerte recordar que gracias a mí escapaste. Pues ojalá que de improviso me presentara yo entonces en tu misma casa junto a tu hogar!» 1110

Así dijo, pues, vertiendo lastimosas lágrimas, que corrían por sus mejillas. Y él entonces le respondió con estas promesas:

«¡Desdichada, deja que vayan sin rumbo esas vanas borrascas, e igualmente también el ave mensajera, ya que no tienen sentido las palabras que pronuncias! Si tú vas a aquel país y a la tierra de Grecia, serás honrada y respetada entre las mujeres y los hombres. Te venerarán igual que a una diosa, porque a unos sus hijos por tu voluntad les llegaron de vuelta a sus casas, y a otros se les salvaron de un inmenso mal los hermanos, los camaradas y los lozanos esposos. Y tú dispondrás de nuestro lecho en una alcoba fruto de esponsales legítimos y nada romperá nuestro amor antes de que nos envuelva la muerte predestinada.» 1120 1130

Así le habló, y a ella en su interior se le desbordaba el alma al oírlo, y, sin embargo, sintió escalofríos, temerosa de ver

⁵⁴¹ Es decir, tener noticias tuyas, sea cual sea el medio, que se supone ha de ser divino.

sombríos sucesos. La infeliz no iba por largo tiempo a negarse a habitar en la Hélade, pues esto lo planeaba así Hera, con el fin de que Medea, la de la ciudad de Ea, llegase a la santa Yolco para mal de Pelias, tras abandonar la tierra de sus padres.

Ya las sirvientas, que los observaban a distancia, se inquietaban en silencio, pues pasaba la hora del día en que la joven debía estar de regreso junto a su madre en su casa. Mas ella 1140 aún no se hubiese acordado del retorno, ya que su ánimo se deleitaba por igual con la belleza y las palabras seductoras de él, si, precavido, el Esónida al cabo no le hubiese dicho:

«Es tiempo de marchar, no sea que la luz del Sol se ponga, anticipándose a nosotros, y algún extraño de todo esto se aperciba. Pero de nuevo, viniendo aquí, nos reuniremos.»

Así ambos hasta ese punto se probaron mutuamente con un dulce lenguaje. Luego volvieron a separarse. Jasón entonces, gozoso, emprendió el regreso hacia sus camaradas y su nave, y ella hacia sus siervas. Y éstas al punto vinieron todas a reunirsele, mas ni se percató de que ya la rodeaban, pues su alma revoloteaba por lo alto entre las nubes. Y el propio movimiento 1150 de sus pies la hizo subir a la rápida carreta, y con una mano se hizo con las riendas y con la otra, para gobernar los mulos, con el látigo labrado. Y éstos, en dirección a la ciudad, galoparon con premura hasta el palacio. Y cuando ella estuvo de regreso, Calcíope, angustiada por sus hijos, acudió a preguntarle. Pero en su turbada incertidumbre ni le escuchaba sus palabras ni a sus preguntas deseaba responderle. Y se quedó sentada en un escabel junto a su lecho, apoyando en su mano izquierda la 1160 mejilla. Entre sus párpados tenía turbia la mirada, al meditar inquieta en qué clase de funesta empresa se había hecho cómplice por su propia decisión.

Por su parte, el Esónida, cuando ya a sus camaradas⁵⁴² se hubo unido de nuevo en el lugar donde al separarse los dejara, se puso con ellos en camino hacia la tropa de los héroes, mientras los iba ilustrando sobre todo lo acaecido. Juntos se aproximaron a la nave, y los demás, al verlos, los rodearon con afecto e hicieronles preguntas. Y él a todos les habló de los designios de la joven y les mostró el terrible remedio. Y sólo y apar-

⁵⁴² Argos y Mopso (cfr. antes vv. 944 y ss.).

te de los otros compañeros estaba Idas sentado, royendo su cólera⁵⁴³. Pero los demás, jubilosos, en tanto, una vez que los retuvo la oscuridad de la noche, se preocupaban tranquilos de sí mismos⁵⁴⁴. 1170

Con el alba despacharon para que fueran ante Eetes a pedir la semilla a dos hombres, al propio Telamón amado de Ares, el primero, y en su compañía también a Etálida, el hijo ilustre de Hermes. Y echaron a andar y no hicieron en vano el camino: que a su llegada el poderoso Eetes les dio para la prueba los terribles dientes de la sierpe Aonia, a la cual, que era guardiana de la fuente de Ares, la mató Cadmo en Tebas Ogigia cuando llegó en busca de Europa⁵⁴⁵: allí justamente él se estableció en 1180
pos de la vaca que Apolo en su oráculo le diera como guía de su ruta⁵⁴⁶. La diosa Tritónide se los hizo arrojar de sus fauces y los dio de regalo por igual a Eetes y al propio matador⁵⁴⁷. El Agenórida Cadmo, luego de sembrarlos en los llanos Aonios, asentó allí a las gentes nacidas de la tierra, a cuantos quedaron con vida bajo la lanza de Ares cosechador⁵⁴⁸. Y los otros en esta ocasión los dio Eetes, muy bien dispuesto, para que los llevaran a la nave, ya que no creía que él⁵⁴⁹ pudiera coronar la prueba en los términos fijados, aunque llegara a meter los 1190
bueyes bajo el yugo.

Helios a lo lejos se sumergía en la oscura tierra al poniente, más allá de los últimos picos de las gentes Etíopes⁵⁵⁰. La No-

⁵⁴³ Para el motivo de esta cólera cfr. antes vv. 556 y ss.

⁵⁴⁴ Expresión muy vaga en que la idea esencial parece ser que ya no estaban preocupados por los sucesos del día siguiente.

⁵⁴⁵ Su hermana. Ógigo fue un antiquísimo rey mítico de Beocia y los Aones también unos muy primitivos habitantes de esa comarca, anteriores a la llegada de Cadmo.

⁵⁴⁶ Cadmo llegó al lugar donde estaba la sierpe o dragón (y donde mismo él fundaría Tebas) guiado por una novilla, según le predijese el oráculo de Delfos.

⁵⁴⁷ Según esta versión, Atena repartió los dientes de la sierpe entre Eetes y Cadmo.

⁵⁴⁸ Cadmo sembró los dientes que le correspondieron y de ellos nacieron hombres armados (cfr. luego el episodio paralelo de vv. 1336 y ss.) a los que mató, excepto a cinco.

⁵⁴⁹ Jasón por supuesto.

⁵⁵⁰ Que, según los antiguos, habitaban en los dos extremos del mundo. Es innecesaria la corrección de Fränkel, aceptada por Vian.

che ponía el yugo a sus caballos⁵⁵¹. Los héroes preparaban sus yacijas al pie de las amarras. Y Jasón, tan pronto como las estrellas de Hélice luciente, de la Osa, declinaron y, desde el cielo, el éter quedó en completa calma, se puso en marcha hacia un punto solitario, como un furtivo ladrón, con todo lo que le era necesario. Pues antes, por el día, se había ocupado de disponer todos los detalles: Argos había venido a traer, de un rebaño, la oveja hembra y la leche, y lo demás lo había tomado 1200 de la propia nave.

Cuando ya vio un paraje que estaba fuera del paso de los hombres, al aire libre y en una pradera despejada, allí entonces lo primero se lavó en el divino río reverentemente su cuerpo delicado y se cubrió con el negro manto que anteriormente le diera Hipsípila la Lemnia como recuerdo de su lecho apasionado⁵⁵². Luego, tras excavar en el suelo una fosa de un codo, hizo un montón de leña cortada, degolló la oveja sobre él y la puso encima de acuerdo con las normas. Encendió los leños, metiendo fuego debajo, y vertió mezcladas libaciones mientras invocaba a Brimo Hécate para que lo asistiera en su prueba. 1210 Y, tras llamarla, marchó de regreso. Y la diosa temible como lo hubiera oído acudió desde su profundo escondrijo hasta las ofrendas del Esónida. Y en torno de ella formaban guirnalda serpientes horribles con ramas de encina; relampagueaba una inmensa luminaria de antorchas y a sus lados sus perros soterranos lanzaban agudos ladridos. Las praderas todas retemblaban a su paso y gritaron las Ninfas de los esteros del río, las cuales hacían sus giros en derredor de aquel prado del Fasis de los 1220 montes Amarantos⁵⁵³. Del Esónida entonces se apoderó el espanto, mas ni aun así sus pies le hicieron darse la vuelta, hasta que en su marcha se unió a sus camaradas. Y ya la Aurora, hija de la Mañana, al alzarse arrojaba su luz más allá del Cáucaso nevoso.

A esa hora Eetes se revestía en torno a su pecho la rígida

⁵⁵¹ La Noche personificada viaja, como el Sol, en un carro por el cielo.

⁵⁵² El manto bajo el que sin duda habían dormido: recuérdese el uso doble del manto entre los griegos, como prenda de vestir y como ropa de cama.

⁵⁵³ Recuérdese la danza de las Ninfas en I 1222 y ss. Sobre los Montes Amarantos como origen del río Fasis cfr. ya II 399 y ss.

coraza que Ares le diera luego de matar con sus propias manos a Mimante el de Flegras⁵⁵⁴. Puso en su cabeza un yelmo de oro con sus cuatro placas, que destellaba cual la luz que a Helios rodea cuando comienza a ascender desde el Océano. Y en alto blandió su escudo de múltiples pieles⁵⁵⁵ y en alto su lanza temible e invencible, la que ningún otro de los héroes hubiera resistido desde el momento en que dejaron allá lejos a Heracles, el único que la hubiese afrontado en la lucha. Cerca de él Factón⁵⁵⁶ sujetaba, para que subiera, el bien construido carro de veloces caballos. Y subió él y tomó en sus manos las riendas y condujo al exterior de la ciudad, por la ancha calzada, a fin de estar presente en la prueba. E iba con ellos presurosa su gente innumerable. Y cual se dirige Posidón a los Juegos del Istmo⁵⁵⁷ de pie sobre su carro, o al Ténaro o a las aguas de Lerna o incluso al bosque de Onquesto de Hiantia, y marcha con sus caballos con frecuencia a Calaurea y a la Peña de Hemonia o al arbolado Geresto⁵⁵⁸; tal entonces se ofrecía a la vista a su paso Eetes, el caudillo de los Colcos.

Entretanto Jasón, según le recomendara Medea, luego de haber humedecido la droga, mojaba con ella el escudo y la lanza robusta y, todo en torno, la espada. A su lado sus camaradas probaron con su fuerza las armas y no pudieron ni un ápice doblar aquella lanza, sino que resistía entre sus manos vigorosas endurecida y sin quebrarse en modo alguno. E Idas el de Afareo, en su violenta irritación contra ellos, trató de dar un tajo en el asta con su enorme espada, pero la punta saltó, como el martillo que rebota en el yunque. Y los héroes alborotaron, alegres, con sus esperanzas puestas en la empresa. Y él mismo se untó luego, y entró en él una fuerza terrible, inexpressable y libre de temores, y ambos brazos se le fortalecieron

⁵⁵⁴ Es decir, al que mató en la batalla de Flegras (cfr. III 234). Mimante era, pues, uno de los Gigantes que combatieron con los dioses.

⁵⁵⁵ Como el de Áyax en *Iliada* VII 220.

⁵⁵⁶ Sobrenombre de Apsirto: cfr. III 245.

⁵⁵⁷ Que se celebraban cerca de Corinto.

⁵⁵⁸ Lugares todos relacionados en general con el culto de Posidón: el cabo Ténaro en el Peloponeso, Lerna y Calaurea (o Calauria) en la Argólida, Onquesto en Beocia, la Peña de Hemonia (es decir, Tesalia) en el valle del Peneo y el cabo Geresto en Euboea.

con la plenitud de aquel vigor. Y como cuando un corcel de guerra, que anhela la batalla, entre relinchos bate el suelo con sus saltos y con altivez levanta su cerviz con las orejas erguidas; tal el Esónida gozaba con el poderío de sus miembros y daba a un lado y a otro repetidos brincos por el aire, mientras blandía su escudo bronceo y la lanza entre sus manos. Se hubiera dicho que por el cielo entenebrecido abajo precipitándose una y otra vez brillaba tormentoso relámpago desde las nubes, que luego acarrearían el más sombrío aguacero. 1260

Entonces no por mucho tiempo ya iban a aplazar las pruebas. Sentándose en sus bancos con premura uno tras otro, se dirigieron rápidamente a la llanura de Ares. Ésta se hallaba río arriba⁵⁵⁹, frente a la ciudad, a tanta distancia como lo está el poste⁵⁶⁰ que un carro ha de alcanzar desde el punto de salida cuando los parientes de un rey a su muerte ofrecen premios a corredores a pie y en carro. Y encontraron a Ietes y al resto de las gentes de Cólquide, los unos de pie sobre las peñas del Cáucaso, aquél en la orilla del propio río, donde éste forma una curva. 1270

El Esónida, cuando sus camaradas hubieron atado las amarras de popa, ya entonces con su lanza y su escudo echó a andar en dirección a la lucha, tras saltar de la nave (y tomó a la vez el rutilante yelmo de bronce, repleto de agudos colmillos, y del hombro pendiente la espada), con el cuerpo desnudo y en parte semejante a Ares y en parte a Apolo el de la espada de oro⁵⁶¹. Al recorrer con su vista el barbecho vio el yugo bronceo de los toros y junto a éste el arado de duro acero de una sola pieza. Luego se dirigió a su vera y al lado clavó la lanza poderosa, derecha sobre el extremo del asta, y depositó el yelmo apoyado en ella. Y armado de su escudo solamente se puso en marcha hacia adelante tras el rastro de las huellas numerosas de los toros. Éstos, desde alguna guarida invisible y subterránea, donde tenían sus recios establos envueltos por negra 1280 1290

⁵⁵⁹ Sigo la interpretación de Vian.

⁵⁶⁰ En torno al cual se gira en la carrera.

⁵⁶¹ Con la protección del ungüento Jasón no necesita coraza y puede luchar desnudo, tal como ya aparece en Píndaro (*Pítica* IV 232), y utilizando el yelmo sólo para llevar los dientes que va a sembrar.

humareda, se presentaron los dos a la vez, exhalando resplandores de fuego. Y al verlos se llenaron de espanto los héroes; mas él, a pie firme, esperó su embestida, como el escollo en el mar las olas que se agitan con las interminables borrascas. Y ante él, al frente, sostuvo su escudo. Y los dos vinieron a golpearlo entre mugidos con sus cuernos poderosos, sin que, en efecto, ni un ápice en el choque logran alzarlo⁵⁶². Y como cuando en los agujereados crisoles de los fundidores los fuelles 1300 de cuero por momentos ruidosamente resoplan, avivando el fuego que aniquila, y por momentos hacen una pausa en su resuello, y del fuego surge un terrible estruendo cuando se precipita desde el fondo⁵⁶³; así entonces los dos con estrépito exhalaban veloz llamarada de sus bocas y a él lo envolvió el fuego abrasador que, cual relámpago, lo alcanzaba. Pero le servía de protección la droga de la joven. Y agarrando por la punta el cuerno del toro que estaba a la derecha, reciamente tiró de él con todo su vigor, para acercarlo al yugo de bronce. Al otro lo derribó en tierra con sus remos doblados de un rápido punta- 1310 pié en su broncínea pata. E igualmente al otro también cuando atacaba de rodillas lo hizo caer, batido por un solo golpe. Arrojando al suelo primero su ancho escudo y sobre los dos pies bien afianzado, a un lado y otro a ambos los retenía sujetos, derribados sobre sus rodillas delanteras, mientras a él de pronto lo envolvían las llamas. Eetes se admiró del vigor de aquel hombre, y los Tindáridas en tanto (pues ya se les había dicho de antemano) llegándose cerca y tomando del suelo el yugo se lo dieron para que él se lo pusiera. Y se lo ató bien a los cuellos y, tras levantar entre ambos toros el broncíneo timón del arado, lo ajustó al yugo por su anilla⁵⁶⁴. Los dos aquéllos⁵⁶⁵ ante el fuego se retiraron hacia la nave, y él tomando de 1320 nuevo su escudo se lo puso por detrás sobre la espalda, y cogió el sólido yelmo lleno de afilados colmillos y la lanza irresistible con la cual, como un labriego con su aguijada pelásgica⁵⁶⁶, los

⁵⁶² Se refiere al escudo, que sirve de barrera inamovible.

⁵⁶³ Del horno naturalmente.

⁵⁶⁴ Para la interpretación cfr. el comentario de Vian.

⁵⁶⁵ Los Tindáridas.

⁵⁶⁶ Aquí por «de Tesalia», comarca a la que se atribuía la invención de la aguijada.

picó hiriéndolos en medio de los flancos. Y con toda firmeza dirigió la esteva bien ajustada y hecha de acero.

Ellos, entretanto y ya en el colmo de su furor exhalaban sobre él los resplandores violentos de su fuego, y su resuello se elevaba cual el estruendo del ulular de los vientos, de los que sobre todo temerosos los navegantes la gran vela recogen. Pero no mucho tiempo después, urgidos por la lanza, se pusie- 1330
ron en marcha. El áspero barbecho se abría tras ellos, hendido por el vigor de los toros y por el potente labrador. Al tiempo atrocemente crujían al romperse a lo largo de los surcos del arado los terrones, que hubieran sido pesada carga para un hombre⁵⁶⁷. Y él los seguía, apretando con su pie robusto la reja, y lejos de sí iba arrojando en la gleba, a medida que la araba, los dientes, y mientras se daba vuelta no fuera a adelantársele saliéndole al encuentro la espiga abominable de los hombres nacidos de la tierra. Y ellos seguían adelante en su tarea, afianzando sus pezuñas de bronce. Y a la hora en que queda, a partir 1340
de la aurora, la porción tercera para que el día se termine⁵⁶⁸, y los obreros, cansados, claman porque al punto les llegue el momento tan grato en que desuncen los bueyes, a esa hora estaba ya arado el barbecho, a pesar de sus cuatro fane-
gas, por el infatigable labrador. Y desató el arado de los bueyes, los espantó para que escaparan hacia el llano, y él marchó de nuevo de vuelta a la nave, al ver aún los surcos vacíos de los hombres nacidos de la tierra. A su alrededor los camara-
das le dirigían palabras de aliento, y él, tomándola con el propio yelmo de la corriente del río, apagó su sed con el agua, fle- 1350
xionó sus rodillas, así aligeradas, y colmó su gran ánimo de ardor, tan lleno de coraje como un jabalí que contra los cazadores afila sus colmillos y de cuyo hocico iracundo fluye a tierra espuma abundante.

Ya los nacidos de la tierra por todo el campo retoñaban⁵⁶⁹. Se erizó en derredor con macizos escudos, con lanzas de doble

⁵⁶⁷ Para el sentido cfr. Giangrande, *Sprachgebrauch*, pág. 29, y D. E. Gerber, *MCr* 10-12, 1975-77, págs. 177-179.

⁵⁶⁸ Ya en Homero tanto el día como la noche se dividen en tres partes.

⁵⁶⁹ Apolonio insiste en la metáfora de los hombres como espigas.

punta⁵⁷⁰ y yelmos relucientes el recinto de Ares, el exterminador de los mortales. Y llegó desde allá abajo a través del aire hasta el Olimpo su relampagueante destello. Y como cuando, tras caer en la tierra nutrida nevada, prontamente dispersan 1360 los vientos las nubes invernales bajo el avance de una oscura noche, y las constelaciones se muestran todas en masa apretada y refulgente a través de las tinieblas; así entonces aquéllos destellaban mientras crecían desde debajo de la tierra. Y Jasón recordó los consejos de Medea la de muchos recursos. Tomó del llano una gran piedra redonda, disco terrible de Ares Enialio, que cuatro hombres mozos apenas hubieran alzado del suelo⁵⁷¹. Con facilidad la levantó y, de un impulso, la arrojó de muy lejos en medio de ellos. Y él bajo su escudo se apostó oculto y lleno de audacia⁵⁷². Grandes gritos lanzaban los Colcos, como cuando resuena la mar, que retumba al chocar contra los afilados escollos. En cambio enmudecido quedó Eetes ante el lanzamiento del disco poderoso. Y ellos⁵⁷³, cual perros veloces, saltaron en torno y entre rugidos se mataban los unos a los otros y caían sobre la tierra, su madre, bajo los golpes de sus propias lanzas, como pinos o encinas que las ráfagas del viento sacuden. Y cual desde el cielo brinca un astro de fuego, que traza un surco fulgurante, prodigio para los hombres que lo vean precipitarse en fugaz exhalación a través del aire tenebroso; tal el hijo de Esón se lanzó contra los nacidos de la tierra, y llevaba su espada desnuda fuera de la vaina, y los hería, segando al azar, a muchos que aún estaban enterrados⁵⁷⁴ hasta el vientre y los flancos y sólo a medias se levantaban en el aire; a otros que hasta las rodillas surgían, a los que acababan de ponerse de pie y a los que ya por sus propios pasos se apresura-

⁵⁷⁰ Recuerdo de una expresión homérica (*Iliada* XIII 147) de interpretación muy discutida. Puede tratarse efectivamente de lanzas con ambos extremos metálicos, o quizás habría que traducir, como hacen otros, por «manejables con ambas manos», etc.

⁵⁷¹ Hipérbole de origen homérico: cfr. por ejemplo *Iliada* V 302 y ss.

⁵⁷² Se ha hecho notar el aparente contraste entre el acto de ocultarse y la citada audacia. Realmente aquella táctica le venía impuesta por las recomendaciones de Medea, pero Jasón tiene ahora total confianza en su triunfo.

⁵⁷³ Los «nacidos de la Tierra».

⁵⁷⁴ Hay una laguna en el texto original.

ban al combate. Y como cuando al despertarse una guerra entre gentes vecinas, por temer el campesino que le sieguen antes sus campos⁵⁷⁵ coge con sus manos su corva hoz recién amolada y corta presuroso sus espigas inmaduras sin aguardar a que a su tiempo se sazonen con los rayos del Sol; así entonces cortaba él las espigas de los nacidos de la tierra y con su sangre se llenaban los surcos, como las acequias con la corriente de un venero. Cafan, unos de cara atrapando entre sus dientes a mordiscos la tierra revuelta, otros de espaldas y otros sobre sus manos y de costado⁵⁷⁶, semejantes a la vista en sus cuerpos a monstruos marinos. Y muchos, heridos antes de haber alzado sus plantas de bajo la tierra, en la medida en que habían brotado al aire hacia arriba, en la misma medida quedaban caídos en el suelo bajo el peso de sus blandas cabezas⁵⁷⁷. Del modo que, tras un formidable aguacero de Zeus, los retoños recién plantados en un huerto, que fueran duro trabajo de labriegos, se abaten a tierra con sus raíces quebradas, y al dueño del terreno que los sembrara lo invade el desánimo y un atroz sufrimiento; así entonces gravosas aflicciones penetraban en el espíritu del rey Eetes. Y marchó de vuelta a la ciudad en compañía de sus Colcos, cavilando en cómo enfrentárseles lo más presto posible. Y el día decayó y para qué⁵⁷⁸ quedó consumada su prueba. 1390 1400

⁵⁷⁵ Antes de tiempo y a la vez antes de que él pueda hacerlo.

⁵⁷⁶ Postura no infrecuente en la plástica de la época para figuras de moribundos en combate.

⁵⁷⁷ Apolonio piensa sin duda en cabezas de recién nacidos. Este breve catálogo de posiciones no puede menos de recordar el que se nos da en I 1006 y ss., también de otros «nacidos de la Tierra».

⁵⁷⁸ Jasón.

CANTO CUARTO

Tú misma ahora, diosa, habla de las penas y designios, Musa, hija de Zeus, de la joven de la Cólquide. Pues en mi interior se revuelve, enmudecido, mi espíritu, cuando pienso si exponer la funesta calamidad de su terrible pasión o la triste fuga con que abandonó las estirpes de los Colcos.

Entre los hombres los más sobresalientes de su pueblo la noche entera Eetes estuvo maquinando en su palacio contra ellos un engaño ineludible, irritado en su ánimo violentamente con motivo de la odiosa prueba, sin que dejara de ocurrírsele que en modo alguno se había llegado a ese resultado sin la in- 10
tervención de sus hijas.

A ella⁵⁷⁹ por su parte le infundió Hera en su corazón el más atroz de los espantos, y se entregó a la huida como una ligera cervatilla a la que el ladrido de los perros asustara en la espesura del profundo bosque. Pues al punto y sin que errara pensó que a aquél no se le había escapado su socorro y que a ella prontamente se le colmaría la medida de todo su infortunio. Y la asustaba el que sus sirvientas fueran sabedoras. Y sus ojos se llenaron de fuego, sus oídos horriblemente le zumbaban, una y otra vez se tocaba la garganta y una y otra vez arrancándose los bucles de su cabeza lanzaba rugidos bajo sus atribulaciones dolorosas. Allí hubiera entonces perecido, contra lo que 20
le estaba destinado, la doncella, tomando sus venenos, y hubiese frustrado los afanes de Hera, si la diosa no la hubiese incitado en su angustia a escapar con los hijos de Frixo. Y se le reanimó el alma, tomó alas su espíritu y, luego, con sus designios

⁵⁷⁹ Medea.

cambiados, vertió del cofre en su regazo el montón todo de sus pócimas. Abrazó su lecho y a ambos lados las jambas de la doble puerta⁵⁸⁰ y acarició las paredes. Y con sus manos se cortó un largo bucle, lo dejó en la alcoba como recuerdo de su virginidad para su madre⁵⁸¹ y en alta voz se lamentó:

«Me voy dejándote en mi lugar, madre mía, este largo rizo. 30
Sé tú dichosa, aunque yo me vaya bien lejos. Sed dichosas, Calciópe y la casa toda. ¡Ojalá, extranjero, que la mar te hubiese despedazado antes de arribar a la tierra de Cólquide!»

Así dijo, y de sus párpados abajo derramó un torrente de lágrimas. Y cual una cautiva que se ve arrastrada por su casa opulenta y a la que su sino acaba de despojarla de su patria, sin que nunca antes haya probado el penoso trabajo, sino que hasta entonces sin hábito de penas y de tareas de esclavitud va angustiada a poder de las duras manos de un ama; tal fuera de su 40
casa se precipitó la joven deseable. Ante ella cedieron por sí solos los cerrojos de las puertas, retrocediendo de un salto bajo la acción de sus rápidos ensalmos⁵⁸². Y corrió con sus pies desnudos por las calles angostas, con su manto cubriéndose con su mano izquierda por encima de las cejas la frente y sus lindas mejillas, y con la diestra alzando los bajos del vestido. Velozmente por un oscuro camino llegó con temor fuera de los muros de la dilatada ciudad y no la reconoció ninguno de los guardias ni la descubrieron al pasar. Desde allí pensó en di- 50
rigirse al templo, pues no desconocía los senderos, de cuando ya antes con frecuencia andaba errabunda en busca de cadáveres y de las nefastas raíces de la tierra, cual suelen hacer las hechiceras. Pero se le agitaba su ánimo con temblores de espanto. Y de la hija del Titán, la diosa Luna⁵⁸³, que hacía poco del horizonte se había levantado, se apoderó un gran regocijo al verla en su marcha incierta, y tales palabras entre sí se dijo:

«No soy yo la única en errar en busca de la caverna del Latmo ni estoy sola en abrasarme por el hermoso Endimión⁵⁸⁴.

⁵⁸⁰ Es decir, de la puerta de doble hoja de su alcoba.

⁵⁸¹ Las doncellas consagraban un bucle de su pelo el día de su boda.

⁵⁸² La magia, como el poder divino, hace abrirse las puertas. Es un tema muy usual en la poesía griega.

⁵⁸³ La Luna (Selene) era hija del Titán Hiperión.

⁵⁸⁴ El amor de Selene por Endimión tuvo como escenario una cueva del monte Latmo, en Caria.

¡Cuántas veces en verdad, perra, también por tus tramposos
ensalmos me he acordado de mi amor, para que tú en la noche 60
tenebrosa practicaras tranquila los maleficios que te son tan
queridos!⁵⁸⁵ Pero ahora también a ti te ha tocado sin duda un
delirio semejante y gravosa divinidad te ha concedido que sea
Jasón para ti un doloroso infortunio. ¡Ea!, ve y padece, por sa-
bia que seas, la carga de tu lamentable aflicción.»

Así dijo. Pero a aquélla prestamente sus pies se la llevaron
presurosa. Y con alborozo ascendió a los ribazos del río al di-
visar allá enfrente el destello del fuego que toda la noche los
héroes mantenían encendido en la alegría del triunfo. Luego, 70
en la oscuridad y desde la opuesta orilla, con voz aguda y clara
llamó a Frontis, el menor de los hijos de Frixo. Y él reconoció
con sus hermanos y el propio Esónida la voz de la muchacha.
Y los compañeros se asombraron en silencio, cuando se perca-
taron de que aquello era cierto. Por tres veces ella gritó y por
tres veces, al incitarlo a ello su grupo, Frontis le contestó con
sus voces, y mientras los héroes llevaban la nave con sus rápi-
dos remos hacia ella. Aún no habían arrojado las amarras en la
tierra de enfrente y ya Jasón ponía en ésta desde lo alto de la
cubierta sus ágiles pies. Luego, Frontis y Argos, ambos hijos 80
de Frixo, saltaron a tierra, y entonces ella rodeando con sus
dos brazos sus rodillas les habló:

«Amparadme, amigos, en mi desdicha e igualmente a voso-
tros mismos del poder de Eetes. Pues todo sin falta es ya noto-
rio y remedio alguno nos viene. ¡Ea!, huyamos en el navío an-
tes de que él monte en sus caballos veloces. Seré yo la que os
dé la dorada piel, tras adormecer a la sierpe que la guarda.
Y tú, extranjero, ante tus camaradas pon a los dioses por testi-
gos de las palabras con que expresaste tus promesas, y no me 90
dejes, por falta de protectores, en el escarnio y la deshonra
cuando parta lejos de aquí»⁵⁸⁶.

⁵⁸⁵ Según la usual creencia sobre las brujas, Medea haría descender u ocultar-
se a la Luna con sus ensalmos, forzándola así a visitar también de noche a En-
dimión, a cuyo encuentro acudía sólo de día. Selene ve su amor, como es fre-
cuente en la poesía griega, como una calamidad.

⁵⁸⁶ Se ha señalado que la reclamación de Medea coincide bien con los usos
helenísticos. Ella, a la que Jasón se le ha ofrecido en matrimonio y ahora sin va-

Decía afligida. Y mucho se alegró el espíritu del hijo de Esón, y al punto a ella que estaba postrada rodeando sus rodillas la alzó gentilmente y le habló con afecto dándole ánimos:

«Infeliz, que Zeus Olímpico mismo y Hera Conyugal, compañera de lecho de Zeus, den testimonio de mi juramento: de ponerte en mi casa como esposa legítima cuando lleguemos de retorno a la tierra de Grecia.»

Así le habló, y al instante unió su mano derecha a la mano de Medea. Y ella los invita a conducir con premura la nave veloz hasta el bosque sagrado a fin de llevarse el vellón, aún de noche tomándolo y contra la voluntad de Eetes. Entonces, presurosos, unieron la acción a la palabra, pues la hicieron embarcar y al punto apartaron la nave de la orilla. Se produjo un gran alboroto con las prisas de los héroes en el manejo de los remos, en tanto que ella atrás pretendía arrojar y en su desconsuelo tendía hacia la tierra los brazos, pero Jasón en su dolor con sus palabras la confortaba y la contuvo.

Cuando expulsan el sueño de sus ojos los cazadores que, fiados en sus perros, nunca duermen por la noche hasta el alba, con la idea de evitar la luz de la aurora, no sea que ésta antes les borre las huellas y el olor de las fieras con el choque de sus claros rayos, entonces el Esónida y la joven salieron de la nave en una pradera que llaman Cama del Carnero, donde por la vez primera éste dobló sus fatigadas rodillas, portador en sus lomos del Minio hijo de Atamante. Allí cerca estaba la base ennegrecida del altar, que en tiempos el Eólida Frixo levantara en honor del Zeus de los que huyen y en el cual sacrificó aquel prodigio todo de oro, según le dictara, benévolo, Hermes saliendo a su encuentro. Allí entonces los héroes por consejo de Argos los dejaron marchar⁵⁸⁷, y los dos se dirigieron por una senda hacia el bosque sagrado, en busca de la enorme encina sobre la que estaba echado el vellón, semejante a una nube que se torna roja con los rayos ardientes del Sol, cuando éste se levanta. Pero frente a ellos tendió el inmenso largor de su cuello

ledores legales, espera tener en él un marido y un tutor, el único modo de no caer en una situación a la vez desairada y legalmente desprotegida. Aún lo llama «extranjero», pero después (v. 355) se dirigirá a él por su nombre.

⁵⁸⁷ A Medea y Jasón, según lo que sigue.

la sierpe, que los vio avanzar vigilante con sus ojos insomnes. De un modo desmesurado lanzaba silbidos, y en torno las dilatadas orillas del río y el bosque infinito resonaron. La oyeron incluso los que, muy lejos de la Titánida Ea⁵⁸⁸, poblaban la Cólquide junto al curso del Lico⁵⁸⁹, que, tras separarse del estruendoso río Araxes, une su santa corriente con el Fasis, y los dos juntos ya van a desembocar en la mar del Cáucaso⁵⁹⁰. Con espanto se despertaron las mujeres de parto y a sus criaturas, que dormían en sus regazos y que con el silbido se agitaron, las rodeaban afligidas con sus brazos. Y como cuando por encima de un bosque incendiado se enroscan ennegrecidos e inmensos torbellinos de humo y uno tras otro rápidamente sin pausa se levantan lanzándose a lo alto en espirales; así entonces aquel monstruo movía sus curvas gigantescas, recubiertas de secas escamas. Pero la joven se mostró ante sus ojos⁵⁹¹, mientras así se desplazaba ondulante, e invocó con dulces ensalmos al Sueño, el dios más excelso, en su ayuda, para que encantara a la bestia. Y le gritaba a la Señora nocturna y soterraña, la que acude benévola⁵⁹², que le diera una vía en su asalto. Y la seguía, aterrado, el Esónida. Pero ya aquélla, con el ensalmo seducida, relajaba el largo espinazo de sus anillos nacidos de la tierra⁵⁹³ y extendía sus espirales incontables, igual que cuando una negra ola, sin vigor ni estruendo, rueda por mares en calma. Mas sin embargo aún alzaba por lo alto su horrenda cabeza en su ansia de abrazar a los dos con sus mandíbulas funestas. Pero ella, con una rama recién cortada de enebro que mojaba en su brebaje, entre encantamientos le rociaba con drogas eficaces⁵⁹⁴ los ojos, y el poderoso olor de la pócima la rodeaba de sueño. En el sitio mismo dejó caer su quijada y sus roscas

⁵⁸⁸ Posiblemente la ciudad es llamada así por descender su rey del Titán Helios.

⁵⁸⁹ Distinto naturalmente del citado en II 724, en Bitinia.

⁵⁹⁰ En la parte más oriental del Mar Negro. Por lo demás, los datos hidrográficos que aquí ofrece el poeta no son muy exactos.

⁵⁹¹ La expresión es difícil y ha sido con frecuencia corregida. La idea parece ser la de que Medea hace que el dragón fije en ella sus ojos.

⁵⁹² Hécate.

⁵⁹³ Cfr. II 1209 y s.

⁵⁹⁴ Sigo a Vian para la interpretación de este término.

inmensas se extendían por detrás a lo lejos por entre el bosque de troncos innumerables.

Entonces él tomó de la encina el dorado vellón, al invitarle a ello la joven. Y ella, de pie sin moverse, untaba con la droga la cabeza de la bestia, hasta que ya el propio Jasón le indicó que retornara a su nave. Y abandonaron el umbrío bosque de Ares. Y como una doncella recoge en su fino vestido el brillo de la Luna llena cuando se alza por encima de su alcoba, que está debajo del tejado⁵⁹⁵, y su corazón se llena de alegría al ver los hermosos destellos; así entonces Jasón, pleno de gozo, levantaba entre sus manos el gran vellocino y sobre sus rubias mejillas y su frente el reflejo de la lana ponía un tono rojizo semejante al de las llamas. Cuán grande es la piel de una ternera de un año o de un ciervo, al que los cazadores dan el nombre de venado⁵⁹⁶, tan grande era el vellón, todo de oro y con su carga de lana que por encima lo cubría. La tierra lanzaba violentos destellos de continuo delante de sus pies cuando él avanzaba, y marchaba a ratos echándose sobre el hombro izquierdo, desde la altura de su cuello hasta sus pies, y a ratos en cambio lo enrollaba sintiendo su tacto entre las manos. Pues 170
recelaba que algún hombre o un dios no acudiera a su encuentro a despojarlo de él. 180

El alba se extendía sobre la tierra y llegaron a donde estaba el grupo. Los jóvenes se llenaron de pasmo al contemplar el enorme vellón, que relucía comparable al relámpago de Zeus. Y cada uno se alzó, deseoso de tocarlo y recibirlo en sus manos, pero el Esónida contuvo a los demás y le echó por encima un manto flamante. Y, levantando a la joven⁵⁹⁷, la hizo sentar en la popa, y tales palabras pronunció entre ellos:

«Ahora, amigos, ya no rehuséis volver a la patria. Pues la 190
razón por la que hemos soportado esta penosa travesía, entre desdichados trabajos, está ya felizmente cumplida gracias a los consejos de esta doncella. Yo, si es su gusto, la llevaré a mi

⁵⁹⁵ Aquí Apolonio sigue el uso homérico de situar los departamentos de las mujeres en el piso superior (cfr. antes nota a III 249).

⁵⁹⁶ Más específicamente un ciervo de cierta edad. Pero el término no está del todo aclarado.

⁵⁹⁷ Vian cree que Jasón simboliza así su promesa de matrimonio.

casa como esposa legítima. Y vosotros, por el favorable socorro que de ella viene a la tierra toda de Acaya y a vosotros mismos, amparadla. Pues sin duda, es mi creencia, Eetes va a venir con su tropa para cerrarnos el paso desde el río al mar. Así que, alternándoos un hombre sí y otro no y tomando asiento, 200 remad con las palas, y, la otra mitad, preservad el retorno con los escudos con pieles de reses, diligente protección contra los proyectiles enemigos⁵⁹⁸. Ahora en las manos tenemos a nuestros hijos, nuestra patria querida y nuestros padres ancianos. En nuestro arranque se sustenta la Hélade para lograr o bien el deshonor o bien una gran gloria.»

Así habló, y se revistió de su armadura de guerra. Los demás gritaron, con un ardor portentoso. Y él, tras sacar su espada de la vaina, cortó las amarras de popa de la nave. Y, ya armado, se puso cerca de la joven, al lado de Anceo, el piloto. Y la nave se apresuraba con el impulso de los remos, al afanarse ellos vigorosamente en llevarla con premura fuera del río. 210

Ya al soberbio Eetes y a todos los Colcos les eran notorios el amor y los actos de Medea. Y se reunieron en asamblea con sus armas en el número de las olas del mar que encrespa el viento borrascoso o en el número de las hojas que por tierra caen de un bosque frondoso en el mes del deshoje (¿quién podría contarlas?); así ellos, innumerables, llenos de ímpetu recorrían las orillas del río entre gritos. Eetes en su carro bien 220 construido destacaba con sus caballos que Helios le diera, semejantes a los soplos del viento, y en su brazo izquierdo llevaba en alto su escudo redondo y en la otra mano una larga tea de pino, y a su lado se extendía apuntada su pica gigantesca. Y las riendas de sus caballos las sostenía entre sus manos Ap-sirto.

Pero ya el bajel cortaba hacia adelante la mar, apresurado por sus poderosos remeros y por el rápido curso descendente del enorme río. El rey en su infortunio de tantos sufrimientos alzaba sus brazos e invocaba a Helios y a Zeus por testigos de aquella mala obra y al momento profería atroces amenazas 230 contra toda su gente: si no le traían a su hija al punto capturada, ya fuera en tierra, ya tras descubrir la nave entre el oleaje

⁵⁹⁸ Recuérdese la táctica ya empleada en II 1061 y s.

de la mar navegable, y él no saciaba su ánimo en su ansia de hacerles expiar todo aquello, iban a aprender con sus cabezas, recibiendo toda su cólera y todo su infortunio.

Así hablaba Eetes. Y en el mismo día los Colcos botaron sus navíos y pusieron los aparejos en las naves, y en el mismo día se hicieron a la mar. Y nadie diría que hubiese tan gran expedición naval, sino que en masa una inmensa población de 240 aves pasaba sobre alta mar con estruendo.

Con el viento que velozmente soplabla según los designios de la diosa Hera, a fin de que Medea la de la ciudad de Ea, como un mal para la casa de Pelias, llegase lo antes posible a la tierra pelasga, en el alba tercera ataron las amarras de popa de la nave en las riberas de los Paflagones, delante del río Halis⁵⁹⁹. Pues ella les indicó que desembarcaran e implorasen con sacrificios a Hécate. Ahora bien, de cuanto rito llevó a cabo la joven para hacer sus ofrendas (que nadie se entere de ello ni mi ánimo me incite a cantarlo) siento temor de hablar. En 250 cuanto al santuario⁶⁰⁰, que en honor de la diosa los héroes levantaron en la costa, aún desde entonces permanece a la vista incluso ahora para los hombres que después han nacido. Y en el momento mismo el Esónida se acordó, y con él igualmente los otros héroes, de Fineo, el cual ya les dijera que desde Ea seguirían otra ruta, por más que todos de ella nada sabían⁶⁰¹. Pero Argos a sus ansiosos compañeros les dijo:

«Nosotros íbamos a Orcómenos por donde os anunció que pasaríais ese veraz adivino con el que antes tuvisteis un encuentro⁶⁰². Pues hay otra ruta navegable, de la que han habla- 260 do los sacerdotes de los dioses inmortales que nacieran de Tebe, la hija de Tritón⁶⁰³. Aún no estaban todas las constela-

⁵⁹⁹ Cfr. antes II 365 y ss. Hasta aquí el regreso es por una ruta semejante a la de la llegada.

⁶⁰⁰ Probablemente sólo alguna pequeña e improvisada capilla, sobre la que nos informan otras fuentes también.

⁶⁰¹ Cfr. II 420 y ss.

⁶⁰² Argos (hijo de Frixo) alude sin duda a la ruta que él y sus hermanos pensaban seguir en su frustrado viaje (cfr. II 1152 y s.), por la cual se evitaba el paso por las Simpléades.

⁶⁰³ Tebe debe ser la heroína epónima de Tebas (en Egipto), hija del Nilo (aquí llamado por su antiguo nombre de Tritón: cfr. luego v. 269). Diversos autores griegos citan como pruebas documentales textos sacerdotales egipcios.

ciones que giran en el cielo ni tampoco, si se preguntaba, no se hubiese oído mencionar la santa estirpe de los Dánaos. Solos existían los Arcadios Apidáneos, los Arcadios de los que se celebra que vivían antes incluso que la Luna, y se alimentaban de bellotas en los montes⁶⁰⁴. Tampoco la tierra pelasga era gobernada entonces por los vástagos ilustres de Deucalión, en el tiempo aquel en que Egipto, madre de hombres de más antiguo origen, era llamada Eeria⁶⁰⁵ la rica en sementeras, y Trítón era su río de ancho curso, por el cual toda Eeria es regada, 270 y jamás la lluvia de Zeus la riega en abundancia, pero sus campos hacen crecer con sus corrientes las espigas. De allá se dice que alguien emprendió una ruta en torno a Europa y a Asia, con su confianza puesta en su fuerza y en el poderío y el coraje de su gente. Innumerables ciudades fundó a su paso, las cuales unas siguen pobladas y otras no, ya que mucho es el tiempo que ha discurrido⁶⁰⁶. Aún ahora firmemente permanecen Ea y los descendientes de esos hombres a los que aquél asentó para que fueran moradores de Ea⁶⁰⁷. Éstos conservan inscripciones de sus padres, planchas en las que están todas las rutas y las in- 280 dicaciones para quienes marchan en torno por las vías húmedas y firmes⁶⁰⁸. Y hay un río, el brazo superior del Océano⁶⁰⁹, ancho y profundo, y puede pasarlo una nave de carga: Istro lo llaman y hasta muy lejos han dado noticia de él⁶¹⁰. Éste por un tiempo corta él solo un inmenso territorio, ya que sus manantiales burbujan por encima del soplo del Bóreas, muy lejos, en los montes Ripeos⁶¹¹; pero cuando pisa los linderos de Tracios

⁶⁰⁴ Los Arcadios, cuya antigüedad era proverbial, habitaban las tierras de Apis (rey legendario de Argos), es decir del Peloponeso.

⁶⁰⁵ «La Brumosa», según la interpretación quizás más acertada. Sobre Deucalión cfr. III 1085 y ss.

⁶⁰⁶ Según Herodoto (II 102 y ss.), el faraón Sesostris había llevado a cabo esta (fabulosa en su mayor parte) expedición.

⁶⁰⁷ Que los Colcos descendían de estos colonos egipcios de la Cólquide se lee igualmente en Herodoto (II 104) y en otros autores.

⁶⁰⁸ Por agua o por tierra.

⁶⁰⁹ En realidad todos los ríos en esta geografía mítica podían considerarse brazos del Océano, el gran curso de agua que se suponía rodeaba la tierra.

⁶¹⁰ El Danubio. La alusión a la nave de carga se refiere a su mayor calado lógicamente.

⁶¹¹ En el punto más al Norte imaginable en la época, encima del país de los Escitas. Luego (véase la continuación) formaría la frontera entre Escitas y Tra-

y Escitas, en ese punto se divide en dos: de una parte viene a verter sus aguas por aquí, en busca del Mar Oriental; y de la 290 parte opuesta las arroja a través de un golfo profundo, que sube desde el Mar de Trinacria, que bordea nuestro país, si de veras es de nuestro país de donde brota el Aqueloo»⁶¹².

Así habló, pues, y la diosa les ofreció un prodigio favorable, con el cual todos al verlo con veneración aprobaron tomar esa ruta. Pues se formó el rastro de un rayo celestial⁶¹³ allá delante, por donde justamente era su camino. Llenos de júbilo dejaron allí mismo al hijo de Lico y navegaron por el mar con la vela desplegada, teniendo a la vista los montes Paflagonios⁶¹⁴. 300 Y no doblaron el cabo Carambis, ya que los soplos del viento y el destello del fuego celestial persistieron hasta que arribaron al gran curso del Istro.

De los Colcos, a su vez, unos, que los buscaban en vano, salieron del Ponto franqueando las Peñas Ciáneas; y otros por su parte alcanzaron el río. De éstos el jefe era Apsirto, que, desviándose, pasó por Boca Hermosa, de suerte que, tras superar el istmo del país, los adelantó hasta el golfo más remoto de la mar de los Jonios⁶¹⁵. Pues hay una isla cercada por el Istro de 310 forma triangular⁶¹⁶ y que se llama De los Pinos, que en su base

cios, desembocando sus dos brazos en el Ponto (Mar Oriental aquí) y (erróneamente por supuesto) en el Adriático, que es considerado una especie de golfo o prolongación del Mar de Trinacria (la isla triangular, Sicilia), nombre del centro del Mediterráneo, al Sur del Adriático. Debe tenerse en cuenta que hasta la época romana no hubo noticias exactas del curso del Danubio.

⁶¹² Este río (hoy Aspropótamo) desemboca en el Adriático. En la simplista geografía que conoce Argos éste sería el río más destacado de Grecia, al Sur del Istro.

⁶¹³ Algún meteorito, cuya señal durará un largo tiempo.

⁶¹⁴ El hijo de Lico, Dásilo, los había acompañado en parte de su ruta de ida como guía (cfr. II 802 y ss.). Paflagonia quedará durante un tiempo a babor, hasta el cabo Carambis. Antes de llegar a éste la Argo atraviesa el Ponto aproximadamente por su centro en dirección NO.

⁶¹⁵ El grupo de Colcos que manda Apsirto penetra en el Istro por una boca distinta (Boca Hermosa) de la usada por los Argonautas, se supone que por haberlos visto y desear adelantarlos. Así llegan por delante al Adriático o Mar Jónico en su parte más al Norte (también llamada Mar de Crono). El «istmo» citado es nada menos que los Balcanes, pero es sabido que los Griegos consideraban su extensión mucho menor que la real.

⁶¹⁶ En su desembocadura en el Ponto, con la forma típica de un delta.

ancha prolonga la costa marina y su ángulo angosto apunta a la corriente del río. Por sus lados el curso se divide en dos: al uno llaman Nareco y al otro, el de más abajo⁶¹⁷, Boca Hermosa. Por éste avanzaron más velozmente Apsirto y los Colcos, mientras ellos marchaban allá lejos por arriba, por la parte superior de la isla. En las praderas los rústicos pastores abandonaron por temor a las naves sus innumerables rebaños, cual si vieses bestias que surgieran de la mar que cría monstruos. Ya que aún no habían visto antes allí naves marinas ni los Escitas 320 mezclados con Tracios ni los Siginos ni Traucenios ni los Sindos, que ya poblaban en torno a Laurión la gran llanura desierta⁶¹⁸. Y, una vez que dejaron atrás el monte Anguro y el promontorio de Caulfaco, que está lejos del monte Anguro y en torno al cual el Istro ya divide su curso para arrojarse en uno y otro mar, y la llanura de Laurión⁶¹⁹, entonces al fin los Colcos salieron al mar de Crono y por doquier cortaron las rutas, no fueran a escapárseles. Y éstos⁶²⁰ descendían detrás por el río y alcanzaron las dos islas Brigeidas de Ártemis, que estaban cercanas⁶²¹. En una de ellas se hallaba el sagrado edificio⁶²², y, precaviéndose de la muchedumbre de Apsirto, pusieron pie en la otra, puesto que él, por respeto a la hija de Zeus, había dejado justamente aquellas islas que están entre otras muchas, y las demás en cambio, abarrotadas de Colcos, cerraban los accesos al mar. E igualmente había dejado también una masa de hombres en las costas cerca de las islas hasta el río Salangón y la tierra de Néstide⁶²³. 330

⁶¹⁷ Más al Sur. Los Argonautas pasarán por el brazo superior. El delta del Istro es descrito de modos diferentes por los autores antiguos y concretamente Apolonio tiene sólo una vaga idea de sus cursos de agua.

⁶¹⁸ Pueblos todos ribereños del Istro, de varios de los cuales hay menciones en otras fuentes antiguas.

⁶¹⁹ Ni los montes citados ni la llanura de Laurión son identificables con certidumbre.

⁶²⁰ Los Argonautas.

⁶²¹ Las islas (del archipiélago Liburno) más próximas a la desembocadura del supuesto brazo occidental del Istro, ya en el Adriático. Los Briges eran una población conocida del Oeste de los Balcanes.

⁶²² El templo de Ártemis.

⁶²³ En la costa del Adriático, hacia el Sur. Los Colcos cierran los pasos en dirección Sur, precisamente por donde era previsible que intentarían pasar los Argonautas.

Allí en una penosa batalla habrían entonces cedido los Minios con su número menor ante una cifra muy superior. Pero antes, por evitar con un trato un gran enfrentamiento, acordaron que ellos tendrían de modo duradero y con justicia el dorado vellón, ya que el propio Eetes se lo prometiera si a sus pruebas daban cumplimiento, tanto si se lo arrancaron contra su voluntad con engaños como si fue precisamente a la vista de todos; y en cuanto a Medea (pues éste era el extremo en litigio), que quedase junto a la doncella hija de Leto, lejos del grupo, hasta que alguno de los reyes que imparten justicia⁶²⁴ sentenciara si había de retornar a la casa de su padre o si ir a la rica ciudad de Orcómenos divino⁶²⁵ o seguir a los héroes hasta la tierra de la Hélade.

Entonces, una vez que la joven hubo en su mente sopesado toda alternativa, ya una aguda inquietud le agitó con vehemencia el corazón. Y al punto llamó solo y aparte de sus compañeros a Jasón, lo llevó a otro lugar hasta quedar separados por una buena distancia, y le dirigió cara a cara estas palabras que acarrearían tantos sollozos⁶²⁶:

«Esónida, ¿cuáles son esos designios que tramáis sobre mí? ¿Acaso el triunfo te ha hecho perder del todo la memoria y no tomas en consideración cuanto decías cuando en la necesidad te veías atrapado? ¿Tus juramentos al Zeus de los suplicantes dónde marcharon?, ¿dónde tus melosas promesas? Por ellas yo de modo indecoroso, con desvergonzada decisión, me alejé de mi patria, de la fama de mi casa y de mis propios padres, todo lo más excelso para mí, y distante y sola me llevan por el mar con alciones de amargura⁶²⁷ por esos tus trabajos, para que a salvo gracias a mí remataras las pruebas de los toros y de los

⁶²⁴ Son los antiguos reyes del mundo hesiódico y homérico, como aquí luego Alcínoo.

⁶²⁵ El verso (348*) con esta segunda posibilidad es considerado espurio por algunos editores.

⁶²⁶ Este discurso de Medea será imitado por casi todos los poetas latinos de calidad: cfr. por ejemplo Virgilio, *Éneida* IV 305 y ss., u Ovidio, *Metamorfosis* VIII 108 y ss.

⁶²⁷ El canto de los alciones, como de tantos otros pájaros, era tomado como una expresión de dolor, lo que era corrientemente explicado con mitos etiológicos.

nacidos de la tierra. Por último, incluso del vellón, cuando el plan fue notorio, por mi desvarío te apoderaste, y sobre las mujeres he vertido un maldito oprobio. Así que yo afirmo que como hija tuya, esposa y hermana te sigo hasta la tierra de Grecia. Sé, pues, mi completo y franco valedor, y no me dejes sola, lejos de ti, al ir ante los reyes⁶²⁸, sino que me tomes bajo tu amparo y sean firmes para ti el pacto y la sagrada ley a que el uno y el otro nos hemos ajustado. O bien tú luego de inmediato siega por el medio esta garganta con tu espada, para que yo me lleve la recompensa que de mi desenfreno⁶²⁹ es digna. ¡Hombre vill!, si ese rey, al que ambos habéis confiado ese acuerdo doloroso, sentenciara que yo pase a poder de mi hermano, ¿cómo me presentaré ante la vista de mi padre?: ¿sin duda con la más linda gloria! ¿Qué castigo o qué gravoso infortunio no sufriré de modo miserable por las atrocidades que he cometido, y tú en cambio tendrías un jubiloso regreso? ³⁷⁰ ¿Que no lo consienta la reina del universo y esposa de Zeus⁶³¹, de la que tú te enorgullecies! ¡Que alguna vez te acuerdes de mí, cuando entre trabajos te consumas, y el vellón, como un sueño, se te vaya, vano, al infierno! ¡Y que a ti al punto de tu patria te expulsen mis Erinias, según lo que yo misma he padecido por ser tú un hombre sin piedad! ¡No es de ley que lo que digo caiga por el suelo sin cumplirse, pues a tan gran juramento has faltado, ser implacable! ¡Pero no seguiréis, con vuestros guiños burlones, mucho tiempo tranquilos, gracias a vuestro ³⁸⁰ acuerdo!» ³⁹⁰

Así habló, mientras recocía su cólera gravosa. Y ansiaba prender fuego a la nave y abrasarlo absolutamente todo⁶³² y ella misma arrojarse en el violento fuego. Pero Jasón, temeroso, le dijo con palabras amables:

⁶²⁸ Cfr. antes v. 347. Jasón debía ir sin Medea ante el rey que sentenciara el pleito.

⁶²⁹ Es claro que Medea piensa en cómo es ahora calificado por su propio pueblo su amor por Jasón.

⁶³⁰ O bien: «...que he cometido? ¡No podrías tener tú un jubiloso regreso!», como entiende Giangrande, *Sprachgebrauch*, pág. 32.

⁶³¹ Hera.

⁶³² Mantengo el texto de los manuscritos, sin la corrección de Campbell, que acepta Vian.

«¡Contente, infeliz! Tampoco a mí me es grato esto, pero pretendemos algún aplazamiento del combate, según es el nubarrón de enemigos que nos impone un cerco de fuego por tu causa. Pues todos cuantos pueblan este país desean ayudar a Apsirto para que te lleven, cual si fueras nuestra cautiva, de 400 vuelta a tu casa con tu padre. Y todos nosotros pereceríamos con un fin horrible si llegáramos a las manos en lucha. Lo que para ti incluso sería un más lacerante dolor, si con nuestra muerte te dejásemos como presa en su poder. Pero ese acuerdo consumará una trampa con la que a él lo llevaremos a su ruina. Empero, tampoco las gentes del contorno cabe que acudan por tí⁶³³ en ayuda de los Colcos si falta el caudillo que es tanto tu valedor⁶³⁴ como tu hermano. Y yo frente a los Colcos⁶³⁵ no vacilaría en pelear, si no me permiten el paso.»

Dijo, en su intento de aplacarla. Mas ella pronunció estas 410 palabras funestas:

«Medita en esto ahora. Pues la necesidad me impone, tras mis ignominiosas acciones, urdir también ésta, desde el instante en que caí en mi falta primera y por designio de los dioses llevé a término mis siniestros afanes: tú en la batalla aparta las lanzas de los Colcos, y yo lo atraeré a él para que venga a tus manos⁶³⁶. Tú agasájalo con lucidos regalos, a ver si de algún modo convengo a sus heraldos⁶³⁷, cuando partan, de que él solo venga a conversar conmigo. Entonces, si hacerlo te place, yo no me opongo: mata⁶³⁸ y traba batalla con los Colcos.» 420

Así ambos de acuerdo tramaron una gran trampa para Ap-

⁶³³ Como ya señaló Jasón, los indígenas creen erróneamente que Medea va con los Argonautas contra su voluntad.

⁶³⁴ Como tutor legal entiende Vian. Pero también puede interpretarse como tal valedor simplemente, desde el punto de vista de los indígenas.

⁶³⁵ Los Colcos solos, sin la ayuda de los indígenas.

⁶³⁶ Es tanto como decir (cfr. luego v. 420): tú encárgate de luchar con los Colcos (con éstos solos), que mi tarea será hacer que Apsirto caiga en nuestra trampa (lo que haría, según dijo Jasón, que los Colcos perdiesen sus aliados). Medea invierte el orden de los dos hechos. La interpretación «tú evita luchar con los Colcos» (Giangrande, *op. cit.*, pág. 32) es más discutible.

⁶³⁷ Que vendrían a negociar el acuerdo.

⁶³⁸ Se ha hecho notar el fino matiz psicológico que supone que en su discurso Medea aluda a su hermano sin nombrarlo nunca e incluso emplee de modo absoluto este imperativo. Una traducción «mátalo» lo anula.

sirto, y le dieron muchos presentes de hospitalidad, con los cuales también le entregaron el purpúreo manto sagrado de Hipsípila. Las propias diosas Gracias en DÍA, la rodeada por el mar, pusieron en él para Dioniso su labor, éste a su vez se lo donó a su hijo Toante, él por su parte se lo dejó a Hipsípila, y ella se lo dio al Esónida con muchas otras prendas de valor para que lo llevara como un regalo de huésped de hermosa confección⁶³⁹. Ni de tocarlo ni de mirarlo se podría saciar el dulce deseo, y en él quedaba aún un aroma divino desde el día 430 en que el propio Señor de Nisa⁶⁴⁰ yació envuelto en él, casi ebrio de vino y de néctar y teniendo entre sus manos el lindo pecho de la hija de Minos, a la que en tiempos abandonara Teseo en la isla de DÍA cuando lo siguió desde Cnoso⁶⁴¹.

Y ella, cuando hubo comunicado sus palabras a los heraldos, de que lo persuadieran a venir⁶⁴², tan pronto como, según el acuerdo, llegara⁶⁴³ al templo de la diosa y hubiesen caído las negras tinieblas, a fin de planear juntos un engaño con el cual, luego de apoderarse ella del gran vellocino de oro, de nuevo marchara de vuelta a la casa de Eetes, pues a la fuerza los hijos 440 de Friso se la habrían entregado a los extranjeros para que se la llevaran con ellos; y una vez que con tales términos los hubo engañado, esparció drogas de seducción por el aire y el viento, que a una fiera salvaje que incluso estuviese bien lejos la hubieran atraído haciéndola descender de lo alto de un monte.

¡Amor de perdición, gran calamidad que tanto odian los humanos, de ti vienen las zozobras de las malditas discordias, los gemidos y trabajos y, sobre éstos, otros infinitos dolores! ¡Ármate, erguido, dios, contra los hijos de mis enemigos, cual disparaste en el corazón de Medea horrible ofuscación!⁶⁴⁴.

⁶³⁹ Los regalos de las Lemnias se han nombrado en otros lugares (II 30 y ss. y III 1204 y ss.). La isla de DÍA puede identificarse con Naxos, y en relación con el tema de Ariadna, como se verá luego. Toante nos es ya conocido como padre de Hipsípila.

⁶⁴⁰ Dioniso: cfr. II 905 y nota correspondiente.

⁶⁴¹ Una de las ciudades principales de la antigua Creta. Ariadna, abandonada por Teseo en Naxos, fue desposada por Dioniso.

⁶⁴² A Apsirto. La frase que sigue es un tanto tortuosa (como lo son los planes de Medea).

⁶⁴³ Medea.

⁶⁴⁴ Invocación a Eros, con la que Apolonio se permite invadir con un tono

Pues cómo ella abatió ya a Apsirto con un fin fatal cuando 450
venía a su encuentro? Ya que es esto lo que sigue en nuestro
canto.

Cuando, según el acuerdo, la dejaron en la isla⁶⁴⁵ de Árte-
mis, ellos con sus naves por separado atracaban. Y Jasón fue a
emboscarse al acecho de Apsirto y, luego, de sus camaradas.
Éste, embaucado por sus horrendas promesas, prontamente
pasó en su nave las olas del mar y en la oscura noche pisó la
isla sagrada. Y solo y derechamente fue en su busca y sondeó 460
con palabras a su hermana, como tierna criatura a un torrente
invernal que ni aun los mozos intentan pasar, a ver si urdía
contra los extranjeros una añagaza. Ambos se daban a todo su
mutua aprobación, y en un instante el Esónida saltó de su sa-
gaz emboscada, empuñando la espada desnuda. Prestamente la
joven dirigió hacia atrás su mirada, tras cubrirse con su velo,
para no ver el crimen cuando fuese herido su hermano⁶⁴⁶.
Y aquél, cual un matarife a un gran toro de poderosa corna-
menta, lo golpeó tras haberlo acechado cerca del templo que
en tiempos le construyeran a Ártemis los Briges que allí en- 470
frente habitan⁶⁴⁷. En su porche cayó él de rodillas, y el héroe,
al exhalar su postrer aliento, con ambas manos recogía la ne-
gra sangre que vertía su herida y enrojeció su albo velo y su
manto, por más que ella quiso evitarlo. Pero con torcida mira-
da vio al punto la obra funesta que habían cometido la impla-
cable Erinia que sobre todo ejerce su poder. Y el héroe Esóni-
da cortó las extremidades del muerto, por tres veces lamió su
sangre y por tres veces escupió fuera de sus dientes la impura
sustancia, según es ley que expíen los homicidas los crímenes
alevosos. Y ocultó en tierra el cadáver, aún sin rigidez, en un 480

lírico (con motivos tomados de poetas como Teognis) el texto épico. No obs-
tante, contra lo que se ha afirmado demasiadas veces, no se trata de una nota
personal aislada en absoluto.

⁶⁴⁵ Así los manuscritos. Fränkel y Vian corrigen (creo que sin necesidad) «en
el templo». Se trata desde luego de aquella de las dos islas en que estaba el
templo.

⁶⁴⁶ Medea trata de evitar verse contaminada moralmente por la visión del
impío asesinato: cfr. luego vv. 473 y ss.

⁶⁴⁷ El poeta subraya el carácter sagrado del lugar.

lugar donde todavía yacen los huesos aquellos entre las gentes Apsirteas⁶⁴⁸.

Los héroes, que todos juntos vieron delante el resplandor de una antorcha que la joven alzaba como señal para que se pusieran en marcha hacia allá, lanzaron su nave hasta ponerla junto al navío de la Cólquide⁶⁴⁹. Y aniquilaron la tripulación de los Colcos, igual que los gavilanes la especie de las palomas o los leones salvajes que de un salto dentro del redil acosan un gran rebaño. Ni uno siquiera de ellos escapó de la muerte, y en el ataque masacraron, cual un fuego, toda la tropa. Y tardíamente Jasón fue a su encuentro, en su empeño de ayudarlos: que no precisaban socorro en modo alguno y, es más, ya se inquietaban por él. 490

Entonces tomaron asiento y meditaban para su navegación en un plan sagaz, y, mientras deliberaban, la joven llegó junto a ellos. Y Peleo fue el primero en hablar:

«Ya ahora os exhorto a embarcaros aún de noche y atravesar a fuerza de remos una ruta opuesta a aquella que nuestros enemigos vigilan. Pues cuando al alba todo lo vean, confío en que no haya para persuadirlos un único discurso⁶⁵⁰ que los incite a avanzar persiguiéndonos. Sino que, como faltos de su jefe, se entregarán a penosas disensiones, y fácil podría sernos el camino al retornar después, por estar su gente en dos grupos dividida»⁶⁵¹. 500

Así dijo. Y los jóvenes aprobaron las palabras del Eácida. Y prontamente, tras subir a la nave, pusieron toda su fuerza en los remos, hasta alcanzar la isla sagrada de Electris, la última de todas, cerca del río Erídano⁶⁵².

⁶⁴⁸ Las extremidades cortadas simbolizan la impotencia de la víctima para vengarse y el escupir la sangre representa un rito apotropaico, con el que se pretende expulsar la impureza del crimen. Con la sepultura se desea indudablemente aplacar al muerto. Las dos islas Brigeidas serían en adelante llamadas Apsírtidas: cfr. luego vv. 514 y s., sobre el asentamiento de los Colcos.

⁶⁴⁹ Es decir, la nave, separada del resto de su escuadra, en que Apsirto llegó a la isla.

⁶⁵⁰ Una única propuesta que persuada a todos, como la que podía haber hecho Apsirto si viviese.

⁶⁵¹ El grupo que pueda perseguirlos y aquel otro que no se decida a hacerlo, con una división que no se producirá sin embargo. Peleo claramente propone una falsa huida.

⁶⁵² Los Argonautas toman rumbo Norte, hacia la desembocadura del Erídano.



Los Colcos, cuando se percataron del fin de su señor, se apresuraron a buscar la Argo y a los Minios por el interior de la mar toda de Crono, pero Hera los contuvo, lanzando desde el cielo espantosos relámpagos. Y finalmente, pues aborrecían las familiares tierras de Cita por miedo a la salvaje cólera de Eetes, cada cual partió por su lado y se establecieron allí de modo duradero. Unos pusieron el pie en las mismas islas a que habían arribado los héroes, y las siguen poblando con denominación tomada de Apsirto. Otros a la orilla del río de Iliria de profundidades oscuras, donde la tumba de Harmonía y de Cadmo, levantaron un torreón, acogidos entre las gentes Enqueleas⁶⁵³. Y otros habitan en los montes que llaman precisamente Ceraunios desde el momento en que los rayos del Crónida Zeus los rechazaron cuando intentaban pasar a la isla de enfrente⁶⁵⁴. 510 520

Los héroes, cuando ya el regreso les pareció sin más tribulaciones, entonces en su avance ataron sus amarras en el país de los Hileos. Pues islas en número nutrido se adelantaban con una ruta trabajosa para los navegantes entre ellas. Y no tenían contra ellos, como antes⁶⁵⁵, los Hileos pensamientos hostiles, sino que incluso ellos mismos les procuraron un camino, ganándose de paga un gran trípode de Apolo. Pues dos trípodes le había dado Febo al Esónida para que los llevara en su remoto y forzado viaje, cuando él fue a Pito la santa a interrogarlo sobre esta navegación justamente⁶⁵⁶. Y estaba predestinado que la tierra en que fuesen asentados jamás sería despoblada por la llegada de enemigos. Por ello aún ahora ése en aquel 530

no (identificable con el Po, aunque para algunos antiguos era ya un río puramente legendario). La isla o archipiélago de Electris recibía este nombre del ámbar (*electron*) que transportaban las aguas del Eridano.

⁶⁵³ Al Norte del Epiro, donde, según el mito, se refugiaron Cadmo y su esposa Harmonía cuando se exiliaron de Tebas. El «río de Iliria» es posiblemente o bien el actual Drin o el Rizón.

⁶⁵⁴ Ceraunios hace referencia al término *αἰῶνιός* («rayo»). Estos montes se situaban también al Norte del Epiro y eran célebres precisamente por sus tormentas. La «isla de enfrente» es Corcira, la de los Feacios.

⁶⁵⁵ Cuando vivía aún Apsirto. Los Hileos habitaban en la supuesta desembocadura del Istro.

⁶⁵⁶ Cuando fue a Delfos a consultar su oráculo: sobre esta consulta cfr. I 209 y s., etc.

país se halla oculto junto a la amable ciudad de los Hileos y muy por debajo del suelo, para que por siempre esté fuera de la vista de los hombres mortales. Allí no encontraron ya vivo a Hilo, su rey, al que Mélite la hermosa pariera como hijo de Heracles en el país de los Feacios. Pues él había llegado a la casa de Nausítoo y ante Macris, la nodriza de Dioniso, para lavar el 540 horrible crimen cometido en sus hijos⁶⁵⁷. Allí, en su pasión, forzó a la hija del río Egeo, la Náyade Mélite. Y ésta dio a luz al poderoso Hilo. Él, pues, ya adolescente, ansiaba no vivir en la misma isla bajo las cejas del monarca Nausítoo. Y se dirigió al Mar de Crono, tras reunir gentes Feacias del propio país, ya que con él preparó la expedición el héroe Nausítoo⁶⁵⁸. Y allí se estableció. Y lo mataron los Méntores⁶⁵⁹, cuando él defendía 550 sus reses que pernoctaban en el campo.

Mas, diosas⁶⁶⁰, cómo fuera de ese mar, por la tierra de Ausonia y las islas Ligústidas que llaman Estécadas⁶⁶¹, aparecen con certidumbre señales abundantes de la nave Argo? ¿Qué fuerza ineluctable, qué necesidad tan lejos los llevó? ¿Qué vientos los empujaron?

Posiblemente, de que Apsirto en su grandeza hubo caído, del propio Zeus, rey de los dioses, se apoderó la ira por la tremenda obra de aquéllos. Y decidió que retornaran tras purificarse de esa sangre maldita bajo los designios de Circe de Eea y luego de haber antes padecido penalidades sin cuento. De 560 esto ninguno de los héroes tuvo noticia, sino que segufan su

⁶⁵⁷ Nausítoo fue el padre del rey de los Feacios, Alcínoo; Macris, una joven de Eubea, desterrada por Hera a la isla de los Feacios precisamente por haber sido nodriza de Dioniso (cfr. luego vv. 1131 y ss.). Heracles, según esta versión (que no tiene otra fuente en su apoyo), fue a tierras de los Feacios (donde el río Egeo) para purificarse de haber matado a sus propios hijos.

⁶⁵⁸ Es decir, Nausítoo facilitó su marcha, lo que es frecuente en este tipo de relatos. Así Eetes facilitó en su momento la marcha de los hijos de Frixo. La alusión a las cejas equivale a significar bajo un poder arrogante. En la numeración de los versos hay aquí una alteración que los editores arrastran desde Brunck como herencia en parte ya de la doble versión del poema.

⁶⁵⁹ Población al Norte de los ya citados Hileos.

⁶⁶⁰ Las Musas.

⁶⁶¹ En el Mar de Cerdeña (cfr. después vv. 650 y ss.). Son las islas «en hile-
ra» habitadas por Ligures entre las actuales Marsella y Antibes, hoy Iles d'Hyères. Ausonia es aquí un curioso anacronismo, ya que Italia recibiría este nombre sólo después, a partir de Ausón, un hijo de Odiseo y Calipso.

carrera a lo lejos dejando el país de los Hileos. Y dejaron atrás cuantas islas Libúrnidas antes una tras otra en el mar habían estado llenas de Colcos: Isa, Discélado y la amable Pitiea⁶⁶². Luego, después de éstas, llegaron junto a Cercira, donde Posidón estableció a una hija de Asopo⁶⁶³, a Cercira la de hermosa cabellera, lejos de la tierra de Fliunte, tras raptarla por amor. Y los marinos, de verla desde el mar por todas partes negreando por su bosque sombrío, la llaman Cercira la Negra⁶⁶⁴. Y luego de ésta pasaron Mélite también, jubilosos por la tibia brisa favorable, y la escarpada Ceroso y Ninfea, que está aun más allá y donde la poderosa Calipso, la hija de Atlas, moraba⁶⁶⁵. Sin certeza creían ver entre la bruma los montes Ceraunios, y entonces Hera se percató de la decisión que sobre ellos había tomado Zeus y de su gran irritación, y, en su empeño por ponerle fin a aquella travesía, levantó borrascas contrarias con las que de nuevo fueron arrebatados hasta la isla roquera de Electris⁶⁶⁶. Y de repente gritó con voz humana en medio de su carrera el parlante madero del hueco navío, aquel que, de una encina de Dodona, Atena ajustara en la mitad de la roda⁶⁶⁷. Un horrible espanto se apoderó de ellos al tiempo de escuchar la voz y la gravosa ira de Zeus⁶⁶⁸. Pues expresaba que no escaparían a los trabajos de una larga mar ni a las penosas tormentas, si no llegaba el momento en que Circe los limpiara de la cruel muerte de Apsirto. Y ordenaba a Polideuces y a Cástor⁶⁶⁹ suplicaran a los dioses inmortales caminos que los llevaran adentro de la Mar de Ausonia⁶⁷⁰, en la cual hallarían a Circe, la hija de Perse y de Helios.

⁶⁶² Las Libúrnidas se extienden a lo largo de la costa de Iliria, en la ruta hacia el SE que siguen ahora los Argonautas descendiendo por el Adriático.

⁶⁶³ El dios-río ya citado de la Argólida (de ahí luego la mención de Fliunte, lugar de esta comarca). Cercira es más usualmente conocida como Corcira.

⁶⁶⁴ Distinguiéndose así de la otra Corcira, más al Sur, llamada Drepane en el poema y que es el país de los Feacios: cfr. luego vv. 982 y ss.

⁶⁶⁵ En *Odisea* VII 244 y s. Calipso habita en la fabulosa isla de Ogigia.

⁶⁶⁶ Con lo cual retoman a la desembocadura del Eridano.

⁶⁶⁷ Apolonio repite (en parte literalmente) el prodigio narrado en I 524 y ss.

⁶⁶⁸ El grito de la Argo expresa la decisión irritada de Zeus.

⁶⁶⁹ No sólo por ser éstos hijos de Zeus, sino por ser héroes tutelares de los marinos en los peligros del mar.

⁶⁷⁰ El Tirreno.

Así gritó la Argo en la oscuridad. Y se levantaron los hijos de Tindáreo y alzaron a los inmortales sus brazos, con todo aquello enumerado en sus súplicas. El desánimo se apoderó de los demás héroes Minios. Y ella siguió velozmente adelante con la vela, y penetraron lo más adentro posible en el curso del Erídano, allá donde una vez golpeado en el pecho por el rayo ardiente y medio abrasado cayó Faetonte del carro de Helios en las aguas de una honda laguna⁶⁷¹. Ésta exhala incluso aún ahora el pesado vapor de la calcinada herida y no hay pájaro que, desplegando sus alas ligeras, pueda lanzarse por encima de las aguas aquellas, sino que en medio de su vuelo cae en las llamas. En sus orillas las jóvenes Heliadas en los altos chopos, expuestas al viento⁶⁷², gimen las desdichadas con un triste llanto y de sus párpados vierten en tierra relucientes gotas de ámbar. Éstas sobre las arenas se secan al sol, y cuando las aguas de la negra laguna inundan las riberas con el soplo del viento resonante, ya entonces todas en masa ruedan hasta el Erídano con el oleaje de su corriente. Los Celtas crearon la leyenda de que son las lágrimas de Apolo el Letoída esas que los remolinos arrastran, las incontables que antaño derramara cuando arribaba a la raza santa de los Hiperbóreos, tras dejar el cielo radiante por la amenaza de su padre, y en su cólera con motivo del hijo que en la rica Lacerea la divina Corónide pariese junto al curso del Ámiro⁶⁷³. Esto es así celebrado entre las gentes aquellas. Pero en cuanto a ellos⁶⁷⁴ ni tenían deseos de comida ni bebida ni su espíritu se tornaba a sentimientos

⁶⁷¹ La brevedad del relato es paralela a la rapidez de este viaje prodigioso por el Erídano arriba. Los Argonautas están ya ahora en su curso superior, cerca del lago de Faetonte, del que luego se hablará. Sobre el mito de este personaje cfr. sobre todo Ovidio, *Metamorfosis* II 1 y ss.

⁶⁷² El texto está corrupto en este lugar y las propuestas para remediarlo son muy diversas. Las Heliadas o Hijas del Sol, tras la caída de su hermano, fueron metamorfoseadas en árboles y sus lágrimas, según la creencia, dieron lugar a la resina fósil llamada ámbar o electro.

⁶⁷³ Apolonio reduce a una mínima alusión el mito de Corónide. Ésta le dio a Apolo un hijo (Asclepio), pero le fue infiel y el dios la castigó, lo que llevó a un choque entre Zeus y Apolo y al exilio de éste entre los remotos Hiperbóreos. El río Ámiro, en Tesalia, fue ya citado en I 596. Lacerea estaba situada en su desembocadura.

⁶⁷⁴ Los Argonautas. Se reanuda el relato tras la digresión sobre el ámbar.

placenteros. Sino que a lo largo de los días se consumían, en su extrema debilidad agobiados por el hedor espantoso que de modo insoportable arrojaban del humeante Faetonte las corrientes del Erídano. Y durante las noches a su vez escuchaban el agudo lamento con que dolorosamente se quejaban las Helíadas. Y las lágrimas de las sollozantes mujeres, cual gotas de aceite, eran llevadas por las aguas.

Desde allí entraron en el curso profundo del Ródano, que afluye al Erídano⁶⁷⁵, y sus aguas al mezclarse rugen en la confluencia, hirvientes. Aquél procede del punto más remoto de la tierra, donde están las puertas y los cimientos de la Noche⁶⁷⁶, ⁶³⁰ y de un lado se dirige ruidoso a las costas del Océano⁶⁷⁷, de otro a su vez se arroja en el Mar de Jonia y de otro en el Mar de Cerdeña y en su golfo inmenso⁶⁷⁸, precipitando su corriente a través de siete bocas. Desde él penetraron en los lagos borrascosos que por la tierra de los Celtas se dilatan en una enorme extensión. Allí habrían ellos dado con un horrible sino, pues uno de sus brazos llevaba a un golfo del Océano en que, sin saberlo, iban a entrar y de donde no hubieran retornado sanos y salvos. Mas Hera saltó desde el cielo y desde la Peña ⁶⁴⁰ Hercinia⁶⁷⁹ dioles un grito, y del espanto ante su voz se estremecieron todos por igual, pues el amplio éter retumbó atrozmente. Por obra de la diosa viraron en redondo y percibieron entonces la ruta por la que justamente en su marcha tenían el retorno. Al cabo de un largo plazo arribaron a las orillas de la mar⁶⁸⁰, pasando sin daño por los designios de Hera por entre innumerables pueblos de Celtas y Ligures⁶⁸¹, pues en torno suyo y todas las jornadas que duró su viaje la diosa derramó

⁶⁷⁵ Como en el caso del supuesto curso del Istro, aquí se comunican el Adriático (o Mar Jónico) y el Mar de Cerdeña por mediación de los cursos confluyentes del Erídano y el Ródano. El punto de confluencia son los llamados Lagos Celtas, que se nombran luego y que son inidentificables: posiblemente responden a vagas noticias sobre los lagos alpinos.

⁶⁷⁶ En el extremo Oeste sin duda.

⁶⁷⁷ En el sentido mítico ya comentado.

⁶⁷⁸ El Sinus Gallicus o Golfo de Lion.

⁶⁷⁹ Topónimo con alguna relación seguramente con la Hercynia Silva nombrada por diversos autores latinos.

⁶⁸⁰ Mar de Cerdeña, ya citada, tras bajar siguiendo el curso del Ródano.

⁶⁸¹ Pueblo ya de la costa mediterránea, al Sur de los Celtas.

formidable bruma. Y tras pasar al fin con su nave por la boca de en medio, pusieron el pie en las islas Estécadas⁶⁸², a salvo ⁶⁵⁰ gracias a los hijos de Zeus⁶⁸³, razón por la cual sin duda les han levantado para siempre altares y templos. Y no sólo siguieron aquella travesía velando por ella, sino que Zeus también puso en sus manos las naves de los hombres venideros⁶⁸⁴. Tras dejar atrás a su vez las Estécadas, llegaron a la isla de Etalia, donde se enjugaron con cantos el abundante sudor de sus esfuerzos. Y por la ribera están desparramados, en su color parecidos, y allí están los discos y las divinas raeduras de aquéllos, en el lugar que recibe el nombre de Puerto de la Argo⁶⁸⁵.

Desde allí rápidamente viajaron por las olas de la Mar de Ausonia, teniendo a la vista las costas Tirrenias. Y arribaron al ⁶⁶⁰ afamado puerto de Eea y desde la nave arrojaron a la orilla al punto las amarras. Allí encontraron a Circe, mientras se lavaba con las aguas marinas la cabeza, pues tal era su miedo por sus nocturnas pesadillas. Su alcoba y los recintos todos de su casa le pareció que goteaban sangre, y una llama devoraba la totalidad de las drogas con que antes encantaba a los forasteros que llegaban. Pero ella misma la bullente llama apagó con la sangre de una muerte que con sus manos extraía, y puso término así a su atroz espanto⁶⁸⁶. Por ello al tiempo del alba y ⁶⁷⁰ nada más despertar purificaba sus rizados y vestidos con las aguas del mar. Y unas bestias, que no eran con un cuerpo todo igual semejantes ni a bestias que comen carne cruda ni tam-

⁶⁸² Cfr. antes v. 554 y nota correspondiente.

⁶⁸³ Los Dioscuros, Cástor y Polideuces.

⁶⁸⁴ Es decir, puso en sus manos el salvarlas. De nuevo el poeta insiste en este importante papel tutelar de los Dioscuros, los cuales tenían un culto especial en la zona precisamente de Marsella, tal como antes en Heraclea.

⁶⁸⁵ Traducción literal de este difícil pasaje, incompleto para muchos pero quizás simplemente muy conciso. Los Argonautas, según sabemos por otras fuentes, se entretuvieron en las playas de Etalia (Elba), en el futuro Puerto de la Argo (ahora Portoferraio), con juegos deportivos, tras los cuales usaron piedras como estrigilos para limpiarse el aceite y la suciedad, piedras que en adelante mostrarían curiosamente las huellas de este uso. Algunas debieron ser utilizadas igualmente como discos en los juegos.

⁶⁸⁶ La interpretación es probablemente ésta: la sangre primera sería la de Apsirto, la llama que devora sus drogas el fracaso de su intentona (cfr. luego vv. 687 y ss.) y la segunda sangre el sacrificio expiatorio (704 y ss.).

co a hombres, sino que tenían mezclados miembros de las unas y los otros, marchaban en manada, cual los rebaños que en masa salen del redil siguiendo al pastor⁶⁸⁷. Criaturas semejantes la tierra misma ya antes hizo germinar del limo, compuestas con miembros mezclados, cuando ella aún no se había condensado por obra del aire ya seco y aún no había el Sol absorbido con sus rayos que resecan hasta tal grado la humedad. Pero a éstas el tiempo las ha dispuesto, combinándolas, en órdenes⁶⁸⁸. Así aquellos seres de forma confusa la seguían a ella, y un asombro sin límites se apoderó de los héroes. Y al punto cada cual, con observar su traza y sus ojos, sin dificultad aseguró que era hermana de Eetes⁶⁸⁹. 680

Cuando ella hubo ya desechado los temores de sus sueños nocturnos, luego al momento volvió sobre sus pasos y con un gesto amable de su mano los invitó pérfidamente a seguirla⁶⁹⁰. Entonces, según dispusiera el Esónida, sin hacerle caso la tropa permaneció en su sitio, él llevó consigo a la joven de la Cólquide y los dos la siguieron por su mismo camino hasta llegar a la morada de Circe. Los instó ella a sentarse en suntuosos sillones, sin saber qué pensar de su venida. Mas ellos en silencio y sin hablar con presteza tomaron asiento al lado del hogar, según es de ley para los desdichados suplicantes, la una con su frente en ambas manos apoyada, el otro clavando en el suelo su gran espadón de buena empuñadura, con el cual matara al hijo de Eetes⁶⁹¹. Y ni por un instante alzaban sus ojos, entre sus párpados, derechamente hacia ella. Y con prontitud Circe reconoció su sino de fugitivos y la culpa de su crimen. Por 700

⁶⁸⁷ Son los hombres que Circe con sus artes (recuérdese el relato odiseico) transformaba en bestias, aquí imaginadas con metamorfosis a medias.

⁶⁸⁸ Apolonio alude a ciertas teorías (de Empédocles en parte), según las cuales el limo primitivo se habrían formado, primero, seres monstruosos, y luego, con una organización provocada por el paso del tiempo (por el Amor y el Odio, según Empédocles), los distintos órdenes o especies.

⁶⁸⁹ Los hijos (y descendientes) del Sol eran reconocidos por su mirada: cfr. III 886 y aquí luego vv. 726 y ss.

⁶⁹⁰ Con términos antitéticos Apolonio expresa que Circe se propone engañarlos como a otros antes y convertirlos en bestias.

⁶⁹¹ Las actitudes de ambos responden efectivamente a las usuales en quienes pedían amparo y, como en este caso, un medio de lavar su crimen: de ahí la presencia en primer plano del arma homicida, que también debía ser purificada.

ello, por venerar también la justicia del Zeus de los suplicantes, que de los homicidas, si bien tanto horror les tiene, es el gran valedor, practicó el sacrificio con que se purifican los suplicantes criminales cuando se acercan al hogar. Primeramente, para la expiación del homicidio irreparable, extendió ella por encima la cría de una cerda cuyas ubres aún rebosaban en razón del parto de su vientre, y, tras segarle el garguero, les empapó las manos con la sangre⁶⁹². En segundo lugar, invocando al Zeus de las purificaciones y los crímenes y que ampara las suplicas⁶⁹³, también con otras libaciones lo hizo propicio. Todas las impurezas las arrojaron al exterior de la casa sus sirvientas las Náyades, que en todo la asistían⁶⁹⁴. Y ella allí dentro, al lado del hogar, quemaba las tortas y las aplacadoras libaciones tras las plegarias sin vino⁶⁹⁵, a fin de hacer cesar de su cólera a las Erinias horribles y que él⁶⁹⁶ para ambos se tornara sonriente y benévolo, tanto si se le acercaban afligidos con sus manos manchadas con sangre extranjera, como si con la de su estirpe incluso⁶⁹⁷. 710

Una vez que hubo practicado todo el ritual, ya entonces, tras levantarlos de allí, los hizo sentar en pulidos sillones, y también ella muy cerca tomó asiento frente a ellos. Y con sus palabras al punto les preguntó en detalle por el motivo y por aquella travesía⁶⁹⁸, y de dónde habían venido a su país y su casa, así, a sentarse al lado de su hogar. Pues el horrendo recuerdo de sus sueños, al pensar en ello, invadía su mente, y, además, deseaba conocer el habla familiar de la joven⁶⁹⁹ desde 720

⁶⁹² El texto es muy parco en detalles. Entiéndase que el animal es puesto por encima de Jasón y Medea, de modo que la sangre caiga sobre las manos de ambos. Recuérdese la purificación de Orestes en las *Euménides* de Esquilo, vv. 280 y ss.

⁶⁹³ En estilo indirecto Apolonio enumera las sucesivas advocaciones con que Medea invoca a Zeus.

⁶⁹⁴ Cfr. *Odisea* X 348 y ss.

⁶⁹⁵ Hipálage. Son las libaciones (que acompañan a las tortas o pasteles rituales) las que se hacen sin vino, con sólo agua, leche o miel.

⁶⁹⁶ Zeus.

⁶⁹⁷ Como se confirma luego, Circe ignora su crimen.

⁶⁹⁸ Hendíadis: por la causa de su viaje.

⁶⁹⁹ Concisa expresión que parece debe entenderse como «si la lengua de la joven era la suya propia».

el instante en que la vio alzar su mirada del suelo. Pues toda la estirpe de Helios con verla podía reconocerse, ya que de lejos con el brillo de sus ojos lanzaban un destello semejante al del oro. Y, en efecto, la hija del cruel Eetes mansamente le expuso, expresándose en la lengua de la Cólquide, todo cuanto ella preguntó: la expedición y las rutas de los héroes, sus grandes fatigas en la dureza de las pruebas, cómo incurriera ella en su falta por los deseos de su afligida hermana⁷⁰⁰ y cómo lejos escapara con los hijos de Frixo de la espantosa violencia de su padre. Pero evitó nombrar el asesinato de Apsirto, mas no se le ocultó al espíritu de aquella, pero aun así de su llanto tuvo compasión y le dirigió tales palabras:

«Desdichada, en verdad que es un viaje funesto e ignominioso el que has emprendido. Yo pienso que no escaparás por mucho tiempo a la gravosa cólera de Eetes, y pronto irá incluso hasta el país de los Griegos para vengar la muerte de su hijo, ya que tú has consumado una obra intolerable. Pero, puesto que eres, en efecto, una suplicante y de mi propia estirpe, ningún otro mal tramaré contra ti, que acá has venido. Mas sal de esta casa en compañía del extranjero, sea quien sea el desconocido que te llevas⁷⁰¹ sin contar con la voluntad de tu padre. Y no te abras a mis rodillas, pegada al hogar, pues yo al menos no aprobaré tu decisión y tu huida ignominiosa.»

Así habló. Y de ella se apoderó un deplorable dolor, y, cubriéndose los ojos con el manto, se echó a llorar hasta que el héroe, tras tomarla de la mano, la condujo al exterior, temblorosa de miedo. Y abandonaron la morada de Circe.

Y no pasaron desapercibidos a la esposa del Crónida Zeus. Sino que Iris la hizo sabedora, cuando los vio que salían de la mansión. Pues ella le había ordenado que acechara el momento en que se dirigieran a la nave. Y, de nuevo exhortándola, le dijo así:

«Iris querida, ahora, si alguna vez has ejecutado mis mandatos, ¡ea!, poniéndote en marcha con tus alas veloces, ordénale a Tetis⁷⁰² que emerja del mar y venga aquí a mi presencia,

⁷⁰⁰ Calcópe naturalmente.

⁷⁰¹ Expresión irónica, como el giro «esa prenda que te llevas».

⁷⁰² La Nereida Tetis es bien conocida por ser la madre de Aquiles.

pues de ella preciso. Y luego dirígete a las costas, donde los 760
broncíneos yunques de Hefesto reciben los golpes de sus re-
cios martillos⁷⁰³. Dile que apacigüe sus chorros de fuego, hasta
que los sobrepase la Argo. Y ve también al encuentro de Éolo,
de Éolo que gobierna los vientos que nacen del éter, y expre-
sále así mis designios: que haga cesar todos los vientos que hay
bajo el cielo y que brisa alguna agite la mar. Que sople, a su fa-
vor, el Céfiro, hasta que ellos arriben a la isla Feácida de Alcí-
noo.»

Así dijo. Y al punto Iris de un salto desde el Olimpo hendió 770
el espacio, tras desplegar sus alas ligeras. Y en el Mar Egeo se
sumergió, justamente donde está la morada de Nereo. Y, la
primera, llegó ante Tetis, le habló, según las disposiciones de
Hera, y la exhortó a marchar a donde ésta se encontraba. En
segundo lugar, llegó ante Hefesto, le hizo detener al instante
sus martillos de hierro, y los soplos humeantes contuvieron su
hálito. En tercer lugar, arribó ante Éolo, el ilustre hijo de Hí-
potes. Y en tanto que también a éste le dijo su mensaje y dejó
reposar de su camino a sus veloces rodillas, mientras tanto Te- 780
tis, que dejara a Nereo y sus hermanas, marchó desde el mar
hasta el Olimpo a la presencia de la diosa Hera. Y ésta la hizo
sentar a su vera y le mostró su pensamiento:

«Escúchame ahora, Tetis divina, lo que es mi deseo decirte.
Sabes cuánta es la estima que en mi espíritu tienen el héroe
Esónida y los demás paladines de su empresa, y cómo yo los
salvaría si pasaran a través de las peñas Planctas⁷⁰⁴, donde re-
tumban terribles tempestades de fuego y las olas saltan en tor-
no a los rudos escollos. Mas en verdad los espera un camino
junto a la gran roca de Escila o junto a Caribdis, con su estré- 790
pito horrible⁷⁰⁵. Pues bien⁷⁰⁶, ya que a ti yo misma desde la ni-

⁷⁰³ Apolonio sigue la versión que situaba las forjas de Hefesto en las actuales Islas Lípári (Islas de Éolo), tal como ya se indicó, y en relación lógicamente con su carácter volcánico.

⁷⁰⁴ «Errantes»: localizables seguramente en el estrecho de Mesina. Sobre ellas cfr. ya *Odisea* XII 59, y aquí luego vv. 922 y ss. En cuanto al sentido de este discutido pasaje cfr. Giangrande, *Sprachgebrauch*, pág. 37, cuya interpretación acepta con razón Vian.

⁷⁰⁵ Son los célebres monstruos homéricos: cfr. *Odisea* XII 80 y ss.

⁷⁰⁶ Comienza ahora una larga y compleja digresión (hasta el «pues bien» del

ñez te crié y te he amado más que a las demás que en el mar habitan, en razón de que no toleraste, a pesar de su pasión, yacer en el lecho de Zeus, pues en esto él siempre se empeña: en dormir ya sea con inmortales, ya sea con mortales; sino que por respeto a mí y por el miedo de tu alma lo rehuiste, pero él luego juró con voto tremendo que jamás te llamarías esposa de un dios inmortal; y no obstante no dejó, contra tu voluntad, de vigilarte, hasta que Temis venerable le expuso todo sin falta⁷⁰⁷: 800 que ya te estaba destinado parir un hijo superior a su padre, de modo que, aun deseándote, te dejó por temor a que algún otro sobre los inmortales con su mismo rango reinara, y con el fin en cambio de conservar él su poder para siempre; y yo te concedí que fuese tu esposo el mejor de los hombres que hay sobre la tierra, para que obtuvieras una boda grata a tu espíritu y engendraras hijos, e invité al festín a todos los dioses por igual y yo misma en mis manos alcé la tea nupcial, por aquella consideración tan amable⁷⁰⁸. Pues bien, voy a hablarte en tér- 810 minos que son infalibles: cuando llegue a la llanura del Elíseo el hijo tuyo⁷⁰⁹ que ya ahora, en sus ansias de tu leche, las Náyades cuidan en la morada del Centauro Quirón, debe él ser esposo de la joven Medea⁷¹⁰. Y tú socorre a tu nuera, por ser tú justamente su suegra, y al propio Peleo. ¿Por qué persiste tu rencor?: él cometió una falta; también los dioses incurren en faltas⁷¹¹. Sí, bajo mis órdenes creo que Hefesto calmará el furor ardiente del fuego y que Éolo, el hijo de Hípotes, cont- 820 drá las rachas veloces de los vientos, excepto el Céfiro constante, hasta que arriben a los puertos de los Feacios. Y tú vela por un viaje sin pesares. Teme sólo las Peñas y el violento

v. 810, que reanuda, pero aún con dilaciones, la petición de Hera), en la que Hera recoge el tema de la pasión de Zeus por Tetis y la posterior boda de ésta con Peleo.

⁷⁰⁷ La diosa Temis aparece como consejera de Zeus y creadora de oráculos y leyes.

⁷⁰⁸ Es decir, aquel favor que tú me hiciste de no aceptar el amor de Zeus.

⁷⁰⁹ Aquiles.

⁷¹⁰ La noticia de esta boda en el otro mundo de Medea y Aquiles está ya en los líricos arcaicos.

⁷¹¹ Peleo impidió con su torpeza que Tetis diese la inmortalidad a Aquiles cuando éste era aún un niño: cfr. luego vv. 866 y ss.

oleaje, que podrías apartar con tus hermanas. Y no los dejes, en su ignorancia, penetrar en Caribdis, no sea que los arrebatase devorándolos a todos, o pasar junto a la abominable guarida de Escila, de la Escila funesta de Ausonia que a Forco le parió Hécate, la que por la noche transita y a la que llaman Crateis⁷¹²; no vaya a destruir a los más selectos de los héroes, atacándoles con sus horribles quijadas. Ten tú la nave allí donde esté la vía, por precaria que sea, que los haga escapar de la catástrofe.»

Así dijo. Y Tetis le replicó con términos tales:

«Si ya van de veras a cesar el furor violento del fuego y las impetuosas borrascas, yo podría con seguridad prometerle, aunque las olas se opongan, salvar el navío, con el suave movimiento del Céfiro. Pero es tiempo de recorrer una ruta larga e inacabable, hasta ir donde están mis hermanas, que me prestarán su asistencia, y donde están atadas las amarras de la nave, para que al alba piensen en emprender su viaje»⁷¹³.

Habló, y precipitándose por el éter abajo cayó en los remolinos de la mar azulada. Llamó en su ayuda a sus hermanas, las otras Nereidas. Y ellas, que la oyeron, fueron a reunirse unas con otras. Y Tetis les expuso las órdenes de Hera y con prontitud las envió a la mar de Ausonia. Y ella, más veloz que un destello de luz o que los rayos del Sol cuando se alza por sobre el confín de la tierra, se desplazó ágilmente en su marcha a través de las aguas hasta llegar a la costa de Eea, en las tierras Tirrenias. Y los halló junto a la nave, disfrutando con el disco y los lanzamientos de dardos. Ella se puso muy cerca, tocando el extremo del brazo del Eácida Peleo (pues al fin y al cabo era su esposo), y ninguno podía verla claramente, sino que a él sólo se le mostró ante sus ojos y le dijo:

«Ya ahora no sigáis demorándoos en las costas Tirrenias. Al alba desatad las amarras de popa de la rápida nave, obedientes a Hera, vuestra defensora. Pues por su mandato acuden en masa las doncellas Nereidas a preservar el navío a su paso por

⁷¹² Apolonio combina antiguas genealogías de Escila, identificando con Hécate a la Crateis nombrada en *Odisea* XII 124 y s. Forco (o Forcis) sería aquí el esposo de Hécate: se trata de una divinidad marina y hermano de Nereo.

⁷¹³ Los Argonautas.

las peñas a las que dan el nombre de Planctas. Ya que ésa es la vía que os está destinada. Mas tú no muestres mi figura a ninguno, cuando venga a vuestro encuentro con ellas. Y tenlo bien presente, no vayas a irritarme aun más que antes sin consideración me irritaste.»

Le dijo, y luego, invisible, se sumergió en las profundidades del mar. Y a él lo golpeó un terrible dolor, puesto que antes ya no la había visto venir desde el momento en que abandonó su alcoba y su lecho, en su cólera por el eminente Aquiles, cuando éste era un niño, pues ella en mitad de la noche rodeaba su carne mortal con las llamas de un fuego y por el día le untaba 870 con ambrosía sus formas delicadas, con el fin de que se hiciera inmortal y apartar de su cuerpo la odiosa vejez. Pero aquél⁷¹⁴, saltando de su lecho, vio que su propio hijo se agitaba entre las llamas y al verlo lanzó un grito horrible el muy necio⁷¹⁵. Ella, al oírlo, cogió y arrojó al suelo a la criatura que gritaba, y, con su figura semejante a un soplo, cual un sueño, partió veloz de la casa y se lanzó al mar, irritada. Y luego en adelante ya no volvió. Así que a él el desánimo le encadenó el espíritu. Mas 880 no obstante, a sus camaradas les expuso el mandato completo de Tetis. Y ellos, mientras, pusieron fin y detuvieron sus juegos prestamente y prepararon el yantar y sus yacijas, en las que, tras haber comido, pasaron, como anteriormente, la noche⁷¹⁶.

Cuando la Aurora que trae la luz alcanzó el extremo del cielo, ya entonces con la caída del Céfiro veloz subieron desde tierra a sus bancos. De lo hondo sacaron las anclas, gozosos, y enrollaron, cual se debe, todos los demás aparejos⁷¹⁷; en lo alto izaron la vela, tensándola con las cuerdas de la verga. Un vien- 890 to moderado llevaba la nave. Y prontamente tuvieron a la vista la hermosa isla Antemóesa⁷¹⁸, donde las armoniosas Sire-

⁷¹⁴ Peleo naturalmente.

⁷¹⁵ El relato tiene un estrecho paralelo con el de Deméter y Demofonte narrado en el *Himno homérico a Deméter* 235 y ss., en el que Apolonio claramente se inspira.

⁷¹⁶ Tal como se ha descrito en otros momentos: I 453 y ss., 1182 y ss. y III 1193 y s.

⁷¹⁷ Es decir, las cuerdas de las anclas y seguramente también las amarras de popa.

⁷¹⁸ «De las flores». La ubicación de esta isla de las Sirenas varía en las fuen-

nas, hijas de Aqueloo, destruían con el hechizo de sus dulces cánticos a quienquiera que echase allí las amarras. Las engendrô, luego de estar en el lecho de Aqueloo, la bella Terpsícore, una de las Musas. En tiempos cuidaron de la poderosa hija de Deo, cuando aún era virgen, acompañándola en sus juegos. Pero en este tiempo en su aspecto se asemejaban a pájaros en parte y en parte a doncellas⁷¹⁹. Siempre acechantes desde la 900 atalaya de un puerto excelente, muchas veces ya en verdad arrebataron a muchos el dulce regreso con mortal consunción⁷²⁰. Y sin más miramientos también a éstos les lanzaron de sus bocas sus voces de lirio⁷²¹. Y ellos ya iban a arrojar las amarras desde la nave a la orilla, si entonces el Tracio Orfeo, hijo de Eagro, tensando entre sus manos su lira de Bistonía, no hubiese hecho resonar la presurosa melodía de un ágil canto, para que a la vez sus oídos⁷²² se llenaran del son que él tumultuosamente producía con los golpes de su plectro. La lira derrotó a la voz de las doncellas. Y al mismo tiempo el Céfiro 910 y la ola sonora, que se alzaba por la popa, empujaron la nave, y aquéllas lanzaban su voz, que ya era confusa. Mas aun así el noble hijo de Teleonte, Butes⁷²³, entre los camaradas el único había ya saltado al mar desde el banco pulido, con el alma hechizada por la armoniosa voz de la Sirenas, y nadaba por entre el revuelto oleaje para llegar a la orilla, el infeliz: ellas al instante le quitaron el retorno, pero Cipris, la diosa que vela por Érice⁷²⁴ y que tuvo lástima de él, lo arrebató por lo alto aun en los propios remolinos y, acudiendo benévola, lo salvó para que fuera a morar en el cabo Lilibeo⁷²⁵.

tes antiguas. Apolonio acepta un lugar antes (lo que quiere decir más al Norte) del estrecho de Mesina, posiblemente cerca de la bahía de Nápoles.

⁷¹⁹ Las Sirenas eran efectivamente asociadas a Cora, hija de Deméter (Deo), al menos antes de su rapto, y luego fueron metamorfoseadas en aves.

⁷²⁰ La variante según la cual las Sirenas hacían zozobrar los barcos es tardía.

⁷²¹ Expresión de origen ya homérico por «dulce» o «delicada».

⁷²² Los oídos de los Argonautas. «A la vez» expresa la simultaneidad con el canto de las Sirenas.

⁷²³ Única mención de este héroe después de la correspondiente en el catálogo (I 95 y s.).

⁷²⁴ Monte de la cercana Sicilia, un lugar consagrado a Afrodita.

⁷²⁵ En el extremo occidental de Sicilia. Butes en la tradición mítica aparece precisamente como un amante siciliano de Afrodita.

Ellos, poseídos por el dolor, las dejaron atrás, pero los ame- 920
nazaban otros peligros para las naves aun más destructores en
los pasos marinos. Pues de un lado se mostraba saliente la es-
carpada peña de Escila; del otro vociferaba con ruidosa violen-
cia Caribdis⁷²⁶. Y en otro lugar las rocas Planctas gruñían bajo
el enorme oleaje, donde antes una ardiente llamarada había
sido escupida de lo alto de los escollos por encima del abrasa-
do peñasco, el cielo se tornó brumoso con el humo y no po-
dían verse los rayos del Sol⁷²⁷. Entonces, cuando ya había ce-
sado Hefesto en su brega, todavía el mar exhalaba un caliente
vapor. Allí de todas partes las hijas de Nereo vinieron a su en- 930
cuentro, y la divina Tetis, por detrás, cogió la pala del ti-
món⁷²⁸, para llevarlos por entre los escollos de las Planctas.
Y como cuando los delfines saltan de la mar en la bonanza y
giran en manada en torno a un barco presuroso, a ratos deján-
dose ver por delante, a ratos por detrás, a ratos por los lados, y
son la alegría de los marinos; así ellas en su carrera por delante
en gran número giraban en torno de la nave Argo. Y Tetis di-
rigía su camino. Y cuando ya iban a chocar con las Planctas, al
instante, levantando sobre sus blancas rodillas los bajos de sus 940
ropas, por sobre los mismos escollos y el rompiente de las olas
se precipitaron por uno y otro lado distanciadas entre sí. La
corriente golpeaba la nave de costado y por ambas bordas el
oleaje alzándose violento se estrellaba en las Peñas. Éstas por
momentos, semejantes a acantilados, alcanzaban el éter, y por
momentos, sumergidas, quedaban asentadas en lo más hondo
del mar y una ola enorme y brutal las cubría. Ellas, como unas
muchachas que cerca de la orilla arenosa, regazándose sobre
las caderas el vestido, juegan divididas en dos bandos con una 950
redonda pelota, y una luego la recibe de la otra y la tira al aire
por lo alto y nunca llega a tocar el suelo, así la nave en su ca-
rrera por turnos se la enviaban una a otra por el aire sobre las

⁷²⁶ Según la tradición que sigue Apolonio, ambas flanqueaban el Estrecho de Mesina.

⁷²⁷ Sobre las Planctas cfr. antes nota al v. 786. El término «antes» se refiere a un momento indeterminado pero próximo, previo al instante en que Hefesto detuvo su labor.

⁷²⁸ Recuérdese que se trata de un gran remo. Tetis puede gobernar el barco moviendo directamente la pala.

olas, siempre a distancia de las Peñas. Y en torno a éstas el agua hervía rugiente. Y el propio señor, Hefesto, erguido sobre lo más alto de una cima escarpada y con su pesado hombro apoyado en el mango del martillo⁷²⁹, las contemplaba, y de pie sobre el cielo luminoso estaba la esposa de Zeus y rodeaba a Atena con sus brazos: tal era el espanto que la poseía ante aquella visión. Y cuanta es la duración de un día primaveral, igual tiempo estuvieron en su brega, llevando en alto la nave por entre las Peñas resonantes. Y ellos, cuando de nuevo se beneficiaron del viento, siguieron su marcha adelante, y pronto pasaron junto a la pradera de Trinacia⁷³⁰, que nutre las vacas de Helios. Entonces aquéllas⁷³¹ se sumergieron, cual gaviotas, en lo hondo, después de que hubieron cumplido las órdenes de la esposa de Zeus. Y a ellos, a la vez, les llegó el balido de las ovejas por el aire y, muy cercano, el mugido de las vacas hirió sus oídos. Por el sotobosque cubierto de rocío a aquéllas las apacentaba Faetusa, la más joven de las hijas de Helios, que empuñaba en su mano un cayado de plata. Lampecia⁷³², al cargo de las vacas, blandía al seguirlas una cachava de reluciente oricalco. Y ellos también las vieron pacer junto a las aguas de un río, por la llanada y el prado pantanoso. Ninguna había entre ellas de oscura traza: todas con el orgullo de sus cuernos dorados eran semejantes a la leche. Y por el día pasaron junto a ellas. Y al venir la noche atravesaron jubilosos la gran extensión de alta mar, hasta que de nuevo la Aurora, hija de la mañana, les envió la luz en su marcha. 960 970 980

Hay, más allá del Estrecho Jónico, en el Mar Ceraunio⁷³³ una isla extensa y ubérrima, bajo la cual se cuenta que está el hocino (sedme benévolas, Musas: sin desearlo menciono el dicho de las gentes de antaño) con el que Crono seccionó sin piedad las vergüenzas de su padre⁷³⁴. Pero otros dan la noticia

⁷²⁹ Es justamente la posición bien conocida del Hércules Farnesio.

⁷³⁰ Antes llamada Trinacria: Sicilia.

⁷³¹ Las Nereidas.

⁷³² Como Faetusa, otra hija de Helios: cfr. *Odisea* XII 131 y s.

⁷³³ Al pie de los Montes Ceraunios: cfr. antes v. 519.

⁷³⁴ La isla de Drépane («hozo») o Corcira, identificada en la tradición antigua con la Esqueria de los Feacios homéricos (hoy Corfú). Se trata del mito narrado por Hesíodo en *Teogonía* 174 y ss.: la emasculación de Urano por su hijo Crono.

de que es la guadaña de Deo, la del país, con que ella segara, pues ya en tiempos Deo en aquellas tierras habitó y enseñó a los Titanes a recolectar la espiga fecunda por su afecto hacia Macris⁷³⁵. Desde entonces se llama Drépane la nodriza santa del pueblo Feacio. Y así también los propios Feacios son del linaje de la sangre de Urano⁷³⁶. A ellos la Argo, demorada por muchas fatigas, arribó con la ayuda del viento desde el Mar de Trinacia. Entre gratos sacrificios Alcínoo y su gente los acogieron al llegar con alborozo, y la ciudad entera por ellos estaba jubilosa: se diría que sus hijos motivaban tal alegría. Y los propios héroes entre la muchedumbre iban gozosos, cual si pisaran en medio de la tierra de Hemonia. Mas, para el combate, tendrían que armarse: tan repentinamente apareció la tropa inmensa de los Colcos, que por la boca del Ponto y a través de las Peñas Ciáneas pasaran en busca de los héroes. Sin más pretextos era su empeño llevarse a Medea, reclamada, a casa de su padre, o bien con inflexible rigor amenazaban con emprender un lamentable combate en aquel mismo instante, y luego con la expedición que Eetes trajese⁷³⁷. Pero en sus afanes de guerra los contuvo el poderoso Alcínoo, pues era su deseo, sin batalla, resolver entre unos y otros aquel pleito violento. 1010

La joven en su espanto de muerte muchas palabras suplicantes dirigía a los mismos camaradas del Esónida y muchas veces con sus manos tocaba las rodillas de Arete, la esposa de Alcínoo:

«Me arrojo a tus rodillas, soberana. Y tú sé benévola conmigo y no me entregues a los Colcos para que me lleven con mi padre, si es que también tú eres de la raza de los humanos, cuya mente corre por sus ligeros extravíos con la máxima presteza a su desdicha, tal como desvarió mi espíritu sensato, no por una pasión desenfadada: sea mi testigo la santa luz de

⁷³⁵ Sobre Macris cfr. antes vv. 540 y s. Por ella recibió el nombre de Macris la isla que después sería llamada Drépane (y posteriormente Corcira).

⁷³⁶ Apolonio alude a una versión según la cual los Feacios surgieron de la sangre derramada del dios en el instante de su mutilación.

⁷³⁷ Es decir, con unos posibles refuerzos. Así interpretan Mooney, Vian y otros: en realidad Eetes no dirige expedición alguna y estaríamos ante una mera fanfarronada amenazadora de los Colcos. Otra posibilidad es apuntada por Giangrande en *CQ* 17, 1967, págs. 93 y ss.

Helios y lo sean las ceremonias de la doncella hija de Perses, la 1020
que por la noche transita, de que yo no por mi voluntad partí
de allí con unos extranjeros. Un odioso espanto me infundió el
pensamiento de esta huida, cuando hube cometido mi falta y
no había ya ningún otro recurso. Permanece aún mi ceñidor,
como en la casa de mi padre, intacto e impoluto⁷³⁸. Ten, pues,
compasión, señora, y persuade a tu esposo. Y que los inmorta-
les te concedan una vida bien cumplida, dicha e hijos y la glo-
ria de una ciudad inexpugnable.»

Tal suplicaba ante las rodillas de Arete, derramando lágrimas. Y tal por turno a cada uno de los héroes⁷³⁹: 1030

«Por vosotros, ¡oh con mucho los más arrojados!⁷⁴⁰, y por
vuestra empresa me veo así de atribulada, siendo gracias a mí
que uncisteis los toros y segasteis la siniestra cosecha de los
hombres nacidos de la tierra, y gracias a mí que a Hemonia lle-
varéis bien pronto en el retorno el vellocino de oro. Yo soy la
que he perdido mi patria y mis padres, la que he perdido mi
casa y los gozos todos de la vida, y he logrado en cambio que
volváis a habitar vuestra patria y vuestras casas y que volváis a
ver a vuestros padres con ojos complacidos. A mí me ha arran- 1040
cado la dicha un sino gravoso y con unos extraños ando erra-
bunda y blanco de odios. Temed los acuerdos y los juramen-
tos, temed a la Erinia de los suplicantes y la represalia de los
dioses, si caigo en manos de Eetes para morir entre dolorosos
ultrajes. No en templos, no en una torre protectora, no en otro
amparo: sólo en vosotros está mi baluarte. ¡Miserables sin
sensibilidad ni compasión!, ni aun se avergüenza vuestro áni-
mo de verme, desvalida, tender mis manos a las rodillas de
una reina extranjera. Pero, en el afán de coger el vellón, hubie- 1050
rais cruzado las lanzas con todos los Colcos y con el propio
Eetes soberbio. Pero ahora olvidáis vuestra hombría, cuando
se trata solamente de una parte de sus tropas.»

⁷³⁸ Una alusión a su virginidad: cfr. I 288.

⁷³⁹ Sobre el cambio de escenario (no expresado ahora) véase luego la nota al v. 1068.

⁷⁴⁰ Expresión irónica: sin Medea, una mujer, tales héroes habrían fracasado. Nótese en este discurso la reiteración de motivos del anterior discurso de Medea en IV 355 y ss.

Así, entre súplicas, habló. Y aquéllos a los que ella suplicaba la confortaban, tratando de refrenar sus sufrimientos. Blandían entre sus manos sus lanzas afiladas y las espadas, fuera de las vainas, y proclamaban que no le faltaría su ayuda si recibían una sentencia injusta. Pero mientras ella se consumía entre su gente sobrevino la Noche, que hace dormitar las faenas de los hombres, e impuso el reposo a la tierra toda por igual. 1060 Mas a ella ni siquiera un momento la hizo dormir el sueño, sino que su ánimo se revolvía, dolorido, en su pecho, igual que cuando una obrera laboriosa hace girar su huso en la noche y gimen sus hijos, huérfanos, en torno a ella, que ha quedado viuda, y las lágrimas le fluyen por las mejillas en su llanto por su sino tan lamentable; así se le humedecían las mejillas y en su interior su corazón se agitaba traspasado por agudos sufrimientos.

Dentro de la casa en su ciudad, como antes⁷⁴¹, el poderoso Alcínoo y Arete, la esposa venerable de Alcínoo, pensaban en 1070 la joven en su lecho a oscuras. Y como esposa a su esposo legítimo le dirigía ella amables palabras:

«Sí, querido: defiende de los Colcos a la doncella infortunada, con lo que favoreces a los Minios. Cercanos a nuestra isla están Argos⁷⁴² y las gentes de Hemonia. En cambio, Eetes no habita cerca ni sabemos nada de Eetes sino sólo de oídas. Esa muchacha, que con sus terribles desdichas acude a nosotros, me ha roto el corazón. ¡No se la entregues, soberano, a los Colcos para que la lleven con su padre! Erró cuando le dio 1080 a lo primero el remedio contra los toros. Mas prontamente curando un mal con un mal, como muchas veces hacemos en nuestros extravíos, ha escapado de la cólera gravosa de un padre altanero. Y Jasón, según creo, se ha comprometido con grandes juramentos a hacerla su esposa legítima en su casa. Por tanto, querido, no pongas por tu voluntad al Esónida en

⁷⁴¹ Como en la escena de las súplicas de Medea a Arete. Parece deducirse (cfr. luego vv. 1121-1125) que, si esa escena ha sucedido, como es natural, en el palacio, las súplicas a los héroes (vv. 1030 y ss.) ocurren en el fondeadero donde está la nave. Sin embargo, Apolonio deja todo esto a la imaginación del lector y ciertos aspectos de su relato (por ejemplo los vv. 1047 y ss.) resultan muy poco claros.

⁷⁴² Posiblemente por la Grecia entera.

trance de perjurio, y que tampoco por tu causa dañe un padre con su espíritu colérico intolerablemente a su hija. Pues en exceso severos son los padres con sus hijas: como lo que Nicteo urdiera contra la bella Antíope⁷⁴³, como las penas que también Dánae en la mar pasara por la malevolencia de su padre⁷⁴⁴. Ha poco, y no lejos, el violento Équeto clavó en las pupilas de su propia hija aguijones de bronce, y con su destino lamentable ésta se marchita, mientras muele bronce en un sombrío granero»⁷⁴⁵. 1090

Así dijo, suplicante. Y a él se le llenó el espíritu de gozo con las palabras de su esposa, y le habló en términos tales:

«Arete, también con las armas yo podría expulsar a los Colcos, favoreciendo a los héroes y por causa de la joven. Pero temo no respetar la recta justicia de Zeus. Tampoco es oportuno despreocuparse de Eetes, según tus palabras, pues no hay monarca comparable a Eetes, y, de quererlo, aun desde lejos podría traer la guerra a la Hélade⁷⁴⁶. De ahí que haya decidido pronunciar una sentencia que sea la mejor a los ojos de todos. Y no voy a ocultártela: haré, si es doncella, que la lleven con su padre; mas, si con varón comparte su lecho, no la separaré de su esposo, ni, si alguna descendencia porta en sus entrañas, no la entregaré a sus enemigos.» 1100

Así dijo, pues, y con prontitud el sueño lo hizo dormir⁷⁴⁷. Ella puso en su ánimo sus prudentes palabras y rápidamente se alzó del lecho, echó a andar por la casa e iban sus sirvientas en su compañía con suma diligencia en pos de su ama. En silencio

⁷⁴³ Poseída por Zeus, tuvo que escapar de la cólera de su padre, que aquí es llamado Nicteo. En I 735 Apolonio siguió otra versión, haciendo de Asopo su padre.

⁷⁴⁴ El tema de los amores de Dánae y Zeus es bien conocido, e igualmente cómo ella y su hijo Perseo fueron echados al mar dentro de un cofre.

⁷⁴⁵ El cruel Équeto, rey del cercano Epiro, cegó a su hija y prometió devolverle la vista si lograba moler granos de bronce.

⁷⁴⁶ En su ámbito se incluye ahora a los Feacios. Recuérdese que ya a su llegada a Drépane (vv. 995 y ss.) los Argonautas se sintieron como en su propio país y asimismo fueron acogidos.

⁷⁴⁷ Se ha señalado con razón el sabor cómico de esta escena. Alcínoo se duerme sin duda muy feliz porque sospecha las inmediatas andanzas de Arete: cfr. su alegría al ser antes preguntado por ella (vv. 1096 y s.). Sólo más tarde (vv. 1199 y s.) sabremos que la reina ha sido inspirada por Hera.

convocó a su heraldo y le habló, exhortando en su prudencia al Esónida a unirse a la joven y a no suplicar al rey Alcínoo, pues que ésta sería la sentencia que, dirigiéndose en persona a los Colcos, él les dictaría: que, si es doncella, se la entregará con destino a la casa de su padre; mas, si con varón comparte su lecho, ya no la arrancará de un amor legítimo.

1120

Así dijo. Y a él prontamente sus pies lo sacaron de la casa para poder anunciar a Jasón las favorables palabras de Arete y la decisión del piadoso Alcínoo. Y los halló junto a la nave con sus armas y en vela en el puerto de Hilo⁷⁴⁸, cerca de la ciudad. Les expuso por entero su mensaje. Y se llenó de alegría el ánimo de cada uno de los héroes, ya que pronunció unas palabras que les fueron bien gratas.

Tras hacer al punto la mezcla⁷⁴⁹ en una cratera, según es la usanza, en honor de los dioses dichosos y poner ritualmente corderos en el ara, en la misma noche prepararon para la joven un lecho nupcial en la caverna divina en que ya una vez Marcris habitara, la hija del discreto Aristeo, el cual descubrió la labor de las abejas y el jugo de la aceituna que da tantos trabajos⁷⁵⁰. Ella al principio acogió en su regazo al hijo Niseo de Zeus en la Eubea de los Abantes y mojó con miel sus labios rescos cuando Hermes se lo trajo, luego de haber escapado del fuego⁷⁵¹. Mas Hera la vio y, colérica, la arrojó de la isla entera. Y ella de lejos vino a morar en la santa caverna de las gentes Feacias y a los habitantes les procuró prosperidad infinita. Fue allí donde entonces extendieron un amplio lecho y por encima pusieron el dorado y radiante vellón, para que la boda fuese honrosa y renombrada. Las Ninfas recogían y les llevaban en sus blancos senos flores variopintas. A todas las envolvía como un destello de fuego: tal era el brillo que relucía de los

1130

1140

⁷⁴⁸ Un puerto aún conocido en época histórica y mencionado por Tucídides. Hilo fue el hijo de Heracles nacido en la isla: cfr. antes vv. 537 y ss.

⁷⁴⁹ De vino y agua.

⁷⁵⁰ A Aristeo (cfr. II 506 y ss.) se atribuyen, entre otras artes, el hallazgo de la apicultura y de la extracción del aceite.

⁷⁵¹ Sobre Dioniso Niseo cfr. ya II 905 y 1214. Los Abantes fueron los más antiguos habitantes de Eubea (su héroe epónimo fue nombrado en I 78). En cuanto a la referencia al fuego es sin duda al peligro que corrió Dioniso cuando su madre fue fulminada por el rayo antes de su nacimiento.

copos dorados del vellón. Y hacía arder en sus ojos un dulce deseo, mas la vergüenza impedía a cada una, a pesar de su anhelo, ponerle encima la mano. Las unas se nombraban hijas del río Egeo, otras moraban en las cimas del monte de Méli-
te⁷⁵², y otras eran de los bosques de los llanos. Pues la propia Hera, esposa de Zeus, las hizo acudir, con lo que daba gloria a Jasón. También aún ahora se llama la santa caverna de Medea aquélla en que, tras desplegar sus ropas perfumadas, en mutua unión los ligaron. Ellos⁷⁵³, blandiendo en sus manos las lanzas marciales, no fuera antes sin ser vista la tropa enemiga a cargar con violencia, mas con sus cabezas coronadas de ramos frondosos, al son que Orfeo armoniosamente tañía con su lira entonaban ante la entrada de la cámara nupcial el cántico de bodas⁷⁵⁴. No era el deseo del héroe Esónida celebrar su desposorio en el reino de Alcínoo, sino en la casa de su padre, una vez que a Yolco retornara. E igual era también el sentir de Medea. En cambio la necesidad los llevó a unirse en ese momento. Pues jamás la raza de los sufridos humanos hollamos el placer con un pie cabal, sino que por siempre alguna cuita amarga es acompañante de los gozos. De suerte que también a ellos, mientras disfrutaban de su dulce amor, los dominaba el temor de si la decisión de Alcínoo llegaría a cumplirse. 1150

La Aurora, al alzarse con su luz inmortal, disolvió la oscura noche en el aire. Sonrieron las riberas de la isla y, a lo lejos, los senderos, cubiertos de rocío, de los llanos. Había ya ruido en las calles. Por la ciudad se movían sus habitantes, y, a distancia de allí, los Colcos en el extremo de la península de Macris⁷⁵⁵. Y pronto Alcínoo se puso en camino, según lo acordado, para expresar su pensamiento acerca de la joven. En su mano sujetaba su cetro dorado de juez, bajo cuyo poder el pueblo reconocía en su ciudad sus rectas sentencias. Y tras él y revestidos 1170

⁷⁵² En la misma Corcira. Igualmente en Corcira el citado río Egeo, padre de la Náyade Mélite (cfr. antes v. 542).

⁷⁵³ Los Argonautas.

⁷⁵⁴ En este desposorio improvisado aparecen ciertos elementos típicos de las bodas griegas (así el canto), excepto algún otro como las antorchas, que se piensa han sido reemplazadas aquí con el propio brillo del vellón.

⁷⁵⁵ Casi con seguridad la actual península de Paleópolis.

de armaduras de guerra los mejores de los Colcos marchaban en masiva formación.

Las mujeres salían de los muros apiñadas para ver a los héroes y los campesinos al oír las acudían, puesto que Hera había divulgado la veraz noticia. El uno llevaba un cordero, elegido entre el ganado; el otro una novilla aún no empleada en el trabajo⁷⁵⁶, y otros plantaron allí cerca las tinajas de vino para hacer la mezcla. A lo lejos brotaba la humareda de las inmolaciones. Aquéllas, cual mujeres que eran, traían vestidos de mucha labor, presentes de oro y también los variados aderezos con 1190 que las recién casadas se engalanan. Miraban con asombro la hermosura y la traza de héroes tan lucidos y, entre ellos, al hijo de Eagro, que al son de su lira armoniosa y su canto batía el suelo una y otra vez con sus ornadas sandalias. Todas las Ninfas al unísono, cuando se nombraba el desposorio, entonaban el amable canto de las bodas⁷⁵⁷. Y en otros momentos en cambio ellas solas cantaban, Hera, por ti, mientras giraban en corro. Pues tú también infundiste en el espíritu de Arete el pre- 1200 gonar las palabras prudentes de Alcínoo⁷⁵⁸.

Éste, según al principio pronunciara los términos de su recita sentencia y ya proclamada la consumación de la boda, así a aquélla se atenía con firmeza y constancia, y no lo afectaban ni el miedo funesto ni las iras gravosas de Eetes. Y él los había ligado con inquebrantables juramentos. De suerte que, cuando los Colcos comprendieron que era vano su recurso y les ordenó o bien respetar su sentencia o alejar sus naves de sus puertos y su tierra, ya entonces, temerosos de las amenazas de su propio rey⁷⁵⁹, le suplicaron ser acogidos por medio de un pacto. 1210 Allí en la isla por muy largo plazo habitaron entre las gentes Feacias, hasta que los Baquíadas, que eran oriundos de Éfira, al cabo del tiempo allí se establecieron, y aquéllos marcharon a la isla de enfrente. Y de allí habían de arribar a los mon-

⁷⁵⁶ Una condición para el sacrificio ritual.

⁷⁵⁷ Debe entenderse que, cuando Orfeo lo cantaba, las Ninfas le hacían coro, entonando presumiblemente el habitual estribillo. Se trata del canto del *bimeneo*.

⁷⁵⁸ Cfr. antes vv. 1114 y ss.

⁷⁵⁹ Cfr. antes vv. 511 y ss., donde se repite el mismo motivo para los otros expedicionarios Colcos.

tes Ceraunios de los Amantes, entre los Nesteos y a Orico⁷⁶⁰. Pero esto tuvo lugar con el paso ya de mucho tiempo. Y aún allá acogen sacrificios anuales a las Parcas y a las Ninfas en el templo del Apolo pastoril los altares que Medea levantara. Y a 1220 los Minios, que partían, les dio Alcínoo presentes de hospitalidad en abundancia, y en abundancia se los dio Arete, y además donó a Medea doce sirvientas Feacias del palacio como séquito.

Abandonaron Drépane en el séptimo día. Un viento fuerte y favorable al alba sobrevino bajo un cielo despejado. Y con los soplos del viento corrieron hacia adelante presurosos. Pero a los héroes no les estaba aún predestinado que pisaran el país de los Aqueos⁷⁶¹, para que padecieran todavía también en los confines de Libia. Ya habían dejado el golfo que tiene el nombre de Ambracia, ya, con la vela desplegada, el país de los Curetes⁷⁶² y, por su orden, los breves islotes que acompañan a las 1230 propias Equínadas⁷⁶³, y poco hacía que tenían a la vista la tierra de Pélope⁷⁶⁴. Y entonces, arrastrándolos en su marcha, funesta borrasca de Bóreas los llevó hacia el Mar de Libia durante nueve noches completas y el mismo número de días, hasta penetrar muy adentro de la Sirte⁷⁶⁵, donde ya no hay para las naves retorno cuando se han visto forzadas a arribar a este golfo. Pues por doquier hay bajos cenagosos, por doquier fondos cubiertos de algas y sobre ellos las espumas de las aguas que fluyen silenciosas. Las arenas se extienden a lo lejos hasta el cielo y no hay allí animal ni ave que levante el vuelo. Fue 1240

⁷⁶⁰ A la llegada de los Baquíadas (clan dominante en Efira, es decir Corinto) estos Colcos se asentaron en alguna pequeña isla enfrente de Feacia (así los manuscritos; «en la costa de enfrente de la isla», según una corrección seguida por Vian), para pasar finalmente a la zona costera del Epiro, donde las poblaciones citadas, y allí fundaron la ciudad de Orico, al Norte de Corcira.

⁷⁶¹ Aquí en general por Grecia.

⁷⁶² Acarnania, junto al golfo citado.

⁷⁶³ Pasaje discutido. Parece referirse a los islotes cercanos a las Equínadas de mayor tamaño, al archipiélago en su conjunto por consiguiente. Suponemos que la navegación sigue la ruta más próxima al continente, justo donde está el rosario de islas menores en dirección Sur.

⁷⁶⁴ El Peloponeso naturalmente, en su parte noroccidental.

⁷⁶⁵ Del Golfo de la Sirte o de las Sirtes hay otras dos descripciones famosas y más pormenorizadas: Estrabón 708, 20 y ss., y Lucano, *Farsalia* IX 300 y ss.

allá donde la marea (pues también con frecuencia ese caudal tanto se retira de tierra como vuelve a precipitarse sobre la orilla rugiente y violento) los empujó velozmente hasta bien adentro de la costa y sólo una porción de la quilla quedó entre las aguas. Ellos se arrojaron del navío y los dominó el dolor al ver el cielo⁷⁶⁶ y los lomos de la espaciosa tierra que, como el cielo, se dilatan siempre igual en la distancia. No divisaban aguada alguna ni sendero, ni, a lo lejos, aprisco de pastores; todo estaba en una calma imperturbable. Y en su tribulación 1250 se preguntaban los unos a los otros:

«¿Qué país se enorgullece éste de ser? ¿Adónde nos han empujado las borrascas? ¡Ojalá hubiésemos osado, sin hacer caso del funesto miedo, lanzarnos a atravesar el mismo camino de las Peñas!⁷⁶⁷ incluso yendo contra el sino impuesto por Zeus preferible hubiera sido perecer empeñados en una gran empresa. Mas ahora ¿qué podremos hacer, si los vientos nos retienen forzados a quedarnos aquí, aunque sea por breve plazo? ¡Cuán solitaria se extiende la ribera de esta tierra inmensal!»

Así hablaba cada cual. Y luego el propio piloto, Anceo, en la impotencia de su desgracia habló a los hombres acongo- 1260 jados:

«Perdidos estamos con el destino sin duda más atroz, y no hay escapatoria de este infortunio. Nos toca padecer la suerte más aperreada, caídos al pie de este desierto, aunque soplen vientos desde tierra. Ya que contemplo bajos cenagosos cuando miro en torno y a lo lejos el mar por todas partes, e infinitamente rueda el agua desparramada sobre los canosos arenales. De modo lamentable esta santa nave ya ha tiempo que se hubiera hendido sobre el suelo firme bien lejos. Pero la marea que viene del mar la transportó por lo alto. Ahora aquélla 1270 vuelve a la mar y el agua salobre nos rodea innavegable, de tan poco que cubre la tierra. Por ello yo os digo que se nos ha quebrado toda esperanza de navegación y retorno. Que muestre cualquier otro su ciencia, pues puede sentarse al timón si es su

⁷⁶⁶ Así interpreta Vian. La idea es que cielo y tierra se confunden a la vista en estos parajes. Otros entienden «la bruma», pero la descripción insiste precisamente en un panorama claro y sin límites.

⁷⁶⁷ Las Ciáneas, es decir el mismo camino de la ida hacia la Cólquide.

deseo intentarlo. Pero no hay 'duda de que Zeus, después de que tanto hemos penado, no nos quiere dar cumplimiento al día del regreso.»

Así dijo entre lágrimas. Y acordes con él en su aflicción hablaron cuantos eran entendidos en barcos. Todos tenían el corazón como helado y la palidez cubría sus mejillas. Y como los 1280 hombres, semejantes a imágenes sin vida, dan vueltas por una ciudad, porque esperan una guerra o una plaga o una lluvia inmensa de las que inundan las numerosas labores de los bueyes, o cuando las estatuas por sí solas manan un sudor de sangre y en los sagrados recintos parecen oírse mugidos o incluso el Sol en medio del día trae la noche desde el cielo y las estrellas se muestran lucientes en el éter⁷⁶⁸; así entonces los héroes llenos de inquietud se movían a lo largo de la interminable orilla. Sobrevino prontamente el sombrío atardecer. Y lastimosamente se arrojaron unos en brazos de los otros en llorosa des- 1290 pedida, para cada cual de su lado tirándose en aquellos arenales perder allí la vida. Unos y otros en distintas direcciones partieron en busca de un lugar de reposo, y con las cabezas cubiertas con los propios mantos, sin beber ni alimentarse, estuvieron echados por una noche entera y una mañana, con una muerte lamentable ya inminente. Aparte y reunidas las jóvenes⁷⁶⁹ sollozaban junto a la hija de Eetes. Y como cuando en su soledad, caídos del hueco de una peña e incapaces de volar, unos pajarillos pían agudamente, o cuando sobre los ribazos 1300 del Pactolo de hermosa corriente unos cisnes mueven su canto⁷⁷⁰ y en torno resuenan la pradera cubierta de rocío y el bello curso del río; así ellas, con sus rubias cabelleras tiradas en el polvo, toda la noche estuvieron exhalando lastimosos lamentos de muerte.

Allí todos los mejores de los héroes hubieran perdido la vida

⁷⁶⁸ Catálogo de desastres y prodigios de vieja tradición, entre ellos un eclipse de Sol: un antecedente, entre otros, ya en *Odisea* XX 351 y ss.

⁷⁶⁹ Las doncellas Feacias.

⁷⁷⁰ El mítico canto del cisne, cuando su muerte se acerca, era producido según los antiguos por el movimiento de sus alas: de ahí la expresión «mueven su canto». El Pactolo era un río de Asia Menor y su asociación poética con los cisnes era corriente.

sin dejar, con su empresa inconclusa, nombre ni noticia que saber de ellos los hombres de la tierra, pero mientras se consumían en su impotencia los compadecieron las heroínas tutelares de Libia, las que en tiempos fueron al encuentro de Atena, cuando saltó reluciente de la cabeza de su padre, y la bañaron 1310 junto a las aguas del Tritón⁷⁷¹. Era el mediodía y abrasaban Libia los rayos más agudos del Sol. Ellas se detuvieron a la vera del Esónida y le quitaron el manto de su cabeza suavemente. Él desvió a otra parte su mirada, por respeto a las diosas. Pero, mostrándosele a él sólo, en su turbación le dirigieron dulces palabras:

«Desdichado, ¿por qué hasta tal punto en tu tribulación estás abatido? Sabemos que partisteis en busca del vellón de oro, sabemos de vuestras fatigas una por una, en cuantos excesivos 1320 trabajos por tierra y en cuantos por el agua os habéis extenuado en vuestro vagar por el mar. Somos pastoras del desierto⁷⁷², diosas locales dotadas de voz, heroínas tutelares e hijas de Libia⁷⁷³. ¡Vamos, arriba!, no sigas ya tan afligido y gimiente, y haz que tus camaradas se levanten. En cuanto Anfitrite desunza el carro veloz de Posidón, entonces compensad a vuestra madre por cuanto penó el largo plazo que os llevó en su vientre⁷⁷⁴. Y aún podríais retornar a Acaya la santa»⁷⁷⁵.

Así dijeron, pues, y allí donde se alzaban se hicieron al pun- 1330 to invisibles al tiempo que cesaba su voz. Y Jasón, tras mirar en derredor, se sentó en el suelo y habló de este modo:

«Sed benévolas, deidades gloriosas que moráis en este desierto. Mas en lo que atañe al regreso no entiendo vuestras palabras claramente. En verdad que reuniré y hablaré a mis compañeros, por si hallamos algún medio de salir con bien: que mejor es lo que muchos meditan.»

⁷⁷¹ Recuérdese el nacimiento de Palas Atena de la cabeza de Zeus. Su advocación de Tritónide (en I 109) responde al lago Tritón aquí mencionado.

⁷⁷² Sigo la interpretación de Vian para un término de una ambigüedad indudablemente buscada por el poeta: cfr. Livrea, *SIFC* 44, 1972, págs. 238 y ss.

⁷⁷³ Es decir, tutelares del país de Libia, pero a la vez hijas de la Ninfa Libia, esposa de Posidón y epónima del país.

⁷⁷⁴ El sentido de estas palabras se revelará después. Anfitrite es la Nereida esposa de Posidón.

⁷⁷⁵ Aquí por Grecia en general.

Dijo, y levantándose al punto, a sus compañeros los llamó a grandes voces, sucio del polvo, cual león que ruge en un bosque buscando a su pareja. A su grave voz responden resonantes en las montañas a lo lejos las vaguadas y de espanto se estremecen los bueyes del campo y los boyeros. Mas a aquéllos sus voces no les infundieron temor, por ser las de un camarada que llamaba a sus amigos. Y fueron a congregarse a su vera, con las cabezas inclinadas, y él los hizo sentar, entristecidos, con las mujeres junto al varadero y les habló revelándoles todo en sus detalles: 1340

«Oíd, amigos. Pues en medio de mis pesares tres de las diosas, ceñidas con pieles de cabras desde lo alto del cuello y en torno a las espaldas y caderas, cual muchachas⁷⁷⁶, vinieron a 1350 ponérseme muy cerca, por encima de mi cabeza. Me descubrieron tirando de mi manto con mano ligera y me exhortaron a despertarme y a ir a hacer que os alzarais y que de modo adecuado a nuestra madre compensemos por cuanto penó el largo plazo que nos llevó en su vientre, cuando Anfitrite desunza el carro veloz de Posidón. Pero yo no puedo en absoluto comprender lo que a esta profecía se refiere. Dijeron ser heroínas tutelares e hijas de Libia, y cuanto nosotros hemos antes sufrido por tierra y cuanto por el agua, todo en sus pormenores se 1360 gloriaban de saberlo. Y en aquel lugar ya no las vi, sino que una bruma o una nube mientras se me mostraban las cubrió.»

Así dijo. Y todos ellos se pasmaron al oírlo. Entonces a los Minios les aconteció el mayor de los prodigios. Desde el mar brincó hacia la tierra un caballo inmenso, gigantesco, con su cuello por lo alto con crines de oro. Con presteza sacudió de sus miembros gran cantidad de agua salobre y echó a correr, con sus patas semejantes al soplo del viento. Y al punto Peleo, jubiloso, habló a sus compañeros congregados:

«Yo os digo que el carro de Posidón está ya ahora desunido por las manos de su esposa. Y nuestra madre presiento que no es otra que la propia nave, pues en verdad que llevándonos en todo momento en su vientre padece con duras fatigas. ¡Ea!, 1370

⁷⁷⁶ Esta expresión suele interpretarse «cual muchachas (de Libia)», como referencia a las devotas de Atena en esos lugares, las cuales se revestían con pieles, como estas Ninfas locales.

con inquebrantable vigor y hombros incansables, en alto la llevaremos por el interior de este arenoso país por donde el rápido corcel sus patas dirigió hacia adelante. Pues no irá a sumergirse en el árido suelo y sus huellas espero nos señalen tierra adentro algún entrante del mar»⁷⁷⁷.

Así habló. Y a todos les fue grata su idea, que les pareció 1380 oportuna.

Éstas son las palabras de las Musas y yo canto atento a la voz de las Piérides⁷⁷⁸. Estos son los términos divinos y verídicos que yo he escuchado: con el vigor, con el valor que vosotros, con mucho los más prominentes hijos de reyes, llevasteis por las dunas desiertas en alto la nave y cuanto la nave contenía, portándola a hombros doce días y sus noches cabales. El infortunio, el sufrimiento por el que aquéllos pasaron con la medida de sus fatigas colmadas, ¿quién podría contarlos? Tenían que ser de la sangre de los dioses inmortales, según la empresa que llevaron a cabo bajo una necesidad imperiosa. 1390 Y tal cual allá lejos y adelante la llevaron, hasta alcanzar jubilosamente las aguas del lago Tritón, así, luego de entrar en él, la descargaron de sus recios hombros⁷⁷⁹.

Ya después, semejantes a perros rabiosos, buscaron con premura una fuente, pues los agobiaba una sed abrasadora, a fuerza de sufrimientos y dolores. Y no erraron en su búsqueda, sino que llegaron a un suelo sagrado en el cual aún el día anterior preservaba las manzanas de oro, en el territorio de Atlas, Ladón, la sierpe soterraña, y en torno las Ninfas Hespérides se aplicaban a sus cánticos amables⁷⁸⁰. Pero ya entonces aquélla, 1400

⁷⁷⁷ Estas últimas palabras son intencionadamente paradójicas, según la interpretación de Vian que se sigue aquí. Otros entienden: «nos señalen algún entrante sobre el mar (que dé al mar)», o bien «algún entrante del mar hacia el Norte», todo lo cual es admisible en un texto especialmente ambiguo.

⁷⁷⁸ Las Musas, llamadas así por el nombre de la comarca de Pieria.

⁷⁷⁹ La distancia recorrida puede calcularse en unos doscientos cincuenta kilómetros, lo que es más prodigioso si se piensa en la falta de víveres y agua. De ahí la invocación previa a las Musas y la apelación al origen divino de los héroes para avalar la veracidad del relato.

⁷⁸⁰ El origen del monstruo Ladón es variado según las fuentes. Aquí se le relaciona con la tierra, verosíblemente como hijo suyo. En cuanto a las Hespérides, sus célebres manzanas de oro y la localización del gigante Atlas (o Atlante, si se prefiere), Apolonio sigue una tradición minoritaria al no situarlos en el extremo occidental.

que había sucumbido a manos de Heracles, estaba tirada contra el tronco de un manzano. Sólo el extremo de su cola todavía se agitaba, pero desde la cabeza hasta su oscura espina dorsal yacía sin aliento, y, como los dardos habían dejado en su sangre la bilis amarga de la Hidra de Lerna, las moscas se secaban en sus heridas putrefactas⁷⁸¹. Y allí cerca las Hespérides, con sus blancas manos sobre sus rubias cabezas⁷⁸², lanzaban agudos gemidos. Ellos se aproximaron de pronto, a la vez, y, ante su llegada presurosa, ellas allí mismo al punto polvo y tierra se tornaron. Mas Orfeo se percató del divino prodigio, se 1410 detuvo y les dirigió palabras implorantes:

«Divinidades hermosas y benévolas, sednos propicias, señoras, ya sea que estéis en el número de las diosas celestiales, ya sea de las diosas soterrañas, ya sea que os llaméis Ninfas pastoras del desierto⁷⁸³. ¡Venid, Ninfas, linaje sacro de Océano!, señaladnos, mostrándoos a nosotros que así lo anhelamos, o algún chorro de agua en una peña o algún santo venero que mane, diosas, de la tierra y con el cual aplaquemos la sed que violentamente nos abrasa. Si de nuevo alguna vez en nuestro navegar a la tierra de los Aqueos retornamos, ya entonces in- 1420 números presentes, entre las primeras de las diosas, y libaciones y festines con la mejor voluntad os ofreceremos.»

Así dijo, en alta voz suplicándoles. Y ellas prontamente de sus sufrimientos se apiadaron. Y, lo primero, hicieron surgir hierba de la tierra, de la hierba en alto largos brotes germinaron, y luego, bien por encima del suelo, crecieron erguidas plantas vigorosas: Héspere fue un álamo, un olmo Eriteide, y Egle el sagrado tronco de un sauce⁷⁸⁴. Y al fin a partir de los árboles aquellos, cuales eran ellas, tales de nuevo se mostraron 1430 justamente: ¡extremada maravilla! Y Egle se expresó con dulces palabras, en respuesta a lo que ellos deseaban:

⁷⁸¹ La muerte del dragón Ladón forma parte del «trabajo» de las manzanas de las Hespérides llevado a cabo por Heracles, que empleó para ello flechas emponzoñadas con el veneno destilado por la Hidra de Lerna, muerta por él en otro de sus más conocidos episodios.

⁷⁸² Típico gesto de lamentación por un muerto.

⁷⁸³ Se repite la misma expresión ambigua del v. 1322.

⁷⁸⁴ Metamorfosis de las Hespérides. Tres es su número más usual, aunque otras veces son cuatro o incluso siete.

«¡En verdad que, todo un gran beneficio en las fatigas vuestras, vino aquí aquel perruno ser que, tras quitarle la vida a la sierpe guardiana, partió llevándose las manzanas de oro de las diosas! Un odioso dolor es lo que nos queda. Pues vino ayer un varón, el más funesto en arrogancia y talla, y los ojos le relucían, hombre cruel, en su frente espantosa. Se revestía de la piel de un león gigantesco, basta y sin curtir. Llevaba un sólido tronco de olivo y un arco, con el cual aniquiló a ese monstruo disparándole sus flechas. Vino, pues, también él, como por tierra y a pie haciendo su camino, con el acicate de la sed. Corrió impetuoso por este paraje en su búsqueda de agua. Ésta en parte alguna iba a aparecer a su vista, pero ahí está esa peña, cerca del lago Tritón. Ya porque se le ocurriera o por consejo de un dios, de una patada la golpeó en su base e hizo manar agua en abundancia. Con ambas manos y el pecho apoyados en el suelo, de la hendidura peña bebió sin medida, hasta que, echado a lo largo, hubo saciado su vientre profundo, igual que un animal en el pasto»⁷⁸⁵. 1440

Dijo así. Y ellos, a donde Egle les indicó una fuente tan grata, allá al punto corrieron hasta encontrarla, llenos de júbilo. 1450 Y como cuando dan vueltas en masa en torno a un angosto agujero las hormigas que horadan la tierra, o cuando las moscas, posadas alrededor de una parca gota de la dulce miel, ponen en ella su afán insaciable en compacto montón; así entonces giraban apiñados los Minios alrededor del manantial de la peña. Y tal vez alguno habló, animoso y con sus labios empapados:

«¡Qué formidable que incluso a pesar de estar lejos Heracles salvó a sus amigos, que de sed perecían! ¡Si pudiéramos hallarlo a su paso en nuestra marcha por este país!» 1460

Dijo, y en respuesta aquellos que eran apropiados para esta tarea se separaron cada cual por un lado lanzándose a indagar, pues las huellas se habían borrado con los vientos nocturnos al removerse la arena. Se pusieron en marcha los dos hijos de Bóreas, con su fe puesta en sus alas, Eufemo, que en sus pies lige-

⁷⁸⁵ La descripción del aspecto y el comportamiento brutal de Heracles no es en absoluto infrecuente en la poesía helenística. Pero aquí todo ello es contrastado porque su acción salva a los Argonautas.

ros confiaba, y Linceo, cuyos ojos agudos alcanzaban a lo lejos, y Canto en quinto lugar se precipitó en pos de ellos. A éste, en efecto, lo empujaban por aquel camino el destino impuesto por los dioses y su propio coraje, para inquirir con certeza de Heracles dónde dejara a Polifemo el Ilátida. Pues le importaba indagar la suerte de su camarada en detalle⁷⁸⁶. Mas él, luego de haber fundado entre los Misios una ilustre ciudad, en su inquietud por el viaje fue en busca de la Argo muy lejos a través del continente, hasta arribar al país de los Cálibes, aledaños de la mar⁷⁸⁷. Allí la Parca lo abatió y al pie de un álamo alto a poca distancia del mar se levanta su tumba. Pero entonces sólo Linceo allá a lo lejos en una tierra sin límites creyó ver a Heracles, igual que se ve o se cree ver la Luna el primer día del mes entre la bruma. Y retornó a sus compañeros y les aseguró que ya ningún otro que lo buscara daría con él en su marcha. Y llegaron también Eufemo el de rápidos pies y los dos hijos de Bóreas el Tracio, tras haber pasado por vanas fatigas. 1470

Pero de ti, Canto, se apoderaron en Libia las Ceres funestas⁷⁸⁸. Encontraste un hato de ovejas pastando, pero el pastor las seguía. Y él, mientras pretendías llevarlas a tus necesitados camaradas, en su afán de rechazarte en defensa de su grey alcanzándote con una piedra te mató, puesto que no era hombre débil: Cafauro, nieto de Febo Licoreo y de la honorable joven Acacálide, a la que Minos en tiempos hizo a Libia exiliarse, a su propia hija, portadora del fruto oneroso del dios. Ella le parió a Febo un hijo lucido, al que llaman Anfítemis y Garamante. Anfítemis luego se unió a una Ninfa Tritónide y ésta le parió a Nasamón y al poderoso Cafauro, el cual entonces mató a Canto por defender sus corderos⁷⁸⁹. Tampoco él evitó las duras manos de los héroes, cuando supieron cuál fue su acción. 1480

⁷⁸⁶ Entre Polifemo y Canto debió existir alguna relación especial, aquí sólo apuntada por el poeta, pero de la que no tenemos muchos más datos.

⁷⁸⁷ Sobre Polifemo y los Cálibes cfr. I 1321 y ss. y 1345 y ss. Polifemo murió al parecer en combate precisamente con los Cálibes.

⁷⁸⁸ Cfr. I 690 y la nota correspondiente.

⁷⁸⁹ Acacálide es hija del cretense Minos, o bien una Ninfa, según las distintas versiones. Su hijo de doble nombre es el epónimo de los Garamantes, pueblo de Libia. A su vez Nasamón es el héroe epónimo de otro pueblo, el de los Nasamones, cerca del golfo de la Sirte.

Y los Minios levantaron el cadáver de regreso y le dieron entre lllantos sepultura. Y el ganado lo llevaron donde ellos estaban⁷⁹⁰. 1500

Allí también en el mismo día el sino implacable se apoderó de Mopso el Ampícida, sin que gracias a su ciencia profética escapara a su amargo destino. Pues no hay modo alguno de librarse de la muerte. Por evitar el mediodía estaba echada entre la arena una serpiente temible. En su pereza no haría daño por su gusto al que no quisiera hacérselo y tampoco atacarla a quien retrocediese ante ella. Mas tan pronto como su negra ponzoña penetra en alguna criatura de cuantos vivientes nutre la tierra fecunda, no mide ni un codo su camino al Hades ni aunque Peón⁷⁹¹ (si me es lícito hablar sin ambages) le aplique sus drogas, en cuanto con sus colmillos lo ha tocado. Pues cuando volaba sobre Libia el que a los dioses iguala, Perseo Eurimedonte (que también su madre este nombre le daba)⁷⁹², portador para el rey de la testa recién cortada de Gorgona, cuantas gotas de oscura sangre llegaron al suelo, todas hicieron germinar la especie de esas serpientes. Sobre el extremo de la espina dorsal de aquélla apoyó Mopso la planta de su pie izquierdo al avanzar, y ella con el dolor, enroscándose en torno a la mitad de la tibia y el músculo, de un mordisco le desgarró la carne. Medea y sus sirvientas escaparon asustadas. Él palpó animosamente la llaga ensangrentada, porque no en exceso se dolía de la herida, el infeliz. Cierta que ya bajo la piel le penetraba la parálisis que el cuerpo entorpece y una tupida niebla se le vertía en los ojos. Pronto dobló sus miembros pesados sobre el suelo y sin remedio se enfriaba. Y sus compañeros y el hé- 1510 1520

⁷⁹⁰ Este pasaje ofrece problemas críticos y ha habido diversos intentos de mejorarlo. Quizás habría que leer «el cadáver oculto» (así Giangrande, *Sprachgebrauch*, págs. 45 y ss.) o simplemente «los Minios al saberlo». Pero el sentido general es claro: Canto actuó por su cuenta y fue muerto en su intento. Algunos de sus camaradas descubren lo sucedido, lo vengán y conducen el hato al lugar donde aún debía estar el grueso de los expedicionarios, sin duda cerca de la nave.

⁷⁹¹ Apolo en su advocación de «curador».

⁷⁹² La madre de Perseo, como ya se recordó, es Dánae. El rey mencionado es Polidectes, monarca de Sérifos, quien le impuso la empresa de degollar a Gorgona.

roe hijo de Esón se congregaban en torno, sobrecogidos por tamaño infortunio⁷⁹³. Ni por poco que fuera, en cuanto sucumbió, no iba a yacer bajo el Sol. Pues por dentro el veneno rápidamente corrompía sus carnes, y el vello, pudriéndose, se le desprendía de la piel. Y con premura con sus azadones de bronce se apresuraron a cavar una fosa profunda. De sus cabellos se cortaron mechones e igualmente las jóvenes⁷⁹⁴, entre llantos por un muerto que una suerte tan lastimosa padeciera. Y por tres veces dando la vuelta con sus armas en torno al que así recibía cumplidamente sus honras postreras, sobre él levantaron un túmulo. 1530

Pero cuando ya subieron a la nave, como el viento del Sur soplara sobre el mar y buscaran indicios de un paso para salir del lago Tritón⁷⁹⁵, por largo tiempo estuvieron sin tener idea alguna y se dejaron llevar todo el día a la ventura. Y como una culebra que, enroscándose, recorre un sinuoso camino cuando la abrasan los rayos más agudos del Sol y hace girar su cabeza entre silbidos de acá para allá y en su agitación destellan sus ojos como chispas de fuego, hasta que a través de una grieta se mete en un escondrijo; así la Argo, en busca de una boca navegable del lago, anduvo por mucho tiempo errabunda. Pero de pronto Orfeo les propuso sacar de la nave el gran trípode de Apolo⁷⁹⁶ como ofrenda por su regreso a las divinidades del lugar. Y, luego de bajar a tierra, pusieron allí el presente de Febo, y les salió al encuentro, semejante a un mozo lozano, Tritón el de ancho poder, que alzó del suelo un terrón y se lo alargó como don de hospitalidad a los héroes, y así les habló: 1550

«Aceptadlo, amigos, ya que no está en mi mano aquí y ahora regalaros un don de calidad cuando venís ante mí. Pero si buscáis los pasos de este mar, según muchas veces precisan los

⁷⁹³ Como se ha hecho notar, es muy distinta la actitud de los Argonautas, perplejos ante lo ocurrido, de la de Medea y sus acompañantes, que sin duda (en Medea sobre todo era de esperar) conocen los efectos de la picadura. Gran parte de los rasgos descritos parecen apuntar a la cobra o en todo caso al *sepe* citado por diversos autores antiguos.

⁷⁹⁴ Como ofrenda fúnebre que se arrojaba sobre el cadáver.

⁷⁹⁵ Lago de agua salada. Recuérdese la necesidad de agua dulce a pesar de haber llegado a sus orillas.

⁷⁹⁶ Sobre este trípode cfr. antes vv. 528 y ss.

hombres que por un país extraño transitan, yo os lo diré. Pues mi padre, Posidón, me ha hecho ser conocedor de este mar. Yo soy el señor de la tierra costera: tal vez vosotros, aun estando lejos, habéis oído hablar de un tal Eurípilo⁷⁹⁷, que nació en Libia la nutridora de fieras.» 1560

Así habló. Y Eufemo⁷⁹⁸, presuroso, recibió el terrón en sus manos y tales palabras le dijo en respuesta:

«Si posiblemente, héroe, conoces Apis y la mar de Minos⁷⁹⁹, contesta sin error a cuanto preguntemos. Pues no por nuestra voluntad hemos llegado hasta aquí, sino que, tras tocar los límites de esta tierra por obra de las borrascas de Bóreas, hemos transportado en alto la nave hasta estas aguas del lago, agobiados con la carga, a través del país. Y no sabemos por dónde se puede salir navegando para arribar a la tierra de Pélope.» 1570

Así habló. Y aquél extendió su brazo y a lo lejos les mostró con estas palabras el mar y la honda boca del lago:

«Aquella es la salida hacia la mar, donde la inmóvil profundidad es más oscura y de cada lado se crizan blancas y brillantes rompientes. Entre las rompientes hay un angosto camino para navegar hacia afuera. Y aquel es el mar que entre brumas alcanza hasta el país divino de Pélope, más allá de Creta. Pero, cuando os lancéis desde el lago a alta mar, dirigíos por la mano derecha, bordeándola a lo largo de la propia tierra firme por todo el tiempo en que ésta se extiende hacia el Norte⁸⁰⁰. En cambio, al inclinarse la tierra en la otra dirección, entonces vuestra travesía se os dilata sin riesgo mientras os alejáis del cabo prominente. ¡Ea!, id jubilosos, y que no os acontezca alguna cuita penosa, que aflija vuestros miembros lucientes de juventud.» 1580

Dijo, benévolo. Y ellos al punto subieron a la nave en su anhelo de salir del lago a fuerza de remos. Ya avanzaban, llenos de ímpetu, y entretanto Tritón, alzando el gran trípode,

⁷⁹⁷ Otro nombre de Tritón, ya mencionado en Píndaro, *Pítica* IV 32.

⁷⁹⁸ Hijo de Posidón igualmente.

⁷⁹⁹ Apis está aquí por la tierra del mítico rey Apis, el Peloponeso. El mar de Minos es desde luego el cercano a Creta: cfr. luego v. 1578.

⁸⁰⁰ Lo que significa lo más cerca posible de la costa, que sigue aquí largamente la dirección Norte. Sólo después de alcanzar el cabo podían navegar ya hacia alta mar.

les pareció que entraba en el lago. Y luego nadie lo vio, según 1590
la prontitud con que desapareció con el trípode. Se les confortó así el alma, ante la idea de que con favorables augurios alguno de los dioses dichosos había venido a su encuentro⁸⁰¹. Entonces exhortaron al Esónida a inmolar la mejor de las ovejas y, tras sacrificarla, pronunciar una plegaria. Con toda premura hizo él la elección y, luego de alzarla, la degolló en la popa y así imploró:

«Divinidad la que seas y que te has aparecido en los confines de este lago, tanto si eres Tritón, el monstruo marino, como si te llaman Forcis o Nereo las hijas de la mar⁸⁰², senos 1600
propicio y concédenos un término grato para nuestro retorno.»

Dijo, y al tiempo de la súplica y tras degollarla la arrojó al agua por la popa. Y él surgió de lo profundo con la figura visible que de verdad poseía. Y como cuando un hombre lleva a la amplia cancha circular un caballo veloz al que, dócil, ha sujetado por sus crines espesas, y al instante echa a correr y él lo sigue con su cuello erguido, orgulloso, y el freno blanquecino⁸⁰³ resuena en su boca al tascarlo por ambos extremos; así aquél, agarrando por la quilla la ahuecada Argo, la hizo avanzar hacia 1610
el mar. Su cuerpo desde lo más alto de su testa y por las espaldas y caderas hasta el vientre se asemejaba totalmente a los dioses dichosos en su porte asombroso. Mas por debajo de los flancos se le alargaba, hendida a uno y otro lado, una cola de bestia marina. Cortaba la superficie del agua con su espina dorsal, que al extremo se dividía en corvos aguijones con el mismo aspecto que los cuernos de la Luna. Y la llevó todo el tiempo hasta que la lanzó, ya puesta en camino, al mar. Y al punto se hundió en la gran profundidad, y ellos alzaron un clamor, al ver con sus ojos el formidable portento.

Allí está el Puerto de la Argo⁸⁰⁴ y hay indicios de la nave y 1620
altares de Posidón y de Tritón, ya que aquel día se detuvieron.

⁸⁰¹ Es claro que hasta su portentosa desaparición los Argonautas no han adivinado el carácter divino de Tritón.

⁸⁰² Forcis es otro nombre de Forco: cfr. antes v. 828. Las hijas de la mar son sin duda las Nereidas.

⁸⁰³ Por efecto de la espuma.

⁸⁰⁴ Es el segundo así llamado: cfr. antes v. 658.

Pero al alba, con la vela desplegada y manteniendo la tierra desierta a su derecha, marcharon presurosos con el soplo del Céfiro. A la mañana siguiente tuvieron a la vez a la vista el cabo y la ensenada que se extiende más allá del cabo prominente⁸⁰⁵. Pero pronto el Céfiro cesó y sobrevino la brisa del Noto Argestes⁸⁰⁶, y el ánimo se les regocijó con su silbido. Mas cuando el Sol se ocultó y se hubo levantado el lucero del pastor⁸⁰⁷ que 1630 deja descansar a los desdichados labradores, ya entonces, al faltar el viento en la oscuridad de la noche, tras desatar la vela y abatir el mástil de gran longitud, se aplicaron con esfuerzo a los remos pulidos por toda una noche y un día y, luego de ese día, durante la noche que de nuevo llegó. Los acogió allá lejos la rocosa Cárpatos. De allí iban a pasar hasta Creta, que se destacaba en el mar más que el resto de las islas⁸⁰⁸. Pero el bronceo Talos, desgajando peñascos del recio acantilado, les impedía amarrar sus cables en tierra cuando arribaban al abrigo 1640 de la ensenada del Dicte⁸⁰⁹. Él entre los semidioses había quedado de la estirpe de bronce de los hombres que nacieron de los fresnos; el Crónida se lo donó a Europa para que fuese guardián de su isla, y él por tres veces daba a Creta la vuelta con sus bronceos pies⁸¹⁰. Pero si bien en el resto de su cuerpo y en sus miembros estaba formado de bronce y sin fractura posible, por debajo del tendón, en el tobillo, tenía una vena llena de sangre, y la membrana sutil que la encerraba era su límite entre la vida y la muerte⁸¹¹. Y ellos, por más que en su penosa situación estaban agotados, con prontitud temerosos 1650

⁸⁰⁵ Se trata del Cabo Fico, y posiblemente del golfo situado inmediatamente hacia el Este.

⁸⁰⁶ No idéntico al nombrado en II 961. Aquí es un viento del SO, lo que explica el derrotero de la nave, hacia Cárpatos (hoy Scarpanto).

⁸⁰⁷ El Lucero Vespertino.

⁸⁰⁸ La expresión es ambigua (como tal la he traducido) y ha sido entendida de modos diversos. Para Vian significa que es la más distante mar adentro; para otros «la de mayor tamaño» o «la de mayores alturas».

⁸⁰⁹ Promontorio en el extremo oriental de Creta.

⁸¹⁰ Según Hesíodo (*Trabajos y Días* 143 y ss.) la raza de bronce precedió a la de los semidioses. Talos era, pues, un superviviente un tanto anacrónico. Se supone que sus tres rondas eran diarias, según corrobora alguna otra fuente.

⁸¹¹ Más sencillamente, si se rompía esa membrana de la vena Talos perecía, tal como ocurrirá a continuación.

apartaron de la tierra la nave a golpes de remo. Y se hubieran alejado tristemente de Creta, entregados al doble sufrimiento de la sed y sus dolores, si Medea no les hubiese dirigido la palabra ya en trance de partir:

«Oídmeme, pues creo que yo sola abatiré a ese hombre, quienquiera que sea, aunque tenga su cuerpo todo de bronce, a no ser que su existencia sea además inmortal. ¡Ea!, mantened ahí en calma la nave, fuera del alcance de sus piedras, hasta que ante mí ceda y sea vencido.»

Así dijo. Y ellos retiraron la nave lejos de aquellos proyectiles, sobre los remos⁸¹², a la espera de ver qué plan sorprendente iba a ejecutar. Ella, con un pliegue de su manto purpúreo sobre una y otra mejilla, subió a la cubierta. El hijo de Esón, teniéndola de la mano con su mano, la llevó en su marcha por entre los bancos, y allí con sus ensalmos se hizo propicias y sus cánticos entonó a las Ceres que devoran la vida, perras veloces de Hades que por todo el aire en sus giros van a por las criaturas vivientes. Prosternándose tres veces las invocó con sus ensalmos, tres veces con plegarias. Tomando un espíritu perverso, ajó con miradas malévolas los ojos de Talos, el hombre bronceíneo. Contra él rechinaba sus dientes en un arrebato de cólera horrenda y, en la violencia de su odio, le envió sinietras visiones⁸¹³. 1660 1670

¡Zeus padre, qué gran asombro me infunde su soplo en mi mente!: que no sólo con enfermedades y heridas sale al paso la muerte, y alguien puede desde lejos dañarnos, tal como aquél, que era no obstante de bronce, se dejó abatir por los poderes de Medea la de muchos hechizos⁸¹⁴. Cuando alzaba pesados peñascos para impedirles que llegaran a puerto, rozó su tobillo con el filo de una piedra. Manó su icor semejante a plomo derretido⁸¹⁵, y no por mucho tiempo ya permaneció a pie firme sobre el saliente acantilado, sino que, como un pino gigantesco 1680

⁸¹² Expresión extremadamente concisa. La nave es alejada y luego mantenida a distancia con los remos actuando como ancla.

⁸¹³ Medea somete a Talos a maléficas alucinaciones, pero previamente evita (y su gesto de cubrirse con el manto puede explicarse así) que el mal de ojo afecte a sus compañeros de viaje.

⁸¹⁴ Para una intervención semejante del poeta cfr. antes vv. 445 y ss.

⁸¹⁵ Sobre el *icor* cfr. la nota a III 853.

en el monte allá en lo alto, al que tras dejarlo a medio cortar con sus hachas afiladas, los leñadores han bajado del bosque, y él bajo la noche primero se agita con las ráfagas del viento y luego se quiebra del todo por el pie y se derrumba; así aquél un rato se balanceó sobre uno y otro de sus pies infatigables, para caer luego sin fuerzas con un inmenso estrépito.

Aquella noche, pues, la pasaron ya en Creta los héroes. Des- 1690
pués, con los primeros destellos del alba, levantaron un santuario a Atena Minoida, hicieron la aguada y embarcaron para doblar con los remos tan pronto fuera posible el cabo Salmonión⁸¹⁶. Mas de repente, cuando corrían sobre el gran abismo marino de Creta⁸¹⁷, vino a infundirles espanto la noche que llaman funesta. Esta horrible noche no la traspasaban las estrellas ni los rayos de la Luna, sino que era una sima negra que se abría desde el cielo o alguna otra tiniebla que emergía levantándose desde los más hondos abismos⁸¹⁸. Si era por el Hades, si por las aguas por donde eran transportados, en absoluto lo 1700
sabían: confiaron al mar su regreso, en su impotencia de conocer a dónde los llevaba. Y Jasón alzó sus brazos y clamó a Febo con una gran voz, invocando su socorro. Las lágrimas le corrían en su aflicción, y prometió llevarle muchos presentes, sin cuento, a Pito, muchos a Amiclas, muchos a Ortigia⁸¹⁹. Y tú, Letoida, atento a sus palabras, bajaste con presteza del cielo hasta las Peñas Melanteas⁸²⁰, que están en el mar. Te erguiste sobre una de las dos, alzaste tu arco de oro en la diestra y el arco hizo brillar por doquier un deslumbrante resplandor. 1710
En ese tiempo apareció ante su vista una de la Espóradas, un

⁸¹⁶ O Samonión, actual Cabo Sidero. Atena Minoida es naturalmente una advocación equivalente a Cretense. El santuario citado, como otras veces, no sería sino un simple lugar consagrado, con alguna cerca o altar, según se precisa en otras ocasiones.

⁸¹⁷ Por el mar abierto, al Norte de la isla.

⁸¹⁸ Apolonio recurre al viejo concepto del *chaos* (que traduzco por «sima») para uno de los posibles orígenes de esa noche tenebrosa. Los fragmentos 18-20 de Calímaco se refieren al mismo tema.

⁸¹⁹ Tres lugares con especial culto de Apolo, algunos de los cuales han sido ya nombrados: Delfos, Amiclas (en Laconia) y Delos.

⁸²⁰ Dos escollos con ubicación variable en los autores antiguos, aquí sin duda cerca de Tera. Melante fue un personaje mítico que naufragó en estos escollos.

islote cercano a la pequeña isla de Hipuris⁸²¹. Allí echaron las piedras de anclar y detuvieron su marcha. Al momento mostró la Aurora su luz ascendente. Y en un bosque umbrío hicieron un lucido recinto y un umbroso altar para Apolo, bajo la advocación de Febo Luminoso a causa de su luz, que les había dado excelente visión⁸²². Y a la isla escarpada le dieron el nombre de Ánafe, porque la hizo aparecer⁸²³ ante sus ojos en pleno infortunio. E inmolaron cuales víctimas podían unos hombres 1720 aprestar para un sacrificio en una ribera desierta. De lo cual ya, cuando las siervas Feacias de Medea los vieron hacer libaciones de agua sobre tizones encendidos, no pudieron contar más la risa en sus pechos, como habituadas a contemplar en casa de Alcínoo una y otra vez nutridos sacrificios de bueyes. Los héroes, alegres con sus pullas, les replicaron con burlas picantes, y se entablaron entre ellos gustosos insultos y una animada querella. Y a partir de aquellos juegos de los héroes en la isla las mujeres disputan de modo semejante con los hombres, cuando con sacrificios se propician a Apolo Lumino- 1730 so, protector de Ánafe⁸²⁴.

Pero cuando ya también de allí con tiempo bonancible soltaron amarras, recordó luego Eufemo un sueño nocturno, reverente con el hijo ilustre de Maya⁸²⁵. Pues le pareció que el divino terrón que empuñaba guardado en su pecho⁸²⁶ estaba regado con blancas gotas de leche y que del terrón, por más que era menudo, se formaba una mujer con aires de doncella; y

⁸²¹ De localización imprecisa. Las Espóradas están situadas entre las Cícladas y Creta.

⁸²² El poeta insiste, a partir de la luz salvadora de Apolo, en la mención de la luz y, por contraste, de las sombras. Así el recinto sagrado está en un bosque umbrío, pero a su vez el altar es umbroso, indudablemente por la sombra que su propia altura produce: cfr. el análisis de Giangrande (*QUCC* 24, 1977, páginas 101 y ss.), que defiende con razón la lectura de los manuscritos frente a las correcciones propuestas.

⁸²³ El término Ánafe alude a esta «aparición». Hoy es la isla de Anafi.

⁸²⁴ Este episodio y sus consecuencias rituales (semejantes a las conocidas en otros lugares, en particular Eleusis) están narrados también en Calímaco, fragmento 21.

⁸²⁵ Hermes, dios de los sueños.

⁸²⁶ El que le diera Tritón (cfr. antes vv. 1552 y ss.). Respecto a la expresión cfr. Livrea, *SIFC* 44, 1972, págs. 231 y ss.

él se unía con ésta en amor, dominado por un incontenible deseo. Mas se lamentaba, como si se hubiese ayuntado con su hija, a la que él mismo criara con su propia leche. Pero ella le 1740 confortó con melosas palabras:

«Soy del linaje de Tritón; nodriza de tus hijos, amigo, y no hija tuya. Pues mis padres son Libia y Tritón. Pero tú déjame junto a las hijas de Nereo, para que habite la mar cerca de Ánafe. Y luego iré a los rayos del Sol, para tus descendientes bien predispuesta.»

De esto se acordó en su corazón y se lo expuso al Esónida. Y él luego hizo memoria de los oráculos del que lejos alcanza⁸²⁷, lanzó una exclamación y dijo:

«¡Oh, cuán grande y brillante es sin duda la gloria que te concede el destino! Pues, al arrojar al mar el terrón, los dioses 1750 harán de él una isla, donde los hijos más jóvenes de tus hijos morarán, ya que Tritón te donó este presente hospitalario de la tierra de Libia. En verdad que no fue algún otro de los dioses sino aquél, el que acudió a nuestro encuentro y te lo dio.»

Así dijo. Y no dejó sin cumplir Eufemo la respuesta del Esónida, sino que, con el agüero confortado, lo tiró a la profundidad de las aguas. Y de él brotó emergiendo la isla Caliste⁸²⁸, santa nodriza de los hijos de Eufemo, los cuales ya antes habitaron una vez la Lemnos de los Sintios, y expulsados de 1760 Lemnos por las gentes Tirrenias llegaron a Esparta, estableciéndose en ella. Cuando dejaron Esparta, Teras, el noble hijo de Autesión, los condujo a la isla Caliste, y ésta, Teras, cambió por el tuyo su nombre⁸²⁹. Pero esto tuvo lugar en tiempos posteriores a Eufemo.

Desde allí de un vuelo dejaron el innúmero abismo del mar y tocaron en las costas de Egina. Con premura entablaron querella sin ultrajes en torno a la aguada, por ver el que tras sacar el agua llegaba más de prisa a la nave. Pues la necesidad y un recio viento a favor los apresuraban a la par. Allí aún 1770

⁸²⁷ Apolo, como en l 958. Se refiere a los oráculos que precedieron a la expedición de los Argonautas.

⁸²⁸ «La más hermosa.»

⁸²⁹ Es decir, pasó a llamarse Tera, tal como es conocida en tiempos históricos: cfr. Calímaco, fragmento 716.

ahora, tras alzar sobre sus hombros cántaros llenos, rápidamente con sus piernas ligeras los hijos de los Mirmídones se disputan en un torneo el triunfo⁸³⁰.

Sedme propicios, estirpe de héroes dichosos⁸³¹, y que estos cantos les sean año tras año más dulces de entonar a los hombres. Pues arriba ya al término glorioso de vuestras fatigas, una vez que prueba ninguna os aconteció al partir de Egina de nuevo ni se levantaron huracanes de vientos, sino que, luego de pasar sin tropiezos la tierra de Cécrope⁸³² y Áulide, por Eubea adentro, y las ciudades de Opunte de los Locrios⁸³³, con alborozo pisasteis las costas de Págasas. 1780

⁸³⁰ Aquí los Mirmídones son los antiguos habitantes de Egina. De este *aition* de la *bidroforia* de Egina trató igualmente Calímaco, fragmento 198.

⁸³¹ Sigo la lectura de los manuscritos. Vian en cambio corrige, con Fränkel y otros, sin necesidad alguna.

⁸³² El Ática.

⁸³³ Opunte era una ciudad de Lócride. Entiéndase por consiguiente los Locrios de la ciudad de Opunte. «Por Eubea adentro» equivale sin duda al paso del estrecho de Euripo, entre Eubea y el continente.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

Apolonio de Rodas	9
<i>Las Argonáuticas</i>	10
El tema mítico	12
La estructura de la obra	16
El argumento	20
Los personajes	24
La geografía	27
Apolonio de Rodas y la posteridad	28
La traducción y el comentario	30
BIBLIOGRAFÍA	33
LAS ARGONÁUTICAS	37
Canto primero	39
Canto segundo	89
Canto tercero	131
Canto cuarto	176

Colección Letras Universales

ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

- 256 *Emma*, JANE AUSTEN.
Edición de Juani Guerra.
- 257 *Ricardo II*, WILLIAM SHAKESPEARE.
Edición bilingüe del Instituto Shakespeare
de Valencia, bajo la dirección de M. A. Conejero.
- 259 *Ubú rey*, ALFRED JARRY.
Edición de Lola Bermúdez Medina.
- 260 *El amor del último magnate (western)*, FRANCIS SCOTT
FITZGERALD.
Edición de María Lozano.
- 261 *Pensamientos*, BLAISE PASCAL.
Edición de Mario Parajón.
- 262 *El castillo*, FRANZ KAFKA.
Edición de Luis Acosta.
- 263 *Emilia Galotti*, GOTTHOLD EPHRAIM LESSING.
Edición de Jordi Jané.
- 264 *La cabaña del tío Tom*, HARRIET BEECHER STOWE.
Edición de Carme Manuel.
- 265 *Cantos*, GIACOMO LEOPARDI.
Edición de M^a. de las Nieves Muñiz.
- 266 *Mireya*, FRÉDÉRIC MISTRAL.
Edición de Pilar Blanco.
- 267 *Las aventuras de Huckleberry Finn*, MARK TWAIN.
Edición de Juan José Coy.
- 268 *Las Filípicas. Sobre la corona*, DEMÓSTENES.
Edición de Antonio López Eire.
- 269 *El difunto Matías Pascal*, LUIGI PIRANDELLO.
Edición de Miquel Edo.

DE PRÓXIMA APARICIÓN

- Gargantúa*, FRANÇOIS RABELAIS.
Edición de Alicia Yllera.